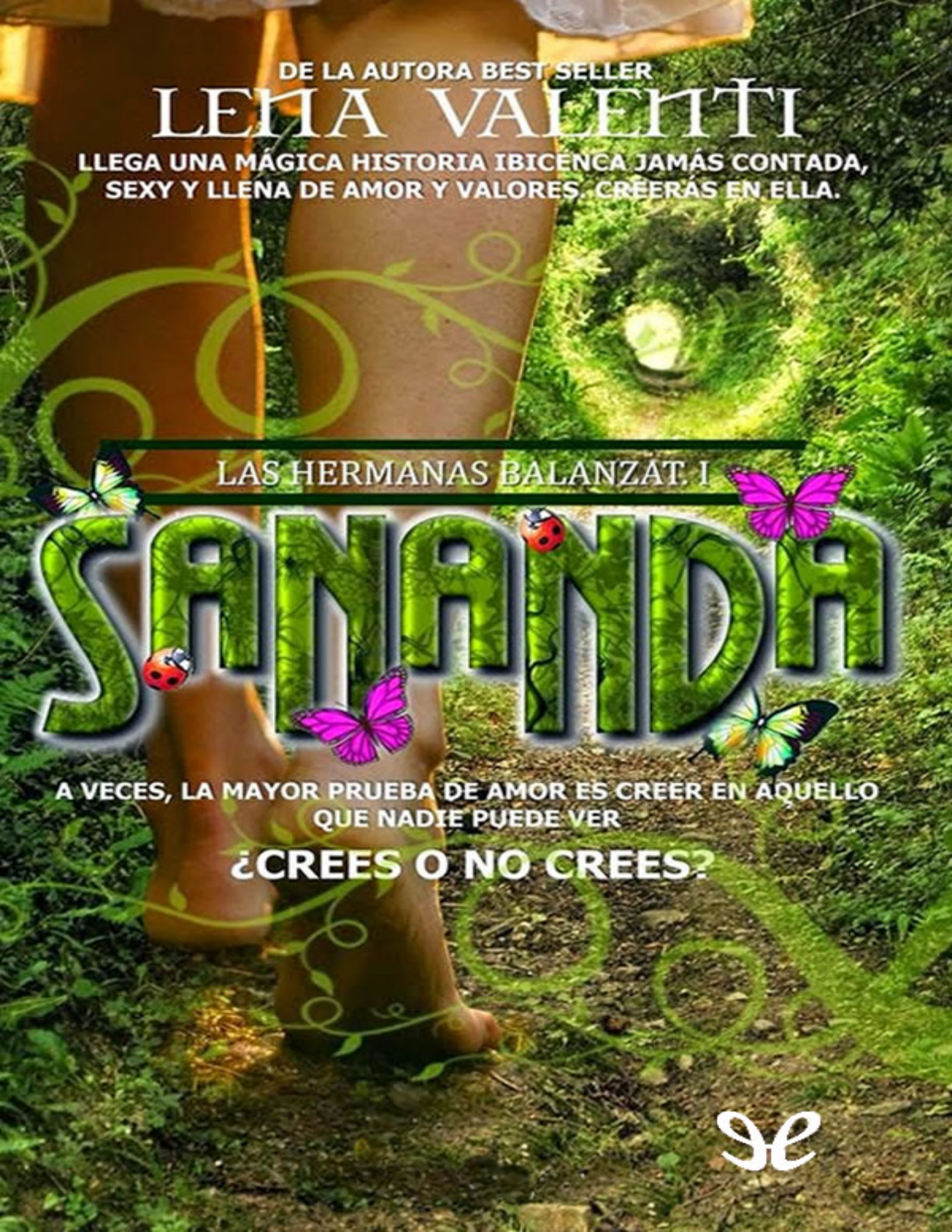

DE LA AUTORA BEST SELLER
LENA VALENTI
LLEGA UNA MÁGICA HISTORIA IBICENCA JAMÁS CONTADA, SEXY Y LLENA DE AMOR Y VALORES. CREERÁS EN ELLA.
LAS HERMANAS BALANZAT. I
SANADA
A VECES, LA MAYOR PRUEBA DE AMOR ES CREER EN AQUELLO QUE NADIE PUEDE VER
¿CREES O NO CREES?

En las Pitiusas, más conocidas como Ibiza, residen las Balanzat, protectoras de su tierra y de su magia. Desde tiempos remotos, estas brujas de la sal se encargan de mantener en equilibrio las leyes de la vida de las islas y de todos sus habitantes. Pero cuando su mundo y su realidad son acechados por sombras terriblemente oscuras que amenazan directamente a la paz y la salud de los ibicencos y del resto del mundo, deberán unirse más que nunca, a pesar de las diferencias que las hayan mantenido separadas durante tanto tiempo.

Alegra, la mediana de las Balanzat, regresa por fin de Estados Unidos a su casa, a Ibiza, una tierra que cobija dolorosos recuerdos enterrados, y que, aunque lo intente, no puede arrancar de su mente ni de su corazón.

En su casa la esperarán sus hermanas, su madre y su abuela, y entre todas intentarán limar asperezas, y pasar un verano, cuanto menos, apacible y reparador.

Pero la tierra que pisa está llena de magia, la misma magia que corre por sus venas y que ella ha intentado rechazar repetidas veces, y esta vez, la marea no solo le ha traído a Nil, un hombre que despertará su sensualidad y su poder más secreto y adormecido y que parece predestinado para ella, sino que además, son sus islas, atacadas por magia negra, las que le pedirán ayuda. Alegra, como residente de Sananda y heredera del legado de las antiguas de Ibosshim, no puede dar la espalda a su hogar, por ello se verá en la tesitura de aceptar quién es y de abrazar su destino para enfrentar al enemigo, a riesgo de perder su corazón y su alma para siempre. Su felicidad y el futuro de su tierra depende de ello.



Lena Valenti

Sananda. Libro I

Las hermanas Balanzat - 01

ePub r1.1
Titivillus 24.02.2017

Título original: *Sananda*
Lena Valenti, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Debo agradecer a muchas personas que hoy SANANDA sea lo que es. Más que un libro, más que un trilogía. *Sananda* es magia, música y amor, tres elementos fundamentales para nuestra vida.

Gracias como siempre a mi editor, Valen, porque si yo creo en la magia es en parte por magos como él.

A David Ros y a Garson por realizar los arreglos a las canciones que compuse, por su gentileza, su talento, y por prestar sus increíbles voces en este proyecto. A Trinidad Usón por iluminarme con sus conocimientos.

Supongo que ya sabéis que Sananda no solo se lee, también se escucha. Porque siempre se puede dar algo más, ¿no creéis?

A todos mis lectores: Gracias por leer con tanto cariño cada una de mis historias. Quiero que disfrutéis de este libro como nunca.

Solo os pido que no dudéis en escuchar la banda sonora original de Sananda. Son canciones que yo oía en mi cabeza, que saqué con una guitarra y que están en el libro, y que con la ayuda de estos músicos increíbles, se han hecho realidad hasta convertirse en música de película.

Apoyad la literatura y apoyad la música. Apoyad todo lo que nos hace especiales y todo lo que nos emociona. Si no compráis el CD a través de la web, podéis conseguir la música en iTunes o Google *Play*. Al fin y al cabo, la cultura nos hace diferentes, pero también se debe de cuidar.

Y creed. Por favor, creed siempre en la magia y en el amor.

1

EIVISSA
Es Vedrà

Hay cosas a las que con solo echarles un vistazo uno percibe que no son nada ordinarias. Hay lugares marcados por una extraña energía a la que los humanos no sabemos ponerle nombre, por mucho que sintamos en nuestro fuero interno que algo especial sucede ahí. Nos encanta observarlos y gozar de ellos sin pagar entrada ni pedir permiso, porque consideramos que no están regidos ni por estatutos comunitarios ni son propiedad de nadie en especial. Están ahí para la contemplación y el goce, vengan del mundo que vengan. Son Patrimonio de la Humanidad.

Eso sucede con es Vedrà. Es Vedrà formaba parte de Eivissa en la antigüedad; pero un día, por alguna extraña razón, decidió independizarse de ella y nadar a través del mar hasta quedarse flotando como una roca, parecida a una espectacular catedral gótica, que flanqueaba a los ibicencos, guardándoles, protegiéndoles y amándoles desde la distancia, pero fuera de ellos y de su núcleo. La atrevida fechoría de es Vedrà para con Ibiza fue el acto de independencia más pacífico y natural de la historia, en el que ni los intereses ni los prejuicios humanos podían delimitar si uno podía liberarse o no. Y es que… ¿quién se puede oponer a las fuerzas de la Naturaleza?

Las Antiguas, llamadas mujeres de Iboshim, aquelarres de sabias y ancestrales brujas que poblaban las islas desde época fenicia, ocultas solo para aquellos que no las quisieran ver, contaban en *petit comité* que es Vedrà necesitaba el aislamiento para mantenerse pura y acumular energía, puesto que era y sería un importantísimo punto de equilibrio telúrico y magnético

para la Tierra. No sabían decir por qué era así, pero así era. Por tanto, aquella gigantesca roca, fuente de leyendas, mitos, magia y todo tipo de sucesos paranormales, emergía de las profundidades del mar Mediterráneo, desde sus entrañas, para hacer de vigía de la gente de Eivissa y bañarlos con su poder. Ofreciéndose para ellos siempre que lo necesitaran y siempre que la respetaran.

Y allí estaba Amanda Balanzat, descendiente de las mujeres de Iboshim. A sus treinta y cinco años, tenía unos dolores de parto tan fuertes que parecía que la estaban matando. Cada contracción le arrancaba un año de vida, y suponía que, una vez diera a luz, su larguísimo pelo rojo estaría entrecano y las comisuras de sus ojos verdes lucirían arrugas marchitas; lamentablemente, ninguna de ellas sería causada por sonreír.

Los médicos le habían recomendado que no tuviera esos bebés. Su embarazo había sido declarado de alto riesgo y por eso decidió no continuar visitando a su equipo médico, pues ya no confiaban en el éxito del alumbramiento. Amanda no quería dar marcha atrás; sus ginecólogos decían que lo mejor para preservar su salud era abortar, y aquella diatriba había generado un serio conflicto entre ellos, más aún, sabiendo que su madre, Pietat, había sido una doctora muy respetada en las islas.

No obstante, los médicos no creían en aquello que las Balanzat, temidas por algunos, tenían por ciencia cierta, como eran los conocimientos, tan antiguos como la mismísima vida de sus maravillosas islas, que atesoraban con celo y que habían sido transmitidos de generación en generación desde la Antigüedad.

Es Vedrà era mágica y tan real como que el sol salía cada mañana y la luna se alzaba por las noches, tan mágica como había sido su caso de embarazo. Amanda había sido declarada rematadamente estéril. Con solo un ovario, «un tanto poliquístico» como decía ella, se había quedado embarazada en contra de los diagnósticos aplastantes de sus médicos.

Y no solo de un bebé. Ni de dos.

Tres. Tres eran las bebés que esperaban nacer de su vientre abultado, estriado y varicoso. Una cuna de carne que las había resguardado el tiempo necesario como para que se formaran, pero no el suficiente y recomendado

para que las pequeñas, que no serían trillizas idénticas, pudieran sobrevivir a la vida fuera de su protector interior.

Amanda acarició la parte baja de su barriga y tomó aire por la nariz para sacarlo por la boca. Aquello debía salir bien. El linaje de las Balanzat no podía acabar solo con ella; ellas eran las guardianas de Eivissa y su línea de sangre debía persistir.

Mama Pietat, su madre, y su amado y descuidado marido, Ángel, la acompañaban para la ocasión. Una le secaba el sudor de la frente con un paño blanco remojado en el agua fría de la orilla del islote mientras recitaba una oración a es Vedrà. Tenía el pelo blanco trenzado, y sus ojos azules y conmovedoramente claros, a diferencia de su hija, sí tenían arrugas de felicidad a su alrededor. La mujer no dejaba de sonreír, alegre por saber que las Balanzat proseguirían su camino en la vida de la mano de esas tres niñas que verían la luz de la luna llena esa misma noche. Pietat se negaba a creer otra cosa que no fuera un éxito rotundo en el parto.

—Tú, que eres madre y sostienes a tus hijos; tú, que nos vigilas y no juzgas; tú, que nos ayudas y nos purgas. Sobre tus faldas yace mi hija, la tuya; ayúdala a dar vida y ayúdala a sanar después. La vida con muerte no es vida, la vida con vida lo es. —Remojó su rostro de nuevo y acunó su mejilla roja en su mano—. Vas a estar bien, cariño. Ya lo verás.

—Me matan los dolores. Cada contracción es peor que la anterior —susurró ella dejándose mimar por su madre, abatida y ya muy cansada.

—Lo sé, amor —dijo Ángel encendiendo la última vela pequeña y de tallo grueso a su alrededor. Se incorporó y con el índice recolocó sus gafas de pasta negra, que se habían deslizado debido al sudor sobre el puente de su gran nariz.

Amanda observó a Ángel y se sorprendió de lo mucho que lo seguía amando. A muchas parejas el tiempo les desgastaba, aniquilando todo el amor que un día habían sentido el uno por el otro, como si fuera un recuerdo de un sueño; pero ese no era su caso.

Basaron su relación en el respeto y en la admiración mutua que se profesaban como personas. Su amor no había sido nada fulgurante, se había forjado a fuego lento, y de ello había resultado un inmejorable cocido del que todavía paladeaban su sabor.

¿Qué futuro podrían haber tenido una curandera y el diseñador de la planta desalinizadora de Formentera? Probablemente no mucho.

Ángel era un hombre de negocios, muy rico y de ideas muy vanguardistas. Ella era solo una chica soñadora de un pueblo ibicenco, en es Cubells.

Pero una noche de San Juan entre hogueras, alcohol y ritos naturistas podía dar mucho de sí. Y vaya si lo había dado. Desde entonces, la pareja se había vuelto inseparable y se habían querido tanto o más que el primer día.

Por eso Amanda no quería fallar. Necesitaba sobrevivir al suplicio de sacar a tres personitas adelante, sufriera los dolores que sufriera.

Y si ella no seguía adelante, al menos, que sus hijas conocieran al maravilloso padre que tenían y a su espléndida abuela. Que vieran la vida con los ojos vivos con los que ella la veía.

La vida era un regalo que todos merecían sin distinción.

Y su deseo más profundo era que sus hijas la experimentaran.

—De acuerdo, preciosa —le dijo Ángel colocándose tras su espalda para que ella se apoyara en él. Habían intentado facilitar todas las comodidades posibles a la parturienta pero, al final, no había nada más seguro y tranquilizador que el sostén que conferían el cuerpo y los brazos de la persona que te quería y que no permitiría que hicieras ese viaje sola.

Los hombres no sufrían dolores de parto, pero sí sufrían el temor y el dolor de ver a su mujer gritando entre lágrimas, sangrando y desfalleciendo, y Ángel no era inmune al hecho de no poder apaciguar siquiera un poco de su tormento. Pero, al menos, estaría ahí para ella. Le ofreció la mano derecha a su mujer, y ella se la cogió, amarrándose a él como si fuera un salvavidas.

—Rómpeme todos los huesos si quieres —le susurró él al oído, con ternura infinita—. No me voy a ir.

Amanda sonrió y apoyó la cabeza en su pecho. Su respiración se había disparado y ahora ya no llevaba ritmo ni control.

Mama Pietat se arrodilló entre sus piernas y arremangó las mangas de su camisa roja de estilo ibicenco.

—Muy bien, hija. Ya estás muy dilatada. —La inspeccionó con los dedos entre las piernas—. Madre mía… Ya toco la cabeza de una de ellas —sonrió con ojos brillantes—. Cuando diga tres, empujas con fuerza.

—Mama… —susurró llorosa— la última ecografía que me hice reflejaba que una de ellas estaba atravesada… —sorbió por la nariz—. No sé si podré… No sé si ha sido buena idea… —Las dudas, inevitablemente, la acecharon en el último momento.

—Chis, niña —la cortó la madre—. Las mujeres llevan pariendo desde hace milenios… No te va a pasar nada, cariño. Estamos en lugar sagrado y no podemos ofender a es Vedrà. Mis nietas estaban mal colocadas antes. —Alzó los ojos claros al cielo y a la luna llena. El pico lleno de acantilados de es Vedrà recortaba el color nocturno y lleno de luces titilantes de la bóveda celeste—. Pero ahora, el espíritu de Mama Vedrà hará lo propio —dijo refiriéndose a la mágica roca—. Empuja —le ordenó seria y llena de determinación, sin perder de vista la expresión asustada de su hija—. ¡Empuja, Amanda!

Amanda no tardó ni un segundo en reaccionar y obedecerla. Impulsó su cuerpo hacia adelante con toda el alma y contempló a su madre, que con ojos abiertos y estupefactos, llenos de maravilla y fascinación, recibían al primer bebé en un paño rosa y caliente. Actuó con diligencia y cortó el cordón umbilical con unas tijeras nuevas que habían comprado ese mismo día. Todo era nuevo y a estrenar: las mantitas, la cuna triple que pondrían sobre la lancha para salir del islote, las gasas, los hilos… Todo sería casero para salir del paso. Después, cuando Amanda acabara de dar a luz a su tercera hija, se la llevarían al hospital municipal de Ibiza.

La bebé ni siquiera lloró. Pietat la observó con detenimiento cuando la pequeña abrió los ojos y, medio prematura como era, fijó la mirada en ella. Unos ojos tan verdes como los de Amanda. Tenía los puñitos apretados contra su pecho desnudo y resbaladizo y hacía pucheros con su boquita en forma de piñón.

—Por todos mis antepasados… —susurró Pietat, estremecida—. Esta niña tiene ojos de vieja.

—Se llamará Nicole —sentenció Amanda.

—Todos los bebés son viejos enanos al nacer —dijo Ángel, con una sonrisa estupefacta en sus labios—. Viene otra más, Pietat. Déjala en la cuna —la urgió nervioso, animando a Amanda y besándola en la coronilla.

—¡La quiero coger! —clamó Amanda.

—No, aún no —le prohibió Pietat—. Después cogerás a las tres. Ahora céntrate, esto aún no ha acabado.

—Vamos, cielo. Ya hay una parte del camino hecho —la espoleó Ángel.

Amanda lloraba con fuerza; los dolores se hacían insoportables.

Una vez había salido la primera, empujaba la segunda.

Sin embargo, esta segunda no tuvo nada que ver con la de antes. Amanda sintió una paz increíble al empujar; tanto que, incluso, pudo sentir cómo parte de su cuerpo, internamente magullado y desgarrado, se regeneraba y sanaba milagrosamente.

—¿Estás empujando? —preguntó Pietat.

—Sí… —contestó ella relamiéndose los labios—. No siento nada. ¿Por qué no siento nada?

La cabeza de la bebé emergió por la vagina de Amanda y su abuela posó sus manos cubiertas por un manto rojo para sostenerla hasta que, lentamente, todo su diminuto cuerpecito acabó arrullado por la tela polar.

—No sangras, Mandi —murmuró Pietat a su hija, tan incrédula como ella. La mujer estaba deslumbrada por la sonrisa de la niña—. Hola, *nineta meva*… —dijo estudiando su mata de pelo negro y sus ojos azules claros como los de ella—. ¿Qué le has hecho a mama, eh? —le preguntó limpiándola y cortándole el cordón umbilical.

—Esta es Alegra —anunció Ángel.

—Bonito nombre —reconoció Pietat dejándola en la mullida y calentita cuna que habían preparado para ellas.

Ángel pegó su mejilla a la de su mujer, entrelazó sus dedos con fuerza y le dijo:

—Eres la mujer más increíble que he conocido en toda mi vida, y pienso levantar una escultura en tu nombre. Pero te queda el último esfuerzo, amor. —Ángel lloró al sentir cómo su mujer apretaba sus dedos. Estaba cansada, aunque no tenía tan mal aspecto como esperaba—. Ayuda a nacer a nuestra tercera hija y hazme el hombre más afortunado de este mundo por tener a cuatro guerreras custodiando mi corazón.

Amanda sonrió entre lágrimas, asintió con decisión y empujó con todas sus fuerzas. Lo hizo una y otra vez, haciéndose daño por el esfuerzo. Pero la tercera no salía.

Pietat, actuando con rapidez, introdujo una mano en el interior de su hija hasta que detectó el problema.

—Viene con un nudo al cuello. El cordón la está asfixiando. Es un prolapso umbilical —Pietat podía ser una Balanzat, una mujer de magia y misticismo, pero también era doctora y conocía todos los diagnósticos y métodos ortodoxos y sabía de lo que hablaba—. Te tengo que practicar una cesárea de riesgo.

—No. Ni hablar —dijo Ángel—. No tienes los instrumentos necesarios para ello. No quiero que se lo hagas. No es seguro ni ético.

—¡¿Y qué lo es, Ángel?! —replicó Pietat—. ¡Mi hija está sacando tres cabezas por su vagina cuando todos los médicos decían que iba a ser una locura y que el embarazo la mataría! ¡Que no sobrevivirían ni al tercer mes! —aseguró la mujer apasionada—. ¡Y mira dónde estamos! En es Vedrà, la misma noche del alumbramiento, porque así es como debe de ser… Ahora, hazme caso y déjame ayudarla —pidió con humildad.

—No la cortes —le ordenó Ángel con voz inflexible—. Ayúdale, pero no la cortes. Si tan mágica es esta noche para las Balanzat, demuéstramelo —la presionó—. Déjame ver qué sois capaces de hacer.

—¡Mama! ¡Sácala! —gritó Amanda.

El bebé venía en posición cefálica posterior y eso, aún siendo la tercera, presionaba más la pelvis de Amanda y complicaba el parto.

Pietat miró a Ángel dubitativa. El hombre tenía razón: una cesárea sin la instrumentación básica era muy arriesgada. Peligraría la vida de Amanda si no lo hacía ya. Pero, sin ayuda, esa bebé que venía en camino no sobreviviría.

Intentó recolocar el cordón y liberar a la pequeña de su constricción. Pondría todo de su parte para salvarla.

Después de un minuto, finalmente lo consiguió; pero la niña, que salió entre las piernas de la madre, no respiraba y tenía un color azulado desolador.

—Ah, no. Eso sí que no. —Pietat, apresuradamente, colocó a la niña junto al calor de sus hermanas, en la cuna bien mullida y protegida, y empezó a darle masajes cardiopulmonares con solo dos de sus dedos, el índice y el corazón—. Tú tienes que vivir… Nada de dramas… ¿me oyes?

—¿Mama? —preguntó Amanda, exhausta, levantando la cabeza, con el corazón en un puño—. Mama, ¿qué le pasa? ¿Está bien? ¡Por favor, mama! ¡¿Qué le pasa?!

Ángel aguantaba la respiración, compungido. Eran tres sus hijas. Tres. ¿Por qué iba a morir una de ellas si el destino de las Balanzat era vivir?

—A Sasha no le pasa nada —dijo la mujer, desesperada por hacer revivir a la cría. A ella le tocaba elegir el nombre de la más pequeña y decidió ponérselo ya, para que la pequeña supiera que existía ya en sus corazones—. Ella va a vivir. ¿Verdad, Sasha?

Y entonces, Alegra, que estaba en el medio de las tres mientras su abuela frotaba el pecho de su nieta con los dedos, hizo algo que llenó de desconcierto a Pietat. Era un bebé ochomesino, no más, tan diminuto como su antebrazo. Pero tenía los ojos bien abiertos y parecía comprender lo que estaba sucediendo con su hermana. Se giró, con su cuerpo desnudo y cubierto por su mantita roja, y por un momento levantó la cabecita y pegó la frente en el brazo sin vida de Sasha. Alegra empezó a llorar desconsoladamente, moviéndose con espasmos dentro de la manta.

Pietat, que tenía sus ojos azules llenos de lágrimas de desolación, recolocó a la bebé, porque parecía incómoda dentro de la manta, como si quisiera salir.

Sin embargo, lo que sucedió después sería una leyenda eterna para las Balanzat.

Una manita de Alegra salió disparada de entre los pliegues de la manta, como si hubiera esperado el momento de encontrar una salida, y súbitamente, producto del más puro de los milagros de la vida, sus deditos encontraron los de su hermana moribunda.

Alegra cesó su llanto y un silencio abrumador cayó sobre es Vedrà y sus seis inquilinos.

La preciosa bebé no soltaba la mano de su hermana. Su piel se tornó un tanto azulada, y sus labios se amorataron al tiempo que el cuerpo de Sasha recuperaba un color saludable y su pecho empezaba a subir y bajar recibiendo aire renovado en sus pulmones.

El aire de la vida.

Pietat parpadeó incrédula al ver cómo Sasha, en su manto lila, revivía al contacto de su hermana, y cómo Alegra absorbía la muerte de su hermana más pequeña, por segundos de diferencia, y la sanaba, recuperándola de entre los muertos.

La mujer tomó a Alegra en brazos y la cobijó contra su cuerpo, temerosa de que la bebé perdiera su propia vida.

Pietat estaba acostumbrada a la magia, pero era lo suficientemente inteligente para discernir qué era un don de lo que no lo era. Y tenía a un don puro entre sus manos.

La pequeña se repuso rápidamente y su color cerúleo desapareció.

Sasha, entre tanto, respiraba tranquilamente y un precioso color sonrosado llegó a sus mejillas para después coger aire, como quien sale del agua después de bucear durante largo rato, y soltar un grito melódico que se escucharía en toda la isla y hasta en Formentera.

—¿Esa es Sasha? —preguntó Ángel estupefacto—. ¿Está…? ¿Está viva?

Pietat asintió con la cabeza y se secó las lágrimas con el antebrazo, manchado de sangre de su sangre; carne de su carne.

—Sí —contestó asegurándose de que la auténtica salvadora estaba bien —. Sí… No os vais a creer lo que ha pasado. —Aunque le costó morderse la lengua, ya se lo contaría. En aquel momento lo importante era que las niñas conocieran a su madre y recibieran su calor.

Ángel y Amanda se miraron el uno al otro, maravillados por la revelación. La madre y las hijas estaban bien; las cuatro vivas. ¡Era un milagro!

Pietat dejó a Alegra sobre el pecho de su madre, y esta le sonrió, llena de amor y devoción por ellas. Después llegaron Nicole, la mayor, y Sasha, la pequeña y más luchadora de las tres.

Con Alegra en medio, flanqueada por sus dos hermanas, rodeadas por los brazos de su madre, y Amanda y Ángel felices y fascinados por las tres vidas que habían creado, Pietat, la abuela, solo tenía una cosa en mente: tal vez es Vedrà había dotado aquel nacimiento imposible de una magia que ninguno de ellos podía en realidad comprender.

Tal vez la roca les había ayudado con todo su poder telúrico y ancestral, y no recelaba; pero tampoco dudaba, y estaba segurísima, de que Alegra, la

mediana, era propietaria de un don que entonces no sabían hasta dónde podría llegar. Un poderoso don, tan hermoso y altruista como el más purísimo y antiguo amor.

Y era su labor, la de Amanda y Ángel, y la de la gente que la amaría durante su vida, cuidarla y resguardarla de los intereses de aquellos que querrían su poder para sí mismos.

Las tres serían especiales. Las tres habían nacido el uno de marzo, el día de las Islas Baleares, mientras las hogueras iluminaban las orillas de las calas ibicencas y los fuegos artificiales empezaban a inundar el cielo estrellado. Tres ángeles habían nacido durante los gritos de jolgorio de la gente que disfrutaba de una festividad de las islas.

Ellos no lo sabrían jamás. El resto del mundo no lo sabría jamás. Pero sus islas habían recibido nuevos dones, más puros que la tierra que pisaban, llamados Nicole, Alegra y Sasha; y eran las niñas de sus ojos, las descendientes de las Antiguas de Iboshim.

Las Balanzat.

2

IBIZA
Veintiséis años después

El olor a pino la embargó al salir a la proa del *ferry*. Sus islas, sus preciadas islas, lugar de sentimientos encontrados, de penas y alegrías para ella, eran las poseedoras de ese refrescante perfume. Por esa razón las habían llamado Pitiusas, porque sobre su tierra abundaban tres clases diferentes de pinos.

Su avión desde Nueva York la había llevado directamente a Barcelona, y desde allí había esperado el *ferry*. El motivo de no tomar el avión de Barcelona a Ibiza era muy sencillo: le encantaba viajar a las islas en barco. Le recordaba a cuando era pequeña y jugaba con sus hermanas en los camarotes. Se juntaban todas en una litera, encendían una linterna y dibujaban figuras en el techo, inmersas en su mundo de fantasías y luces.

Alegra sonrió melancólica mientras dejaba que el viento meciera su melena negra y escalada y saboreaba su Chupa Chups sabor Coca Cola. Estaba viciada a su sabor.

—Es una isla preciosa, ¿verdad? —preguntó un hombre apoyado en la barandilla, justo a su lado.

Ella ni siquiera lo miró. Los hombres, para bien o para mal, le entraban a menudo y ella no quería complicaciones de ningún tipo. Pero pudo ver por el rabillo del ojo y lo que le permitía la pata metálica de sus gafas de sol Ray-Ban con cristales verdosos, que era alto. Muy alto.

Tenía una voz extraña y aterciopelada que le puso la piel de gallina. Sasha le habría preguntado «¿Gallina mala o gallina buena?».

Alegra se obligó a asentir y a frotarse el gemelo izquierdo con el puente de su pie derecho.

—Sí. Es muy bonita —contestó.

El hombre se estiró como si fuera el rey del *ferry* o, mejor dicho, del mundo, y sonrió frotándose el pelo algo largo de la nuca.

Tenía el pelo liso y largo, castaño muy claro, por debajo de la barbilla, como los roqueros de antes, pero con corte moderno. Su pose era la de un elegante canalla, tan soberbio y ligón como divertido y seguro de sí mismo.

Alegra no soportaba a esos tipos; pero este, por alguna razón, tal vez por la medio sonrisa expectante que lucían sus labios o por su actitud de alguien que estaba preparado para recibir un planchazo, no le cayó mal.

No le podía ver los ojos, cubiertos también con unas gafas Carrera negras, de estilo aviador como las de ella. Una camiseta blanca de manga corta y unos tejanos gastados, que le quedaban como un guante, completaban su atuendo.

—¿Eres de aquí?

—Puede ser. —Estaba harta de ver capítulos de *CSI* en el que esa pregunta y su pertinente respuesta llevaban a un asalto sexual por la noche y a un secuestro. Se curaría en salud.

—Yo no soy de aquí —contestó buscando conversación—. Pero me quedaré todo el verano por la isla.

—Ajá. Te encantará Ibiza.

—Sí, ya veo. —Se frotó la barbilla y la miró de arriba abajo, haciéndole un escáner completo con rayos infrarrojos—. He hecho una apuesta con ese de ahí —dijo el hombre, que tendría unos treinta años, señalando con su paquete de tabaco en mano a otro de cabeza afeitada y gafas de sol que tenía serios problemas de mareo y se sujetaba como podía a los barrotes de la baranda.

—Ah, ya —Alegra no pudo evitar no mirarlo y compadecerle por su mal aspecto—. Lo siento por tu hermano —contestó.

El hombre no supo cómo reaccionar. La gente decía que se parecían, pero él no veía esas semejanzas. Le impactó que esa mujer tuviera tan claro que les unían lazos de sangre.

—¿Cómo sabes que es mi hermano? ¿Tanto se parece a mí? —preguntó.

Ella se encogió de hombros y se llevó el caramelo a la boca.

—¿No te interesa saber de qué va la apuesta? —preguntó acercándose más a ella.

—La verdad es que no mucho, no. Pero si te hace feliz contármela, soy toda oídos.

Él arqueó las cejas y asintió con la cabeza, como valorando su desplante como un desafío.

—Eres una chica dura, ¿eh?

Alegra estaba tentada de contestarle que ella no era dura, pero si estaba ligando con ella era porque a él sí le ponía duro. Esa sería una contestación más propia de Nicole, que no tenía filtros a la hora de hablar.

Así que optó por la prudencia y el escondite y no le contestó.

—Mi hermano David me ha retado y me ha dicho que no podría conseguir una cita contigo ni aunque fuera el rey de Roma.

Alegra inclinó la cabeza a un lado y lo miró de arriba abajo, justo como él la había mirado a ella. Después se sacó el Chupa Chups de la boca y dijo:

—Tu hermano David es un visionario.

Él se echó a reír y se llevó la mano al corazón.

—No solo eres dura, eres cruel conmigo.

—Lo siento de verdad. No estoy interesada —dijo ella, decidida a alejar a ese macho alfa y terriblemente atractivo de su lado.

—¡Te lo dije, Nil! ¡Esta no te va a seguir el juego! ¡Parece lista! —gritó su hermano alzando los dedos victorioso en medio de una arcada. Este tenía la piel algo pálida debido al mareo. Pero era apuesto, como su hermano mayor.

—Cállate, hombre —contestó el involucrado—. Ya casi la tenía.

Las cejas negras de Alegra se dispararon hacia arriba.

Así que se llamaba Nil…, y era un creído.

—¿Ah, sí? —replicó ella sin sentirse demasiado ofendida por aquella flagrante mentira a medias—. ¿Ya casi me tenías? Yo creo que él casi ni se acerca.

Alegra no era tonta, ni una mojigata santurrona. Por supuesto que se imaginaba comiéndoselo en uno de los camarotes de arriba abajo. Pero su estancia en Ibiza no tenía que ver con el sexo ni los desahogos corporales.

Tenía que ver con el tiempo para meditar y ayudar a fermentar una decisión en su cabeza.

Nil chasqueó y negó reiteradamente.

—Una pena que no me hagas caso, preciosa. Tal vez mi hermano tenga razón. —Se bajó las gafas por el puente de la nariz y le guiñó un ojo verde, rasgado y tupido de unas pestañas que ni el rímel más pesado podría conseguir.

Alegra parpadeó atónita. Era tan guapo y tan presuntuoso que descubrirlo le rompió un poco el corazón, porque la gran verdad universal volvía a hacer acto de presencia en su vida, tan exacta como una fórmula valórica y matemática: «Tío bueno, igual a lerdo».

—¿Razón en qué, si se puede saber? —repitió carraspeando y haciéndose la indiferente.

Nil la estudió de arriba abajo. Alegra se cuadró. «Mete barriga. Saca pecho. No respires».

—No eres mi tipo —contestó, dándose media vuelta y dejándola con un palmo de narices.

Aquello no le había pasado jamás, y su vanidad femenina quedó magullada.

—¿Y tú el mío sí, Casanova? —replicó molesta, intentando no quedarse con la palabra en la boca.

¿Quién se había creído que era el rubio?

Nil caminó de espaldas y sonrió abiertamente.

Y Alegra lo vio, se dio cuenta en ese mismo momento. Era el hombre más guapo que había visto nunca, de esos que hacían que en cualquier momento el cielo se abriera, los ángeles tocaran lo que fuera que tocasen, y un rayo de luz divina lo alumbrara. Nil no era guapo como hoy en día dicen que es un hombre guapo: lleno de músculos, anabolizantes, arroz y pollo hasta en las orejas, tatuajes, *piercings* y testosterona. No.

Era hermoso con elegancia, *sexy* con sutilidad y bello y atrayente de un modo que hasta parecía pecado. Alto, esbelto, tonificado, de espalda ancha y caminares ágiles. Sus facciones eran demoledoras y estaba convencida de que el reflejo de sus gafas de sol conjuntaba con la blancura de sus dientes a

propósito. Pero, lamentablemente, Nil sufría el colmo de los guapos: era tonto del culo. Y un poco borde.

Con ese pensamiento en mente, Alegra se volvió para contemplar el mar y la isla, que cada vez estaba más cerca. Y decidió no volver a pensar en él ni en la posibilidad de que, tal vez, solo tal vez, había echado a perder la oportunidad de darse un magreo con un dios.

La sensación de regresar a casa después de casi seis años de ausencia se le antojaba extraña. De hecho, no sabía muy bien cómo sentirse al respecto.

Por una parte, vería a Sasha, su queridísima hermana pequeña, tan especial, bonita y pura como una flor de loto. Tenía tantísimas ganas de abrazarla que hasta le escocían los dedos.

No podría ver a Nicole, su hermana mayor, porque seguramente seguiría en Inglaterra, estudiando los campos de trigo. Pero esperaría su visita durante el verano. Tendrían tantísimas cosas que explicarse que necesitarían al menos una semana para ponerse al día.

Después se encontraría a su abuela, su preciosa Pietat, un muro sólido que conformaba su vida como una constante, como un cerco irrompible a su alrededor. Ella fue su fuerte cuando todo se vino abajo; su abuela se convirtió en la varita mágica que calmaba las aguas que pugnaban por salir desaforadas de su interior para arrasar con todo.

Y por último, su madre. Su compasiva, comprensiva y sabia madre. Alegra reconocía que había sido muy injusta con ella, pero todavía sentía cierto resquemor hacia su comportamiento. No estaba de acuerdo sobre cómo lo llevó todo con su padre. Se suponía que ellas eran un equipo pero, al final, Amanda decidió por todas, como una líder individualista que no supo delegar.

No estuvo bien.

Recordar lo sucedido no le beneficiaba, y sabía que aquellos pensamientos no eran buenos ni productivos y debería eliminarlos de su mente. Pero, a veces, le era imposible.

Se le acumulaba un nudo de pena en el estómago, y su garganta se atoraba. Como en ese momento, cuando al contemplar es Vedrà, los

recuerdos de días de submarinismo y contemplaciones de estrellas junto a su padre la azotaron hasta casi escocerle.

Ella meditó: era un poco como esa roca magnética, despegada e independiente. O al menos lo había sido esos últimos seis años.

¡Y cómo las había necesitado! Como el aire para respirar.

Su padre había asegurado un fondo económico para pagar los estudios de sus tres hijas. Así que, después de que él se fuera, las tres necesitaron urgentemente un cambio de aires. La casa se les caía encima y los recuerdos hacían mella en sus caracteres. Vivir cada día se convertía en una auténtica hazaña llena de sacrificios. Luchaban por sonreír, luchaban por no llorar, por no recriminarse; luchaban por no hacer ruido mientras lloraban y por forzar palabras que a nadie le apetecía cruzar.

Su padre había dejado una huella eterna en sus almas; le habían querido con locura, y ver que las había abandonado las dejó en *shock*, sumidas en un letargo de autoflagelación e incomprensión.

Por eso, en cuanto tuvieron la oportunidad, echaron mano del fondo que les había dejado y todas pagaron sus estudios con antelación, para obligarse a moverse, a salir de ahí, a llenar de oxígeno fresco sus pulmones y renovar la sangre viciada de sus corazones.

Necesitaban ocupar sus mentes con cosas que no fueran recuerdos de lo que una vez fueron todos juntos, porque la pérdida y la aplastante realidad de saber que no volverían a gozar de aquello las destrozaba.

Nicole había decidido ingresar en una licenciatura en Física en Inglaterra.

Sasha decidió cursar Música en el Liceu de Barcelona.

Y ella optó por estudiar Biología celular y Física en Estados Unidos.

Cursó dos carreras a la vez. Apenas había tenido tiempo para hacer vida social, solo lo suficiente para algún que otro desahogo con los compañeros de la facultad y ligeros encontronazos en alguna fiesta loca con su amiga Suzanne.

Cinco largos años después, y uno más para realizar su tesis, Alegra estaba licenciada en las dos carreras que había elegido, además, había gozado de la incalculable compañía y asesoramiento del profesor Lipton,

experto en Biología cuántica, y una fuente valiosísima de información y práctica para ella.

No fue una decisión fácil intentar hibridar las dos carreras que había estudiado para, a través de sus bases, crear un compendio de ideas y teorías que demostraban aquello que la opinión científica denostaba. Su estudio *Biología cuántica: la nueva medicina* había sido laureado con todos los honores, pues su información y sus datos habían sido exhaustivos y cuidadosamente medidos.

Debería estar orgullosísima de ello. Y lo estaba.

No obstante, la felicidad había sido efímera y momentánea. Una vez finalizadas las carreras y teniendo sobre la mesa todas las ofertas de trabajo que le habían ofrecido para realizar su labor alrededor del mundo, Alegra necesitaba recargar baterías y decidir cuál sería su mejor opción.

Y por eso estaba allí, en Ibiza. Para inspirarse, para iluminarse. Su pedazo de tierra en el mar actuaba como bálsamo clarificador en ella. Y esperaba que su naturaleza, sus calas, sus pinares, sus playas de arena blanca, su ambiente distendido y por zonas bohemio, sus noches claras rebosantes de luceros y el calor de su familia le ayudaran a tomar la mejor decisión.

El *ferry*, de la compañía Baleària, atracó en el puerto de la capital, y uno a uno, los pasajeros fueron bajando por la pasarela de embarque.

Arrastró su maleta con ruedas y cargó con la de mano, observando el recinto fortificado de Dalt Vila y el cuadro bullicioso que presentaba su hermosa ciudad a sus pies.

Truman Capote afirmaba que cuando llegabas al puerto de Ibiza en barco y tus pies tocaban suelo ibicenco, sentías que nada ordinario ni vulgar podía sucederte. Y Alegra no iba a desmentir las palabras del escritor estadounidense, porque tenía razón: aquel lugar estaba marcado por lo mágico y lo especial y atraía a personas de distintas etnias y culturas, además de inspirar a los más sensibles. Desde Santiago Rusiñol y Walter Benjamin, a Mike Oldfield, que se inspiró para la música de *Tubular Bells* en es Vedrà; Albert Camus, Rafael Alberti, Cioran… Pink Floyd dedicó una canción a un bar bastante concurrido y famoso de la isla.

Era un cónclave magnético en la Tierra, tan magnético como lo eran el cuerpo y la sonrisa de su preciosa hermana Sasha, que la saludaba con la mano y empujaba a todo el mundo para hacerse un hueco y seguir su trayectoria.

Sasha llevaba un sombrerito de paja de color blanco a lo gánster, con una cinta negra grabada, y lo sostenía contra la cabeza para que nadie lo hiciera volar al alzar la mano para saludar a sus seres queridos. Vestía unos *shorts* tejanos deshilachados que hacían que todos se voltearan para mirarle las nalgas y sus larguísimas piernas. En la parte de arriba una camiseta blanca de topos azules y en los pies una sencillas zapatillas Ibi. El diseñador Porto las había puesto de moda, y Sasha era una especie de *fashion victim flower power*. Como todas las hermanas Balanzat.

Alegra arrancó a reír.

Cuando las dos hermanas se juntaron, empezaron a dar saltitos de alegría sumidas en un abrazo fraternal.

—¡Cuántas ganas tenía de verte! —dijo Sasha.

—¡Y yo a ti!

—Estás más delgada.

—No es verdad —puso los ojos en blanco—. Tengo el culo tan gordo que si fuera una tostada habría que untarla con un remo.

A Sasha no se lo parecía.

Alegra era una mujer de ojos azules claros ligeramente achinados, pelo negro abundante y un cuerpo precioso. De los que a los hombres les encantaba manosear. El problema era que se cubría con ropas holgadas, precisamente, porque siempre había tenido problemas para que la tomaran en serio. Una biofísica que fuera tan explosiva cruzaba los cables a más de uno, que se convertían así en auténticos babiecas necios. Y, lamentablemente, Alegra no estaba por la labor de soportar las estupideces de los demás.

Nicole sí sobrellevaba mejor su encanto; y, además, jugaba muy bien con esa faceta *sexy* para abrirse camino en otros campos y conseguir privilegios.

A Sasha, que era más bajita que ellas y, según Alegra, tal vez no tan llamativa, le daba igual ser o no ser guapa; en ella, nada importaba. Su pelo castaño claro de reflejos rubios, sus labios gruesos, sus enormes pechos y sus ojos dorados podían ser todo lo exuberantes y exóticos que dijera la

gente que eran, pero a ella no le facilitaban nada. Al contrario. Sasha deseaba pasar desapercibida, trabajar con su música y su creatividad a solas, y ofrecérsela a los demás. Pero si era una Balanzat, al menos en Ibiza y sobre todo, en es Cubells, la zona del municipio de Sant Josep en la que vivían, jamás podría pasar inadvertida, pues muchos, sobre todo los más ancianos, conocían a las descendientes de las Antiguas de Iboshim y las seguían con la mirada, donde fuera que iban.

—Tonterías, Ale. ¿Dónde vas con este saco? —Tiró de su vestido ibicenco de dos tallas más grandes de lo que ella necesitaba.

—Déjame tranquila —le palmoteó las manos—. Llévame a casa. Tengo ganas de besuquear a Golfo.

Golfo era su can ibicenco, blanco y moteado con manchas marrones. Tenía ocho años de edad y los ojos amarillos, del mismo color que Sasha, y era cariñoso hasta decir basta.

—Mama y la abuela te están esperando con los brazos abiertos —añadió Sasha mirándola de reojo.

Alegra se encogió de hombros y se obligó a sonreír.

—Y yo a ellas.

No era verdad que no las quisiera ver. Por supuesto que quería. Pero no sabía cómo iba a reaccionar al entrar en una casa que había abandonado casi siete años atrás, con lágrimas en los ojos, una maleta llena de recuerdos y un resentimiento que todavía latía hacia su madre, Amanda.

Llegaron hasta el coche de Sasha, un Renault Gordini naranja que había pertenecido a su padre, Ángel. Le encantaba coleccionar coches antiguos, y sus hijas adoraban conducir, así que cada una de ellas había heredado una belleza clásica con ruedas de incalculable valor económico y sentimental. Nunca los venderían. Serían de ellas y de las Balanzat para siempre.

—¿Sabes si mi *Bambino* todavía ronronea? —Alegra también tenía su coche y ansiaba escuchar de nuevo su motor. El niño de sus ojos se llamaba AC Cobra 427 Roadster, del sesenta y cinco.

Sasha sonrió y volteó el volante para tomar una curva.

Abajo, a través de sus acantilados, dejaban la marabunta del puerto y el bullicio de las llegadas y las salidas.

—Tu *Bambino* está muy bien. Me he asegurado yo de calentarlo —reconoció Sasha. Subió el volumen de la música que sonaba en los Cuarenta Principales. La canción *Einstein*, de Kelly Clarkson animó su trayecto. Y mientras cantaban la una con la otra, Sasha se quedó callada, con el rostro alegre y los ojos brillantes y le dijo—: Bienvenida a casa, Ale.

Alegra no pronunció su estrofa y miró a su hermana, agradecida y a la vez incómoda por esas palabras.

Ibiza era su isla.

Sant Josep su municipio.

Es Cubells sus calas.

Pero Sananda, la casa de las Balanzat, se decía que era su hogar, allí donde creció y aceptó junto a sus hermanas que era especial, tanto como ellas. También donde amó, adoró tener dones y vivió todo tipo de experiencias mágicas.

Pero también fue el lugar en el que después de amar su don y maravillarse con él, lo odió y lo negó para siempre.

Siempre había escuchado que el hogar es aquel lugar en el que el corazón se hospeda para siempre.

El corazón de Alegra se expandió y también voló del nido de Sananda cuando no pudo hacer nada para retener a su padre.

Ella se fue, igual que él.

Y del mismo modo que Ángel no iba a regresar nunca más al interior de las paredes de aquella hermosa villa en las faldas del acantilado de es Cubells, Alegra sabía que, difícilmente, ella regresaría para ser quien había sido una vez.

Las cosas habían cambiado.

3

Es Cubells se encontraba al borde de un precioso acantilado, al sur de Sant Josep. Era un pueblo pequeño, cuyos alrededores estaban cercados por fincas particulares y casas mayoritariamente de campo.

Sus edificios más importantes eran la iglesia y el convento de las monjas teresinas. Las monjas del convento siempre habían mirado mal a las Antiguas de Iboshim.

En la iglesia, las vecinas más alcahuetas chismorreaban sobre el linaje de las Balanzat, y las señalaban a sus espaldas, repitiendo el mismo apelativo: «Brujas». Pero se cuidaban de decirlo en voz alta porque, aunque las querían y las temían por igual, la gente de los pueblos más cercanos recurría a ellas, clandestinamente, para todo tipo de ayudas. Podrían opinar y hablar mal de ellas, pero mientras recibieran ayuda por su parte, nunca lo dirían a voz en grito. Las Balanzat facilitaban soluciones de plantas medicinales para sanar enfermedades y solventaban problemas de amor y de fertilidad.

No se llamaban a sí mismas brujas. Eran sanadoras. Simplemente, mujeres más sabias con conocimientos más amplios que el resto; y habían hecho un pacto ancestral con la Naturaleza y con la isla. Esta les proveía de lo que necesitaban, y ellas ejecutaban sus conocimientos para ayudar a los demás.

Las personas de a pie lo llamaban magia. Aunque para las Balanzat se trataba de algo más espiritual, pues no había más magia que estar en comunión con la naturaleza y respetarla. «Si ayudas a la Naturaleza, ella te ayudará a ti», decían.

Sant Josep era el municipio ibicenco que contaba con más calas a lo largo de sus casi ochenta kilómetros de costa. Concentraba los pueblos de es

Cubells, Sant Jordi, Sant Agustí y el propio Sant Josep. Gozaba del mirador más cautivador de toda la isla, frente a es Vedrà, además contaba con espléndidos precipicios de roca natural y zonas vírgenes abundantes.

Los centros urbanos irradiaban encanto y se dividían entre grandes espacios rurales copados por diferentes bosques de algarrobos, higueras, pinos y sabinas, entre otros.

Para Alegra, la cala más preciosa de Ibiza se encontraba a pocos metros de Sananda. Los miradores de su finca daban a la cala d'Hort, en plena reserva natural, y era la cala más mágica y cautivadora de todas. Frente a ella, los islotes de es Vedrà y es Vedranell conferían un paisaje de leyenda. Su arena era fina y blanca y llegaba hasta las casetas de los pescadores.

Y justo allí, en ese pueblo diminuto, uno de los más pequeños de Ibiza, se encontraba su llamado hogar: Sananda.

La alegría y la tristeza luchaban por contraponerse la una a la otra, hasta que Alegra decidió por su bien que podrían convivir las dos juntas. Debían convivir si no quería convertirse en una histérica bipolar en todo el verano.

Sasha dejó el coche en el porche, al lado de los demás vehículos posesión de la herencia de las Balanzat, y cuando apagó el motor y retiró las llaves, miró a su hermana mediana, comprensiva.

—Ellas tampoco están preparadas para este reencuentro. Date tiempo, Ale —le puso la mano en el hombro—. La mama tuvo sus razones para dejarle ir. Ya hace mucho que tú y ella no os veis ni habláis.

—Sí hemos hablado —repuso seria.

—Sí, por teléfono. Y tu frialdad llegaba hasta mi habitación. Creo que debéis arreglar las cosas. Esto no puede quedar así.

Alegra abrió la puerta del Gordini, deseosa de salir de ahí y escapar de la lógica de su hermana.

—He venido a despejarme y a disfrutar de mi pueblo y de mi isla mágica —contestó Alegra—. No vengo a enfrentarme con ellas. Intentaremos estar en un ambiente relajado —aseguró conciliadora.

—Eso espero —Sasha salió del coche y cerró la puerta. Apoyó los brazos en el techo del vehículo y la miró a los ojos—. Sabes lo que provoca el estrés a mi cerebro, ¿verdad? Me encanta que estés cerca de mí porque tu don hace que no tartamudee…

—Ya no tengo el don —se precipitó a decirle—. Hace años que no lo utilizo; y, además, lo negué.

Sasha puso los ojos en blanco.

—Sí, de acuerdo, lo que tú digas. Pero un negro no dejará de ser negro solo porque se lo quiera negar a sí mismo. Todos verán que su piel es igual de oscura, aunque él quiera creer lo contrario.

—No me estoy autoengañando, es la verdad —se defendió ella—. Por eso estoy licenciada en las dos carreras que elegí. Si no tengo el don, necesito ayudar a los demás de otra manera.

—A mí no me puedes engañar, pero si te sientes mejor creyendo que te creo, allá tú. Ale, eres una Balanzat. No lo puedes negar. Tu don es… Es mágico —susurró agradecida—. Las dos mujeres que hay ahí adentro te lo van a recordar mientras estés aquí. Me encanta hablar sin trabarme. Y te aseguro que solo me sucede cuando estás cerca.

—Te enseñaré a que lo controles, Sasha. Puedo ayudarte.

—Sí, claro —añadió incrédula—. La cuestión es que si hay guerra en esta casa o demasiada presión, ni tu don ni nadie hará que hable como una metralleta o como el disco rallado de un *dj*. Ten consideración por mí, ¿vale, hermanita?

—¿La tendrán ellas conmigo?

—Por supuesto que no —contestó con obviedad—. Te has metido en la cueva del lobo y harán un acose y derribo contigo, ¿qué esperabas?

Alegra se echó a reír. Se acercó a su hermana y la abrazó. Sasha era tan aplastantemente transparente que a veces, en su presencia, Alegra se avergonzaba de sí misma, como si su hermana fuera demasiado pura y buena como para estar cerca de ella.

—Te he echado de menos, Sa —susurró sobre su cabeza.

—Y yo a ti, Ale —respondió a su abrazo y la ayudó a cargar las maletas —. Venga, vamos adentro. Noto cómo se clavan las miradas instigadoras de la yaya y la mama.

Sananda era una casa mágica donde las hubiera, y la había diseñado Ángel. Para su mujer había querido unas vistas inmejorables a es Vedrà y a la playa, con luz todo el día, y debía estar orientada de tal manera que la

parte más importante de la casa estuviera en el frente este, desde donde salía el sol, respetando siempre los puntos cardinales.

Su construcción se asemejaba a las casas irlandesas, tipo torre o castillo. Era blanca, como el color típico de las islas, pero su fachada estaba cubierta de buganvillas rosadas y púrpuras, y también de otras plantas trepadoras, de forma que cubrían la pared por completo.

La parte trasera tenía un porche que daba a un jardín mucho mayor, con plantas de todo tipo de colores y una piscina cuyos azulejos dibujaban cinco delfines, en honor a las cinco mujeres que habían rodeado a Ángel en su vida.

Un amplio jardín delantero daba la bienvenida al hogar. A mano izquierda, un porche cubierto de madera se usaba como parquin para los preciosos vehículos que atesoraban. Había cuatro. A mano derecha, de una fuente con el genio Bes y la diosa Tanit cogidos de la mano emanaba un generoso chorro de agua a través de sus bocas.

Tanit era una diosa originaria de los fenicios. Se asociaba a la luna y a la fertilidad.

Bes, en cambio, era un genio protector que inspiraba la creatividad y el arte de las familias. Se asociaba también al amor sexual y a los placeres libertinos. En Ibiza lo llamaban cariñosamente *Barrufet*.

Las Balanzat trabajaban mucho con los dos dioses y creían firmemente en ellos. Bes y Tanit eran sus guías.

—Dejémosle un tiempo de margen —dijo Pietat, apoyada en la ventana que daba a la entrada de la casa, en voz baja, a su hija Amanda—. Hace seis años que no utiliza sus manos.

Las dos habían esperado ansiosas el encuentro con Alegra. Hacía seis años que no se veían; la despedida entre ellas fue tan dolorosa que todavía escocía. La herida aún no había cicatrizado.

Amanda se acercó a la ventana, jugando con dos pincelitos sin estrenar entre sus dedos.

—Me parece bien que no lo haya hecho. Cada uno es responsable de su don y lo ofrece a voluntad, a quien ella desee —aseguró su madre—. Pero me preocupa mucho más que lo niegue. Es como si nos negara a nosotras. Ella no es como las demás.

—Lo sé.

—De hecho, negarse y negarnos es lo que ha estado haciendo estos seis años. No nos ha venido a ver ni una vez, mama —tragó saliva y arrugó la cortina morada de la ventana entre sus manos—. Me da mucha pena por ella y por nosotras.

Amanda tenía el pelo rojo recogido sobre la cabeza. Los años le habían dejado arruguitas en la comisura de los ojos y de la boca, pero seguía siendo bonita. Vestía con tejanos y una camisa holgada blanca. Iba descalza, al igual que Pietat.

Pietat llevaba unos pantalones cortos azules oscuros manchados con diminutas perlas de pintura blanca y una camiseta de punto de color azul más claro.

—Lo de Ángel nos afectó a todas de maneras distintas, Amanda. Y todo tiene un proceso para sanar. A unos les sana antes que a otros.

—Depende de cuánto pongan de su parte. Ella se ha cerrado.

—Pero está aquí ahora —reconoció Pietat complacida con la situación —. Disfrutémosla.

Amanda asintió y dibujó una sonrisa en sus labios, aunque forzada, para su hija recién llegada. Haría lo posible para no tener enfrentamientos hasta que no llegara el momento adecuado.

Ella también había sufrido la pérdida de Ángel y lo había sobrellevado como había podido, pero no había mandado al mundo a pasear, ni tampoco se había alejado tan abrupta y drásticamente de sus seres queridos.

Alegra sí lo había hecho. Y la comprendía. La comprendía porque la conocía muy bien, tanto como una madre podía conocer a su hija. Y su hija, tan altruista como siempre había sido, no se había ido de allí porque había dejado de sentir; no, ni hablar. Su hija se había ido porque sentía demasiado.

Los reencuentros podían ser de muchas maneras. Había reencuentros deseados, obligados, necesarios, incómodos, violentos y hasta llenos de vergüenza.

El reencuentro entre Alegra, su madre y su abuela estaba teñido del amor indiscutible y antiguo entre las mujeres de una familia, y a la vez manchado de una necesidad de perdón y exculpación que se exigía por ambas partes,

todo ello acompañado de un abrazo, un beso, aire retenido y lágrimas en los ojos sin derramar. Era como la receta de un plato agridulce.

Las tres se habían obligado a aparcar las preguntas y las recriminaciones y se habían esforzado tanto que las muestras de cariño puras casi habían borrado la tensión. Casi.

Los sabios ojos de Pietat y los entrometidos de Amanda repasaban a Alegra de arriba abajo.

—Ha sido mucho tiempo sin verte —dijo Amanda entristecida, tomándole el rostro entre las manos—. Nunca debió ser tanto.

—Lo sé, mama —aceptó Alegra—, pero ha sido muy duro realizar dos carreras a la vez. Y el tiempo que tenía libre, que era muy poco, lo necesitaba para dormir.

—Ah, qué bien —repuso Pietat pasmada—. ¿No has venido a ver ni a tu madre ni a tu abuela en seis años porque preferías dormir? Qué reconfortante.

Alegra sonrió. Había echado de menos el tono sarcástico de su abuela Pietat. Dicho así parecía muy frívolo. Pero, aunque no estaba preparada para volver, sí era cierto que no dispuso de tiempo suficiente para ocio ni visitas. Siempre estaba estudiando y repasando apuntes.

—Bueno, fuera por el motivo que fuese, lo importante es que te tenemos aquí —aseguró Amanda tomándola de la mano con sincero aprecio—. Y el verano es muy largo. Ya tendremos tiempo de ponernos al día. —Le dio suaves palmaditas sobre el dorso de su mano—. Deja las cosas en la habitación y baja a comer con nosotras.

Alegra asintió con la cabeza y subió las escaleras que la llevarían a la segunda planta para dejar su equipaje.

Mientras tanto, Sasha preparaba el desayuno en la cocina americana que daba al luminoso porche y al salón, y tarareaba con su maravillosa voz la melodía de una nueva canción en la que estaba trabajando.

Pietat miró a su nieta pequeña por encima del hombro. Cuando cantaba y tarareaba Sasha nunca tartamudeaba. Decían que los tartamudos tenían problemas en los hemisferios del cerebro, y que la música se trabajaba con una parte del hemisferio que no tenía que ver con el habla. Por eso, cuando cantaban no tartamudeaban. Y cuando hablaban, al trabajar esa parte del

cerebro disfuncional sí lo hacían. Pietat y Amanda sabían que su nacimiento le había dejado secuelas. Tal vez, la falta de oxígeno de la que fue privada durante largos segundos en los que estuvo clínicamente muerta, le produjo lesiones.

No obstante, Sasha era tan especial y tan buena en su trabajo que su tartamudez no importaba para que se ganara la vida bien.

—¿Qué cantas, cariño? Es una melodía preciosa.

—E-es a-algo que estoy componiendo p-para K-Kelly Clarkson —dijo cortando el pan en rebanadas.

—Es muy bonita —aseguró su madre. Se acercó a ella y la besó en la mejilla—. ¿Estás feliz de tenerla aquí?

—¿A Alegra?

—Sí.

—S-sí. Tanto como tú —contestó Sasha de frente.

Amanda sonrió y le acarició la parte baja de la espalda.

—Sí, es cierto. Es una pena que diga que haya perdido su don —comentó en voz baja.

Sasha sacó embutidos, tomate y aceite. Y, por su lado, Pietat exprimía naranjas, manzanas y zanahorias en la licuadora.

—Alegra no ha perdido el don. L-lo sigue teniendo. Y-yo no tart-t-amudeo cuando está ella a mi lado. Eso ha sido a-así desde siempre. Y-y lo sigue siendo. A-Alegra me c-cura. M-me ha dicho —tragó saliva y cogió aire para controlar sus palabras— que… me va a ayudar a solucionar mi problema. Que ha es-t-tudiado eso y que s-sabe cómo hacerlo.

—Es maravilloso. Me encanta verte tan contenta.

Amanda se moría de ganas de que Alegra le contara qué era lo que había aprendido, cuánto le había costado estudiar todo aquello, qué había descubierto… Sentía admiración por todas sus hijas. Pero sabía que la que peor lo había pasado con todo había sido Alegra. Y se sentía en deuda con ella.

—No lo ha perdido —Pietat tenía la mirada fija en las escaleras de madera de la entrada. Llenó los vasos de cristal con el líquido naranja que salía del embudo de la máquina de licuar—. Ve y comprueba las macetas.

Amanda salió de la cocina y de la casa. Cuando llegó a las escaleras, con cinco peldaños, por las que sus dos hijas habían subido para entrar a la casa, se detuvo.

Al lado derecho, en cada escalón, había colocado una maceta con flores mustias. Las habían dejado allí estratégicamente para la llegada de Alegra. Si hubiera negado el don, las flores seguirían marchitas.

Amanda tomó una de las macetas y olió la preciosa orquídea salvaje de color violeta que había renacido al paso de Alegra. Clavó la vista en la fuente de Bes y Tanit y tomó aire por la nariz.

No. Su hija no había perdido el don, solo había perdido el camino.

4

El viaje de Nil era estrictamente de negocios. Si bien era cierto que le encantaba aquella isla y se lo pasaba de muerte cada vez que la frecuentaba, esta vez debía centrarse, sobre todo, en su profesionalidad y su ambicioso proyecto.

Sus hermanos, David y Lucas, le acompañaban. David era periodista y tenía treinta y dos años. Su viaje a la isla era más bien ocioso y necesario para menguar su estrés laboral. Aun así, Ibiza estaba concurrida por famosos de todo tipo, desde estrellas de cine a políticos, y David era de esos informadores que estaban al tanto de todo y vendían exclusivas suculentas a los medios. Si el viento soplaba a favor para conseguir un notición no perdería la oportunidad de beneficiarse con ello.

Pues sin dinero no habría ni sol ni playa.

Por su parte, ninguno de esos dos casos era el de Lucas, menor de edad, que con quince años viajaba obligado a Ibiza para no quedarse solo en casa. La villa que habían alquilado para todo el verano en Sant Miquel de Balansat, un municipio ibicenco de Sant Joan de Labritja ubicado sobre una colina cuya atracción más importante era la iglesia blanca de Sant Miquel, tenía jardín, piscina y *Play Station* con Internet. La casa era un auténtico vergel para un chico como él, que no estaba interesado en conocer a chicas de su edad y menos en interactuar con nadie que no fueran sus compañeros cibernéticos de *Call of Duty*.

El puerto familiar y pintoresco que le quedaba más cerca no parecía nada animado, pero esa diversión la encontraría disfrutando de sus libros de magos y hechiceros, de los de *role play* en los que sus decisiones lo llevarían a una página o a otra y él viviría su propia aventura. Además, él no tenía otra opción que seguir a sus hermanos donde quiera que fuesen, puesto

que eran la única familia que le quedaba. Por tanto, no iba a perderse ese viaje, fuera o no fuera un bodrio.

Lucas se partía de risa mientras escuchaba a Nil plantarse frente a la mesa del comedor, cuyas sillas estaban vacías, y hablarles como si estuvieran ocupadas con los asistentes a una conferencia.

Su hermano Nil era muy serio para con su trabajo, y tenía entendido de oídas que era el más joven, mejor y más prometedor constructor que había en la actualidad de arquitectura sostenible. Y Lucas se sentía muy orgulloso de él, porque Nil era el mejor hombre, después de David, que tenía en su vida.

David y Lucas se miraban el uno al otro, sentados en el sofá, con el videojuego *Call of Duty* en modo pausa, escuchando con atención las palabras de Nil.

—Joder, tío —dijo David riéndose—. Hablando como hablas, no entiendo cómo la morena del barco te dio esquinazo.

Nil detuvo su discurso. Se los preparaba concienzudamente días antes de la ponencia. Su exposición esta vez no era para vender, pues había convencido al más importante de los dirigentes de la isla; su charla era para presentar su proyecto al resto del consejo de Ibiza. A continuación de la cita, solo faltaría la firma con los compromisarios, que se daría días después, y disfrutaría de unas merecidas vacaciones antes de empezar a trabajar y ponerse manos a la obra con un proyecto ambicioso y único en las Baleares.

Nil sonrió y recordó a la chica de la proa del Baleària.

—No era mi tipo —se justificó con una medio sonrisa.

—Todas son tu tipo, no digas sandeces —lo corrigió David—. Admite que la chica tuvo el suficiente cerebro como para no dejarse embaucar por esa carita de niño malo que tienes. Te dejó cortado.

—Lo que tú digas, hermano. —Nil cuadró los papeles sobre la mesa de cristal.

—¿Era guapa? —preguntó Lucas a David. Él se encontraba dentro del camarote y no tuvo oportunidad de verla.

—Muy guapa —contestó David hurgando en la herida—. Y saboreaba el Chupa Chups como una diosa. Pero no tenía silicona y sabía hilar más de cuatro palabras seguidas sin decir «o sea», «super» ni «mega guay».

—¿No era como ninguna de sus ex? —preguntó Lucas sin mucho interés.

David dio una palmada con asombro y soltó una carcajada.

—Eso ha sido un golpe bajo, chaval —lo felicitó David.

—Lo que sucede, Lucas —dijo Nil entretenido con la charla de sus hermanos—, es que David está frustrado. Hace mucho tiempo que no folla. De hecho, hace tanto, que se cree que fornicar es una empresa de alquiler de coches.

Lucas se echó a reír con la boca abierta y señaló a David con el índice como si fuera un fracasado.

—Sí, sí… Reíos de mí todo lo que queráis. Al menos, conmigo las chicas guapas e inteligentes hablan. A ti, te huyen. Y de nada te sirve esa mata de pelo que tienes en la cabeza.

—Admítelo, David —sonrió Nil condescendiente—. Te estás quedando calvo. Por eso te rapas. Deja de verter tu frustración en los que aún conservamos el pelo de cuando éramos niños.

—Sí, sí, lo que tú digas… Y tú acepta que solo te acercas a mujeres que sepan montar rompecabezas de una pieza. Ese bombón del barco olió la colonia de ligón que gastas y sencillamente te ignoró.

David tenía razón.

Esa mujer del barco no le había llamado demasiado la atención. Tenía una hermosa melena negra y no le podía ver los ojos cubiertos por las gafas, así que no sabía de qué color los tenía.

Eso sí, tenía una boca que lo había puesto cachondo en cuanto puso los ojos en ella. Tenía cierto aire distintivo, toda ella desprendía un extraño magnetismo.

Nil se tomó el juego de David como un desafío personal y lo había perdido. Y, además, tuvo que ser desagradable con ella para recuperar su orgullo herido. Tal vez la chica no era su tipo. No sabía si tenía tetas debajo de ese vestido blanco de abuela que llevaba, ni tampoco si su culo valdría la pena. Por la complexión de sus brazos parecía delgada, pero eso no quería decir que la chica no tuviera unas piernas de potranca ni unas caderas como las de su vecina Lola.

Y aun así, sin saber del todo si se trataba o no de un auténtico bellezón, le había gustado lo suficiente como para que le escociera que ella le dijera que no estaba interesada.

—Si la viera otra vez, dudo que se me escapara —finalizó Nil devolviendo la atención a la mesa vacía de comensales.

—¿Quieres que apostemos de nuevo? —preguntó David acomodándose en el sofá y guiñándole un ojo cómplice a su hermano pequeño, Lucas.

—Mira, David. Accedí a tu juego en el barco para entretenerte y que dejaras de prestar atención a tu mareo. Pero, hasta que no cierre el trato y tenga la firma estampada en estos papeles —los meneó ante ellos— no estoy para juegos, ¿de acuerdo?

—Eres un rajado —sonrió malévolamente.

—Joder. De acuerdo, listillo —accedió picajoso—. Apostemos con otra.

—No. Con otra no. Con esa misma.

—¿Con la misma? ¿Cómo la voy a encontrar? Tal vez no nos volvamos a ver.

—¿En Ibiza? Por supuesto que sí. Incluso… Podrías encontrártela mañana por la noche, durante la verbena de San Juan. Todos los ibicencos salen a la calle y esa chica tenía toda la pinta *hippie* para no perderse una buena fiesta. Mañana podrías darte de bruces con ella como por arte de magia.

—Ya, claro. ¿Y cuál es el trato?

—Que te la ligues. A ver si es cierto que a Nil Blanc no se le resiste nada ni nadie.

Nil se retiró el pelo liso de la cara y se lo echó hacia atrás.

—Trato hecho. Ahora dejadme trabajar.

—Y tienes que ligártela diciendo estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Dime cómo te llamas y te pido para los Reyes… Debes de estar cansada hoy después de todas las guarradas que hicimos en mi sueño anoche…

—No, me niego a decir chorradas.

David y Lucas se partían de la risa en el sofá.

—Venga, Nil, no seas aguafiestas. Si la consigues con estas frases estarás hecho todo un campeón y te pondré en un pedestal.

Nil sonrió.

—Ya me tienes en un pedestal. Pero de acuerdo. Por cierto, si la consigo con ese despropósito de palabras vacuas que quieres que le diga, tú te tatuarás mi nombre en el culo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Que se lo tatúe! —vitoreó Lucas.

David alzó las cejas rubias y miró a su hermano menor con cara de pocos amigos.

—No seas traidor.

—Eh, es lo justo —explicó Lucas entretenido—. A propósitos imposibles, recompensas a su medida. ¿No crees?

Nil y David se miraron el uno al otro, se dieron la mano para cerrar el acuerdo y se echaron a reír.

—Que gane el mejor —se desearon los dos a la vez.

Al día siguiente, después de la importante reunión con el consejo del Gobierno de las Baleares y habiendo conseguido su principal objetivo, Nil pensaba celebrarlo a lo grande. Y, si encontraba a la estirada del barco, entonces… Que se diera por perdida, porque tenía un buen repertorio de frases absurdas que la sonrojarían.

Al día siguiente, Alegra merodeaba por el jardín de Sananda y olía las flores de cada uno de los maceteros con una sonrisa nostálgica de oreja a oreja. Cómo le gustaba aquel lugar del mundo, cuántos recuerdos y qué segura se sentía allí… Le sorprendió darse cuenta de que ya no había rastros de dolor. Que los recuerdos amargos no laceraban. Y supo, sin ninguna duda, que su abuela Pietat había limpiado la casa de energías negativas.

Las Balanzat no habían dejado de trabajar con sus dones. No habían dejado de hacer magia. Lo notaba en la sal marina que había en las esquinas de las habitaciones, y también en la sensación remanente que le quedaba en el cuerpo, como una leve caricia cariñosa que hacía que se sintiera bien al instante.

—Mi abuela —susurró enternecida, oliendo una orquídea fucsia de un color muy intenso. Esas eran las flores que nacían en es Vedrà. Las reconocía por su especial olor y sus formas mágicas parecidas a estrellas amorfas.

Estar allí le hacía sentir y estar bien. Sí.

Se había sorprendido al encontrarse con su habitación igual a como la había dejado el día que se marchó. El mobiliario limpio y blanco, y las paredes lilas oscuras y lilas claras. El atrapasueños, las figuras de los búhos de colores, sus cuencos de cristal, la misma funda de la cama, las fotos de sus hermanas sobre el corcho de la pared y sus zapatillas pulcramente colocadas sobre la alfombrilla. Las cosas seguían ahí, como si nadie se hubiera atrevido a moverlas de sitio. Como si esperaran eternamente su vuelta.

Su balcón daba a la parte delantera de cala d'Hort. Desde ahí tenía una vistas espectaculares a es Vedrà, una panorámica de ensueño que no se había dado cuenta de lo mucho que la echaba en falta hasta que esa misma mañana la vio de nuevo.

Todo seguía igual allí. Nada había cambiado, excepto el hecho de que su padre ya no estaba. ¿Por qué las cosas seguían igual? No lo comprendía. Su vida había cambiado muchísimo desde entonces porque no soportaba el cambio inapelable que suponía quedarse sin él. Sin embargo, las demás Balanzat seguían ahí. Iguales. Inalterables aunque pasara el tiempo.

Su madre, Amanda, había entrado en su habitación la noche anterior mientras ella deshacía la maleta. Se había sentado en la cama y había tomado uno de los cojines violetas con estampaciones de lagartijas.

—Todo sigue igual —le había dicho hundiendo la nariz en el dibujo de la tela—. Incluso tu olor sigue aquí.

—Sí. Ya lo veo —contestó ella doblando pulcramente su ropa y colocándola en los cajones—. Pero ya no uso esa colonia.

Amanda se encogió de hombros.

—No hablo de tu colonia. Hablo de ti. De tu esencia, nena. Sigue aquí. Alegra, ¿por qué tardaste tanto en venir? —preguntó de frente. A su madre no le gustaban las medias tintas y era la mujer más directa y franca con la que se podía topar—. Te echábamos de menos. La isla te echaba de menos…

—No, mama —alzó la mano para detenerla—. Por favor… Yo ya no soy como antes. Mi vida ha cambiado. Yo he cambiado, mis ideales, también. Me he alejado de todo esto.

—Te has alejado de nosotras.

—A veces la distancia hace que veas las cosas mucho mejor.

Amanda sonrió con tristeza y sus ojos verdes se clavaron en la espalda erguida de su hija.

—Es una pena. Pero si así eres feliz, entonces, respetaremos tu decisión y procuraremos no molestarte con esas cosas que te incomodan pero que a nosotras tanto nos incumben.

—Sí. Lo soy. Soy feliz. —Metió un par de calcetines en el primer cajón de la cómoda blanca y fijó su mirada en el reflejo del espejo, a conjunto con el marco robusto y amarfilado que tenía ante sí.

—¿Y entonces? Si tan feliz eres, ¿por qué has vuelto? ¿Qué crees que vamos a aportarte nosotras? Después de seis años sin recibir ni una carta tuya, y viendo que solo te comunicabas por *mail* con tus hermanas…

—Eso es aplicable en ambas direcciones, ¿verdad? Vosotras tampoco me vinisteis a ver ni una vez. Sé que ni tú ni la abuela trabajáis y que no tenéis dinero. Solo Sasha cobra por su trabajo. Pero, si era por eso, yo os lo podría haber dejado. O Nicole.

Amanda tragó saliva y miró a su hija como si la hubiera herido en su orgullo.

—Si no fuimos a verte fue porque tú nos lo prohibiste, ¿recuerdas? No querías saber nada de nosotras. Nunca fue por dinero, Alegra. Si me faltara el dinero para ir a ver a mi hija haría lo posible por recaudarlo. Pero nunca se trató de eso. Tú no nos querías ver, y nosotras no podíamos ir a ver a alguien que rechazaba nuestra visita.

Alegra se dio la vuelta, incómoda con la situación, jugando con un pañuelo con las iniciales de su padre. Era de él. Cuando Amanda lo vio, decidió que era el momento de irse de la habitación.

No iba a interponerse más entre su hija y su marido. Lo había hecho una vez y eso le costó su relación con ella. Pero, si tuviera que hacerlo de nuevo, lo volvería a hacer.

Alegra no recordaba parte de las palabras que le había dicho ni a su madre ni a su abuela el día en que se fue. Todo sucedió demasiado deprisa, como la explosión de una granada que no ves venir. Sabía que su carácter le había jugado una mala pasada y que dijo palabras demasiado hirientes. Pero era una Balanzat. Y la sangre hervía en sus venas como buena descendiente

de las Antiguas de Iboshim. Si le hacían daño, estallaba. No sabía ser diplomática ni sumisa.

Desde entonces, desde aquel episodio, controlaba mejor su temperamento o, al menos, eso intentaba. Y nunca había tenido ningún otro encontronazo. Aunque también era cierto que en tierras americanas no había querido a nadie lo suficiente como para que la hirieran y tuviera que sacar a relucir su lengua viperina. Las relaciones interpersonales le daban bastante igual.

Esa era una de las pérdidas principales al haber ido a vivir a Estados Unidos. Sus emociones se aletargaron al alejarse de su isla y de su familia, como si rompiera un cordón umbilical. Pero eso le había permitido centrarse en sus carreras y sacarlas con la máxima excelencia.

Sin distracciones. Que era justamente lo que tenía en Ibiza: un mundo de estímulos y de recuerdos que eran tan vivificantes como aterradores.

—De acuerdo, cariño. Te dejo sola con él —le dijo su madre abriendo la puerta blanca de su habitación y cerrándola con cuidado.

Alegra se quedó mirando el pañuelo que ni siquiera sabía que estaba acariciando y lo tiró sobre la cama. Inconscientemente siempre acudía a él, a su padre. Y sabía cuál era la razón por la que hacía eso, incluso sin darse cuenta.

No se despidió. No se habían despedido.

Ahora, con su perro Golfo, color canela y blanco, siguiéndola por toda la casa, con una pelota de goma roja en la boca, anhelaba hacer las paces con su madre y su abuela.

Pero cuando una había estado tanto tiempo desconectada de sus habilidades sociales y de sus emociones no encontraba el camino para retomarlas de nuevo.

Se sentía torpe.

En la casa no había nadie, solo ella. La habían dejado allí, amaneciendo sola.

Sasha había ido al centro de Ibiza; su coche no estaba en el parquin. Y su madre y su abuela se levantaron demasiado temprano como para que ella averiguara cuándo se habían ido de la casa.

¿Por qué madrugaban tanto? Se suponía que en Ibiza la vida se vivía ralentizada, ¿no?

Alegra le ordenó a Golfo que le trajera la pelota, y cuando este lo hizo, la lanzó al otro lado del jardín. La pelota pasó por la casita de madera que solía servirles de biblioteca y de lugar de reposo, pasó por debajo de las tumbonas y del balancín, y por poco estuvo a punto de caer a la piscina.

Pero Golfo era ágil y rápido y la cogió a tiempo.

Cómo le gustaba ese perro. Y qué mal se sentía al haber estado seis años sin verlo.

—Alegra —dijo una voz de hombre tras ella.

—¿Sí? —Se dio la vuelta para ver quién era y se encontró con que no había nadie.

Solo silencio, roto por el sonido que provocaba el agua al caer de las manos de Tanit y Bes en la fuente. Nada más. Nadie más.

«Qué extraño», pensó.

La joven se frotó los brazos. Se le había erizado el vello de la nuca. Había escuchado la voz perfectamente tras ella, no se lo podía haber inventado.

—¿Hola? —preguntó en voz alta.

—Hola. ¿Señora Balanzat? —gritó un hombre al otro lado de la puerta maciza de madera de entrada a su recinto. Después presionó el timbre clásico de su casa.

Alegra salió de su entumecimiento y acudió a la llamada de aquel hombre. Era un mensajero y traía cuatro cajas de tamaño considerable en un palé negro con dos ruedas.

—Usted no es la señora Balanzat —dijo el mensajero quitándose la gorra azul oscura y limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—Soy su hija.

El hombre, que era más bien un chico, entrecerró los ojos negros y al instante un brillo de reconocimiento los iluminó.

—¿Alegra? ¿Alegra Balanzat? —Abrió los brazos y sonrió abiertamente.

Alegra inclinó la cabeza a un lado y lo estudió, hasta que por fin cayó en la cuenta de quién era.

—¿Albert? ¿Albert Costa?

—¡Sí! ¡El mismo! —sonrió peinándose el pelo con los dedos de forma coqueta.

Albert era un vecino de es Cubells. Cuando ella se fue de Ibiza, él tenía catorce años. Ahora era un chico muy guapo y estilado, con un pendiente en la oreja, abundante pelo negro y ojos muy oscuros. Y no había que ser adivina para darse cuenta de que era un zalamero.

—Vaya… Estás estupenda.

—Gracias. Y tú… has crecido.

—Sí —la admiró sin cortarse un pelo—. Es lo que hacen los adolescentes. Crecen.

Claro. Blanco y en botella.

Alegra alzó ambas cejas negras y asintió con la cabeza. No iba a negárselo. Era obvio que, como mínimo, había ganado cuarenta centímetros y ahora era un tipo muy alto.

—¿Eres el repartidor? —preguntó interesada.

Albert asintió y volvió a repasarla con la mirada.

¡Pero bueno! ¡Ese chico no sabía lo que era la discreción!

—¿Y qué traes?

—Lo que tú quieras —le guiñó un ojo.

—¿Cómo dices? —dijo estupefacta—. No seas remolón y haz la entrega, anda.

—Toma, fírmame aquí —ordenó rindiéndose demasiado pronto—. Son cuatro cajas. —Le ofreció la carpeta dura y un bolígrafo.

—¿Cuatro cajas? ¿De qué?

Albert no supo qué contestarle pues era confidencial lo que guardaban sus entregas.

—No lo sé. Pregúntaselo a tu madre.

Alegra abrió la puerta del jardín y permitió que Albert entrara en la casa y dejara las cuatro cajas de cartón, una encima de la otra, en el porche delantero.

—Gracias, Albert.

—¿Tienes novio, Alegra? —le preguntó de sopetón.

—No. No tengo.

—¿Te interesa un novio joven y manejable como yo?

Ella no tuvo otro remedio que echarse a reír.

—No le hagas caso, Ale —dijo Sasha entrando por la puerta apresuradamente, con su guitarra colgada a la espalda y una bolsa de plástico con motivos de una tienda de música colgando en su mano derecha —. Le tira los tejos a todas.

—Eso es porque tú no me haces caso, Sashi —contestó Albert.

—Estás demasiado loco —argumentó la pelicastaña—. Eres de los pocos chicos de esta isla que se atreven a mirar a una Balanzat a los ojos sin temor de que le convirtamos en rana. ¿Ha llegado el envío? —escudriñó el jardín.

—Sí —él señaló las cajas—. Lo acabo de dejar aquí.

—Perfecto, entonces… Ya te puedes ir.

Albert se recolocó la gorra y miró a Sasha con extrañeza.

—No has tartamudeado ni una vez —dijo admirado.

Alegra y Sasha se miraron la una a la otra y la morena se hizo la loca, revisando las cajas una a una. ¿De dónde venían? ¿Qué era?

Sasha puso los ojos en blanco y dijo:

—Ya t-t-te puedes ir.

El chico sonrió con dulzura y la miró como si tuviera ganas de estrujarla.

—Es tan mona… —susurró con cara de enamorado, alejándose de la casa.

—No soy mona —refunfuñó Sasha.

—Sí lo eres —admitió Alegra—. Del tipo de mona que pone duro a un chaval con las hormonas desatadas como ese de ahí. ¿Dónde has estado?

Sasha se encogió de hombros y apartó las cajas de la vista de Alegra, guardándolas inmediatamente en la casita de madera del jardín, mientras le explicaba que había ido a comprar un accesorio para su portátil Mac, un mezclador y algo más que Alegra no había entendido.

Cuando acabó de prepararlo todo y de subir su compra a su habitación, Sasha agarró la mano de su hermana y tiró de ella para salir de la casa.

—Coge lo que tengas que coger —le ordenó.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos? —preguntó a remolque.

—No voy a permitir que vayas con esos harapos y con ropa de abuela. Aquí no. Esta noche es la verbena de San Juan. Que me corten los dedos de

las manos si dejo que me acompañes a la fiesta que ha organizado David Guetta para dar la bienvenida al verano.

—¿David Guetta? —preguntó sorprendida, parándose en seco—. Caray, hermana, tú sí tienes caché.

—Solo soy compositora. No me va mal. Trabajé con él en su *singleTitanium*. Cogió uno de mis temas y nos hicimos amigos.

Qué bien. Así de fácil, pensó Alegra con sorpresa. Sasha no se daba la importancia que tenía, la muy tonta.

—¿Me lo vas a presentar?

—Te lo voy a presentar. A él y a unos cuantos más. Pero no quiero que me avergüences, porque suficientemente mal lo paso yo con mis mezclas y los *loopings* que hago al hablar. Soy tartaja, pero no quiero que piensen que tengo a una cateta como hermana.

—Esta noche no tartamudearás —aseguró su hermana protectora—. Estaré contigo.

Sasha sonrió agradecida y negó con la cabeza.

—Por eso, para acabar de dejarlos en *shock*, vamos a comprar trapitos, taconcitos y todas esas cosas que hace siglos que no compramos juntas.

—Pero…

—No hay pero que valga. —La miró directamente a los ojos—. No sé en qué convento americano has estado estos seis años de extradición, Ale. Pero eso ya ha acabado. Olvídate de tu biología cuántica. Ahora estás en Ibiza. Y te voy a recordar lo que Alegra Balanzat es en Ibiza. Esta misma noche empezaremos a hacer tu regresión.

—No necesito regresiones.

—Es cierto. Solo necesitas reencontrarte a ti misma y saber quién y qué eres.

—¿Y qué soy?

—Divertida. Alegre. Un auténtico huracán y una fresca redomada. Eso eres. Andando.

5

Después de todo el día de compras y una cantidad bastante menos que considerable de dinero en su cuenta, Alegra observaba con fascinación y también algo de incomodidad su reflejo en el espejo de su habitación. Sasha había comprado de todo y había hecho con ella todo lo que quiso.

Se habían ido a los barrios portuarios, *Sa Marina* y *Sa Penya*, y habían recorrido todas las tiendas habidas y por haber.

Compró vestidos y prendas Adlib de su talla, que era el nombre que tomaba la moda ibicenca. La princesa yugoslava Smilja Mihailovitch puso de moda el estilo Adlib, vestidos y piezas de ropas tradicionales mezclados con la moda *hippie*, y lo hizo bajo el lema «Vístete como quieras, pero hazlo con estilo». Los ibicencos habían interiorizado el lema a rajatabla y lo habían hecho suyo.

Después tomaron algo en el antiguo teatro Pereira, que lo habían reconvertido y ahora se llamaba Café Pereira.

Continuaron comprando mientras veían veleros y yates de lujo flotar sobre el mar, que brillaba diamantinamente bañado por el sol. Llegaban los barcos de pasajeros y los industriales de todo tipo y para todas las necesidades, pero la gente ni se inmutaba, acostumbrada a mezclar *glamour* con cotidianeidad.

Alrededor del puerto, ubicados como visitas obligadas, esperaban los bares y restaurantes de todo tipo y para todos los gustos, llenos ya a reventar. Y la gente adoraba comer, o tomar algo solo para gozar de las vistas y del ambiente *fashion* y distendido del puerto.

A las risas y los secretos compartidos entre hermanas, llegaron los taconazos, las sandalias con incrustaciones, los tejanos ajustados, tejanos que parecían bragas desgarradas, bikinis, sombreros, camisetas ceñidas,

camisas desenfadadas, minifaldas, minifaldas que parecían pantalones, fulares, las famosas Ibi, gafas de sol, deportivas… Todo aquello que no había traído en su modesta y despreocupada maleta ya se había encargado su hermana de comprarlo. Y no le valía un no por respuesta.

Alegra y Sasha cargaban con seis bolsas a cada mano y una sonrisa de oreja a oreja. Alegra alzó la mirada al cielo y se permitió sentir el calor del sol en su piel.

Había echado de menos el puerto ibicenco. Y su comida. Hicieron parada obligada para comer en la plaça del Parc, el lugar de encuentro más cosmopolita de la ciudad, y se comieron una paella deliciosa.

Y al atardecer, decidieron regresar a su casa para prepararse para la noche.

Sasha no se podía creer cómo Alegra tenía tanto dinero en su cuenta después de seis años viviendo fuera. Alegra no había tocado apenas la herencia que les dejó su padre a cada una. Además, no solo había gastado poco, sino que tuvo un trabajo nocturno en una pizzería durante esos seis años y tiró de ese sueldo para su día a día. Lo que dejaba una pregunta abierta e incomprensible en la mente de Sasha: ¿Qué demonios había hecho su hermana hasta entonces? ¿Qué vida había tenido?

—De verdad, Ale —le dijo subiéndole la cremallera del vestido amarillo y ajustado con un escote vertiginoso que habían comprado en Gatzara, una de las tiendas de la zona comercial de Ibiza, en el espléndido puerto—. ¿Además de estudiar y trabajar, qué más has hecho durante todo este tiempo? ¿Irte de fiesta a una residencia de ancianos?

—No —protestó ella sin demasiado interés—. No tenía tiempo, ya te lo he dicho. No es fácil hacer lo que yo he hecho. Mis carreras son complicadas, ¿sabes?

—Ya sé que eres una máquina y que tu cerebro es un portento, pero es un delito que no hayas sacado a estas a pasear. —Le tomó los pechos y se los levantó por encima del vestido.

—Oye, que sí he tenido mis escarceos… —Se los volvió a meter dentro de la nimia tela amarilla.

—Ya, bueno. Visto lo visto, no quiero imaginarme con el tipo de friki bibliotecario con el que te has acostado.

—Pues alguno no estaba tan mal. Y tuve una relación de dos meses.

—De solo fines de semana. No cuenta mucho.

Alegra resopló y dejó que Sasha le peinara el pelo.

—Sasha… No es tan fácil. —Solo le hizo falta mirarla fijamente a través del espejo para que su hermana comprendiera de golpe a qué se refería.

Y lo comprendía. Alegra había tenido un don mágico. Una facultad a la que, de darla a conocer, nadie podría encontrar una explicación lógica. Los fanáticos la tildarían de milagrosa y divina y los científicos la querrían para sí, para estudiarla y analizar de dónde le venía ese don. Por esa razón, antes de que nadie la utilizara como conejillo de Indias, ella misma se había analizado. Aquel había sido uno de los motivos por los que había estudiado Biología celular y Física cuántica en Estados Unidos, y después había realizado su tesis junto a Bruce Lipton; además, había aprendido a controlar su don. Ella decidiría cuándo y a quién otorgarlo, y dominaría sus manos, y no al revés. También se había revelado su gran enigma: ya sabía por qué podía sanar a unos y a otros no.

—Me imagino —aseguró Sasha poniéndole una mano comprensiva en el hombro.

Alegra asintió más tranquila.

—¿Dónde se han metido la mama y la yaya? Desde esta mañana que no les he visto el pelo. —Inclinó la cabeza a un lado y cerró el seguro de su pendiente de diamante blanco.

—Ya sabes. Hacen sus cosas… Hoy es la noche de las brujas. Cogen la barca y recorren Ibiza y Formentera en busca de plantas y… Y esas cosas.

Alegra entrecerró los ojos al detectar un tono dubitativo en Sasha.

—¿Qué cosas?

—Oh… Lo de siempre. Ya sabes… Sus ingredientes para sus mascarillas, cremas, y aceites…

—Ah… —Se mordió el interior del labio—. ¿Siguen elaborando sus productos naturales?

—Sí.

—No entiendo por qué invierten tantísimo tiempo en algo que tan poco les aporta.

—Oye, que sus cremas son muy buenas. Yo me las pongo cada día y mira qué cutis tengo —levantó la barbilla con orgullo.

—Sí, pero… Bien podrían invertir su tiempo en algo un poco más productivo. ¿Cómo se mantienen? ¿Por qué no han vendido ninguna de las casas que tienen en herencia de sus antepasados?

—Porque no les va mal, Alegra. ¿Qué idea tienes tú acerca de ellas, eh? No son precisamente tontas.

—¿Tú las mantienes?

—¿Cómo? ¡No! —repuso su hermana ofendida—. No venden las casas porque esperan que nos las quedemos nosotras. Ellas han aprendido a mantenerse muy bien.

—¿Cómo?

Sasha se encogió de hombros.

—No has hablado con ellas desde hace años, Alegra. Creo que no soy yo quien debe contestar a eso. ¿Tanto te costaba llamarlas? No les diste un telefonazo ni siquiera por Navidad —le recriminó.

—Eso no es justo. Tú no tienes ni idea de cómo me sentí cuando papa desapareció —la reprochó herida—. Ni idea. ¿Crees que ha sido fácil volver? Todavía tengo las heridas abiertas.

Sasha la calmó frotándole la espalda.

—Mira, solo tú sabes lo que has sufrido con tu poder especial, Alegra. Pero nosotras hemos sufrido tu aflicción desde la lejanía. Así que, a nuestro modo, también sabemos de lo que hablas. Las Balanzat estamos conectadas por algo que no sabemos definir qué es, pero sentimos lo que la otra siente. No ha sido fácil estar tan lejos de ti sabiendo lo mal que te encontrabas.

—¿Lo sabíais?

Sasha sonrió con tristeza.

—Has querido negar tanto tu don que también quisiste olvidarte de los nudos invisibles que nos unen. Ale, voy a hablarte como lo haría la mama. Nuestras antepasadas eran brujas fenicias, sabemos de sus leyendas y de sus conocimientos mágicos porque nos han sido transmitidos por los mayores de cada generación. Venimos de una familia ancestral de brujas que después se mezclaron con cartagineses y catalanes. Tenemos sangre muy antigua y poderosa, y tomos de libros incunables en nuestra biblioteca, escritos

cientos de años atrás, que valen una fortuna de dinero y una cantidad impagable de conocimientos.

—Pero nosotras no lo somos —protestó Alegra cada vez más disgustada —. No somos brujas.

—Bueno, se puede matizar. No somos brujas de sombreros y escoba, pero manipulamos las energías. Todas las Balanzat nos debemos a esta tierra. Y, tarde o temprano, regresamos a ella para protegerla y limpiarla. Es Vedrà es nuestro templo, es como una toma de corriente para nuestros corazones. La isla nos llama, y no podemos ignorar su reclamo. Por eso vivo aquí con la mama y la yaya. Aprendí mi carrera en Barcelona pero, cuando pude, regresé a mi casa. Y ahora, tú, después de seis años, has vuelto. Solo hace falta averiguar por qué la isla, justo ahora, te ha pedido que regresaras.

Alegra parpadeó atónita.

—Me estás poniendo la piel de gallina. Eres como ellas.

—Sí —admitió Sasha—. He aceptado quién soy y qué es lo que me gusta de mí misma y lo que no —reconoció con serenidad—. No hace mucho tú también eras así.

—Las personas cambiamos.

—¿Tú crees? Yo creo que en realidad somos los mismos envueltos de novedades. Me trabo al hablar, más de lo que desearía. Menos cuando tú estás conmigo. Tengo miedo escénico y por eso compongo para los demás. Pero en mis sueños escucho melodías que después son éxitos internacionales. Mis letras dan alegría y también calman a los que las escuchan.

—Es que ese es tu don, Sasha. Todos sabíamos que tu voz y tus letras ayudarían a muchas personas —admitió feliz por ella.

—Exacto. Y por eso no lo voy a rehuir. Yo tengo el don de la música. Y tú sanas. —Se encogió de hombros y le ofreció su caja de maquillaje MAC —. Asúmelo. Amo a mi isla y me gusta cómo me hace sentir. Me encanta ser una Balanzat y todo lo que supone. Incluso me va bien serlo —añadió con una sonrisa y los ojos ambarinos risueños—. Me temen y me respetan, pero también les causo mucha curiosidad. Somos como una especie de celebridad en nuestra tierra.

—La mayoría no nos conoce. Solo de oídas. Además, cuentan historias falsas sobre nosotras.

—Bueno, las cosas han cambiado un poco… Yo lo veo como uno de los riesgos de ser popular. Estás expuesto permanentemente a la opinión libre de muchos ignorantes. Sin embargo, las familias fundadoras más antiguas de la isla sí nos conocen. Y con eso nos basta. Mientras tengamos su respeto y no haya altercados, viviremos en calma y en paz.

Ibiza tenía una tradición secreta de familias muy antiguas y ancestrales que habían adquirido peso e importancia a lo largo de los siglos. Algunos de sus miembros tenían cargos políticos y administrativos dentro de la isla. Otros, como los Planas y los Tur, fundaron hoteles mientras que otros crearon asociaciones, institutos, colegios…

Todos y cada uno de ellos sabían de las Balanzat, pero lo mantenían en secreto porque tal vez, en algún momento desesperado, tendrían que pedirles ayuda. Y como en la naturaleza humana abundaba la desesperación, preferían no estar enemistados con brujas, por si las moscas. Incluso los menos creyentes creían en el poder de las Balanzat, y eso que jamás las habían visto en acción. Pero sabían. ¡Vaya si sabían! Y entendían que cuando el río sonaba era porque agua llevaba. Fuera como fuese, las mujeres de su familia eran especiales; y ellas, para bien o para mal, despertaban miedo y causaban admiración a su alrededor. Después, estaban los chicos con las hormonas por las nubes como el guapo de Albert, al que le daba igual si ligaba con una bruja o un trol. Lo importante para él era ligar. Pero esos eran casos aparte.

—Así que, mientras averiguamos qué has venido a hacer aquí, maquíllate, ponte bien guapa y prepárate para una fiesta en un crucero de lujo de la mano del *dj* más importante del mundo.

—Sé lo que he venido a hacer aquí. Vengo a meditar y a averiguar dónde quiero trabajar.

Sasha enrolló un mechón del pelo de su hermana en su dedo y tiró de él con dulzura.

—No hablo de lo que tú crees que has venido a hacer aquí. Hablo de lo que la isla quiere que hagas.

Después de esas palabras, le dio un cachete en el culo y dejó que su hermana, mayor por unos segundos, terminara de acicalarse y se preparara

para un fiestón en toda regla.

El yate era todo lo lujoso y fastuoso que podía ser el juguete de un millonario de esas características. No era propiedad del *dj*, ni siquiera la fiesta la organizaba él, pero el señor Guetta era el requisito necesario para que una fiesta en Ibiza pasara de buenísima a colosal.

Y ahí estaba tocando, en una cabina privada, que lo alzaba por encima de la multitud como el rey de la música *technodance* que era. Versionaba la canción *Stars* de Roxette, y lo hacía con la naturalidad del que sabía que cualquier invento que hiciera tendría éxito.

Nil, que tenía las invitaciones pertinentes porque había diseñado una casa ecológica para el dueño de la lujosa embarcación, con David a su lado, lo observaba mientras los dos meneaban la cabeza al ritmo de la música y bebían un trago de sus cócteles especiales a base de tequila, ron blanco, fresas y *blue curaçao*.

En aquel yate se encontraban famosos de todo tipo, desde jugadores de futbol a celebridades populares del corazón. Una mezcla divertida y resultona, pero no tan deliciosa como el cóctel que saboreaba.

Muchas de las mujeres que allí había, auténticas modelos y odas esculturales, bailaban seductoramente sobre la proa, meneando todo, menos sus pechos siliconados, tiesos, hinchados y tan duros que si les tirabas una chinita rebotaba con la misma fuerza.

El barco había amarrado justo en la mitad de los islotes de es Vedrà y es Vedranell.

Nil jamás había visto nada parecido. La noche estrellada, la luna y aquellas majestuosas piedras serían el paisaje idílico de los libros favoritos de Lucas, entre la fantasía y la realidad; a caballo entre el mundo real y el de los sueños.

—Este barco está lleno de tus prototipos.

—Déjate ya de tonterías —contestó irritado, buscando entre la multitud —. Tal vez no he encontrado a ninguna mujer con la que me interese compartir nada además de un intercambio de fluidos. No tengo prototipos — contestó Nil.

—¡Eso no puede ser! —exclamó el dueño del yate tras él, dándole una palmada en la espalda. Se llamaba Peter Cartledge, y era un ricachón que solo vivía en Ibiza en verano. Nil le había diseñado la espectacular casa ecológica en la que residía a orillas de la playa de Talamanca. Peter era un hombre de unos cuarenta y cinco años, calvo, con ojos azules y un cuerpo muy bien trabajado y musculado. Bailaba al son de la música y reía, sabiéndose el rey Midas, al haber reunido en su barco a tanta gente rica, guapa y famosa. En una mano tenía un puro, y en la otra, un vaso largo de cóctel. A su lado, había un hombre más joven, seguramente de la misma edad de Nil. Tenía un porte atractivo, y era moreno y de ojos oscuros—. ¿Cómo estás, Nil?

Nil sonrió y respondió el abrazo de Peter.

—Hola, Peter. Felicidades por la fiesta —le dijo Nil.

—Ah, no ha sido nada —dijo con falsa modestia—. ¿Qué es eso de que no tienes prototipo? Todo hombre tiene un prototipo y, mayoritariamente, es el mismo para casi todos. Pero luego, nos conformamos con la que más calor nos dé y mejor nos aguante… Hasta que nos cansamos —se echó a reír ruidosamente—. Y nos buscamos una amante.

El moreno miró a Peter de reojo y sonrió.

—Oh, ese no es el caso de mi hermano —dijo David—. El guapo de Nil cree en el amor a primera vista, pero hasta que no se la gradúe irá de flor en flor.

David hizo un nuevo amago de vomitar, pero Nil le puso la mano en el pecho.

—Creo que ya has bebido demasiado —le dijo.

—No es eso —protestó su hermano mareado—. Definitivamente, los barcos y yo no nos llevamos bien. Mi estómago se ha convertido en una batidora.

—Sí, es una batidora de mojitos.

—Ah, amigo, sé muy bien lo que quieres decir —reconoció Peter—. Yo también creo en el amor a primera vista, porque si hubiera visto a mi exmujer más de una vez, jamás me habría casado con ella. —Se rio de su propio chiste. Dio una sacudida al hombre que le acompañaba—. Te presento a Mario Adón. El dueño de la flota de yates de entretenimiento

Heliópolis —le señaló con el pulgar y guiñó un ojo—. Hazte amigo de este tipo y tendrás todas las perritas que quieras.

Los dos hombres se dieron la mano con convicción y educación.

Aunque a Nil no le interesaban las perritas. Solo lo suyo. La reunión matutina con el Consell de Ibiza había ido de maravilla. La honorable presidenta aceptó y estudió la propuesta con buenísimos ojos, y todos los miembros estaban dispuestos a contratarlo.

El lunes cerrarían las últimas firmas y listos. Su proyecto sería revolucionario en toda Europa, además de un punto obligado de visita por su vanguardismo y su sostenibilidad.

Por eso solo estaba centrado en su trabajo.

No en el sexo. No en las relaciones.

Ni en nada que tuviera una piel bronceada maravillosa, envuelta en un vestido amarillo seductor y fantasioso…

¿Quién demonios era esa chica que atraía las miradas de los babosos que, de repente, ya no querían silicona, sino curvas naturales llenas de deliciosas imperfecciones?

Nil parpadeó y se aclaró la vista.

La joven tenía una sonrisa blanca y auténtica que resaltaba en su morena y gatuna cara, y unos ojos azules tan claros que llamaban la atención aunque estuvieran a varios metros de distancia. Y se reía. No dejaba de reírse de algo que le estaba contando la chica que tenía al lado, mientras se acercaban de nuevo a la barra y pedían otra copa, sin tener que utilizar los codos para hacerse sitio, puesto que ya había moscardones suficientes como para hacerles un hueco y poder admirarlas mejor.

—Jo-der —soltó David señalándolas sin discreción—. No me imaginaba que la encontrarías aquí.

—¿A quién? —preguntó Peter.

Nil frunció el ceño y miró a su hermano como si estuviera loco.

—¿No conoces al caramelo de amarillo? —le dio un cachete en la cara.

Nil volvió a mirarla. La chica se pasó los dedos por el pelo y arqueó las cejas al camarero, que parecía haberle dicho una obscenidad, mientras su compañera emitía otra carcajada.

Y fue ahí cuando se dio cuenta de quién era ella, porque mientras la otra reía, ella miraba al camarero con condescendencia, como si fuera lerdo.

Nil sonrió al comprobar que aquel gesto que le dedicó en el Baleària no había sido solo para él. Esa chica, que se había ocultado en el *ferry* bajo un vestido blanco que parecía un saco de patatas, era en realidad una preciosidad que rezumaba seguridad por todos sus poros, y que parecía mirar así a casi todos los hombres.

—Es la chica del barco —dijo él.

—Está muy buena —valoró Peter asomándose por encima del hombro de Nil—. ¿Por qué no la conozco? ¿Quién coño la ha invitado?

—Tal vez venga de parte de David Guetta —sugirió Mario admirado.

—¿Ves? —Peter, algo rojo por los efectos del alcohol, agarró a Mario por el cuello y lo señaló con el índice—. Eres un tipo listo. Yo solo soy un tipo rico y afortunado porque soy tonto, pero me rodeo de gente más lista que yo. Ups, perdón —dijo abruptamente, con la atención fija en alguien entre la multitud—. Voy un momento a saludar a Paulina Rubio. ¿Vienes, Mario?

Mario asintió, miró por última vez a Alegra y a su hermana, y siguió al hombre mayor, haciéndose espacio entre el ruidoso barullo.

—¿Sabes lo que quiere decir esto? —preguntó David divertido. Nil se encogió de hombros y él prosiguió—. Que tienes que demostrarme que puedes atraer a esa chica, que parece poder hilar más de dos palabras seguidas. Y —levantó la mano y detuvo la retahíla de su hermano—, tienes que utilizar todas esas frases pomposas y ridículas que te sugerí. ¿Trato hecho?

Nil arqueó una ceja rubia, miró su mano y dibujó una sonrisa que le llegó a los ojos.

—Mi nombre en tu culo lo merece —aseguró Nil más que dispuesto, aceptando el juego.

6

Le hacía falta una fiesta así. Desconocía cuánto la necesitaba hasta que no había llegado a su casa y se había reencontrado con sus Balanzat. Anhelaba dejar atrás la apatía y la impermeabilidad que le habían perseguido esos seis años en Estados Unidos; alejarse del dolor, la culpa y la impotencia. De la información, la documentación y los estudios… Alejarse de su buscada soledad.

En todo ese tiempo no había tenido ni un momento para sentirse a sí misma ni para saber qué quería ni quién era ella. Todavía seguía perdida, negando esa parte de su persona que rehusaba admitir.

Con Sasha a su lado, haciéndola reír por nimiedades, el mundo yacente entre los islotes de es Vedrà parecía otro.

Más hermoso. Tan hermoso y mágico como era antes.

Eso no quería decir que se mostrara reticente a recibir lo que la isla quería darle o devolverle, porque no se podía pasar de un extremo a otro de ese modo; pero todo allí en su tierra parecía más luminoso y recobraba una nueva importancia. Todo allí era posible.

Bizqueó y se maldijo a sí misma. Pasaba un día con Sasha y ya casi hablaba como ella. Se sentía mística, espiritual y libre. O, tal vez, eran los efectos de los cócteles y los tequilas. Y ya llevaban unos cuantos.

—¿Ya habías estado en fiestas como esta? —le preguntó Alegra a su hermana.

Sasha asintió, ignorando los repasos y las radiografías que sufrían a su paso.

—Sí. Los artistas para los que trabajo me suelen invitar a sus eventos. Tengo muy buena relación con ellos —alzó la voz por encima del barullo.

Justo al lado de ellas, una rubia oxigenada con dos pechos enormes y la cantidad de alcohol en la sangre directamente proporcional al peso de su silicona, las empujó abruptamente para apartarlas de su territorio y, seguidamente, pestañeó al chico de la barra al más puro estilo Betty Boop drogada.

Sasha iba a tirarle de los pelos, pero Alegra la detuvo. La rubia se pondría en ridículo ella misma. En ese estado de embriaguez no había otra posibilidad que quedar en evidencia.

—*Doctorrrr* —dijo la rubia al camarero—. *Mencuentromu* mal… Todo gira y *giiiira*… Y *sento* que me *duelel* corazón —habló como pudo, acariciándose la clavícula.

El barman la miró de arriba abajo mientras preparaba una caipiriña y contestó.

—Chica, primero: no soy tu doctor, soy barman —le contestó él.

—Y yo *Rrrrrobin* —susurró Sasha haciendo que su hermana se riera estrepitosamente.

—Segundo —prosiguió el apuesto barman—. No estás mala, estás como una cuba. Y tercero, no te duele el corazón. Tienes la teta en el cenicero.

La rubia se apartó torpemente y se fijó en que el top plateado que cubría sus senos se había malogrado. Pero eso no le impidió dar media vuelta y correr a buscar a su pareja, barra amante, barra podríasersupadre para exigirle que le comprase otro inmediatamente.

Alegra aún se ahogaba de la risa cuando, de repente, una voz de hombre le dijo al oído.

—Me tienes que comprar un diccionario porque, desde que te vi, me dejaste sin palabras.

La joven se estremeció de arriba abajo, no por la estupidez que le habían dicho, sino por la fuerte presencia, propietaria de esa voz que sentía tras ella.

Lo reconoció sin necesidad de mirarle y supo que ese tipo era el mismo que se había acercado a ella en el Baleària. El hombre de la apuesta.

Y no se había equivocado respecto a él. Con aquellas frases tan absurdas y prefabricadas, era un ligón de tomo y lomo. Uno de esos con los que no tendría una relación jamás, pero tal vez, en una noche de San Juan,

achispada, y a gusto como se sentía al regresar a casa, consideraría la opción. Además, el alcohol la ponía caliente. Y, para bien o para mal, esa noche estaba bastante alegre.

Sasha se quedó con la boca abierta al observar a Nil, y Alegra la comprendió perfectamente. Era guapo a rabiar.

—¿Qué hacen dos estrellas tan bonitas volando tan bajo? —Nil volvió a la carga. Ciertamente, odiaba hablar así, se comportaba como un pedante y un fantasma, pero la apuesta con su hermano era la que era, y debía convencer a la del vestido amarillo para que se fuera con él.

La chica que acompañaba a la morena era igualmente bonita, pero menos llamativa.

—Perdona, ¿te conozco? —preguntó Sasha anonadada.

Nil le ofreció su sonrisa de galán, le tomó la mano y le dio un beso en el dorso, como si Sasha fuera una princesa.

—Me llamo Nil. Para serviros.

Sasha parpadeó atónita, buscando la colaboración de su hermana. ¿Por qué no decía nada?

—No les hagas caso, Sasha —le recomendó Alegra intentando suavizar la fascinación que de repente sentía Sasha por aquel hombre—. No somos su tipo. Solo formamos parte de una apuesta —recordó con un poco de amargura—. Solo quieren jugar.

David se echó a reír y le guiñó un ojo a su hermano que decía abiertamente «Lo tienes crudo, tío».

—Tus ojos son mi mañana, tu boca mi noche y tu cuerpo mi día entero —le soltó Nil de repente, tomándola de la mano y besándola como había hecho con Sasha.

Alegra lo miró a los increíbles ojos que tenía y se perdió en su perfección ósea y en su melena castaña clara tirando a rubia. Vestía para la ocasión, sin llamar mucho la atención; solo camiseta blanca de manga corta, unos Dockers largos azul oscuro, y unas Ibi del mismo color que la camiseta. Pero con Nil sucedía como con los Hummers: su simple estructura era llamativa, aunque no lo pretendiera.

De repente, Alegra sintió la misma electricidad que él en la punta de sus dedos, y ambos apartaron la mano súbitamente, como si se hubieran quemado.

—¿Qué haces? ¿Qué tienes ahí? —preguntó Nil frotándose la palma.

Alegra hacía lo mismo, estupefacta.

Aquello no podía ser. Era muy extraño y altamente improbable.

Imposible.

—No he hecho nada. Has sido tú —repuso ella.

Sasha los miró a uno y a otro.

—¿Qué pasa, Alegra?

David estaba igual de intrigado que ellos, pero al ver que no entendía nada, decidió seguir bebiendo como un vikingo.

—¿Alegra es tu nombre? —preguntó Nil, reponiéndose a la sorpresa de la quemazón, sin perder de vista su objetivo: ligarse a esa mujer fuera como fuese—. Estás de suerte, porque es el nombre de mi futura esposa.

«Por favor», pensó Alegra divertida, «¿Esas tenemos?». Ella asintió y, harta de su jueguecito, decidió ser igual de cínica y falsa que él y comportarse como las chicas que, seguramente, se colgaba del brazo casi cada noche. Pero con pose más gamberra y directa.

—Ya veo. Pues depende, Nil. ¿Tienes dinero y tierras? Me gusta que me mantengan. Si tienes, creo que estoy empezando a enamorarme de ti. Y si no tienes… Estás perdiendo el tiempo conmigo.

Nil arqueó las cejas y David escupió la bebida que tenía en la boca y mojó a la rubia borracha que iba de nuevo a la carga en busca de una auscultación ginecológica del barman.

—¿Cómo dices? —repitió Nil con una sonrisa de satisfacción en su rostro—. Supongo que es un comentario debido a tu extenuación. —Se acercó a ella y casi la rodeó con su aura.

—¿Y por qué estoy cansada, si se puede saber?

—Deberías estarlo después de todo lo que hicimos en mi sueño anoche. ¿Me dejas que te invite a algo, caramelito?

—Prefiero que me des el dinero.

Sasha sorbió de su cóctel y se colocó al lado de David, para presentarse por su cuenta ya que, viendo como se estaba desarrollando la noche, debería

buscarse a alguien al lado con quien hablar, porque su hermana Alegra o mataba a Nil, o bien desaparecía con él.

—Soy Sasha —dijo ella.

—Y yo David. —Se dieron dos besos y continuaron hablando. David estaba muy pálido y a punto de vomitar—. Necesito encontrar un baño, Sasha —le dijo.

—¿Te encuentras mal?

—Creo que voy a vomitar…

—Tienes suerte. Soy buena persona.

Sasha se disculpó con su hermana y Nil, a los que prefirió dejar a solas, y ayudó a David a encontrar un baño, o, en su defecto, un cubo metálico lleno de hielo y una botella carísima de Moët.

—¿Me dejas que te invite o no? —preguntó Nil.

Ella lo miró fijamente, asombrada por la facilidad con la que su hermana la había dejado a solas con él, y después puso los ojos en blanco, sonriendo coqueta.

—Venga, vale. Te dejo que me invites a una cerveza. Pero que sea buena, porque no soy una chica fácil. —Ella también sabía jugar a eso.

Las contestaciones de Alegra descolocaron a Nil. Pero supo disimularlo. Alegra lo había dejado sin aire con esos ojazos y ese vestido ajustado y amarillo que marcaba su figura.

Figura que modelaría con sus propias manos, como si fuera un escultor, cuando estuviera bien desnudita bajo su cuerpo.

—¿Me has echado de menos desde el otro día? —le preguntó recurriendo a todos los recursos de frases para ligar que utilizaban los hombres que no eran como él. Aun así, era divertido provocar a una chica tan seria y asentada como Alegra.

Alegra chasqueó con la lengua y miró al barman, esperando a que Nil hiciera de ligón caballeroso y la invitara.

—Pues, verás. Lo he intentado con todas mis fuerzas, eh. Pero nada, chico. Tal vez haya más suerte en otro momento.

Nil pidió otro cóctel de San Juan para los dos y le dio la tarjeta VIP del yate al barman, que era un barra libre en toda regla.

—Me gustabas hasta hace tres segundos —dijo ella osada—. No vas a gastarte ni un euro en mí, ¿verdad? ¿Ni siquiera me pagarás la operación de pechos? ¿Qué futuro tenemos tú y yo?

—Bueno. Ninguno —contestó él ofreciéndole el cóctel—. Mañana ingreso en un seminario para hacerme cura. Y he pensado que la última noche podría pasarla contigo.

Alegra bebió sin perderle la mirada. Lo cierto era que el intercambio de ocurrencias la estimulaba y quería seguir jugando con él.

No. No quería seguir jugando. En el siglo veintiuno las mujeres por fin decidían con quién se querían acostar. Y Alegra admitió que lo que quería era acostarse con Nil, por muy mala idea que fuera.

Nil podía ser el premio perfecto para sus licenciaturas y sus *summa cum laude*. ¿Por qué no ir al grano? Era lo que él quería también, ¿no? Y ella no iba a perderse la oportunidad otra vez, tal y como había hecho en el Baleària. Nil se comportaba como un zalamero de tres al cuarto. Y ella, harta de ser responsable, se quería aprovechar de él y ser un poco fresca esa noche. Se lo merecía. Era San Juan.

Y gracias a Dios los dos eran adultos. Y estaban algo pedos.

—Nil, Nil… Tú sí has estado pensando en mí. —Lo señaló con su índice y su manicura francesa.

—Sí —reconoció falsamente—. Entre Padres nuestros y Ave Marías, por supuesto.

—Claro, claro… ¿Y cuántos orgasmos has tenido?

Nil se quedó callado y también bebió de su vaso, mientras la miraba como un depredador, y sonreía saboreando los besos que todavía no se habían dado. Entonces, descubrió que esa noche solo le apetecía ella. Ya no le interesaría nadie más.

«Qué estimulante», pensó.

—Estoy seguro de que podría hacerte tan feliz… —suspiró fingiéndose enamorado.

—¿Por qué? —preguntó ella llevándose la mano al corazón—. ¿Ya te vas?

Nil se echó a reír, sin poderlo evitar, y Alegra lo hizo también, pero sin que él se diera cuenta.

—¿Sabías que en este yate hay un grupo de *singles* que van a tomar una lancha a es Vedrà? De hecho hay viajes organizados al islote solo por eso.

«Sé todo lo que hay que saber sobre la isla. Créeme», pensó.

—Dicen que si tocas su piedra —continuó Nil— te garantizas un verano lleno de sexo.

—Pues ve a tocarla. Creo que lo vas a necesitar.

—He pensado que podríamos ir los dos juntos y ver si de verdad es Vedrà haría milagros contigo. Yo —se encogió de hombros—… Podría ayudarte y hacerte un favor. Ya sabes, con ese cuerpo y esa cara tan desagradable que tienes… Creo que estás muy necesitada.

Alegra abrió la boca sorprendida. Nil había cambiado su táctica y ella se sentía más cómoda así.

—Pues mi cara y mi cuerpo hacen conjunto con el tuyo.

—Lo siento —chasqueó haciéndose el difícil— no podemos ser pareja. Ya te dije en el barco que no eres mi tipo.

—¡Gracias a Dios! —Le puso una mano condescendiente en el hombro musculoso, y allí sintió un hormigueo placentero que le recorrió todo el brazo. ¿Por qué la hacía sentir así?—. No sabía cómo decírtelo. Pero seremos amigos; si me caes bien, claro.

—Verás que sí. Soy un encanto. Entonces, Alegra… ¿qué decidimos? Los *singles* salen ahora —le dijo—. ¿Te vienes conmigo y continuamos nuestro juego allí? —Le ofreció la mano y la miró seductor.

—No sé. No tengo sexo en la primera cita —murmuró.

—Ni yo tampoco —mintió—. Pero no es nuestro caso.

—¿Ah, no?

—No. No quería decírtelo, pero… Tú y yo éramos amantes en otra vida. Y nos fue muy bien.

Ella observó su mano enorme y curtida y después admiró sin vacilación el ejemplar que tenía ante ella. ¿Por qué no? Los diplomas y el esfuerzo durante seis años no la habían hecho gritar de placer. Y Alegra necesitaba que Nil, esa noche de San Juan, le hiciera olvidar todo y la conectara con los instintos que durante tanto tiempo había mantenido dormidos, faltos de motivación y estímulos.

Por eso decidió que cometería una locura al más puro estilo Nicole o Sasha, que eran más libertinas en ese aspecto.

Se dejaría llevar por la noche de las brujas y haría lo que la mayoría hacía en la noche más corta del año.

Tener una aventura. En su caso, tener una aventura con Dios. Tomó la mano de Nil, y ambos, de nuevo, sintieron la electricidad latente bajo la piel, pero esta vez no se soltaron, aceptando, algo contrariados, aquel extraño estremecimiento.

—De acuerdo, Nil. Vayamos, pero solo si aceptas que te gusto mucho.

Nil torneó la mirada y sonrió vanidoso.

—Venga ya, ese tipo de frases no te funcionarán para ligar conmigo.

Nil tiró de ella y la guio entre la multitud, con una sonrisa de oreja a oreja, sabedor de la chica especial que traía de la mano.

Tocar la roca negra de es Vedrà era algo fascinante para muchas personas. Para una Balanzat, estar en aquella cuna era indudablemente algo más maravilloso que para el resto, que jamás podría sintonizar con la catedral de piedra mágica como lo hacían ellas.

Ellas respondían a la energía del islote, estaban en sintonía con sus misterios y sus facultades. Por ese motivo, mientras el guía de los *singles* que habían cogido el cupón de fiesta con David Guetta y fiesta privada en es Vedrà les explicaba las leyendas e historias místicas que había atesorado la isla desde años atrás, Alegra no pudo evitar alejarse de ellos y cerrar los ojos para que el viento meciera su pelo en señal de bienvenida. La isla la reconocía y la saludaba. El olor del mar y de las orquídeas que inundaba sus fosas nasales le abrazó el alma, y escuchó las palabras del peñón marino que le decía: «Por fin has vuelto, Alegra. Te hemos echado de menos». Sentir con tanta intensidad aquel recibimiento la emocionó y no pudo reprimir las lágrimas silenciosas. Porque ella, después de todo, también la había echado de menos.

Y era bochornoso no haberse dado cuenta de ello hasta ese momento.

La gente reunida en es Vedrà, seis mujeres y seis hombres contándolos a ellos, estaba de fiesta. La música sonaba con fuerza como si todavía

estuvieran en el barco, y bailaban y reían mientras se rozaban con la piedra y la tocaban sin el respeto que esta merecía.

—Encomendaos a la magia de esta isla —les ordenó el guía levantando una botella de Moët—. Esta noche, todos podéis encontrar el amor. Muchos dejaréis de ser *singles*. Solo abrid vuestros corazones y dejaos llevar.

Nil, que escuchaba atentamente las palabras del guía mientras controlaba con un ojo a Alegra, tomó una piedra del suelo y se la metió en el bolsillo.

—Con esto es imposible que me digas que no —le dijo Nil sonriendo, golpeándose el bolsillo en el que se ocultaba la piedra.

Alegra arqueó una ceja, disimulando las lágrimas.

—Solo es una noche. Por supuesto que no te diré que no.

—Empieza el juego señoras y señores —animó el guía, vestido todo de blanco con el pelo muy corto y negro—. Las mujeres se irán hacia la izquierda y, en dos minutos, los hombres las seguirán. Es un juego de caza. Cuando os encontréis, solo vosotros decidiréis lo que sucede. Podéis desaparecer juntos, o bien regresar aquí y continuar la fiesta con todos. Recordad que, en tres horas, empezará a amanecer. Este será nuestro punto de encuentro para volver juntos en la lancha.

Nil observó el modo en que Alegra caminaba emocionada por encima del terreno escarpado como si siempre lo hubiera hecho y se conociera la isla de arriba abajo.

Nunca había sentido tanta curiosidad por los labios de una mujer, ni tampoco por descubrir cómo sería el tacto de su piel ni el olor de su pelo.

Caray. Es Vedrà lo volvía a uno un romántico. Y Nil sabía perfectamente lo que sucedía cuando un hombre se dejaba llevar por el corazón y las emociones. La historia no se volvería a repetir, de eso estaba seguro. Pero Alegra lo intrigaba lo suficiente como para querer pasar a su lado una noche de sexo loco y desenfrenado.

Con esa idea en mente, pasados los dos minutos, los hombres, entre los que se contaba Nil, acudieron en busca de las mujeres. Encontraría a Alegra y ganaría la apuesta con David aunque, en ese momento, no tenía ni a uno ni a lo otro en cuenta.

Lo que sí le interesaba era lo duro que estaba entre las piernas.

La sensación de sentirse perseguida era espeluznante y, a la vez, la llenaba de emoción.

Tenía ganas de reír y gritar al mismo tiempo. Estaba bastante borracha, aunque todavía tenía la cordura suficiente como para ser consciente de lo que iba a hacer.

La luna brillaba por encima de su cabeza. La contemplaba, oculta tras una roca, con la espalda apoyada en ella. No quería esconderse demasiado, pues anhelaba que Nil diera con ella, así que le facilitaría las cosas. Necesitaba ese tipo de contacto tanto como el respirar.

Por encima de ella, un halcón nocturno sobrevoló el punto más álgido de la majestuosa roca que recortaba el cielo estrellado.

Alegra cerró los ojos y recordó los días en los que su padre les enseñaba a diferenciar las aves y sus nidos, ocultos en las numerosas oquedades del islote. Aves especiales y desconocidas.

Aquella en especial y concreto era un halcón de Eleanor.

Ella había preguntado qué tipo de ave era. Y su padre, Ángel, le había explicado que eran aves migratorias, conocidas como «los viajeros incansables».

—Alegra.

Ella se dio la vuelta, asustada, con la piel de gallina. Parpadeó varias veces buscando el origen de aquella voz, parecida a la de su padre. No era la primera vez que tenía esa sensación desde que había llegado a la isla. Ni tampoco la primera que escuchaba su nombre en boca de alguien que no existía. Aquella mañana le había sucedido lo mismo en el jardín.

—Alegra. —Nil apareció por la espalda, y ella dio un grito al ver que era él.

Casi se colgó de su cuello, pegándose a su cuerpo por completo.

—Me has asustado —dijo apartándose de él poco a poco. Nil era una roca tan dura como el suelo que pisaban.

—Ah… Perdón —se disculpó él—. ¿No se trataba de eso? ¿De jugar al escondite y tomarte por sorpresa?

—Es solo que no me lo esperaba —aseguró ella cogiendo la botella de tequila que Nil llevaba en la mano.

—Ya, ¿sabes qué creo, señorita? —Ella negó con la cabeza, sin dejar de beber—. Creo que era tu manera de meterme mano. No te lo quería decir, pero…

—Dime.

—Me das miedo. Sé que tarde o temprano te tirarás encima de mí para arrancarme la ropa.

Alegra sonrió al ver que seguía de guasa, y el alcohol en su torrente sanguíneo alcanzó un nivel álgido de no retorno. Un nivel que hizo que le hirviera la sangre y quisiera arrancarse la ropa para él.

—Y yo tengo que decirte que… tengo novio —mintió ella para ver cómo reaccionaba.

—¡Yo también tengo novia! Es maravilloso —mintió él, robándole la botella y bebiendo de nuevo. Después la dejó caer al suelo y le rodeó la cintura con las manos, acercándola de golpe a su cuerpo—. Tenemos muchas cosas en común. Será el destino, ¿no crees?

Alegra se echó a reír sin dejar de mirarle, y él hizo lo propio.

El olor de Alegra le encantaba. Era afrutado y femenino, ni muy fuerte ni demasiado suave. Era un aroma perfecto, la esencia de la mujer que, solo por esa noche, le robaría el corazón.

—Me voy a casar —continuó ella.

—Genial. Yo seré tu despedida de soltera.

—Ya. ¿Sabes?

—¿Qué?

—Me alegra que tengas novia —susurró ella poniéndose de puntillas, sujetándose a sus anchos hombros.

—¿Por qué? ¿No me vas a pedir que la deje por ti?

Ella negó con la cabeza y se mordió el labio inferior. Lo hizo de modo inconsciente y esa inocencia puso a Nil más cachondo si cabía.

—No, yo no soy así —aseguró ella enredando sus dedos en su pelo—. Te la puedes quedar, así, cuando regreses a tu casa, no me echarás de menos y tendrás quien te haga compañía. Me preocupo por usted, señor Nil.

—¿Me estás seduciendo, señorita Alegra?

—*Nah*… —Aleteó sus pestañas, y lo hizo sin forzarse ya que al ir bolinga le pesaban los párpados—. Solo te hago un favor. Con esa cara y ese

cuerpo —repitió sus palabras— todas te dicen que no y tienes la autoestima por los suelos. Te la voy a levantar.

—Está levantada desde hace rato.

Y después de eso, Alegra se abalanzó a comerle la boca con un desenfreno que los pilló a ambos desprevenidos, puesto que Nil respondió con las mismas ansias.

Ella gimió en sus labios, y él los lamió con la lengua.

La naturalidad con la que se tocaban y se acariciaban era semejante a la de viejos amantes ya conocidos, pero los dos negarían tal complicidad.

Aquello era un revolcón de verbena y debían aprovecharse el uno del otro, gastarse en una noche tan especial, puesto que ninguno estaba interesado seriamente en nada más que en disfrutar de ese momento.

Era solo una aventurilla.

—Dime que llevas preservativos —dijo Alegra mientras dejaba que Nil accediera a su cuello y lo lamiera de arriba abajo, hasta llegar a su oreja y mordisquearla.

—Por supuesto. ¿Por quién me has tomado?

—Claro… —murmuró, con el vello de punta por las sensaciones que despertaba en ella—… Olvidaba que alguien como tú está acostumbrado a desenfundar la pistola cada cuatro horas.

—Me subestimas. Cada dos —repuso él con el mismo tono, dejando un profiláctico sobre la roca.

—Aquí tienes una isla para superpoblar con tus ligues y llenarlos de Nilitos de todas las razas, ¿sabes? Ahorrarías en condones.

Él sonrió contra su cuello y coló las manos por debajo de la falda de su vestido ajustado. Metió los pulgares entre los hilos de su tanga y se lo bajó por sus larguísimas y suaves piernas.

—Necesitaría a una madre que cocinara para todos ellos. ¿Te prestas?

—Uff, no… Te saldría por un ojo de la cara.

Nil soltó una carcajada y apoyó la espalda de Alegra contra la piedra.

—Te llenaría la nevera de cervezas de las mejores marcas.

Alegra resopló cómica.

—Ay… Señor Nil, vas a hacer que me enamore de ti.

—De acuerdo, dejaré que me planches los calzoncillos y me cortes las uñas de los pies.

—Vale, me tenías con las cervezas. Me casaré contigo —se pitorreó mientras rodeaba sus caderas con una de sus piernas.

Ninguno de los dos dejaba de reírse mientras se desnudaban con prisas, como si la vida se acabara aquella misma noche y ellos fueran los últimos supervivientes que hubieran decidido despedirse a lo loco: follando.

Nil tiró su tanga al suelo y se apoyó con las manos en la roca, por encima de los hombros de ella, para que le bajara los pantalones y los calzoncillos. Alegra no necesitó más indicaciones, y cuando lo tuvo desnudo, lo primero que hizo fue cogerle el paquete, y él, a su vez, le subió la falda hasta las caderas y aventuró los dedos de su mano en la raja húmeda e íntima de Alegra.

Y, en ese momento, los dos dejaron de bromear al instante. Como si tocarse en esas partes tan vulnerables y erógenas les borrara las ocurrencias graciosas. Como si debieran centrarse únicamente en sus manos y en lo que el cuerpo les pedía.

Nil tragó saliva y susurró entre dientes.

—Joder.

Alegra sonrió y lo acarició de arriba abajo mientras él hacía lo mismo entre sus piernas. Ella las abrió más para facilitarle el acceso y Nil estiró una mano para abrir el paquetito plateado del condón con los dientes y colocárselo sobre la erección.

Alegra lo miró a contra luz y abrió los ojos todo lo que el alcohol le permitía. No se encontraba en condiciones de valorar aquella vara, pero era tan grande y gruesa como… De acuerdo, nunca había visto una así.

—¿Te pongo nerviosa?

—No lo sé. ¿Me vas a dar una paliza con eso? Odio las porras.

Nil la hizo callar con otro beso ardiente. Le encantaba acariciar su lengua con la suya. Era relajante y afrodisiaco a la vez.

Se imaginó penetrándola igual por abajo, y no pudo soportar no estar ya en su interior. La cogió en volandas y la obligó a que le rodeara la cintura con las piernas.

—¿Debería decirte que tengas cuidado?

Nil negó con la cabeza y, en un gesto que la conmovió, le dio un beso en la mejilla y le dijo:

—Yo cuidaré de ti. Haré que te guste mucho.

Y, solo en ese ínfimo momento, tras aquellas sinceras palabras, Alegra sintió un pinchazo de pena por saber que eso, seguramente, se lo diría a todas las mujeres de cuyos nombres decoraban la madera del cabezal de su cama como simples trofeos.

Ella sería uno más para él.

Y él sería una especie de Copa del Mundo para ella.

Nil era fuerte, duro, talentoso y su erección empujaba a través de ella, en su interior, queriendo introducirse poco a poco.

Alegra jamás se había sentido tan excitada como en ese momento y ardía en deseos de que la tomara por entero. Quería sentirlo tan adentro como pudiera.

Nil la tomó de las nalgas, y dejó caer su peso para que se empalara con cuidado en él.

Y lo hizo. Cedió con mucha dificultad; y cuando los primeros centímetros entraron, Alegra resolló de dolor.

Nil la besó en los labios y apoyó su cuerpo en la roca lisa tras ella, un respaldo perfecto para que ninguno de los dos se agotara demasiado.

—Chis, preciosa —le susurró mordiendo ligeramente su labio inferior —. Déjame entrar.

—Deja que me acostumbre.

—No tengo prisa, nena —empujó un poco más en su interior—. ¿Cuánto hacía que no estabas con…?

Alegra iba a contestarle haciéndose la dura. Pero en vez de eso, prefirió callar y negó con la cabeza.

—Demasiado íntimo —lo censuró.

Nil se sorprendió ante sus palabras. ¿Y tener sexo no lo era? Tal vez, para él el sexo estaba sobrevalorado, casi igual que el amor. Pero eso no quería decir que no pudieran contarse esas cosas. Al menos, se aseguraría de no ir demasiado fuerte con ella ni hacerle demasiado daño. Aun así, continuó penetrándola.

Sabía que él era grande y que tenía dificultades para acostarse con algunas mujeres demasiado estrechas. Pero siempre disfrutaban. Y Alegra no iba a ser menos, aunque estuviera casi tan apretada como una virgen.

—Entonces, relájate, Alegra. O no podré entrar…

—Ya lo creo que sí. —Nil estaba loco si se pensaba que ella iba a dejar la oportunidad de ser golfa por una noche, como una diosa del sexo, solo porque necesitara dilatar un poco más. Se empujó hacia abajo, pero Nil la sostenía y medía su impulso.

—Como quieras, Alegra. —Nil la aplastó contra la roca, excitado hasta el límite soportable, a punto de rebasarlo, y la penetró con fuerza pero con todo el tiento del que fue capaz.

Ambos se quedaron sin respiración.

Alegra lo miró a los ojos y él le devolvió la mirada. Sus labios varoniles se elevaron en una sonrisa de placer e incredulidad y la estudiaron como si fuera una criatura extraña, que despertara cierta curiosidad y fascinación en su persona. Entonces la besó.

Y fue un beso incendiario cuyo fuego los arrasó y arrastró a una espiral infinita de calor y pasión.

Nil le hizo el amor con euforia, y Alegra aceptó todo su ímpetu y su energía. Los absorbió para ella.

Mientras la penetraba, se abrazó a él y alzó el rostro al cielo y a las estrellas. La luna llena le sonreía, henchida por completo, como ella estaba, no solo por Nil, sino por una energía que la llenó de furor. La luna llena ponía las emociones a flor de piel, ya que el astro de la noche afectaba a las mareas y agitaba las aguas, igual que los sentimientos y las emociones de los humanos.

La carne de Nil se introducía hasta el fondo, y medio salía para meterse de nuevo con facilidad, gracias a su excitación. Alegra no quería creer en lo que la luna decía esa noche para una Balanzat como ella: inicio de ciclos, deseos por que aquello que se inicia llegue a buen puerto, pasado que regresa…

—No. No —susurró Alegra sujetándose a él y hundiendo el rostro en su cuello—. No me dejes pensar —le pidió al oído.

Nil volvió a besarla. Lo que no le dejaría sería hablar.

Mientras Nil la llevaba a un orgasmo descomunal, y el placer empezaba a sacudirla de dentro hacia afuera, Alegra se prometió que la luna no mandaba sobre ella, y que si ella no lo quería, no influenciaría sobre nada de lo que hiciese esa noche; incluido su escarceo sexual con ese hombre que la poseía como si fuera oxígeno para un moribundo.

Nil la saqueó, dejándola agotada y sacándole hasta la última gota de su embriagado cuerpo; ofreciéndole hasta la última gota de placer del suyo.

Y después, como si se hubieran dado todo el uno al otro, se dejaron caer sobre la roca, desmadejados, con sus extremidades mezcladas, igual que sus esencias; unidos de tal modo que ninguno de los dos sabía dónde empezaba ella y dónde lo hacía él.

7

¿**M**e estás diciendo que lo dejaste tirado en la isla, Alegra? —preguntó Sasha con el rímel corrido y el pelo alborotado de la noche anterior. Se acababa de despertar por culpa de su hermana, que había ido corriendo a su habitación para tumbarse ruidosamente a su lado y contarle lo que había sucedido con Nil.

Alegra no tenía mejor aspecto. El encuentro con Nil la había dejado con arañazos en la espalda y en las nalgas, los labios hinchados, el rímel corrido, el vestido amarillo rasgado, un taconazo roto y una irritación bastante molesta entre las piernas. Jamás había albergado en su interior a un todoterreno como él. Jamás se había comportado así, pero no se arrepentía de nada. Había sido divertido y muy asombroso.

Pero desapareció antes de que él se despertara. Al amanecer, muchos pescadores y familias que habían celebrado la verbena de San Juan en el mar pasaban entre es Vedrà y es Vedranell como un ritual, y después regresaban a sus casas. Alegra había pedido educadamente a un par de vecinos de Sant Miquel que la dejaran a orillas de cala d'Hort. Y desde ahí, había emprendido la ascensión hasta Sananda.

—Nunca había hecho nada parecido —explicó confundida.

—Ya. Supongo que Nil, alias estoytanbuenoquedeslumbro dista mucho de los cuatro ojos a los que le hacías favores en la niversidad.

Alegra pellizcó a su hermana en el culo y esta se apartó de ella con una sonrisa.

—Nos quedamos dormidos —continuó Alegra— como si nos hubiéramos vaciado el uno en el otro. Cuando me desperté ya sabía que él no querría nada conmigo. De hecho, ya sabes cómo son ese tipo de hombres. Usar y si te he visto no me acuerdo. Y yo tampoco quiero nada con él, claro

—especificó—. Por eso prefiero pensar que he sido yo quien se ha aprovechado de él y de su estado de embriaguez, y no él del mío.

Sasha resopló y se dio la vuelta para mirar al techo.

—Ibas muy perjudicada. Y él también. Pero me gustaba veros juntos. Era como observar el extremo de un cable eléctrico azotando por todas partes. No sabías dónde iba a dar ni a quién iba a electrocutar primero.

A Alegra también se lo pareció, tanto que incluso había sentido la energía crepitar entre ellos.

—La cuestión es que eso ya ha pasado. Fue explosivo y… una locura. Y no volverá a suceder.

—No os habéis dado ni los teléfonos, ¿verdad?

—No.

Sasha resopló y miró a su hermana como si no tuviera remedio.

—Por suerte, yo tengo el de David.

—¿Tienes el teléfono de su hermano? —preguntó interesada.

—Sí.

—¿Qué hiciste con él?

—Guardármelo.

—No, tonta. Con David.

—Nada. Me dejasteis sola con él durante toda la noche. Y, lamentablemente, iba peor que tú y Nil juntos. Lo mejor fue que no me importaba tartamudear delante suyo porque, borracho como estaba, no iba a darse cuenta de mi problema de dicción. Además, yo tampoco iba demasiado bien así que…

—Ay, Sasha…

—Lo peor fue que es grande, y pesa mucho, y tenía más tequila en su interior que litros de sangre en su circulación sanguínea; y además no le importaba soltar lo que le sobraba donde fuera; en una bandeja de canapés, sobre las piernas de Guti, o en la falda de la señora Antonia Dell'Atte… Fue un desconsiderado, le daba igual dónde potar —sonrió y se encogió de hombros—. Hice de enfermera. Y me lo pasé muy bien —rio más relajada, como si la experiencia hubiese valido la pena.

Alegra no la comprendió del todo. Ella, con seguridad, habría tirado a David por la borda o lo hubiera endosado a alguien que estuviera peor que

él, porque los borrachos se entendían a la perfección entre ellos. Lamentó haber abandonado a su hermana y ser la culpable de su desastre de San Juan.

—Lo siento.

—No lo hagas. David es un tipo muy interesante. Es periodista político, pero tiene colegas reporteros en el mundo de la farándula y sabe cotilleos de todos —repuso ella acomodándose la almohada—. Fue una noche interesante. Aprendí muchas cosas —dijo con la mirada perdida en los pinos que asomaban tras las puertas de su balcón—. Y si sacaros a David de encima sirvió para desbloquearte con Nil y sacarte el palito que tenías en el culo de estirada americana que traes desde que llegaste aquí, entonces, habrá valido la pena.

—¡Oye! —Alegra se lanzó a por su hermana, le robó el cojín y la empezó a sacudir con él.

—¡Detente! —gritaba Sasha entre risas.

—¡Un respeto, bruja, que soy mayor que tú!

—¡Solo unos minutos!

Alguien llamó a la puerta, y Pietat asomó su cabeza de pelo blanco y con unos ojos tan azules como los de Alegra, sonrientes, pero con las líneas de expresión que no perdonaban ni el tiempo ni el cansancio acumulado.

—La mama os ha preparado esto para que os lo toméis y se os pase la resaca.

Pietat entró en la habitación, caminando de aquel modo tan suyo, como si estuviera en armonía con todo lo que la rodeaba. Vestía unos tejanos muy anchos y finos y una blusa roja. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas a cada lado de la cabeza, como las indias. Dejó los dos vasos tamaño XL con zumo de melón, piña, uva y un poco de poleo en la mesita del cabezal, y después abrió las puertas del balcón para que se airease el cuarto.

—Por Tanit… ¿Habéis ingerido una destilería entera? —Se dio la vuelta y las encaró con los brazos en jarra.

Las dos hermanas se miraron la una a la otra y optaron por callar.

—Solo bebimos un poco —explicó Alegra.

—Qué poco respeto tenéis por vuestro cuerpo y por vuestra abuela. Mira que ir a una fiesta y… no… no avisarme —añadió ofendida.

Alegra sonrió de oreja a oreja y Sasha se echó a reír. Pietat era una abuela muy especial, cómplice de sus nietas cuando tocaba, y la primera en reñirlas cuando debía. La mejor abuela que podían tener, por supuesto.

—Venga: tomaos el zumo mágico —señaló con la cabeza las dos bebidas de la cómoda— y duchaos. Hoy es día de visitas.

Alegra frunció el ceño, sorprendida.

—¿A qué te refieres con que hoy es día de visitas?

—Ah, bueno… Tenemos jornada de puertas abiertas con algunos vecinos de las islas —contestó Pietat sin parpadear.

—¿Jornadas? ¿De qué habláis?

Sasha se levantó de la cama y se apresuró a beber la solución afrutada que habían preparado para ella. Miró a su hermana y se encogió de hombros.

—Yo voy. Dame media hora, yaya, y estaré abajo ayudándoos a prepararlo todo.

—Gracias, Sasha —recibió un beso en la mejilla por parte de su predispuesta nieta, y miró a la otra que seguía en cama—. Tú no hace falta que vengas si no quieres, Alegra —lo dijo con cariño—. Respetamos tu decisión de mantenerte alejada de nuestro mundo. Pero, en nuestra isla, la vida sigue, y nosotras continuamos el curso del río. —La miró de arriba abajo—. Fluimos como el agua. Pero, cariño, deberías tomarte una ducha y beberte lo que te he traído. Te sentará de maravilla. O, si lo prefieres, puedes dormir durante este maravilloso y soleado día que nos han regalado hoy y recuperar las horas de sueño perdidas la noche anterior —lo dijo con retintín y una sonrisa maliciosa—. Como desees, cielo.

Alegra se apoyó en el cabezal de la cama. Acababa de llegar a su casa no hacía más de media hora. En realidad, no se encontraba ni cansada ni resacosa, porque el poco tiempo que había dormido en brazos de Nil en es Vedrà había resultado provechoso y enérgico. Solo tenía el cuerpo agotado por lo que había hecho con él. Deliciosamente agotado.

Pietat la miró por encima del hombro al salir de la habitación. Y sonrió para sus adentros.

La isla influía en Alegra, incluso aunque ella no lo supiera o no lo quisiera admitir. Ya llevaba tres días con ellas, y su impermeabilidad y dureza se resquebrajaban al contacto con suelo mágico.

Ambas cruzaron sus miradas del mismo tono y color, y no les hizo falta intercambiar ninguna palabra más.

Alegra bebió del vaso, al tiempo que se incorporaba, todavía con el vestido amarillo y descalza.

Cuando era pequeña, decían que era curiosa como un gato negro de ojos claros. Todavía lo seguía siendo, porque le podía la curiosidad por todo.

Lo más maravilloso de Sananda era su diseño y su construcción, dotados ambos de cientos de pequeños detalles mágicos que conferían al lugar un cariz demasiado especial como para ignorarlo.

En el salón, las ventanas, muy grandes, tenían forma de aspilleras, como en los castillos, con preciosas decoraciones y recercados alrededor.

En el salón, iluminado por completo y en el que el olor a mar y a pino entraba sin prohibición ninguna, la chimenea cobraba el mayor protagonismo. Su estructura exterior era de piedra blanca, pero su dibujo simulaba hiedra, hasta que esta se apartaba y reflejaba el rostro de un hombre de orejas puntiagudas con la boca abierta. Esa era la entrada de la chimenea, la boca, en honor a Bes.

El suelo, de madera pulida, seguía pulcro como el primer día y todavía olía a jabón. Amanda, cuando estaba muy estresada, se dedicaba a enjabonarlo y a hacerlo refulgir como las estrellas. Y viendo el resultado, Alegra entendía que su madre estaba pasando por un ligero cuadro de ansiedad.

El sofá en forma de ele y de color rojo, con cojines amarillos y blancos, ocupaba la zona delantera de la chimenea, y daba a las puertas de cristal del jardín. Unas estanterías con libros y una lámpara de la colección Molécula inspirada en el *origami* presidían la esquina de la librería junto con sus dos sillones orejeros de piel negra.

Desde hacía tres años, las Balanzat abrían las puertas de su casa solo a aquellas personas que quisieran de corazón conocer el mundo de la magia y la sanación como ellas lo conocían.

Con toda la paciencia y mimo del que disponían, les enseñaban infusiones y remedios para todo tipo de dolencias. Era como un curso avanzado de terapias alternativas.

Alegra no se lo podía creer. No sabía cómo reaccionar a lo que veían sus ojos. Obviamente, las jornadas de puertas abiertas no habían congregado a más de diez personas en el salón principal de su casa. No obstante, su madre y su abuela interactuaban con aquellos nuevos aprendices de su arte como si fueran lo más valioso del mundo para ellas. Aprendices que, al parecer, ya habían visitado la casa otras veces.

Era maravilloso ver el brillo en sus miradas y comprobar que el solo hecho de escuchar y ser escuchados enriquecía al grupo humano de futuras brujas que se sentaban alrededor de ellas, absorbiendo cada una de sus palabras.

—La Naturaleza es nuestra mejor herramienta y proveedora. Ella nos da todo lo que necesitamos.

—Maestra Balanzat —dijo una chica regordeta levantando el dedo tímidamente. Sostenía una libreta cuadriculada y abierta sobre sus piernas cerradas. Tenía una cara armoniosa y bonita, e irradiaba bondad.

—Dime, Adelina.

—Eh… Quisiera saber qué va bien para las hemorroides. Mi marido las sufre y son muy incómodas.

Amanda sonrió y contestó sin perder ni una pizca de respeto por su pregunta.

—El castaño de Indias va muy bien para eso. Fortalece las venas internas de las paredes. Pero no debe suministrarse continuadamente. Que lo tome durante dos semanas. En infusiones. Una por la mañana y otra por la noche.

Adelina apuntaba aplicadamente, asintiendo con la cabeza.

—¿Y para el ácido úrico? —preguntó una mujer de grandes y blancos dientes, con el pelo liso y castaño recogido en una cola baja.

—La espina colorada, Eva —contestó Pietat alzando la planta de espinas punzantes y claras que recorrían el tallo verdoso—. Además, hace desaparecer el reuma. Se machaca bien y se macera con limón. Después se toma una cucharada al día. Nosotras tenemos un pequeño invernadero en el que plantamos semillas de todo tipo. Os las podemos facilitar. O, tal vez, podríamos enseñaros a tener y disponer de vuestras propias plantas

medicinales. Tener un pequeño refugio en casa para las plantas no es tan difícil en una isla tan llena de vida como esta.

Alegra se apoyó en el marco de la puerta y escuchó atentamente cada una de las lecciones que daban las mujeres de su familia. Era admirable verlas trabajar y dialogar con tanta naturalidad sobre algo que para muchos era un tema del cual jactarse y que para otros debía ser tabú. Una oleada de cariño y de admiración hacia ellas la recorrió de arriba abajo.

Ellas no se ocultaban, nunca lo habían hecho. Si alguien les pedía ayuda la ofrecían, incluso aunque esa persona las hubiera señalado e insultado en otro tiempo. Para ellas su don no era solo suyo. Era algo que debía otorgarse a los demás. Sus conocimientos mágicos eran suyos, cierto, y solo aptos para los que podían canalizar energías como ellas, a gente con verdaderos dones. Pero su don, no. Y habían decidido ofrecerlo a los que estuvieran dispuestos a escuchar y a aceptarlo.

Les hablaron con maestría sobre el hipérico como antidepresivo, del hisopo para metabolizar los azúcares y reducir el apetito, y del poder del fucus, un alga que eliminaba metales de la sangre por su alto contenido en yodo.

Todas esas enseñanzas las había recibido ella cuando era niña, a excepción de que su aprendizaje se había prolongado hasta los veinte años, la época en la que se fue sin mirar atrás. Pero recordaba con cariño los días alrededor de la piscina, o en cala d'Hort, en compañía de su abuela y su madre, explicándoles qué era cada cosa y por qué trabajaban con la flora mientras su padre ideaba en la caseta del jardín de Sananda nuevas estructuras y diseños para edificios importantes de la isla que contribuyesen en su productividad. Hechizos, conjuros y filtros que desarrollaban para una función o para otra dependiendo de la flor, los pétalos, el tallo o la planta que se utilizaran para ello. Jengibre, naranjo, melisa… Todo se aprovechaba para sanar.

Las Balanzat creían que la Tierra facilitaba la vida suficiente como para sanar las enfermedades del cuerpo y arreglar sus desajustes. La vida se había vuelto agresiva para el ser humano, y ni la alimentación ni los productos químicos que les rodeaban eran los apropiados. Debido a ello, el

ser humano cada vez enfermaba más y peor. Pero la Tierra, si se sabía escuchar, tenía la llave para dar con la solución.

Y Alegra pensó que esas mujeres maravillosas provocaban el mismo efecto en ella, a pesar de los recuerdos y el rencor, que las plantas sanadoras de las que hablaban. Le ayudaban a sentirse mejor.

No quería sentirse mal por haber pasado tanto tiempo sin hablarles. Entonces, cuando tomó aquella decisión, pensó que se lo tenían merecido. Pero ahora, estando allí, dejándose abrazar por el calor que esa casa siempre le prodigaba, no pudo evitar sentirse mezquina y egoísta por su comportamiento.

Se estremeció y se frotó los brazos, como si así pudiera expulsar los malos pensamientos.

—Alegra, ayúdalas.

La voz tras ella era tan alta y clara que se dio la vuelta de golpe.

Ya eran tres veces. Tres. Y era la voz de su padre.

Ella tenía tantos conocimientos como las demás en cuestión de almas y espíritus, y sabía que si su padre seguía ahí era porque tendría cosas pendientes por resolver. O, tal vez, porque estaba demasiado amarrado a su isla.

Fuera por lo que fuese, era la tercera vez que Ángel la había llamado. Y eso la ponía muy nerviosa. La puerta de la calle estaba medio abierta, propició que un aire sorprendente entrara en el salón, removiendo las libretas de todos los presentes y tirando las plantas y las flores que las dos brujas habían colocado sobre la mesa de muestra.

Amanda cerró los ojos y recibió el viento en su rostro mientras intentaba sostener algunos ramilletes que volaron a su alrededor. Los mechones de su pelo rojo recogido en un moño se alborotaron alrededor del óvalo de su cara. Entonces, miró a su hija, que tenía los ojos clavados en la puerta de la entrada, abierta de par en par.

Pietat inhaló y abrió los ojos con estupefacción, mirando a su hija Amanda, que también estaba emocionada por la revelación que traía el viento.

Sasha, sentada en el sofá con los demás, se levantó de golpe y oteó lo que la rodeaba, buscando algo que no podía ver.

Todos los demás no osaron mencionar ni una palabra, impresionados por aquel azote huracanado que afuera no se manifestaba.

Alegra salió por la puerta, agitada y nerviosa, en busca de la voz de ese hombre que tanto había querido.

Era él. Era su padre, Ángel. E intentaba ponerse en contacto con ella. Cuando buscó en el jardín, no vio ni sintió nada extraño. Su presencia invisible, volátil e incorpórea había desaparecido.

Como el viento. Que ya no soplaba, si es que alguna vez lo había hecho fuera de Sananda.

Al entrar de nuevo en su hogar, Alegra se encontró con Pietat que le llamó la atención inmediatamente tomándola del brazo y deteniéndola en la recepción.

—Cuando entres ahí, haz como si nada hubiera pasado, Alegra —le susurró al oído.

—Era el papa, yaya —le aseguró con las pupilas dilatadas y la voz temblorosa—. Era él. Estoy segura.

Pietat parpadeó manteniendo la calma que ni sus nietas ni su hija Amanda, todavía aturdida en el salón, tenían en ese momento.

—Cariño, te creo. Pero esa gente de ahí no tiene por qué saber que alguien se intenta poner en contacto contigo desde el otro lado, ¿verdad?

—No.

—No les queremos asustar, ¿a que no? —Pietat arqueó las cejas blancas mientras Alegra negaba obediente con la cabeza.

—No, yaya. No diré nada.

—Bien. En cuanto los aprendices se vayan, hablaremos las cuatro sobre lo sucedido, ¿de acuerdo?

Alegra asintió con la cabeza y tragó saliva mientras seguía a su abuela al entrar de nuevo al salón.

—El viento ha abierto la puerta —aseguró Pietat clavando los ojos en su hija, hablando con ella con la mirada, tal y como las Balanzat hacían—. Ya sabéis que en es Cubells es caprichoso.

Amanda asintió en silencio con la cabeza y se relamió los labios resecos.

—¿Ah, sí? —preguntó Sasha.

—Sí —la cortó Alegra de golpe, haciendo que callara.

Obviamente, ni Amanda ni Sasha creían a Pietat, no porque su palabra no fuera de fiar, que lo era, sino porque Alegra había cambiado el gesto por completo y no dejaba de mirar a la puerta, esperando que ese viento caprichoso que no existía en es Cubells entrara de nuevo y se transformara en su padre.

—Recuerda que la pasionaria —le decía Amanda a Adelina mientras la despedía en la puerta. Era la última en irse. Siempre— ayudará a tu padre en esos momentos de estrés y ansiedad. Es muy duro echar de menos a la persona que te ha acompañado toda tu vida —reconoció Amanda con empatía.

—Sí. Es muy triste —reconoció Adelina con pesar. Después, sacudió la bolsas de tela roja transparente con hojas de pasionaria—. Espero ayudarle un poco con esto. No quiere tomarse sedantes. Y cuando está muy nervioso, temo por su corazón. Ya ha tenido dos anginas de pecho.

—Sí, lo recuerdo. Pero lo bueno de esta planta es que favorece la vasodilatación y eso ayuda a prevenir los infartos. Le irá bien, Adelina.

Adelina asintió con la cabeza agradecida y se despidió de Amanda.

Hasta que la rechoncha y fantástica mujer no se fue, la Balanzat no se alejó de la puerta. Tras ella, Alegra permanecía en guardia, esperando las preguntas y también las respuestas que se darían en el *petit comité* que tendría lugar en el salón de Sananda.

—Adentro, ahora mismo —dijo Amanda dejando relucir su ansiedad.

8

Era papa. Era él —sentenció Alegra sentada en el sofá, agarrándose a un cojín blanco—. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué sigue aquí?

Sasha se movía de un lado al otro, sin caminar hacia ninguna dirección en concreto.

Amanda y Pietat se colocaron frente a Alegra, pues estaban tan asombradas como ella.

—¿Habías tenido alguna manifestación de él en Estados Unidos?

Alegra negó con la cabeza.

—Nosotras tampoco habíamos notado nada hasta hoy. —Amanda miró hacia todas partes, confusa y extraviada—. Era él. Era él de verdad. Olía a orquídea.

—¿Y por que olía a orquídea era él? —¿Qué tipo de afirmación era esa?

Amanda y Pietat se miraron la una a la otra, sabedoras de algo que Alegra no conocía.

—Se ha ido muy rápido —murmuró Sasha desviando su mirada hacia la puerta.

—Ayer lo escuché. Y hoy por la noche también —contó Alegra incómoda.

Amanda parpadeó incrédula.

—¿Por qué no lo dijiste?

—Ayer no os vi en todo el día —contestó sin darle mucha importancia a ese hecho.

—Tu padre intenta ponerse en contacto contigo —resumió Pietat tomándose las manos.

—¿Por qué? —preguntó Alegra secándose el sudor de las manos en el cojín.

—Porque tú todavía no le has dejado ir —le dijo su madre con tristeza —. Y, si tiene algo que decirnos, su canal más fuerte serás tú.

—O puede que necesite su ayuda —sugirió Pietat, dando otra opción—, precisamente porque ella es el canal más fuerte y su unión con Alegra era más estrecha.

Amanda se quedó callada valorando esa posibilidad. Ángel y Alegra habían tenido una relación muy especial. Sobre todo los últimos años de vida.

—Cariño. —Amanda se acuclilló entre las piernas de Alegra—. ¿Te ha dicho algo papa? ¿Le has oído decir algo?

Alegra asintió con la cabeza.

—Me ha dicho «Alegra, ayúdalas».

Pietat sonrió mientras tomaba aire por la nariz y se relajaba.

—¿A qué? ¿A qué os voy a ayudar? —Alegra no entendía nada. ¿Su padre, Ángel, quería decirle algo?—. En todo caso, si él sigue aquí es porque vosotras no le habéis dejado ir, ¿no creéis? —Su voz tenía un ligero tono de beligerancia—. Allí, en Estados Unidos, nunca me dijo nada. Estaba sola. Si quería algo de mí, podría…

El timbre de la puerta sonó dos veces e interrumpió la charla de Alegra. Sasha se levantó del sofá y fue a ver quién era.

—Es Martí —dijo Sasha frunciendo el ceño.

—Ve a abrirle —pidió Amanda.

—¿Quién es Martí? —preguntó Alegra extrañada. Estaban en medio de una importante conversación y dejaban entrar a un tal Martí. ¿Quién era?

Al instante, un chico más o menos igual de alto que ella, con el pelo castaño muy bien peinado, algo de tupé, con ojos oscuros y gafas de pasta negra y, por cierto, bastante atractivo, entró en el salón. Llevaba una carpeta azul oscuro en la mano derecha y vestía informal, con zapatillas, tejanos y una camisa de manga corta.

—Alegra —dijo Amanda—, este es Martí Calabuig, el secretario de la presidenta del Consell de las Baleares.

Alegra se levantó, algo pasmada. Los Calabuig tenían una larga tradición de miembros participantes en el ayuntamiento de Ibiza y de Formentera.

Pero no comprendía lo que ese chico hacía ahí.

—Conozco a Alegra. Hacía mucho que no venías por aquí, ¿verdad? —le preguntó dándole la mano.

Alegra la tomó gustosa.

—Pues… Me perdonarás, pero no conocía personalmente a ningún miembro de los Calabuig. Es un placer.

—Bueno —explicó algo vergonzoso y nervioso—, te conocía de vista. ¿Quién no conoce de vista a las Balanzat? —preguntó riéndose y haciendo un sonido extraño parecido al de un asno.

Sasha puso los ojos en blanco y se rio de la actitud de Martí. Jamás se había comportado así, pero Alegra tenía ese efecto en los demás, sobre todo en los hombres. Los alelaba.

—¿A qué has venido, querido? —preguntó Amanda riéndose de lo mismo que su hija.

Martí carraspeó, soltó la mano de Alegra y se subió las gafas por el puente de la nariz mientras seguía a Amanda y se sentaba a su lado.

—Traigo algo que creo que os puede interesar.

—¿De qué se trata? ¿Quieres tomar un té? Nosotras dentro de nada cenaremos. ¿Te apuntas?

—No, gracias —repuso él educadamente—. Hoy tengo mucho que hacer en mi casa. No os molestaría si no fuera porque sé que esto es de incumbencia para toda la isla, para su equilibrio y para nosotros, los ibicencos.

Las Balanzat compartieron miradas confabuladoras, y Alegra estuvo a punto de limpiarse los oídos. Martí, al parecer, estaba muy al tanto de la naturaleza algo mágica y espiritual de las mujeres de su familia.

—Como sabéis, el Consell busca un modo de sacar más partido al turismo de las islas y generar nuevos puestos de trabajo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues veréis… —Abrió la carpeta y mostró las fotocopias de es Vedrà junto con una especie de planos arquitectónicos y de nuevas construcciones —. Quieren edificar sobre es Vedrà.

—¡¿Cómo dices?! —repitieron las cuatro mujeres.

—Lo que oís. El lunes se llevará a cabo la última firma. La llevará un arquitecto privado que quiere realizar una propuesta ecológica y de no

agresión en las Baleares.

—Nuestra isla ya no necesita más ocupación —se levantó Amanda, ofendida—, no tienen ni idea de lo que sufre por culpa del poco control que han demostrado los ayuntamientos con el turismo desaforado que viene cada año aquí y se va dejándonos dinero, sí, pero también un daño irreparable en nuestro mar y en nuestra tierra.

—Se supone que la construcción que quieren hacer respetará el ambiente. Será como un *chill out* y funcionará también como discoteca de noche —explicó Martí desaprobando tal opción.

—¿Discoteca? ¿En es Vedrà? —preguntó Alegra acercándose a él y tomando las hojas para revisarlas ella misma—. Debe de ser una broma.

—No lo es —sentenció—. Pasado mañana firman. Ayer por la mañana el arquitecto presentó el proyecto final al consejo. Están decididos a seguir adelante.

Pietat negó con la cabeza y se apoyó en la chimenea.

—No pueden hacer eso en es Vedrà —Pietat no salía de su asombro—. Es un sacrilegio. ¿Por qué la presidenta ha permitido algo así? Ella ha estado con nosotras. Se ha sentado en nuestro salón y ha recibido nuestras enseñanzas sobre las plantas. Le hemos ofrecido todo tipo de recomendaciones y la hemos ayudado en todo lo que nos pidió. Le contamos lo importante que es ese islote de roca mágica para la isla. ¿Qué cree que sucederá cuando rompan su equilibrio? ¿Acaso ha dejado de creer?

Martí se frotó la nuca sin mucho entusiasmo.

—Me temo que Meritxell hace tiempo que ya no cree en nada, Amanda —explicó con pesar.

—Es por su hijo, ¿verdad? —preguntó Sasha sin alzar mucho la voz. Se encontraba al lado de una cómoda blanca del salón, jugando con una lámpara que había en la parte superior, justo al lado de los libros de Jane Austen. La lámpara tenía una base que era una rana de ojos negros, y Sasha frotaba ensimismada los orificios de su nariz—. Sigue en coma.

Alegra se peinó el pelo con los dedos, dejó las hojas en la mesita del centro que había frente al sofá, y dijo:

—Que alguien me cuente lo que pasa. Hace años que no piso las Pitiusas y no sé de lo que habláis.

—Meritxell Roureda es la actual presidenta del Govern del Consell —explicó Amanda—. Hace dos años, su hijo pequeño, Toni, de diez años de edad, recibió un golpe en la cabeza mientras jugaba a futbol. Se dio contra el palo de una portería de tal manera que quedó en coma casi al instante. Meritxell —bajó la cabeza como si no quisiera encarar a su hija— había oído cosas sobre nosotras y sobre el caso de papa. —Aquellas palabras afectaron al instante a Alegra, pero ella continuó—. Pensó que podíamos ayudarla de algún modo. Nosotras le ayudamos a preparar todo tipo de cremas estimulantes para el crío. Le sugerimos que debía ir cada semana y darle masajes, hablarle y decirle cuánto lo echaban de menos para que él regresara de donde fuera que estuviera.

—Maldita sea, mama… —protestó Alegra en voz baja. ¿Cuándo iban a entender su madre y su abuela que no se podía salvar a todo el mundo? Ella había aprendido la lección del modo más duro posible.

—No me juzgues, Alegra —le advirtió Amanda en voz baja—. No le prometí a Meritxell ningún milagro para su hijo. Pero tenemos unos conocimientos que podemos utilizar para ayudar a los demás. Solo hicimos eso. Ella decidió dejar de visitarnos y perdió toda relación con nosotras.

—Fue su marido quien la influenció —aseguró Martí—. Le dijo que debía dejar de ver a las locas de es Cubells, que eran mentirosas y unas embaucadoras. Que solo le quitaban el dinero.

—¿Cobrabais por ayudarla? —preguntó Alegra sin podérselo creer.

—Me sorprende que nos hagas tal pregunta —espetó Amanda haciendo negaciones con la cabeza, herida por la insinuación de su hija.

—Jamás hemos cobrado por una ayuda así —protestó Pietat dirigiéndose a su nieta—. ¿Quién crees que somos, niña?

—¿Y por qué el marido de Meritxell dice eso?

—Porque es un ignorante que cree que lo sabe todo —aseguró su abuela —. En esta vida, Alegra, habrá muchísima gente que solo porque tú poseas un don estará en tu contra. ¿Y sabes por qué? Porque ellos no lo tienen. Y porque no creen en nada que no sea aquello que no puedan ver con sus propios ojos. Pero no puedes enfrentarte con todo el mundo. Ni debes, porque tu saliva y tu energía son valiosas. Quien quiera creer en ti, creerá. Y quien no, no lo hará.

Alegra se quedó callada unos segundos y tomó aire para relajarse y calmar los ánimos.

—Meritxell está agotada. Antes creía en la energía de es Vedrà. Antes iba con nosotras y meditaba entre las rocas —narró su madre con melancolía —. Me aseguraba que eso le daba paz. Que nuestra compañía le daba esperanza. Pero ahora… Desde que es presidenta, supongo que todo ha cambiado.

—Ha cambiado básicamente porque su marido no acepta que ella se siga haciendo ilusiones sobre su hijo —aclaró Martí—. Él cree que Toni no despertará. Y, sobre todo, cree que queda muy mal que una mujer de su cargo vaya con… —se calló de golpe.

—¿Con qué? —preguntó Alegra beligerante.

—Con brujas —contestó Pietat por él—. ¿Querías decir eso verdad?

Martí asintió y se encogió de hombros. Alegra lo miró con rabia.

—Sí. Lo siento. Con brujas.

—No te disculpes. —Amanda le dio unos golpecitos en la espalda con cariño—. Somos brujas, no lo vamos a negar. Pero… somos un tipo de brujas tolerantes y distintas.

—Lo sé —Martí miró a Amanda agradecido—. A mí no me tienes que convencer. Ya sabes que hoy no he venido a la jornada de puertas abiertas porque me he colado en el ayuntamiento para fotocopiar todo esto —señaló la carpeta y los papeles desparramados por encima de la mesa—. Si se enteran que he manipulado esta información confidencial, me echarán.

—¿Tú también estás metido en las jornadas? —preguntó Alegra estupefacta. ¿Es que el mundo se había vuelto loco?

—Por supuesto —admitió con orgullo—. Vine en busca de ayuda hace un año. Estaba desesperado. Tenía problemas de cólicos muy agudos, migrañas y el colon irritado. Los médicos me atiborraban a pastillas y ya estaba harto. Tu familia me dijo que me ayudaría. Me explicó que casi todas las dolencias físicas de nuestro cuerpo y las posteriores enfermedades se originaban por culpa de nuestro hígado, que estaba lleno de sedimentos provocados por años de maltrato.

—Solo le dijimos que la raíz de todas las patologías se originaba primeramente en el hígado —señaló Amanda sin darle mucha importancia—.

Le hicimos un tratamiento para que pudiera expulsar los cálculos que tenía en el hígado y poder limpiarlo. Hicimos una limpieza de la vesícula también.

—Y ahora, estoy más fuerte que un toro —se señaló el pecho y mostró su bíceps, muy saludable—. Tengo más pelo, menos estrés, mi piel está lisa y limpia, la acidez ha desaparecido, voy bien de vientre, el colesterol está perfecto… Ha mejorado mi vida radicalmente. Por eso estaré eternamente agradecido a tu familia. Han hecho por mí lo que no hicieron los médicos. Y donde no llega la ciencia, empieza la magia, ¿verdad? —decía animado—. Por eso, creo y creeré en ellas siempre.

Alegra quedó conmocionada por aquella declaración y aquel juramento de fidelidad. Martí era un buen tipo, y no hacía falta mirarlo más de una vez para darse cuenta de ello. Y, además, era un gran amigo de las Balanzat. Si quería a las Balanzat y ellas lo aceptaban, entonces, ella también lo haría. Porque su familia era especial y excéntrica, pero tenía una intuición exacta sobre las personas. Y no se equivocaban.

Se fijó en el colgante que Martí llevaba al cuello. Y le hizo mucha gracia porque era un frasquito diminuto de cristal con unas flores pintadas en la superficie. En su interior llevaría un papel con unos deseos y pensamientos positivos escritos, y estaría cubierto por sal o por otra sustancia poderosa y mágica. Los había visto en Nueva York y ella misma había pedido que le consiguieran uno. En Ibiza había visto un par de personas más con ellos. Todos eran especiales y diferentes y estaban pintados a mano.

—Yo también tengo un frasco de los deseos —sonrió señalándole el cuello.

Martí sonrió tontamente y cogió su frasco con las manos.

—Es auténtico —aseguró—. Y muy especial.

Pietat achicó los ojos e interrumpió al par de tortolitos.

—Gracias por tus palabras, Martí. Nosotras también te apreciamos y creemos en ti —le dijo Pietat.

—Esto me preocupa. —Amanda se levantó del sofá y caminó hasta el ventanal, dándole la espalda a todas—. Ya tenemos muchos problemas en la isla, como para tener que afrontar, además, la violación de es Vedrà. En cuanto el hombre construya allí y deje que las energías de la noche y del turismo rico y millonario que recorre las Pitiusas cada verano ahoguen la

catedral de piedra, entonces, toda su magia y su poder desaparecerán. Y los necesitamos para mantener la isla pura. Los ibicencos no tienen ni idea de cuán mágica es esa roca, ni saben cuánto la necesitan ni cuánto influye en ellos. No tienen ni idea de que el equilibrio depende de ella. No creen.

—La cuestión es que los votos del consejo a favor de la discoteca *chill out* de lujo en es Vedrà iban empatados. El voto de Meritxell puede decantarlo todo. Ahora van seis contra cinco a favor. Si cambia de opinión y decide echar marcha atrás, será por mayoría y no se completará la firma. Pero no la veo nada receptiva, Amanda —lamentó con tristeza—. Esta misma semana van a desenchufar a Toni. No está por la labor.

—Hay que hablar con ella —Sasha encendió y apagó la lamparita varias veces—. Hay que darle esperanza y convencerla.

Alegra no se podía imaginar que nada ni nadie pisara es Vedrà con intenciones que no fueran la contemplación y el respeto.

Y ahora, se iba a construir ahí una discoteca. No lo podía permitir. La sola idea de observar su templo, el principal vigilante y cuidador de la isla, manchado por piedras y ladrillos que no fueran suyos, le apenaba de tal manera que no sabía si quería gritar o llorar.

Era inviable. Definitivamente imposible que se mancillara ese lugar con energías contrarias a las que irradiaba la Naturaleza. Ni hablar. Suficiente tenía la isla encima como para que también el dinero y el interés metieran sus zarpas en un lugar bendecido ancestralmente.

—No van a edificar ahí —aseguró Alegra con firmeza—. Eso no se va a llevar a cabo.

Los ojos verdes de Amanda chispearon con sorpresa.

—¿Y cómo vas a detener tú algo así?

Alegra se encogió de hombros y contestó:

—Hablaré con Meritxell.

—No atenderá a razones —dijo Pietat—. Si sabiendo lo que sabe sobre nosotras y es Vedrà no está interesada en conservarla, ¿por qué crees que tú le harás cambiar de parecer? Meritxell es una mujer inteligente y sensible. Si ha dejado de creer… No se le puede hacer nada.

Alegra haría algo por esa isla. Era su deber. Tal vez su padre, que intentaba ponerse en contacto con ella, se refería a eso mismo. Debía

ayudarlas a conseguir que nadie tocara su islote mágico. Era la principal fuente de energía de las Balanzat y también de Ibiza. La gente de a pie no comprendía lo que eso significaba, pero ellas sí. Y siendo consciente como era, lucharía para que ese proyecto no diera más pasos hacia adelante.

—Yo tengo algo que la hará creer. Creo que puedo hacer algo por ella. Pero ella tendrá que hacer algo por nosotras.

Amanda parpadeó y supo a qué se refería, igual que las demás.

—Alegra —dijo Pietat acercándose a ella. La tomó por los hombros y la sacudió con cariño—. ¿Estás segura? No tienes por qué hacerlo.

—Es mi decisión. Y es mi don, ¿no? Yo decido a quién ofrecerlo —contestó seria.

Martí no entendía nada, pero cuando Alegra se dirigió a él, supo que esa bonita mujer tenía el poder de cambiar las cosas.

—Quiero hablar con ella.

—Puedes hacerlo mañana —sugirió Martí—. Es un día un poco delicado, la verdad, pero en el campo de futbol de Santa Eulàlia, el equipo de Toni celebra una jornada en su honor. Es el segundo año que lo hacen. Además, según creo, vienen algunas personalidades del mundo del deporte. Podríamos intentar que hablaras con ella entonces y le dijeras lo que sea que le tienes que decir.

Alegra sabía que no se trataba de hablar. Una mujer así de desesperada necesitaba hechos, porque estaba harta de tener fe en mejorías y en buenas noticias que no llegaban para su hijo.

Ella le daría esa prueba, pero necesitaba que Meritxell estuviera dispuesta.

—De acuerdo, mañana iremos a verla —sentenció Alegra.

Sasha sonrió feliz y orgullosa de su hermana, mientras tarareaba una nueva canción y se sentaba al lado de su madre, Amanda. Esta no dijo nada bueno ni malo. Solo miró al suelo con preocupación.

Pietat, en cambio, dio un beso en la frente a su nieta y le guiñó un ojo a Martí, para decir algo tan disparatado como:

—Esta es mi nieta Alegra, Martí. Toda una Balanzat. Está soltera. ¿La quieres para ti?

Cuando Martí se fue, cenaron en el porche trasero, con velas de colores y aromáticas flotando sobre el agua de la piscina, y antorchas antiinsectos iluminando el cerco del precioso jardín.

Los grillos y las aves nocturnas añadían melodías naturales a la velada.

Alegra estaba decidida. Hacía seis años que no utilizaba su don; sin embargo, había invertido ese tiempo en descubrir su principal preocupación y motivo de aflicción.

Ahora, que ya comprendía por qué unas cosas salían de una manera y otras de otra, necesitaba volver a poner en marcha sus métodos y asegurarse de que, verdaderamente, solo daba su don a quien quería.

—¿Por qué quieres hacerlo? —le preguntó su madre de golpe—. ¿Por qué ahora? Negaste tu don. —Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en la mesa de madera—. ¿Sabes lo que eso supone para una bruja?

Alegra masticó parte de su ensalada caprese y miró a su madre a los ojos.

—No soy bruja —se reivindicó—. Y sí. Lo sé. Pero no bendecir mi don y dar gracias a los dioses por él no significa que lo haya dejado de tener. Es solo que… Simplemente, no lo he utilizado más. Mis estudios me han ayudado a comprender ciertas cosas que antes no entendía; y creo saber por dónde van los tiros de mi particular facultad para sanar. Ahora sé cuándo debo hacerlo y cuándo no. —Con su tenedor pinchó una endibia y un tomate a la plancha y después tres espárragos verdes trigueros. Comida sana y mediterránea. ¡Cuánto la había echado de menos!

Amanda calló inmediatamente y siguió comiendo de su plato en silencio, hasta que no pudo morderse la lengua y dijo:

—Sé tan poco de ti y de lo que haces que casi no te conozco.

Aquello hirió a Alegra en lo más profundo. Cuanto más tiempo pasaba con ellas en esa casa, más se daba cuenta de que cortar su vínculo por lo sano no había sido buena idea. Su corazón las había echado de menos, y ahora odiaba saber que también con su comportamiento esquivo les había hecho tanto daño. Su madre no sabía cómo tratarla. Y ella tampoco sabía cómo acercarse de nuevo a ella. Hubo un tiempo en el que Amanda y ella eran uña y carne.

—Y, dime, niña —Pietat bebió de la copa de vino tinto, prestando total atención a su nieta—. ¿Por qué no nos cuentas qué has hecho este tiempo allí?

—Yo lo sé —repuso Sasha arqueando las cejas—. Hornear *pizzas* e hincar los codos.

Alegra se echó a reír.

—He estudiado mucho, yaya. —Cortó un trozo de endibia y se la llevó a la boca—. He entendido cómo funciona nuestro cuerpo y aprendido otro tipo de terapias. Trabajé con un grandísimo comunicador y experto en la materia, el señor Bruce Lipton. Y a su lado comprendí muchas cosas; sobre todo, cómo está conectada la bioquímica de nuestro organismo. Ahora conozco otro tipo de curación.

—¿Y lo dices tú? ¿Qué tienes un don prácticamente divino? —preguntó Pietat entusiasmada.

Alegra asintió.

—Lo digo yo. Veréis, tal y como yo lo entiendo, la gente pide curación y medicinas al enfermar cuando, en realidad, nuestras células enferman no por razones estrictamente genéticas sino por nuestro entorno. Nuestras creencias y nuestros pensamientos determinan nuestra salud. ¿Qué controla el destino de nuestras células para que unas estén bien y otras no? Los genes no. Solo en determinados casos son los genes, pero pocos. El entorno de la célula es nuestra sangre. La sangre cambia a la célula.

—Entonces, según tú, la calidad de nuestra sangre hace que enfermemos de un modo o de otro —entendió Sasha.

—Sí. Y es justamente lo que nos rodea y cómo pensamos lo que cambia la química de nuestra sangre y la convierte en nociva para nuestras células. Cuando me propuse estudiar biología celular, quise comprender cuál era la raíz de la enfermedad. —Y lo hizo precisamente por todo lo que vivió con su padre—. Si pongo a una persona en un ambiente nocivo, sus células enferman, al igual que la persona. En cambio, si pongo a esa persona en un entorno sano y no agresivo, entonces se recupera. Nos dice la medicina que las células son las culpables de nuestras enfermedades, por eso nos dan medicamentos para alterar la química de estas en nuestro supuesto beneficio. Pero es químico. Y eso nos ayuda a paliar unas cosas pero agrede a otras. Si

coges a esa persona enferma y la cambias de entorno, la química de su cuerpo y de su sangre también varían, porque su cerebro se ha adaptado a otra realidad distinta. Y el cerebro cambia la química de nuestro cuerpo. Es el jefe. Sin embargo, sucede algo también. Los cerebros interpretan a su antojo; así que si estás en un entorno sano pero tu cerebro lo sigue interpretando negativamente porque no te han enseñado a pensar de otro modo, seguirás enfermando. Si fuera por nuestras células, que interpretan nuestro entorno directamente y sin filtros, sanaríamos inmediatamente. Pero nuestro cerebro es otro mundo enorme. Si su *software* está mal, la química que generará en su cuerpo será dañina.

—Entonces no has descubierto nada que no sepamos, querida —dijo Pietat tan pancha, untando su rebanada de pan de *pagès* en el tomate jugoso, caliente y aceitoso—. Si tu mente está en paz y tienes buenos pensamientos tendrás una vida saludable y feliz.

Alegra se quedó callada y después soltó una carcajada. Era así de fácil para su abuela.

—No te equivocas, yaya. Los tiros van por ahí —alzó su copa de vino en su honor—. Pero es mucho más complejo que eso, no son solo pensamientos positivos y efectos placebo. La mente tiene poder de autocuración, pero hay que saber entenderla y valorarla. Y eso es justamente a lo que he dedicado mi especialidad: a enseñar a las personas a pensar y a creer en lo que piensan. Aprendí biología celular y física cuántica por dos razones: porque la medicina no entiende cómo funcionan las células y porque tampoco trabaja con esa parte electromagnética e invisible que es la energía a nuestro alrededor. Cosa que sí trabaja, por fin, la física cuántica. El cuerpo responde a la física cuántica, señoras. No a la newtoniana, que es la que defiende la medicina convencional.

—Y todo esto nos lo cuentas comiéndote un espárrago triguero —Sasha silbó impresionada—. Tu capacidad de comunicación es asombrosa. Lo he entendido y todo —se sorprendió de sí misma—. O sea, que según tú, ¿puedes ayudarme a controlar mi tartamudeo?

—Es posible, Sasha. Creo que, con tiempo y una disciplina, podemos solucionar tu adorable problema.

—Ya —dijo no muy convencida—. ¿Y tu don, Alegra?

—¿Qué le pasa a mi don? —preguntó sin comprender.

—¿Qué significa? —La luz de las velas se reflejaba en el precioso rostro de Sasha—. ¿Por qué es así?

—Mi don… —Dejó el tenedor y el cuchillo sobre el plato y se secó la boca pulcramente con la servilleta—… Es complicado. Manipulo de algún modo las estructuras celulares a niveles cuánticos. Por eso puedo modificar la química de la sangre de las personas a las que quiero ayudar y sanarlas. Cierro heridas, puedo quitar infecciones y…

—Devolver la vida, como hiciste conmigo en nuestro nacimiento —aseguró Sasha colocando una mano sobre la de su hermana—. Puedes sanar a todo el mundo, Alegra. Es un don tan magnánimo, tan generoso.

—No a todos —replicó Alegra en voz baja—. No a todos —repitió perdida en los recuerdos—. A veces, mi don falla.

Las tres mujeres, que escuchaban con embeleso el discurso de la morena, sintieron una empatía automática hacia ella.

—Por eso te has pasado seis años estudiando cómo ayudar a los demás a sanarse a sí mismos, ¿verdad, cariño? —preguntó Amanda con suavidad, queriendo vincularse de nuevo con su hija—. Porque no quieres que nadie dependa de ti. No quieres volver a sufrir.

Principalmente, no quería volver a fallar. Esa era la realidad.

—Alegra —Amanda intentó acercarse a ella—, debes comprender que tú no fallaste en nada. Tu padre…

Alegra se levantó de la mesa y dejó a su madre a medias. La joven carraspeó, tiró la servilleta sobre el plato y con una visible congoja dijo:

—Gracias por la cena.

—Todavía falta el postre —apuntó su abuela.

—Estoy cansada, yaya. Me voy a dormir.

—¿Te acompaño? —preguntó Sasha atribulada.

—No, estoy bien. Quédate —sonrió con cariño y los ojos acuosos y enrojecidos.

—Claro, cariño —la despidió Amanda desanimada—. Buenas noches.

Cuando Alegra dejó su silla vacía, Pietat tomó la mano de su hija Amanda entre las de ella.

—Dale tiempo, Mandi. La isla la está zarandeando y no tardará mucho en derrumbarse. Necesita tiempo para recomponerse.

—Lo sé, mama. Pero necesito abrazarla y no me deja —se quejó desesperada—. Es una cabezota. ¿No se da cuenta de que nos necesita? Ha estado sola mucho tiempo…

—Claro, nos necesita tanto como nosotras a ella. Pero espera un poco más. Tal vez hoy no sea el día. Tal vez mañana, o pasado… Tenemos todo el verano.

—No —dijo Amanda negando en rotundo—. Tú y yo sabemos que no tenemos todo el verano —apretó los labios y miró hacia otro lado—. Algo está pasando en las Pitiusas. Ángel se ha puesto en contacto con nosotras a través de Alegra, pero no puede hablar bien. Se lo prohíben. La sal en las esquinas de la casa se ha ennegrecido. La misma sal con la que trabajamos, la purísima sal de nuestra isla, —repitió Amanda— que es tan blanca como inviolable, se está viendo afectada por una energía que desconocemos. La misma que priva a Ángel de manifestarse. Alegra es fuerte y lo atrae, pero hay fuerzas en contraposición. ¿Por qué?

—Deberíamos decírselo a Alegra —sugirió a Sasha—. Debería saber lo que está pasando.

—No —pidió Amanda—. Alegra no quiere nada de esto. ¿No la has oído? Y no quiero volver a relacionarla con nada que tenga que ver con asuntos de brujos y magos. La quiero demasiado como para alejarla más. —La mujer sonrió a Sasha con una disculpa que esperó que su hija comprendiera—. Ve con ella, Sasha. No dejes que esté sola. Necesita compañía.

La chica sonrió y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, mama. *Bona nit*.

Las Balanzat sabían cómo era Alegra; y aunque quería hacerse la fuerte, en realidad, sus muros eran de corcho.

Pero Alegra desconocía lo que las Antiguas de Iboshim susurraban en sueños a las Balanzat, y tampoco sabía que la sal que ofrecía la isla, con la que ellas trabajaban y hacían sus hechizos, ya no era ni tan pura ni tan protectora. Fuera como fuese, un mal mayor acechaba Ibiza. Por eso necesitaban a es Vedrà impoluta y enérgica. Por ese mismo motivo, aunque

Amanda nunca se lo pediría a su hija, Alegra debía convencer a Meritxell para echar atrás el proyecto.

Porque sin el apoyo de es Vedrà, las Pitiusas perderían su magia.

9

Al día siguiente, en el campo municipal de Santa Eulàlia, las gradas estaban llenas con más de dos mil personas, todas dispuestas a apoyar a Toni y a todos esos niños que tuvieron que dejar el deporte por lesiones traumatológicas de ese tipo. Toni era un caso extremo, pues desgraciadamente su golpe dañó la parte motriz de su cerebro, pero allí, entre la multitud, había muchos más con otro tipo de enfermedades y casos dispares. Unos iban con muletas, los otros tenían fracturas en tibias o peronés. A algunos pocos se les había diagnosticado enfermedades de manera precoz, y debido a eso tuvieron que abandonar lo que más les gustaba; y no por decisión propia, sino porque la vida, a veces demasiado dura, les había obligado a ello.

Antes, cuando Alegra no sabía cómo debía manipular su don, su naturaleza benévola y sanadora se acercaba inconscientemente a aquellos que físicamente lo pasaban mal. Cuando era una niña siempre quería tocar a los enfermos porque sabía que los podía sanar. Pero su don también era peligroso para ella misma, pues absorbía la dolencia y la hacía suya; su energía cuántica alrededor la sanaba, sin embargo, para hacerlo, su sistema debía encontrar el problema y sanarlo desde dentro, por eso, ella también enfermaba al instante, porque necesitaba sufrir y entender la dolencia del otro para encontrar el equilibrio perdido.

Cuando su madre Amanda comprendió lo que sucedía, se volvió prohibitiva y protectora con ella. Su hija no era nada egoísta y lo daba todo, pero eso era malo también para ella, y para los demás. No debían saber que Alegra tenía esa facultad.

Las Balanzat respetaban el equilibrio de la vida y sus ciclos. Sabían que para que la vida tuviera valor, debía existir la muerte. Sin embargo, que la

gente supiera que había un ser como Alegra suelto por su isla y por el mundo, supondría un gravísimo problema para ellas, porque la explotarían; porque el ser humano era de naturaleza egoísta y no entendería que Alegra sufriera con ello.

Les daría igual cuánto arriesgara Alegra si así encontraban una cura inmediata para su enfermedad.

Sus padres y su familia la protegieron de ella y de sus ansias de ayudar. Incluso la protegieron cuando se trató de ayudar a sanar al hombre más importante de su vida. Para ello, tuvieron que engañarla.

Alegra se fue lejos de todo aquello, pensando que al alejarse también su don se alejaría de ella. Pero no fue así. En cambio, aprendió a dar solo en casos extremos. Controló su instinto para no acercarse a los enfermos y no absorber sin permiso el sufrimiento de los demás. Entendió que, en cada caso, había una lección, por incomprensible y dura que fuera, y que aquella lección debía aprenderse con la ley de la vida: luchando.

Pero también comprendió que era injusto que los demás no tuvieran ese don; y entonces buscó el modo de entender la autocuración como algo natural, como algo que fuera un don general poco desarrollado.

Y lo encontró. Creía en ello. Y creía en la capacidad del ser humano para que también creyera en ello y no mediante la fe, sino con auténticas demostraciones empíricas y científicas. Y así logró un cómputo entre ciencia, biología celular, energía y magia, que no era otra cosa que la voluntad del ser humano de encontrarse bien y creer en aquello en lo que estaba pensando. Por eso la querían en medio mundo trabajando para determinados centros y asociaciones.

Y todavía no sabía qué hacer al respecto.

Con su programa especial de biología cuántica tendría éxito con unos y fallaría con otros. Porque ella no podía medir el modo de reeducación de las mentes y los cerebros de las personas, pero sí podía ayudarles a redirigir sus pensamientos y a encontrarse en un entorno favorecedor para la sanación.

Y por todo lo que había aprendido y sabía a sus veintiséis años, por sus experiencias vividas que la enriquecieron para ser la mujer que entonces era, ahora podía acercarse a todos esos niños y chavales de no más de dieciséis, y reprimir las ganas de alargar sus manos y posarlas en ellos.

Porque todo tenía un tiempo y un lugar. Todo tenía un ciclo inviolable y un destino. Todo tenía un aprendizaje; y el aprendizaje, a veces, no era ni siquiera para la víctima, sino para todos aquellos que le rodeaban y debían aprender de sus lecciones.

En ocasiones, la enfermedad ayudaba a ver la vida de otro modo, incluso, ayudaba a sanar otras enfermedades más emocionales desde la raíz y a valorar la vida como lo que era: un regalo que no se debía desaprovechar ni con pensamientos negativos ni viviendo en desarmonía con la auténtica naturaleza del ser.

Antes le costó entenderlo. Ahora ya había aprendido de sus errores.

Por ese motivo, Alegra y Sasha se sentaron en la gradería del campo municipal de deportes de Santa Eulàlia y buscaron con sus intuitivos ojos de bruja solo a quien ansiaban encontrar.

A los padres de Toni.

Nil jamás se había sentido tan mal y tan necesitado como se sentía en ese preciso momento. Era un desastre. Un maldito desastre. Y la culpa la tenía esa mujer de ojos azules imposibles y pelo negro como las alas de un cuervo. Alegra.

Solo sabía su nombre. No sabía nada más.

Desde que se acostó con ella y se despertó solo y abandonado horas después en es Vedrà, cuando el sol estaba a punto de dar los buenos días, Nil sintió una durísima necesidad de verla de nuevo.

¿Qué mierda le había hecho? ¿Qué había pasado en esa isla? No creía en la brujería ni en los hechizos pero, si lo hiciera, aseguraría que esa morena de ojos claros lo había embrujado con sus besos y su entrega. Pero, sobre todo, con su inteligencia y su sentido del humor.

Nunca una chica, fuera del estilo que fuese, le había dado una réplica tan exacta y audaz como la que le dio Alegra durante toda la noche. Y eso lo enloqueció y lo excitó a partes iguales.

Tenía un cuerpo precioso, una mirada única, una boca exuberante y un pelo que solo le apetecía acariciar y peinar con sus dedos.

—Joder —murmuró Nil para sí mismo, cogiéndose la cabeza con ambas manos mientras el juvenil del equipo ibicenco jugaba contra un equipo

invitado inglés—. ¿Qué mierda me está pasando? No me la quito de la cabeza.

—Es fácil —dijo David a su lado, comiendo una bolsa de patatas y bebiendo un refresco—. Te ha cogido por los huevos. Eso te pasa. Esa chica te ha gustado más de lo que debería. ¿Quién iba a decir que la que se suponía que no era tu tipo en el barco después te iba a traer de cabeza como a un tonto?

—Nil está enamorado, Nil está enamorado —canturreó Lucas divertido, sin perderse un detalle del partido que se estaba jugando.

Nil negó con la cabeza. No. No podía ser. No estaba para tonterías. No estaba para enamoramientos. Tal vez la noche, ese islote misterioso y el alcohol en la sangre habían provocado que todo se magnificara.

En realidad, nada debía ser del otro mundo.

Se había acostado con muchas mujeres después de Tess. Algunas, probablemente, mucho más explosivas que Alegra. Entonces, ¿por qué con ella le sucedía eso?

Seguramente, le pasaba como en el anuncio del tío que va alcoholizado y cree que es *sexy*, guapo y el rey de la fiesta, cuando en realidad, la noche había sido de otro modo a ojos de los demás.

Sí. Debía de ser eso.

Al día siguiente le pasarían el proyecto de es Vedrà y tendría muchísimo trabajo entre manos, tanto como para entretenerse y dejar de obsesionarse con chicas a las que no conocía de nada, excepto por haberle dado una noche de pasión que jamás olvidaría.

—Utilizaste protección, supongo —dijo David mirándolo de reojo mientras sorbía de su cerveza.

—No iba tan borracho —admitió Nil iracundo, advirtiéndole de la presencia de Lucas. No podía hablar así delante de su hermano menor.

—Oye, a mí no me mires, que sé lo que son los condones —espetó Lucas provocando que una mujer mayor se girara para mirarlo. Este sonrió avergonzado y la mujer hizo un gesto disconforme.

—Entonces, peor me lo pones —dijo David.

—¿Por qué?

—Porque si no ibas tan perjudicado, menos mal, por cierto, porque yo ya iba por los dos —puntualizó arqueando las cejas—, tu actitud solo quiere decir una cosa.

—No me la digas.

—Esa chica te gusta. Y lo celebro, Nil. Ya es hora que después de lo de Tess, empieces a levantar cabeza.

—He olvidado a Tess por completo.

—Sí, pero por su culpa miras a todas como si fueran fulanas embaucadoras y solo las utilizas. Ya era hora que una mujer te estimulara otra cosa que no fuera la polla.

«¡Gol! ¡Gol!», gritó la multitud al marcar el equipo de juveniles de Santa Eulàlia.

Nil se levantó y aplaudió junto a sus hermanos, ensimismado en sus pensamientos y sensaciones.

Tess lo había engañado. A él y a muchísimas personas más. No era fácil digerir la traición ni tampoco su decepción, ni soportar su corazón roto. Pero el tiempo lo curaba todo; y ahora volvía a estar completo por fin, más cínico y menos crédulo, pero entero.

El recuerdo de Alegra le hacía sentirse incómodo e inseguro por la cantidad de pinchazos y cosquillas que sentía en su interior. Jamás había experimentado nada parecido, ni siquiera con Tess.

¿Eso qué quería decir? Tal vez no significara nada. O, puede que significara algo más.

¿Lo descubriría alguna vez?

Alegra y Sasha se levantaron de la grada en cuanto vieron a la presidenta del Govern al lado de su marido, flanqueados ambos por dos miembros de seguridad.

La sintonía que percibió Alegra con Meritxell mientras caminaba con lentitud hacia ella fue instantánea. Meritxell no debía tener más de cuarenta años. Tenía el pelo rizado y muy negro recogido en un moño y los ojos claros opacados como un día nublado y triste. Su marido, un hombre rubio y atractivo con perilla y pelo peinado a lo ejecutivo, sostenía una de sus manos, y parpadeaba con seriedad, haciéndose el más duro de los dos, en

medio de un escenario parecido en el que Toni, desgraciadamente, dejó de moverse dos años atrás. Un duro golpe para toda la familia.

Ella veía a los críos jugar, pero en realidad no los veía a ellos. Alegra estaba convencida de que la mujer se sumía en los recuerdos, y revivía el tiempo en que Toni correteaba por el césped del campo de Santa Eulàlia y reía y animaba como el que más, deseoso de que su equipo ganara, solo porque era más divertido ganar que perder, no por nada en realidad demasiado competitivo.

No era nada fácil acercarse a ellos. Alegra sentía, igual que Sasha, las oleadas de frialdad y distancia que marcaba la pareja. Estaban hartos de la compasión. Porque la compasión que mostraba toda la isla no les devolvería a su hijo. Nada lo haría.

—No va a querer hablar con nosotras —susurró Sasha.

—Tal vez ahora no. —Alegra tenía fe. Una mujer, una madre, se aferraría a la última brizna de esperanza por salvar a su hijo, por muy descabellada que fuera—. Solo me quiero presentar. A ti ya te conoce.

—A ti también —repuso la pelicastaña—. Pero hace mucho que no te ve.

—Tal vez no me reconozca. Deja que hable yo.

Sasha resopló.

—No pensaba hablar. Si lo hago contigo a mi lado tengo que fingir que me trabo. Y, a veces, no se me da bien. Eso es un don natural, ¿sabes?

Alegra miró a su hermana sonriente, y ella le devolvió la sonrisa. Sasha era tan sencilla y honesta que era la primera en reírse de sí misma.

Cuando las dos se quedaron a dos metros de la pareja, Alegra miró a los dos guardaespaldas y les sonrió algo avergonzada.

—¿Puedo hablar con la honorable señora Meritxell?

Meritxell, al oír su nombre la miró distraídamente y frunció el ceño al verla al lado de Sasha Balanzat. Los guardaespaldas esperaron a que fuera la presidenta quien decidiera qué hacer.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó con mucha educación.

—Me gustaría hablar con usted a solas, si es posible.

Meritxell miró a su marido y este se puso en alerta. Cuando reconoció a Sasha, negó con la cabeza en rotundo. No quería que tuviera nada que ver con esas mujeres.

—¿Eres Alegra? ¿Alegra Balanzat? —Meritxell la miró de arriba abajo.

Alegra vestía muy normal. Pantalones blancos muy cortos, una blusa floreada de colores y una zapatillas descubiertas planas, llamadas abarcas. Las había comprado en el puerto de Ibiza. Como era tarde y ya no hacía mucho sol, sus gafas colgaban del cuello de la camisa.

—Sí, soy Alegra, señora presidenta. Es un placer conocerla.

—Llámame Meritxell, por favor. Hacía mucho que no te veía. Pero no has cambiado casi nada: sigues siendo tú.

—Supongo que es un cumplido.

—Ya lo creo que sí. Esos ojos no se ven mucho por aquí. A excepción de los de tu abuela Pietat. Son muy parecidos.

Su marido, a su lado, puso los ojos en blanco.

—¿Qué precisas, Alegra? —preguntó el marido de malas maneras.

—Solo me gustaría hablar unos minutos con su mujer.

—Mi mujer no tiene nada que hablar con vosotras —dijo manteniendo la calma, sin alzar la voz—. Por favor, iros.

—Mateo, haz el favor —pidió Meritxell, como si soportara esa actitud muy a menudo.

Alegra no se movió del sitio. Sasha, en cambio, tiró de la muñeca de su hermana, pero Alegra se deshizo y se inclinó hacia Meritxell. Esos ojos clamaban por una salvación, por una respuesta a todas sus plegarias. De su cuello colgaba un frasquito de los deseos como el que ella y Martí tenían, pero el suyo lo adornaban dibujos a pincel de flores blancas y rojas. El cristal del frasco era azul, y el tapón que cubría la arena era de corcho, y se vislumbraba un pequeño y diminuto papiro en su interior. Sí. Meritxell, por poco que le quedara, continuaba teniendo fe.

—No quiero ser desagradable, ni quiero causarle ningún dolor —confesó Alegra mirándola directamente a los ojos—. Pero me juego lo que quiera a que lo que lleva en ese frasco del cuello tiene que ver con Toni. Si me escucha, Meritxell, su deseo se puede cumplir.

—Escúchame tú a mí bien, sinvergüenza —dijo Mateo levantándose. Eso provocó que los dos guardaespaldas se levantaran también, abruptamente, y que llamaran la atención de todos los asistentes al partido benéfico—. No voy a permitir que le metáis más tonterías en la cabeza a mi mujer, ¿me has

entendido? Ya tuvo suficiente con vuestras mentiras y vuestras artimañas de brujas y magia. Sois unas charlatanas y hacéis daño a la isla y a personas que no se lo merecen.

Alegra alzó la barbilla y se mordió la lengua para no montar un espectáculo, cuando lo que en realidad le apetecía era pisarle la nariz con su zapatilla. La había llamado sinvergüenza. Qué cretino.

Lamentablemente, la joven sabía que el caviar no estaba hecho para el hocico de un cerdo y que, cuando alguien creía tanto con tanta beligerancia, no se podía hacer nada para cambiarlo; y era mejor no intervenir, porque esa persona podía acabar intoxicada por su propio veneno. No se podía hablar a un sordo, ¿verdad? Con esa lección aprendida, y dirigiéndole una mirada compasiva y suplicante a Meritxell, que permanecía cabizbaja cogiéndose las manos atribulada por la actitud de Mateo, Alegra y Sasha se dieron media vuelta.

Era una ley consabida por las brujas: no se podía ayudar a quien no deseaba ser ayudado. Y ese era el caso de Mateo y, en menor medida, el de Meritxell, que yacía en algún lugar entre capas de tristeza y autocompasión. Si no reaccionaba pronto, perdería su oportunidad de salvar a Toni.

—Vámonos a casa, Sasha —le pidió Alegra afectada por la negativa del matrimonio.

—Sí. Un momento. Voy a recoger el bolso; lo he dejado en nuestra parte de la grada y he encargado a un vecino de Santa Eulàlia que le eche un vistazo.

Alegra asintió, malhumorada.

—Te espero en el bar, aquí afuera. Voy a ahogar las penas.

—No les hagas caso, Alegra. Mateo está amargado.

—Lo sé.

La gente las miraba de reojo, y algunos cuchicheaban y las señalaban. Hacía tiempo que Alegra no escuchaba ni el tono despectivo ni las palabras friki o bruja dirigidas hacia ella. Para tristeza de la vida, algunos hábitos no se olvidaban porque, sencillamente, algunas personas nunca cambiaban.

«Supongo que en el mundo tiene que haber de todo: gente buena y sensata por un lado y gilipollas a muerte por otro», pensó mientras se dirigía a la máquina de bebidas automáticas.

Con el tiempo, había aprendido a sobrellevar esas cosas, aunque, le seguía sorprendiendo la capacidad que tenía la gente de hacer daño gratuito a los demás solo porque no eran como ellos.

Metió la moneda de un euro en el dispensador y eligió una botella de agua.

En ese momento, su piel se estremeció y su corazón se desbocó en el interior de su pecho. Las manos se le humedecieron y la boca se le secó. No hacía falta darse la vuelta para saber quién había clavado su mirada en ella.

Era la única persona en el mundo que actuaba directamente sobre su campo cuántico y energético. La gente no creería en esas cosas y dirían que era magia; y si no creían en magia, dirían directamente que estaba loca de remate. Pero, en física cuántica, cuando los campos electromagnéticos de un objeto actuaban directamente en el campo del otro, se llamaba Ley de la Atracción.

Y lo peor era que ella se encontraba en fase de negación, es decir, aunque la experiencia había sido maravillosa, no quería nada de eso porque estaba demasiado asustada y se sentía muy vulnerable con él. Sin conocerse, Nil tenía algo que le gustaba a su cuerpo y a su propia energía. Y ella no lo aceptaba.

Lo había sentido en es Vedrà al tocarse. Le había girado la cabeza por completo al besarse y al hacer el amor. Bueno, en realidad había sido un encuentro sexual de lo más curioso y pervertido. Deliciosamente tierno, pecaminosamente divertido y locamente desenfrenado.

El cuidado de Nil al tocarla, sus manos calientes al delinear su silueta, su boca suave y deliciosa… No había dejado de pensar en él, aunque tuviera otras cosas en la cabeza.

Pensaba que no lo vería más, porque alguien que tenía la capacidad de trastornarla de ese modo era ser un bueno para nada. Había deseado no encontrarse con él. Sin embargo, en sus islas mágicas, los que estaban destinados a colisionar, colisionaban sin más. Parecía que la misma Tierra estaba interesada en ello.

Alegra esperó a ver si Nil le decía algo; y cuando vio que él no hablaba, entonces tomó aire, se agachó para recoger su botella de agua y, sin darse media vuelta, todavía de cara a la máquina dispensadora, dijo:

—Si vienes a por agua, la que me llevo es la última. —Y era verdad, porque la luz roja del dispensador que indicaba cuándo una bebida se había agotado estaba encendida.

—¿Cómo sabes que soy yo, si ni siquiera te has dado la vuelta? —preguntó Nil, nervioso como no lo había estado en su vida. Se sentía como un adolescente. Torpe y perdido.

Alegra golpeó el cristal de la máquina con su índice.

—Veo tu reflejo —mintió. Se giró y se quedó de cara a él.

A Nil el aire no le llegó a los pulmones. Era tan guapa como recordaba. Y la recordaba cada minuto que pasaba, que no era poco.

Ella se encogió de hombros, casi con vergüenza.

—Hola —le dijo abriendo la botella—. ¿Qué haces aquí?

—¿Hola? —repitió él dando pasos hacia ella como los de un tigre.

Nil no sabía muy bien lo que le pasaba. En realidad, ni siquiera quería hablar con ella, solo… A él solo le apetecía tocarla, desnudarla y hacerle el amor contra aquella máquina de bebidas frías. Quería asegurarse de que aquella mágica sensación de euforia no había sido una ilusión provocada solo por el alcohol.

—Me merezco una disculpa por abandonarme la otra noche, ¿no crees? —Retiró a Alegra tomándola de la cintura, y ambos se miraron a los ojos de nuevo, como hienas deseosas de hincar el diente a su víctima. Qué frustrante y qué maravilloso a la vez sentirse así, pensó él impactado.

Alegra arqueó las cejas negras y suspiró.

—Bueno, yo creo que lo dejamos claro, ¿no? Solo esa noche —señaló con obviedad—. Era San Juan, habíamos bebido, estábamos en es Vedrà… Yo no soy tu tipo. Y tú no eres el mío. Lo más razonable era irme, y evitarnos la vergüenza del día siguiente. Ya sabes, esas conversaciones forzadas y el rostro culpable por haber cometido un grandísimo error.

Nil tomó una Coca Cola *light* para Lucas y una cerveza para él.

—O podría haberte acompañado a tu casa y podríamos habernos intercambiado los teléfonos.

Alegra se quedó unos segundos sin habla. ¿Nil quería seguir viéndola? Se obligó a reaccionar.

—Sabes que no —dijo ella ocultando una sonrisa que le molestó incluso a sí misma.

—¿Sigues adoptando el papel de chica fácil y sabelotodo de la otra noche? —El tono de Nil fue casi de reprimenda.

—No lo sé. Depende. ¿Tú sigues con el de galán de telenovela de tres al cuarto pagado de sí mismo?

Nil se echó a reír y negó con la cabeza.

—Tú y tu lengua de bruja… —murmuró divertido.

Ella enmudeció y se puso tensa.

—Ten cuidado, Nil, o haré que se te caiga ese pelo tan bonito que tienes. —Alegra se dio la vuelta rabiosa, preparada para dejarlo atrás. Le importaba poco lo que dijera la gente que no conocía y, de hecho, a Nil no lo conocía muy bien, pero no pudo controlar el impulso de dejarlo ahí tirado por reírse de ella y de su familia.

—Eh, ¿adónde vas? —Nil la tomó del brazo y, al hacerlo, un nuevo chispazo surgió entre ellos y provocó que la soltara de inmediato—. Joder… ¡Contigo siempre me pasa lo mismo!

—Entonces harás bien en no tocarme otra vez —le sugirió ella con desdén.

—Va a ser que no. —Nil la volvió a tomar por el antebrazo y la acercó a él—. Perdón si te he dicho algo que te ha molestado —sonrió disculpándose —. No ha sido mi intención.

—Déjame, Nil. Me voy ya a mi casa —pidió ella malhumorada.

—¿Te acompaño, Alegra? Mis hermanos están en la grada. Les diré que te llevo y ahora vuelvo a buscarte.

—No. He venido con Sasha y…

—Por favor —le dijo él con seriedad y el gesto sincero—. Déjame ser el caballero que no fui la pasada noche. Aunque solo sea por hacerme sentir un poco mejor y calmar mi conciencia —Nil se moría de ganas de conocer mejor a Alegra. Después de dos días enteros pensando en ella, debía saciar su curiosidad. Y ahora que la tenía cerca, no la iba a dejar escapar.

Alegra parpadeó. Los ojos de Nil brillaban inclementes, como si no fueran a perdonarle jamás que le diera un no por respuesta. Tenía unas pestañas tan largas que le ensombrecían la mirada sin necesidad de

maquillaje. Su atractivo era tan sublime que entendió por qué había mujeres que podrían llegar a hacer auténticas locuras por los hombres. Y no por hombres cualesquiera. Sino solo por hombres como aquel.

Alegra carraspeó y observó la mano que la sostenía por el brazo.

—No te voy a soltar, no vaya a ser que te me escapes —susurró Nil con la vista fija en su boca.

Alegra se relamió los labios y asintió alelada. Por el amor de Dios… Nil actuaba en ella como la Luna sobre la Tierra: agitaba su mar interior y provocaba maremotos en su cuerpo y en sus hormonas. Era un sentimiento tan loco el que despertaba en ella que la dejaba muerta de miedo.

—No me iré. Acepto que me lleves a casa. —¡Qué tremendo error estaba cometiendo! No obstante, a ver quién le decía que no a Adonis—. Antes deja que avise a mi hermana.

—Vamos. Te acompaño. No te perderé de vista.

Ella asintió. Había sido incapaz de decirle que no.

Cuando llegó hasta la grada en la que estaba con Sasha, allí no había nadie. Alegra oteó la multitud en su busca y se sorprendió al encontrarla hablando con Kilian Terol, el último fichaje estrella del Futbol Club Barcelona, conocido en el mundo futbolístico como «el Animal». Era un *killer* de pura cepa, un delantero cazagoles con una potencia y una velocidad nunca vistas. Lo habían pretendido todos los clubes de Europa pero, al parecer, el equipo azulgrana era el de su corazón desde niño y finalmente optó por ellos.

Kilian había asistido al evento de Santa Eulàlia porque era nativo de Ibiza, y en las islas lo querían mucho y lo tenían idolatrado. Él había jugado allí de pequeño.

Sasha siempre se había llevado muy bien con él: era vecino de es Cubells y se conocían desde entonces. Hasta que Kilian, con dieciséis años, fue convocado para jugar en las categorías inferiores del Barcelona. Con los años, llamó la atención de los clubes más grandes. Fichó con el Manchester United y allí jugó durante cinco años. Ahora, con veintisiete, Kilian había firmado un contrato de cuatro años con el equipo de la Ciudad Condal. Para

que complementara, como segunda opción, una delantera llena de estrellas como Lionel Messi o Neymar.

Todos estaban muy ilusionados con él.

Entre focos de *flashes* de los periodistas deportivos de las islas y niños que le pedían autógrafos, Kilian hablaba con Sasha como si se sintiera avergonzado de la situación. Como si no quisiera mirarla a la cara. Y Sasha, su dulce y adorable hermana, ni siquiera lo miraba a los ojos. Esa era la actitud que tomaba cuando quería huir de un lugar que no le gustaba o cuando estaba tan incómoda que deseaba que se la tragara la tierra.

Alegra no se lo pensó dos veces y acudió a su silenciosa llamada de socorro.

Cuando llegó hasta ella le puso una mano en el hombro, y Sasha reaccionó de golpe, tomando aire y recuperando parte del valor que había parecido perder ante él.

—Sashi —le dijo Alegra con dulzura—. ¿Todo bien?

Sasha asintió agradecida.

—Todo bien, Alegra. Kilian solo quería saludarme. Me ha preguntado cómo estaba y yo le he dicho que muy bien. Es solo que… —cerró los ojos ante un potente *flash* de la cámara de uno de los periodistas—… que me incomodan los focos.

El morenísimo jugador de ojos verdes y pelo rapado miró a Sasha con sorpresa. Como si no comprendiera que hilara varias palabras seguidas sin tartamudear.

—¿Qué tal estás Kilian? —le preguntó Alegra dándole la mano—. Me alegra mucho que hayas vuelto a casa y juegues en el *Barça*.

—Gracias, Alegra —dijo él, que se había quedado cortado, porque su intención era la de darle dos besos para saludarla. En vez de eso, la morena de ojos claros colocó su mano entre medio—. Yo también me alegro de volver.

Los tres se quedaron callados. Kilian echó un vistazo a Sasha, como si quisiera decirle algo más, pero no lo hizo.

—Oye, Sasha —dijo Alegra para romper el hielo—. No quiero estar más rato aquí. —Desvió la mirada hacia Mateo y Meritxell, que no le quitaba sus

ojos de encima—. Me he encontrado a Nil. Me va a acercar a casa. ¿Te vienes con nosotros o te quedas un rato más?

—¿A Nil? ¿Nil el Dios?

Kilian frunció el ceño pero disimuló muy bien su gesto. Los deportistas tenían cientos de tics nerviosos.

—Sí. Ese Nil.

—¿Ya sabes lo que haces?

Alegra habló por lo bajini a su hermana. No iban a hablar de chicos delante de una superestrella de futbol, por mucho que de pequeños jugaran a las guerras de globos en la playa.

—No. No lo sé. Ya te contaré. ¿Qué vas a hacer? ¿Nos acompañas o no?

Sasha divisó la multitud en la grada y sus ojos se detuvieron en alguien que Alegra no supo identificar. Por alguna razón que a Alegra se le escapaba, su hermanita decidió quedarse.

—Me quedo. Te veo en casa. —Le dio un beso en la mejilla a su hermana y levantó la mano para despedirse de Kilian—. Adiós, Lian. —Así le llamaba ella cariñosamente.

Él apretó la mandíbula, atribulado y confuso, y respondió:

—Adiós.

Alegra se encogió de hombros y sonrió a Kilian.

—Que te vaya bien. Mete muchos goles por nuestro equipo.

Él asintió, sin dejar de seguir a Sasha con sus verdísimos ojos. Mientras Alegra se alejaba del campo y fijaba sus ojos en Nil, que la esperaba apoyado en la zona de vestuarios, pensó que si había habido una situación real en la que la tensión se hubiera espesado lo suficiente como para ser cortada con unas tijeras habría sido esa: la vivida con Sasha y Kilian.

Qué extraño. Indagaría en el asunto.

Cuando solucionara los suyos, claro. Asuntos problemáticos disfrazados de hombre rubio, con cuerpo esbelto y ojos de gato; ojos seductores y también muy, pero que muy gamberros.

10

El Mini Cooper descapotable de Nil, plateado y negro, circulaba por la ruta que les llevaría hasta es Cubells, a no más de media hora en coche desde Santa Eulàlia.

El atardecer daba paso a la noche entre fantásticas vistas isleñas y pedruscos recortados en la lejanía, como si aquel fuera un paisaje natural creado solo para el ensueño, la contemplación y la inspiración.

Desde donde estaban, a lo lejos se veía es Vedrà. Alegra clavó la vista en ella, mientras escuchaba la música que tenía Nil en el *mp3* de su coche. Sonrió porque a ella también le encantaba Shania Twain y su *That don't impress me much*; pero no la versión pop, sino la original, la *country*. La que sonaba en ese momento.

—¿Estás recordando nuestras guarradas, Alegra? —preguntó mirándola de reojo, maliciosamente.

Ella enrojeció y miró al frente. Nil era un descarado, lo hiciera a propósito o no.

—No. Solo contemplo lo hermoso y mágico que es. ¿Sabes que Mike Oldfield compuso la segunda parte de su *Tubular Bells* contemplando es Vedrà?

La comisura del labio de Nil se alzó mientras conducía mirando al frente.

—No lo sabía. Pero eres afortunada. Yo no he dejado de pensar en lo que hicimos desde que… —resopló, midiendo sus palabras—. Desde que me desperté, solo y abandonado, por cierto.

No daba puntada sin hilo.

—¿Has estado pensando en mí? —Ella había pensado muchísimo en él. A todas horas. Sin embargo, aunque tenía la posibilidad a mano de llamarle

mediante el teléfono de David, no lo había hecho. Nil era igual a problemas mil. Rimaba y todo—. Qué tierno.

—¿Te haces la dura? ¿De verdad no has pensado ni un poquito? —la miró con cara de pena.

—No. Ni un poquito.

Nil se echó a reír. La creyó menos que ese poquito; de hecho, no la creyó ni una pizca. Alegra respondía a él. Se ponía nerviosa con su cercanía, sus pupilas se dilataban y sus mejillas se sonrojaban al mirarlo. No le era indiferente.

—Entonces, ¿naciste aquí? —preguntó él interesado, intentando alejarse de esa inevitable tensión sexual entre ellos.

—Sí. Mi familia siempre ha sido de es Cubells.

—Yo me hospedo en Sant Miquel. Estaré aquí todo el verano —le informó para que lo tuviera en cuenta.

—¿De veraneo?

—No. Por trabajo.

—Es decir, vienes a Ibiza a pasar el verano para trabajar. Qué rarito eres —bromeó. Nil se encogió de hombros—. ¿Y dónde vives normalmente, Nil?

—Vivo en Londres, con mis hermanos.

—Pero ¿de dónde eres?

—Soy catalán. De Barcelona. Pero mi padre, originario de Badalona, se enamoró de una inglesa y se fue a vivir allí. Veraneábamos en Sitges cada año. Tenemos una casa en la costa catalana.

—Me encanta Sitges. Es preciosa.

—No tanto como Ibiza.

—Son dos lugares completamente diferentes. Ibiza es un universo a parte. Una isla. Sitges es una parcela de tierra maravillosa y pintoresca en Cataluña.

Nil aceptó la personal descripción de Alegra, y no pudo evitar mirarla de soslayo para comprobar lo bellísima y dulce que era. Alegra era una mujer de contrastes, especial, con ese aire un poco *hippie* de los ibicencos, sazonado con un manojito de inseguridad al que Nil, que era muy observador, no sabía ponerle nombre; y a la vez, ese esbozo de incomodidad en ella era lo más adorable de su persona, porque tenía una presencia que

quitaba el hipo, pero su esencia necesitaba ser resguardada por brazos protectores y fuertes, tal vez como los de él. Si ella se dejaba, claro.

Nil no sabía qué demonios le sucedía. Se había jurado no sentir nada hacia ninguna mujer nunca más en su vida, no después de lo de Tess. Y ahora, se encontraba casi babeando y suspirando como un chaval por la beldad morena y de ojos claros, de presencia de mujer guerrera y de alma de hada inocente que tenía sentada justo al lado.

Lo cautivaba y le dejaba sin palabras, convirtiéndole en un penoso poeta, y en una especie de patético hombre medio enamorado. ¿Enamorado de quién? ¡Si no la conocía! Se estaba volviendo loco.

—Tú no eres como pretendías ser la otra noche, ¿verdad? —Quiso saber él mirándola con gesto sincero.

Alegra clavó los ojos en su propio regazo.

—Solo si pretendes ser conmigo un ligón pasado de moda y un sabelotodo pedante y vanidoso. Entonces, me convierto en una Barbie sin cerebro que finge interesarse solo en tu cartera. Como todas las chicas con las que seguro tienes relación cada fin de semana. Por eso intenté ser sincera contigo —sonrió indulgente—. Así me aseguré de que no te llamaría la atención más de lo necesario.

Nil negó con la cabeza.

—Pues me la has llamado. Y no por lo que tú crees —admitió sincero y confuso—. Oye, mira… —Estaban entrando en es Cubells.

—Un momento —lo interrumpió ella—. Ahora toma la tercera salida de la rotonda a mano izquierda y sigue todo recto.

Mientras Nil obedecía, continuó con su frase, que había dejado a medias.

—¿Qué pasa si has llamado mi atención?

—¿Y eso por qué? ¿Por qué te la he llamado? —le preguntó Alegra anonadada y con el corazón repentinamente acelerado.

—Pues verás… ¿Tus pechos son naturales?

Alegra se quedó muy quieta y después, al ver que bromeaba, se echó a reír.

A Nil le pareció tan espectacular y natural que quiso atesorarla en una bola de cristal con nieve para voltearla, mirarla y sentir la misma calidez en el pecho siempre que quisiera.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dijo ella—. Hice todo lo posible para que supieras que lo nuestro era solo un *affaire* de verbena. Nada más. —Quiso impregnar su voz con un tono seguro. Pero no lo logró —. Puedes parar aquí. Esta es mi casa.

Nil detuvo el coche delante de la puerta tallada de madera en la que se leía perfectamente Sananda entre las grafías de lo que parecían ser las ramas de un árbol. Las letras salían de esas ramas de manera mágica y natural.

Alegra se quedó mirando la puerta y recordó la tarde en la que, junto a sus dos hermanas, observó el momento en el que su madre dibujaba el diseño de la puerta en un papel y se lo enseñaba a Ángel con una sonrisa de oreja a oreja.

—Preciosa casa —murmuró Nil con la vista fija en la fachada del castillito de estilo irlandés. Él, como arquitecto, sabía identificar las formas de una belleza tangible y mágica como aquella. Era un castillo de hadas, ninfas y seres mágicos de los bosques.

—Gracias —repuso ella, desabrochándose el cinturón de seguridad y jugando con las llaves en sus manos. Sentía la necesidad de alejar ese imán para todos sus sentidos que era Nil—. Mira, somos muy diferentes. Lo de la otra noche estuvo bien. Esto es…

Nil la hizo callar cogiéndola de golpe y a peso, colocándosela sobre sus piernas a horcajadas. Alegra ni siquiera sabía que se había movido el mundo hasta que no sintió la mano dura de Nil en su nuca y sus labios suaves y a la vez exigentes sobre los de ella.

La besó con tantas ganas que la contagió. Y en ese momento, su corazón latió desbocado y supo, sin ninguna duda, que Nil lo sentiría a través de su camiseta blanca que tanto realzaba su moreno surfista. Vería y sabría lo nerviosa que la ponía.

La sorpresa fue percibir que el corazón de él latía con la misma fuerza. «Vaya, qué interesante…»

Alegra nunca se había fijado demasiado en los guapos. Prefería cerebros inteligentes y atractivos, pero Nil… Con Nil haría una excepción. Otra vez.

Él impulsó sus caderas hacia arriba, y ella se agarró a su pelo y gimió, al sentir el roce entre la fina pretina de su pantalón. Justo en el centro de su sexo.

—Un momento… —dijo ella sin resuello—. Un momento… Esto es de locos…

—Tú me tienes loco a mí. No sabía si volvería a verte…

—¿Qué te tengo loco? Oh, madre mía… —Nil la mordió levemente en la garganta y la succionó, haciendo que se mordiera el labio inferior—. Sí, claro… ¿Esto tiene que ver con otra apuesta?

—No. La otra ya la gané. —Nil deslizó las manos por su trasero y acarició sus perfectos y duros globos—. Mi hermano se va a tatuar mi nombre en su culo. Alegra, quiero quitarte la ropa.

La pobre no enlazaba demasiado bien las palabras. Había entendido culo, y ella lo asociaba con lo que él le hacía en el suyo. Y nombre y tatuaje…

—Por favor… Espera… —Le detuvo colocándole las manos en su ancho pecho—. Estoy delante de mi casa, y mi madre y mi abuela son como dos lechuzas. Esto no está bien…

—No. Esto sí que no está bien. —Cogió su mano y la colocó en su paquete, duro y grueso tras los pantalones—. ¿Crees que es normal? No lo es. Es tu culpa.

«Seguro que no es normal. Madre de Dios».

La luz del porche se encendió, y Alegra se sintió como una quinceañera pillada con las manos en la masa.

—Qué vergüenza… —musitó ella arreglándose la ropa. Abofeteó las manos de Nil que se dirigían a sus pechos—. Estate quieto.

—¿Quieres quedar conmigo? Me podrías enseñar Ibiza tal y como tú la conoces.

—Oye, ¿de verdad quieres jugar a esto? —Alegra no se lo podía creer. Ese hombre tenía ganas de seguir viéndola. Y ella, de seguir aprovechándose de él.

Nil no sabía lo que quería, pero no soportaría estar otra vez tan ansioso y obsesionado con una mujer como esos dos días lo había estado con ella. Tenía que sacársela de la cabeza inmediatamente. ¿Y qué mejor manera que saciándose de ella?

—Ayúdame a sacarme esta necesidad —se sinceró.

—¿Qué necesidad?

—Alegra, me dejaste loco en es Vedrà. Quiero seguir viéndote. ¿Qué podemos perder?

—Tú no estás bien…

A Alegra le daba pavor engancharse a alguien tan seductor como Nil. Él se acostaba con las mujeres por diversión. Si ella se encariñaba, la haría polvo en un santiamén. Y conocía los estragos que provocaba el dolor de amor. Lo había visto en su familia, y en los hombres y mujeres desesperados que habían acudido a las Balanzat en busca de hechizos y curas para corazones rotos.

Por otro lado, no quería dejar pasar la oportunidad de acostarse con un tipo tan espectacular como aquel. Tal vez podría aprender a pasárselo bien. Sin exigencias, sin esperar nada a cambio. A lo mejor no tenía por qué pasar nada tan radical como enamorarse, ¿no? Era verano. Su vida había sido dura. Ya había metido la pata en la verbena, así que, ¿por qué no meter las dos piernas en sus esperadas vacaciones?

—Alegra, seguro que nos conoceremos y no nos soportaremos. —Aunque lo dudaba. Sus manos temblaban por tocarla—. No hay nada por lo que temer. Veremos que somos completamente diferentes, que no estamos hechos el uno para el otro y quedaremos como amigos.

—Nos odiaremos.

—Pero si no vemos qué nos depara el verano, tal vez perdamos una oportunidad de pasarlo muy bien.

—Eres un casanova —lo increpó ella—. Y yo no hago estas cosas. No soy tu tipo.

—Pues nadie lo diría después de cómo lo hicimos en la roca mágica… —murmuró él relamiéndose los labios y mirándola con deseo.

—Mis tetas son naturales y tengo dos carreras.

—Tus tetas me encantan —afirmó queriendo hundir el rostro entre ellas —. ¿Tienes dos carreras? ¿Dos?

—Sí.

—Entonces tienes dos tetas como dos carreras.

—Qué gracioso. No soy monotemática, retengo palabras y conversaciones y poseo más de una neurona. —Le echó la frente hacia atrás.

—¿Y eres humana?

Alegra medio sonrió.

—Lo de es Vedrà fue una excepción, Nil. Sé cómo son los hombres como tú.

—¿En serio? ¿Quieres decir que no tienes algún que otro prejuicio, picarona?

—Lo mío respecto a ti no son prejuicios. Es una triste realidad.

—Oh, vuelves a partirme el corazón —dijo sin sentirse ofendido en absoluto.

—Además, ya te dije que lo hice por pena —lo pinchó entretenida—. No soy así de golfa. No suelo…

—Ya. Entonces, apiádate de mí otra vez y sal conmigo. Una vez solo. Y después… Tú decides.

Alegra se quedó pensativa. El chico seguía insistiendo y a ella le pareció patético e incomprensiblemente adorable.

Salir con él… Eso era lo que quería. Que saliera con él. Nil le colocó un mechón de pelo negro tras la oreja y a ella se le reblandeció el corazón de bruja que tenía.

Estaba perdida como lo estuvo Julieta ante la declaración de amor de Romeo. Solo que no había balcones de por medio, y a ella se le clavaba en la rodilla la palanca del freno de mano.

—¿Saldrás una vez conmigo? Di que sí —Nil la miró como el gato de *Shrek*—. Por favor.

Alegra abrió la boca y la cerró de golpe. De acuerdo. Una vez. Verían que no tenían nada que en común y final de la historia. Aunque, al menos, el sexo sería de lo mejor.

—Está bien. Una vez.

Nil sonrió de oreja a oreja y se incorporó hacia adelante para darle un beso en los labios. Uno tan casto e infantil que a Alegra le produjo risa.

—Mañana por la mañana te pasaré a recoger a las diez y nos iremos donde tú digas —le informó él—. Prepara un buen plan para enamorarme.

—No es una cita, ¿eh? —dijo ella—. Pero tú prepara un buen *picnic*. Ya sabes que a las mujeres se nos gana por el estómago —bromeó.

Nil le dio un azote suave en el culo.

—Hecho. Baja de aquí y deja de aprovecharte de mí o se lo diré a tu madre.

—Has sido tú —protestó ella, bajando por la puerta de piloto—. Le diré que estaba buscando una lentilla que se había perdido en tu ojo.

—Mmm… Muy convincente —ironizó—. Acerca de tus pezones en punta puedes decirle que estamos a diez grados bajo cero. —Le guiñó un ojo.

Alegra se cubrió los pechos con las manos, pero lejos de sonrojarse, arqueó sus cejas negras y le espetó:

—Y por lo dura y lo erecta que la tienes, tú puedes decirle a mi abuela que estás buscando oro. —Caminó de espaldas hasta abrir la puerta de madera en la que había tallado el nombre de Sananda.

Sananda. «Curioso nombre. Evocador», pensó Nil.

—Sananda —susurró en voz baja.

Él se echó a reír mientras arrancaba el coche de nuevo y las luces iluminaban su escultural cuerpo por completo.

—Oro no sé, pero sí he encontrado un buen tesorito —se dijo para sí mismo, dando marcha atrás por la carretera medio asfaltada.

Alegra lo siguió, mirándolo por encima del hombro, excitada y también, para qué lo iba a negar, algo emocionada por salir con un auténtico pirata de esos sobre los que los padres advertían a sus hijas cuando eran pequeñas.

Cuando se dio la vuelta, se encontró a su madre y a su abuela tomando un té con canela, meciéndose en el balancín del porche y observándola disimuladamente con una sonrisa por debajo de la nariz. A sus pies, Golfo se lamía su pata blanca. El perro, aunque fuera de color canela, tenía las patas más claras, como si llevara calcetines. Alegra carraspeó y jugó con las llaves mientras se acercaba a ellas.

—Habéis encendido la luz a propósito —las increpó, acariciando a Golfo que se había levantado para saludarla—. Hola, bonito mío.

—No solo somos lechuzas, jovencita —murmuró Pietat saboreando el sobre de té de su taza de porcelana blanca con motivos azules—. Tenemos un oído exquisito.

Amanda se rio, pero seguía mirando al frente.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó con tono tranquilo.

—Sí —Alegra quería que se la tragara la tierra—. Sasha se ha quedado en Santa Eulàlia un rato más.

—Ajá… —El sonido del balancín moviéndose hacia adelante y hacia atrás llenó el incómodo silencio.

—¿Quién era ese chico? —preguntó Pietat.

—¿Qué hacéis aquí afuera? —replicó ella mirando sus pies descalzos y negros y sus manos manchadas de salpicones de pintura.

—Hemos salido a que nos dé el fresco. Como alguien dice que aquí se está a diez bajo cero… —murmuró Amanda a punto de partirse de la risa.

—Ah, ya… De acuerdo. Reíos todo lo que queráis. —Entró en el porche haciéndose la digna—. Venga, soltadlo todo. Sé que tenéis ganas.

—No vamos a decir nada, Alegra —le aseguró su madre—. Eres muy mayor para saber lo que tienes que hacer. Es tu vida. No nos vamos a meter.

No se iban a meter porque no debían hacerlo y porque en seis años ella no se lo había permitido.

Malditos remordimientos, pensó Alegra.

—¿Has visto a Meritxell? —le preguntó Pietat interesada.

—Sí. Pero no quiere escucharnos. —Acarició a Golfo por detrás de las orejas y este sacó la lengua con placer—. Ni ella ni su marido. Están muy cerrados y él nos ha hablado muy mal delante de todo el mundo.

—Ese hombre nos odia —gruñó Amanda alzando su mirada verde a la luna.

—Yo no sé si es odio o miedo…

—Hija, en ocasiones una cosa es consecuencia de la otra —explicó Amanda.

—Pero no se puede ayudar a quien no desea ser ayudado, ¿verdad? —Alegra se sentó en las escaleras de madera y jugó con las macetas de orquídeas que habían revivido con su presencia—. Esa mujer quería creer —explicó apasionada—. Pedía ayuda con sus ojos, destrozados por la pena y la desesperación… Pero Mateo no se lo permite y…

Los faros de un coche las cegaron, y las tres se cubrieron los ojos levantando las manos. La puerta del coche se abrió y se cerró de golpe.

Golfo se puso en alerta y dio un paso adelante para protegerlas.

La silueta de una mujer de pelo rizado y muy menuda, vestida con zapatillas, tejanos y una camisa liviana y roja, se desdibujó con la luz de los faros frontales del Mercedes plateado.

Amanda y Pietat entrecerraron los ojos, y Alegra parpadeó varias veces hasta que los suys, demasiado claros, se acostumbraron al fogonazo.

Era la distinguida Meritxell Roureda, que se apoyó en las puertas de madera maciza de la entrada que llegaban a media altura y las miró como lo haría una mujer que iba a gastar su último cartucho.

—Hace mucho tiempo que no vengo aquí —aseguró con voz temblorosa.

—Ni que lo digas, Meritxell —susurró Pietat entrelazando los dedos de sus manos.

—Pero te escucho, Alegra. —La miró con ansiedad—. Si tienes algo a lo que me pueda agarrar, dímelo antes de que mañana deje ir a mi hijo para siempre —decirlo en voz alta era desgarrador, por eso no pudo contener las lágrimas.

Alegra se levantó de las escaleras, y Pietat y Amanda se incorporaron a la vez. Era una sorpresa encontrarla allí minutos después de la llegada de la joven.

—Lléveme hasta él —le pidió Alegra caminando hasta ella, sintiendo su desesperación y empatizando con sus emociones.

—¿Crees que puedes ayudarme? —preguntó agarrándose al último hilo de fe que tenía en la vida.

—Déjeme verle.

Meritxell se secó las lágrimas con el antebrazo de la camisa, y asintió con seguridad.

—Ven conmigo.

—Iré en mi coche —dijo Alegra.

—Voy contigo —Amanda se puso su chal de colores por encima y se colocó frente a su hija.

—No hace falta que…

—Oh, cállate. Las llaves de tu coche están puestas. Vámonos.

Ella miró a su madre asombrada. Amanda, con todo lo dulce que era, tenía un tono especial cuando daba órdenes. Era un tono dictador e inflexible. Cuando hablaba así, lo mejor era hacerle caso.

Alegra se sorprendía de que, aunque pasara el tiempo, siguiera obedeciendo a ese particular tono como una niña pequeña.

11

Amanda y Alegra seguían a Meritxell con el coche. Pietat se había quedado en la casa, esperando a Sasha, pero Amanda había insistido en acompañar a su hija al hospital para visitar a Toni.

En un inclemente silencio que ninguna de las dos osaba quebrantar, ambas, madre e hija, no podían evitar sumirse en los recuerdos que las habían marcado para siempre. Porque tal vez esa noche se repitieran, y la fina y frágil calma que se había instaurado entre las dos podría romperse tras el desenlace de esa obra benefactora tanto para el pequeño Toni como para la isla de Ibiza.

Alegra haría lo posible por salvar al crío, pero ambas conocían las consecuencias de sanar con su don.

Por ese mismo motivo, Amanda alejó a Ángel de la vida de Alegra. Y por esa decisión, Alegra sentía aquel rencor hacia su madre.

Pero Amanda, que tenía su pelo recogido en un moño alto y rojo y los ojos verdes fijos en la carretera, no podía evitar sentirse mal y asustada por su hija. Se le salía el corazón del pecho siempre que Alegra asumía los efectos colaterales de una sanación.

El don de su hija mediana era hermoso y admirable pero dependiendo de la gravedad se convertía en malo y dañino para ella. Sin embargo, después de seis años sin utilizar su don, después de esconderlo en un cajón oculto con los recuerdos negados, Alegra estaba decidida a otorgarlo de nuevo. Y lo haría para salvar la vida de un niño, porque de ella dependían también el futuro y el equilibrio de la isla. Es Vedrà debía permanecer pura, era básico para todos. La roca era un templo de luz. Amanda no podría encontrar las palabras adecuadas para describir físicamente lo que ese lugar irradiaba a la tierra que flanqueaba como un centinela; Nicole era la experta en hablar de

ello, pero ella no. Amanda podía decir cuán positiva era para la sangre de los ibicencos y para sus tierras. Pero no daría con una respuesta científica jamás.

Fuera como fuese, Alegra, que conducía su AC Cobra descapotable y se acariciaba el labio inferior pensativa mientras con la mano derecha manipulaba el volante, había madurado. Ya no era la misma niña alocada que se había ido con lágrimas en los ojos y sin despedirse el día en que su madre le anunció que su padre había decidido alejarse para morir solo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo, Alegra? —preguntó Amanda dubitativa.

—Sí, mama. Quiero hacerlo. Es Vedrà es nuestra. Nadie debe edificar allí. Nadie que no entienda su significado ni su energía.

Alegra se llenó de orgullo Balanzat al oírla hablar así. Pero continuó temiendo por ella.

—Pero hace seis años que…

—Lo sé —la interrumpió ella meditabunda—. He aprendido mucho en este tiempo. Lo que me sucedía no volverá a pasar.

—¿Por qué estás tan segura?

Alegra la miró fugazmente y contestó:

—Porque ahora comprendo cómo funciona. Sé que crees que la magia no se puede desentramar. Es magia. Pero hay una parte de ella que sí tiene explicación. Y la he tenido que comprender y entender para poder hacerla funcionar a mi antojo.

Amanda asintió y bajó la cabeza. Le complacía que Alegra hubiera encontrado una solución a su carga. Había pasado seis años muy malos pensando en ella y en las dificultades por las que podría haber pasado estando sola y en un continente desconocido. Sin su familia. Con un don por el que muchos pagarían; por el que otros matarían.

—Yo siempre pensé que… tu don era el peor de todos. Era una cruz. Una maravillosa cruz que te hacía daño…

Los ojos de Alegra se llenaron de lágrimas sin derramar y su mentón se arrugó tembloroso.

—No, por favor… Ahora no. Ya hablaremos de esto…

La mujer se calló de golpe. Y tuvo que esforzarse para ello, pero respetó a su hija en su decisión. Al menos, dejaba una puerta abierta para dialogar y arreglar las cosas.

Sí. La isla actuaba en ella y reblandecía sus murallas.

Ambos coches se detuvieron en el parquin de la policlínica privada de Nuestra Señora del Rosario, en la Vía Romana de Ibiza, muy cerquita de la necrópolis de los cartagineses en la misma ciudad.

En completo silencio, Meritxell, temerosa de que la viera su marido, miraba a todas partes, asegurándose de que tanto Alegra como su madre la seguían.

El edificio estaba en buenas condiciones y se componía por varios módulos cubiculares de lisas paredes blancas.

Alegra odiaba el olor de los hospitales. Una mezcla entre desinfección, recuperación y enfermedad que le ponía el estómago del revés.

El sonido de las zapatillas planas y descubiertas de Meritxell recorría los pasillos desérticos y limpios, y resonaba en las paredes huérfanas de imágenes y calor, hasta llegar a los oídos de aquellos que también querrían su don.

Alegra había aprendido a no ser la salvadora del mundo. Decisión que los ingresados en ese centro jamás compartirían. Era injusto. Pero ella no era nadie para desequilibrar la balanza del destino.

Excepto en esa situación.

Meritxell se detuvo en el umbral de la puerta en la que reposaba su hijo: Toni.

Cuando Alegra se asomó y miró el pequeño y delgado cuerpo que allí descansaba, quieto, impávido e inerte, un nudo de congoja se aposentó en el centro de su pecho.

Toni tenía el pelo rizado y negro. De facciones parecidas a las de su madre, incluso estando en coma, sin moverse y sin ningún tipo de expresión en su rostro, era un niño guapo a rabiar.

Alegra miró a Meritxell apenada. Debía de haberlo pasado tan mal, pobre mujer…

—Lleva dos años así —explicó la presidenta entrando en la habitación.

—¿Alguna vez le pusieron ventilación asistida? —preguntó Alegra desde el marco de la puerta.

Meritxell negó con la cabeza y tomó la mano de su hijo.

—Los médicos dicen que es como si estuviera profundamente dormido. El golpe le provocó una lesión, un hematoma cerebral que hizo que las neuronas dejaran de funcionar correctamente. Su actividad cerebral está bajo mínimos. Pero sigue vivo —le acarició el dorso de la mano y se acongojó—. Sigue vivo en algún lugar. La sangre y el oxígeno siguen fluyendo hacia su cerebro.

—Pero… Pensé que estaba conectado y respiraba artificialmente… Como dijiste que lo ibais a desconectar…

Meritxell se encogió de hombros.

—Para mí es como una desconexión. Son dos años muy largos… He perdido la fe. —Arrancó a llorar desconsoladamente. Se derrumbó cubriendo su rostro y sollozando—. Nada me gustaría más que tenerlo vivo como antes… Pero así no. Es como si estuviera durmiendo. Cada día vengo a visitarle, y por las mañanas espero que él abra los ojos y me diga «buenos días». Pero… Pero… Sigue así. N-no los abre. Por eso te pido —dijo descubriéndose el rostro ante ellas—… Os pido, por favor, que si hay algo que vosotras podáis hacer, por nimio que sea, para que nos haga cambiar de opinión y mantener a mi hijo con vida una mañana más… Por favor… Os lo ruego, decídmelo. Ayudadme. Ayúdame, Amanda.

Amanda se cubrió la boca con la mano y no pudo evitar que dos lágrimas enormes se deslizaran por sus mejillas por ver tan triste y destrozada a alguien que había considerado su amiga hasta que se alejó de ellas. Pero eso lo olvidaría. Una nunca había estado en esa tesitura con una hija y no podría entender los estados de ánimo por los que habría pasado Meritxell. Así que, sin juzgarla y sin recriminaciones, dio un paso adelante y abrazó a la amiga que había sido para ella.

Alegra tragó el nudo que tenía en la garganta y asintió con la cabeza.

—Voy a ayudarle, Meritxell —decretó Alegra.

Meritxell asintió incrédula, agarrada al consuelo de Amanda.

—Pero, lamentablemente, tengo que pedirle algo a cambio de esto. —Alegra no tendría vergüenza para exigir la protección de es Vedrà a cambio

de la vida de Toni.

Amanda se echó a reír sin ganas.

—Si de verdad eres capaz de hacer que mi hijo regrese y abra los ojos, cualquier cosa será poco para devolverte el favor. Lo que sea. Lo que sea —repitió la presidenta—. Lo que sea por recuperar a mi Toni.

—Sé que mañana tenéis una firma importante sobre un proyecto de construcción en es Vedrà.

Meritxell asintió avergonzada, mirando de reojo a Amanda. Sabía lo que pensarían las Balanzat al respecto. Ella había comprendido a la perfección los credos y la filosofía de ese grupo de mujeres y sabía que las había traicionado cuando ellas la habían acogido como una más.

—Sí. Mañana por la tarde.

—Vais a rechazar el proyecto —dijo todavía sin entrar en la habitación —. No sé si lo entiendes, pero el peñón de nuestras islas, el vigía de es Vedrà contiene más magia de lo que tú y todos podáis llegar a imaginar jamás. Es esencial mantenerlo sano y desnudo. Nadie que no vaya allí a meditar y a orar debe instalarse en su superficie. ¿Entendido?

Meritxell se quedó muy callada al oír hablar a Alegra, pero inmediatamente asintió.

—De acuerdo. Salva a mi hijo si puedes y retiraré el apoyo al proyecto.

—Jamás podrás decir lo que ha sucedido aquí. Nunca. —El rostro de Alegra se llenó de determinación—. Lo que hago no lo hago jamás a no ser que sea realmente necesario. Y esta vez hay algo más en juego además de la vida de Toni.

Meritxell no salía de su asombro. De repente, creía plenamente en ella.

—Si salvas a mi hijo, Alegra —susurró con sinceridad—, seré tu esclava para siempre. No diré nada. Nunca. Solo me importa él. Es todo lo que tengo.

La joven se relamió los labios y entró en la habitación. Tomó la mano del crío y percibió su ser, su impotencia por no poder regresar… Su pena por escucharlo todo y no poder gritar que ¡seguía ahí! ¡En algún lugar! ¡Que lo esperaran! Alegra asintió, como si estuviera escuchándolo.

—Bien. Ahora, mama, llévate a la señora Meritxell de aquí. Que no nos moleste nadie.

Amanda obedeció a su hija y acompañó a la madre de Toni.

Alegra se quedó a solas con el silencio, Toni y la habitación de hospital llena de muñecos, carteles de ánimo de sus amigos y fotos de su equipo de futbol.

Le acarició la mano y pasó la palma de la suya derecha por encima del cuerpo del pequeño.

Seguía caliente. La vida corría a través de él, sin hacer mucho ruido, con timidez, pero continuaba ahí, como un sordo latido de esperanza.

Las lesiones cerebrales eran complicadas. Toni respiraba sin asistencia médica y eso quería decir que el reflejo del sistema respiratorio seguía ahí. Sin embargo, no despertaba.

Alegra abrió el párpado izquierdo del pequeño y se dio cuenta de que había respuesta pupilar a la luz.

Se inclinó hacia el oído de Toni y le susurró:

—Hace años que no hago esto. Creo tenerlo controlado, Toni. Voy a sacarte de donde quiera que estés. Solo te pido que no me arrastres contigo. Tú sígueme, y te traeré de vuelta a casa. ¿Estás preparado?

Alegra no esperaba respuesta, pero la recibió en su interior. Como si el pequeño le hablara.

—Bien, vamos allá. —Se frotó las manos y las colocó sobre la cabeza de Toni. Cerró los ojos y se dejó ir.

Viajó a través de su lesión. El cerebro era como un enchufe con miles de interconectores y millones de sinapsis. Lo estimuló y le ayudó a recuperar su funcionalidad total.

Cuando era pequeña y sanaba, ella absorbía la enfermedad o la lesión de la persona a la que ayudaba y sufría sus mismos síntomas durante horas. Era angustioso. Sin embargo, gracias a los años que había pasado estudiando, había aprendido a controlar esos efectos. Solo tenía que ordenar a su cerebro que no lo hiciera; tenía que convencerle de que todo iba bien, que a ella no le pasaba nada, que solo intentaba ayudar. Y había aprendido cómo hacerlo.

Cuando sintió y percibió que la lesión de Toni desaparecía y que su cerebro dejaba de ser vago, que reactivaba los sistemas nerviosos y ponía en

marcha todas sus rutinas, respondiendo a ellas, Alegra apartó las manos de él y abrió los ojos.

No había mareo, ni náuseas, ni nada que fuera excesivamente desagradable. Solo cansancio.

El don la dejaba agotada, pero no enferma.

Cogió el frasco de los deseos que colgaba de Toni, y se lo sacó por la cabeza. Lo abrió, violando una intimidad por ella conocida, y sacó el diminuto papiro enrollado, hundido en la tierra oscura y la sal. Frotó los granos entre sus dedos y los estudió.

Después, abrió el papiro para leerlo y se emocionó al ver el ruego particular que había hacia Toni. Alegra lo leyó en voz susurrante y baja.

—Que cuando le quites esta protección a Toni, sea porque ya ha abierto los ojos y ya no lo necesita.

Carraspeó emocionada y dejó el papiro abierto sobre el delgado pecho del muchacho.

Alegra peinó los rizos negros y alborotados de Toni con los dedos, y permaneció a su lado, de pie, sabiendo que tarde o temprano el crío abriría sus ojos y lo primero que vería sería a ella.

Una absoluta desconocida.

Una desconocida que le había salvado la vida.

—He dicho que te apartes, Meritxell. Estoy harto de tus locuras —gruñó Mateo encarándose con su esposa más menuda que él—. O sacas a esa mujer de ahí o llamaré a la policía.

Amanda miraba a Mateo con cara de pocos amigos. Ese hombre se había vuelto intransigente y duro. Antes no era así.

—Creo que debería…

—¡Usted se calla! ¡Charlatana! —le gritó a Amanda—. Deje de meter mierda en la cabeza de mi esposa. ¡Deje de jugar con ella!

—¡Basta, Mateo! —gritó Meritxell deteniendo a su marido—. Ella no ha hecho nada. ¡Solo intenta ayudarnos!

—¡¿A qué, Txell?! —alzó la voz llamando la atención—. ¡Nuestro hijo ya no está ahí! ¡Toni ya no está en ese cuerpo!

Meritxell negó con la cabeza y arrancó a llorar.

—¡Toni sigue ahí! ¡Pero tú no le quieres oír! ¡Mi hijo vive, solo necesita tiempo!

Mateo se mesó el pelo con las manos y se encaró a Amanda.

—Esto es por tu culpa. —Se dirigió a Amanda y la cogió violentamente del antebrazo para zarandearla—. Tú, maldita bruja loca…

—Suelte a mi madre ahora mismo. —Alegra apareció en el marco de la puerta, fulminando al hombre con sus ojos azules e irreales llenos de furia y ofensa.

—¿O sino qué?

Alegra caminó hacia él, dispuesta a pegarle si hacía falta con tal de que no tocara a su madre. Meritxell no sabía qué hacer, estaba aturdida por la violencia de Mateo.

—Suéltela —repitió con los dientes apretados. Las Balanzat eran viscerales y vengativas si atacaban a una de las suyas. Y Amanda no era una Balanzat cualquiera. Era su madre.

—¡No quiero! —gritó Mateo—. ¡Mi hijo se muere y estáis aquí jugando a hacer milagros! —empujó a Amanda y eso hizo que esta se golpeara la espalda contra la pared—. ¡Mentirosas! ¡La gente como vosotras no debería existir jamás!

Alegra no se lo pensó dos veces: se dirigió a Mateo y lo empujó hasta hacerle trastabillar y caer al suelo.

Ella lo señaló con el dedo índice y él la miró aturdido. Habló con los labios tan apretados y con un tono tan asesino que puso la piel de gallina incluso a su madre.

—Escúcheme bien, maldito loco desconfiado. No vuelva jamás a hacer eso. Vuelva a insultarla o a tocarla y llamaré a la policía para denunciar un asesinato, ¿me ha entendido? Y será el suyo. Le mataré.

—Alegra… —Su madre quería detenerla, aunque mostraba claras muecas de dolor en su rostro.

Alegra corrió a socorrerla y ayudarla a incorporarse. Se quejaba de un golpe en la parte trasera del costillar.

—¿Estás bien, mama?

—Sí, cariño. Es solo un golpe. Mateo solo está muy asustado…

—No le disculpes. Si por mí fuera le habría metido una sonda por el culo. Todavía tengo ganas de pegarle…

Amanda sonrió y tocó el rostro de su hija con la punta de sus dedos.

—¿Tú estás bien? ¿Ha ido todo bien?

Ella asintió y Amanda sonrió emocionada por la generosidad de su hija. Lo había conseguido.

—¿Alegra? —preguntó Meritxell, a un paso del marco de la puerta, esperando noticias positivas. Le daba igual cómo estuviese Mateo. Solo quería saber cuál era el verdadero estado de Toni. No se atrevía a entrar y ver que todo había sido en balde.

La joven se dio la vuelta como una leona, mientras cobijaba a su madre bajo su brazo. Se obligó a serenarse y a hablarle a Meritxell sin rabia. La mujer no era la culpable de tener a un marido histérico y orangután. Tomó aire y finalmente dijo:

—Lo primero que ha hecho Toni al abrir los ojos ha sido preguntar por ti.

Meritxell parpadeó incrédula y se quedó lívida. Después, todo el color regresó a su rostro y se llevó las manos temblorosas al pecho. No sabía ni qué decir, pero la miraba como si fuera un milagro.

—¿De qué habla esta mujer? —preguntó Mateo llorando, apoyando la cabeza contra la pared—. Es mentira. Toni ya no está…

—Ve y compruébalo por ti misma —Alegra abrazó a su madre contra ella—. Toni no tendrá lesiones, Meritxell. Con el tiempo podrá volver a jugar a futbol. Ve bien, oye bien, habla correctamente y mueve bien sus extremidades… Está débil para caminar. Necesitará hacer recuperación para conseguir una movilidad óptima y salir de la cama. Pero lo importante es que ya está aquí. Ha abierto los ojos y te está esperando.

Meritxell sollozaba mientras la escuchaba.

—¿De-de verdad? ¿De verdad me-me lo dices?

—Corre y ve a abrazar a tu hijo, Meritxell. Y tú —miró a Mateo con odio—, ve y dile a tu hijo vivo que no creíste que viviría y que mañana tenías pensado desconectarlo. Dile que privabas a su madre de tener esperanza. Y dile que has insultado y tratado mal a las mujeres que lo han

ayudado a volver. Seguro que te convertirás en su héroe y en su ejemplo a seguir, ¿eh, campeón? —ironizó con actitud desagradable.

Alegra se alejó de la habitación y del pasillo, con su madre cogida a ella, dejando atrás una estampa en la que Meritxell entraba en la habitación como un huracán y gritaba el nombre de su hijo cientos de veces, mientras la vocecita de Toni clamaba por el suyo.

Dejaron atrás la imagen de Mateo, confundido y caminando a trompicones hasta la puerta de la habitación y arrancando a llorar arrodillado como un niño al ver que su pequeño había vuelto de un laberinto en el cual él, rendido, había dejado de buscarle.

—Deja que te vea la espalda —pidió Alegra una vez que llegaron a su casa.

Ambas estaban en la habitación de Amanda, sentadas la una al lado de la otra sobre la cama de sábanas blancas con motivos *hippies* rojos. Una mosquitera transparente adherida a sus columnas cubría el lugar de reposo como un velo de ensueño y magia.

Sasha y Pietat preparaban tés calmantes para las cuatro, pues lo sucedido en la policlínica las había alterado.

—No, por favor —le dijo Amanda deteniéndola—. Es solo un golpe. Me pondré bien.

—Mama, deja que te lo mire. Te quito el dolor y ya está.

—No. Ya has hecho suficiente por hoy. —Tomó su mano y le dio golpecitos tranquilizadores—. Tu don no es para esto.

—Mi don es para quién quiero y cuándo yo quiero —contestó con seriedad.

—He dicho que no, Alegra. —La fulminó con los ojos color esmeralda. Las dos se quedaron mirando, midiéndose la una a la otra. Tenían caracteres muy parecidos. De sus tres hijas, Alegra era la que más manías compartía con ella, así como esa personalidad a veces explosiva como la que había demostrado la joven en el pasillo del hospital—. Has ayudado a las Pitiusas, *nineta* —reconoció dulcemente—. Has salvado a un niño y de paso has impedido que nadie se pose en templo sagrado.

—Era inconcebible —sentenció Amanda—. Impensable.

—Sí. Lo era.

Se quedaron calladas un instante, hombro con hombro, hasta que la mayor la miró a los ojos y dijo:

—Me alegra tantísimo que puedas controlar tu poder… Estos seis años que estuviste alejada, apenas dormía pensando en que alguien se acercaba a ti solo para absorber esa energía positiva que tienes. Temía que los demás te desgastaran porque tú no sabes decir que no…

—He aprendido a hacerlo. No tenía otro remedio. Si me iba de aquí —miró a su alrededor— y me alejaba de vosotras, que erais las que siempre me protegíais, tenía que aprender a defenderme.

Amanda asintió con orgullo.

—Y lo has hecho de maravilla. Ahora eres más fuerte que antes. Mucho más. Sabía que seguías teniendo el don. Por mucho que quieras negarlo, esa parte de ti sigue ahí y estará ahí siempre.

—La odié, mama. Odié esa parte de mí durante mucho tiempo.

—Y no hay nada malo en ello. Pero, con el tiempo, debemos aceptar quiénes somos. Y querernos con todas las consecuencias, aunque haya cosas que nos disgusten de nosotros mismos. Tu don es hermoso, Alegra. Y me dice cómo eres de buena y altruista. No lo escondas.

Quería esconderlo. Quería enseñar a los demás a sanarse ellos mismos. Su madre estuvo en lo cierto cuando le dijo que no quería que nadie dependiera de ella jamás, por eso había aprendido a transmitir conocimientos de autocuración.

—No es fácil ser como soy.

—No. Pero tampoco es fácil ser como yo soy. Somos quienes somos, cielo. O nos queremos, o rechazamos todo nuestro pasado, presente y futuro. No por negar algo va a desaparecer. Sé que no aceptas mis consejos y que no sé ni la mitad de lo que tú sabes ahora sobre tu don… Pero sé quién eres. Y no creo que debas cambiar nada de ti. Para mí eres perfecta. Ay, señor… Mírate —expresó con cariño—. Te has hecho tan poderosa.

Amanda se equivocaba. Alegra aceptaba sus consejos. De hecho, no sabía cuánto los había necesitado hasta que los escuchó de nuevo.

—Sigo teniendo riesgos… —concedió Alegra—. No puedo sanar a más de dos personas sucesivamente porque me agoto. Si me agoto, pierdo

concentración y, entonces, dejo de protegerme y absorbo en mi cuerpo la enfermedad o la lesión. Sé que no es mortal para mí, pero es doloroso igual. Aunque, dependiendo de qué lesión sea, podría llegar a matarme.

«El maravilloso cuerpo de mi hija», pensó Amanda. Su cuerpo asumía la enfermedad pero, inmediatamente, como si comprendiera cómo funcionaba, la sanaba. Y, sin embargo, su don no serviría de nada si no tuviera el alma tan pura como la tenía, si no fuera tan buena persona como era.

—¿Crees que era eso lo que quería papa que hiciera? ¿Crees que por eso se ponía en contacto conmigo?

Amanda meditó la respuesta.

—No lo sé, hija. Papa está aquí por una razón y puede que haya sido esa: alertarnos sobre el riesgo que corría es Vedrà. Su canal eres tú, no hay ninguna duda. Estabas muy unida a él. Aunque nunca se sabe. Tal vez necesite decirnos algo más.

—¿Algo más? ¿Tú sabes por qué ha vuelto? —preguntó con voz temblorosa. Hablar de su padre en voz alta siempre la afectaba muchísimo, porque suponía verificar que ya no estaba entre ellas.

—No lo sé. No hay duda de que tu padre amaba este lugar y no permitiría que nada ni nadie le hiciera daño. Es bonito pensar que se ha convertido en el protector de esta isla, ¿no crees? —La miró tanteándola.

Alegra tragó saliva y contestó incómoda y huidiza.

—Creo que papa debería descansar. Ya hizo mucho por este lugar en vida.

—A veces, no podemos alejar a las personas de aquello que verdaderamente aman, ni aunque estén muertas. Y la muerte no es un final, es solo un estado.

—Bueno, no es exactamente como un estado de Facebook, mama. «Ángel, en Ibiza. Estado vivo» y «Ángel, en Ibiza. Estado muerto», difieren bastante un estado del otro…

Amanda se echó a reír.

—Ya sabes a lo que me refiero. Somos energía. Tú misma has estudiado todos estos fenómenos científicamente y sabes que son reales. Yo te hablaré de misticismo, y tanto tú como Nicole me hablaréis de ciencia. Pero tanto unas como otras, sabemos muchísimo más de lo que saben las personas de a

pie. Podríamos hacer un compendio de conocimientos. Las nuevas Balanzat son un portento de sabiduría —aceptó orgullosa—. La abuela está más cerrada a eso, pero yo quisiera aprender todo lo que tengáis para enseñarme.

Adoraba esa parte insaciable de su madre. Quería ser una esponja, aprender de todo y de todos, y ese era el mejor don y la mejor actitud de un ser humano. Por eso la admiraba.

Podría haberse quedado estancada en unas cosas. Pero, en otras, seguía dando lecciones. Y con razón.

—Supongo que estás en lo cierto —admitió—. Podríamos hacer un compendio.

—Y lo haremos. Sea como sea. Alegra, mírame.

Ella obedeció y se giró del todo para encarar a su madre, reacomodándose sobre el grueso y cómodo colchón.

—Prométeme que nunca llegarás a arriesgarte físicamente con tu don. Lo de hoy ha sido una excepción.

—Lo ha sido —certificó.

—Pero prométeme que no intercederás en el destino de las personas de ese modo cuando tengan una dolencia demasiado grave o terminal. —Le agarró la mano con fuerza—. Dame tu palabra, Alegra. Sé que tu naturaleza es la de ofrecer ayuda, pero, a veces, sencillamente no se puede…

—Lo he comprendido, mama. Sé que hay cosas que no puedo alterar ni cambiar. Sé que hay enfermedades que no puedo sanar porque su curación real no está a mi alcance.

Amanda achicó los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sasha entró en la habitación con una bandejita de madera, una tetera oriental y cuatro tazas negras de barro, interrumpiéndolas justo en el momento menos adecuado.

El olor a canela y a romero inundó el espacio, y como si el simple aroma hiciera efecto directo sobre sus nervios, las tranquilizó y las llenó de sosiego.

—Pasado mañana llegará Nicole a las Pitiusas —informó Pietat sentándose en la butaca orejera roja y dorada que había frente a la ventana.

La luna se asomaba entre los cristales, con su sempiterna sonrisa y su cara ladeada.

Alegra abrió los ojos con sorpresa.

—¿Viene a pasar el verano? ¿Niki?

—Sí. Pasará una temporada con nosotras.

Alegra se moría de ganas de verla. Hacía mucho que no se encontraban porque sus trabajos y sus carreras las habían tenido muy ocupadas, aunque siempre habían permanecido en contacto mediante *mails*, llamadas a tres o mensajes telefónicos.

Sin embargo, mientras Sasha servía el té para todas y conversaban sobre lo sucedido con Meritxell y su hijo, Alegra, que era una Balanzat de pies a cabeza y tenía la intuición prodigiosa de las Antiguas de Iboshim, sabía que allí, aunque eran brujas que no lo tuvieran, había gato encerrado.

Algo más les sucedía a sus islas. Algo que planeaba sobre su familia y que no querían revelar. Y todavía no sabía el qué. Pero lo averiguaría.

12

Había amanecido soleado y veraniego, tiempo propio de finales de junio en Ibiza. Un rayo de sol dio de lleno en el rostro de Alegra, dándole los buenos días y recordándole su cita con Nil a las diez.

Las mujeres de su casa se lo advirtieron entre bromas mientras desayunaban zumo de naranja natural con tostadas untadas de queso ibicenco.

Sasha se reía de ella, apoyada en la pared de baldosas de colores, en la cocina, mientras vigilaba que se calentara el café. Una encimera llena de bártulos de madera bien colocados, y todo, absolutamente todo era diseño de *A loja do gato preto*. Vasos de hermosas formas, platos con estampaciones de gatos y diferentes tonalidades… Amanda y Pietat adoraban todo lo que tuviera que ver con vajillas de cocina y complementos. Manteles, servilletas, copas de vino, de licor, cubiertos y frascos para las especias… Eran unas fanáticas. Y Sasha, en algún viaje que había tenido que realizar a Portugal para conocer a Nelly Furtado, para quien también había compuesto una canción hacía dos años, aprovechaba y compraba todo lo que podía en los grandes almacenes de la cadena.

Ahora, su hermana Alegra mordía una tostada de queso y mermelada de fresa, y estaba tan nerviosa que incluso ella podía sentirlo.

—Te comprendo, Alegra —la defendió—. Comprendo que quieras tontear con un hombre como ese.

—¿Tan guapo es? —preguntó Amanda sentándose en los bancos de madera de la mesa de la cocina, tipo merendero.

—Guapo, no. Lo siguiente —aclaró Sasha—. El problema es que es de esos hombres que nublan un poco la razón. Ah, y colecciona mujeres como si fueran calcetines.

Alegra la miró de reojo y la insultó por lo bajini.

—Sí. Es de esos. —No iba a malgastar saliva en defenderlo. Tanto Nil como ella sabían que hacía eso con las chicas, y era bueno conocer sus intenciones de primera mano. Así no caería en errores como el de enamorarse o el de quedarse prendada de él.

—¿Y quieres algo así para ti? —Pietat acarició a Golfo, que había entrado en la cocina para ver qué estaban cocinando y probar suerte. Tal vez la tendría y alguien le tiraría algo. Y ese alguien casi siempre era Alegra, por eso abandonó a Pietat y se sentó, listo como pocos, entre las piernas de la mediana de las Balanzat—. ¿Con lo guapa y lo inteligente que eres quieres a alguien así? ¿A alguien que te vaya a romper el corazón?

—Solo quiero pasármelo bien, abuela. No es nada serio. Quiero ser *Miss* Verano para él. Y ya está.

Amanda arqueó las cejas rojas y sonrió.

—Yo también quise ser *Miss* Verano para tu padre y me convertí en *Miss* Para Siempre. Cuidado con tus intenciones… —le aconsejó—. A veces, la vida nos sorprende y nos da un revés.

—No te preocupes. Solo vamos a vernos un rato, y ya está.

No era el fin del mundo salir con Nil. Si ella tenía claro que ni uno ni otro se iba a enamorar, ¿qué había de malo en pasarlo bien?

—¿Ha salido algo en el *Diario de Ibiza* o en el *Nou Diari* sobre lo sucedido ayer en la policlínica? —preguntó para cambiar de tema.

—Lo único que ha salido es que Toni ha despertado. No hablan de cómo despertó ni de nada más. Y mejor que no salga nada —advirtió Amanda dando vueltas a su té verde mañanero—. No quiero que nuestro nombre se vea inmerso en noticias de ámbito general. Somos discretas y jamás nos vemos envueltas en polémicas de este tipo. Nos conoce quien nos tiene que conocer. Unos nos temerán y hablarán mal, y otros nos aceptarán. Pero no vamos a salir a juicio público.

Aquel día, por la tarde, si Meritxell cumplía con su palabra, el Consell se reuniría para tomar una decisión irrevocable. No se construiría sobre el centinela de las Pitiusas.

Meritxell era una mujer leal, y aunque la enfermedad de su hijo y su mala suerte habían nublado su capacidad de decisión y de valorar con objetividad

lo que estaba bien y lo que no, sabía que ir a favor de la construcción de una discoteca *chill out* sobre un lugar tan especial era completamente ridículo. Las Balanzat no eran las únicas que adoraban contemplar es Vedrà. Si seguían adelante, más gente del pueblo se volvería en contra del Govern del Consell, por mucho que diera trabajo a los isleños.

Un patrimonio de la humanidad era inviolable.

Nil recogió a Alegra puntual. Llevaba un sombrerito blanco de paja con aire de gánster, y sus inseparables gafas que no dejaban que se vieran sus ojos gatunos y rasgados. Unas bermudas rojas, una camiseta blanca y unas Ibi completaban su vestimenta.

Cuando la vio entrar al coche, con una medio sonrisa entre tímida y expectante, se excitó como un tonto.

Alegra tenía unas piernas espectaculares y morenas. Bajo el *short* tejano deshilachado había una braguita de bikini amarilla fosforescente, igual que el color de la parte superior que se transparentaba a través de su camiseta blanca de tirantes. Se había pintado las uñas de los pies y de las manos con rojo y tenía el pelo suelto y abundante cayendo por su espalda como si fuera una cascada de agua negra.

No le veía los ojos azules porque los cubrían sus gafas de aviador, pero no le importó.

Era verla y se quedaba sin respiración, como si la joven fuera un esperado regalo sin desenvolver y él un niño deseoso de que lo malcriaran concediéndole su deseo.

—Te has puesto guapa para mí —le dijo acercando su mejilla a su boca —. Dame un beso de buenos días, no seas tímida.

Alegra puso los ojos en blanco y le dio un besito en la mejilla. Nil olía a limpio y a *aftershave*, recién afeitado. A hombre.

—Muy bien, buena nena. Así me gusta.

—Oye, ya sabes que tengo que ir virgen al matrimonio, ¿verdad? — preguntó mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—Lo seguirás siendo, Alegra. Con lo fea que eres nadie querrá acostarse contigo.

Ella soltó una carcajada y él se rio al escuchar su sonido. Era como el de unas campanillas de ángel, sutil y a la vez muy divertido. Y tenía el mismo efecto al escucharla; le hizo sentir bien y en paz.

—¿Adónde me llevas, además de al huerto? —le preguntó Nil mientras salía de la carretera de es Cubells.

—Tú ve por donde yo te diga. Es una sorpresa, amor —dijo con falsa dulzura.

Nil apretó el acelerador y guio el Mini hacia el lugar que ella indicaba.

Alegra mandaba. Él obedecía.

Hasta que la pillara desprevenida y le hiciera todo lo que no había podido hacerle la noche anterior.

Si había un lugar que era de suma importancia en las islas, ese era las salinas. Un ecosistema valioso para Ibiza. Estanques naturales multitonales de agua salada, maravillosamente rodeados de dunas y salinas, además de los ya famosos pinos pitiusos.

Las salinas estaban entre el trazo de mar que separaba el norte de Formentera del sur de Ibiza.

La humedad, la baja pluviosidad, las altas temperaturas que llegaban allí durante todo el día, el bajo nivel de las tierras y los terrenos de baja calidad, el mar que bañaba toda la periferia y el leve viento ayudaban a favorecer la creación de sal.

Alegra conocía aquel paraíso como la palma de su mano, y había deseado regresar allí desde que llegó en el Baleària. Con su padre habían recogido manualmente la flor de la sal, la sal marina más pura del mundo y, sin duda, la más especial.

Las Balanzat, cuyos ancestros habían sido sabias y brujas fenicias, utilizaban la sal para todos sus rituales y hechizos. Tal vez por eso estaban tan conectadas al mar de Ibiza; por su sal pura y blanca a la que se habían unido siglos atrás a través de la magia. Alegra recordaba todos los conjuros y, en cada uno de ellos, el único elemento que se repetía para fijar las palabras sánscritas y poderosas era la sal, conocida como «el oro blanco de los fenicios», el polvo alquímico de las Balanzat.

Era extraño sentirse tan a gusto con alguien que era casi un desconocido para ella y que caminaba a su lado con las zapatillas de ambos en las manos para que no se llenaran de arena. Todo un caballero inesperado y un juguetón, que a veces la empujaba levemente con su ancho hombro y coqueteaba con ella, como cuando los niños molestaban a las niñas que les gustaban.

Era extraño sentirse tan a gusto con alguien con el que apenas había hablado, excepto para bromear y lanzarse puyas continuas. Habían practicado sexo, eso sí. Pero, aunque la tensión sexual era aplastante y los nervios la excitaban, así se sentía con él en ese momento: sosegada.

Alegra se pasó el pelo por detrás de la oreja y lo miró a través de los cristales opacos de sus gafas. Parecía tranquilo y tan complacido como ella con ese paseíto matutino por las salinas.

—¿Qué es lo que hace a este lugar tan especial? —preguntó Nil, tomando aire por la nariz y sonriendo por la agradable sensación que le proporcionaba oxigenarse con naturaleza pura.

—¿Notas que es especial? —le preguntó ella.

—Lo notan mis pulmones. —Se le hinchó el pecho al coger aire de nuevo—. Es como recibir vida.

Sobrevolaban los estanques cientos de flamencos. Algunos se posaban elegantemente con sus patas hundidas en el agua y observaban con ojo avizor a todo aquel que se moviera en su periferia.

—Las salinas forman parte de un parque natural junto a las playas de Codolar, Cavallet y Salines —explicó Alegra admirando su perfil demoledor. Nil no había entrado en la creación de Dios; a Nil lo había creado el Demonio directamente para inspirar las fantasías más salvajes de cualquier mujer. Su pelo rubio acariciaba su barbilla y sus pómulos, y Alegra solo ansiaba retirárselo de la cara y tocarlo—. Todo este recinto está protegido. De aquí se obtiene la sal de Ibiza y la flor de sal, que se recoge prácticamente con las manos.

Nil, que era un admirador de la belleza natural, comprendió que a veces la Naturaleza era el mejor arquitecto de todos mientras escuchaba a la bella mujer que tenía al lado. Naturaleza salvaje, sin lugar a dudas.

—¿Tienes alguna relación con este lugar? —preguntó tanteándola.

—¿Cómo lo has notado?

—Por tu tono de voz. Hablas de él como yo hablaría de mi hermano pequeño. Con cariño y devoción.

Alegra miró sus pies desnudos y sucios por la arena y asintió con la cabeza con timidez. Nil era más observador de lo que se imaginaba.

—Venía mucho con mi familia aquí. —Nunca le hablaría de las noches de luna mágica, ni de lo que hacían en ese lugar. La recolecta de sal y cómo la utilizaban en Sananda eran secretos de las Balanzat—. Mi padre… era arquitecto y también ingeniero industrial. Se enamoró de Ibiza y de mi madre. Él… destinó mucho tiempo a estudiar las facultades de la sal de Ibiza y las dificultades de la isla para que a todos los municipios les llegara agua dulce. Diseñó la construcción de la desalinizadora de Formentera para ayudar a abastecer a la menor de las Pitiusas de agua dulce y potable. Con la llegada de nuevos residentes se habían sobreexplotado los acuíferos —explicó contrariada—, y los pozos habían disminuido su nivel dinámico. Mi padre fue contratado para emprender la labor del diseño de la planta desaladora. Y se quedó aquí para siempre, enamorado de estas islas y de su mujer. —Esa era la historia que Ángel siempre les contaba, en la que narraba cómo un ingeniero industrial de éxito decidía vivir en es Cubells al lado de una mujer semibruja y de su maravillosa suegra. De cómo un importante hombre de negocios abandonaba todo por la magia del amor y por una tierra ubicada en algún lugar de los sueños que merecía todas sus atenciones.

—Tu padre está muerto, ¿verdad? —Nil se acercó a ella con dulzura. Tenía ganas de echarle el brazo por encima, pero había algo en Alegra que hacía que se lo pensara dos veces. Al menos, en ese momento.

Ella levantó la mirada un instante y lo miró como si fuera un bicho raro.

—No me mires así —repuso él—. Mis padres también están muertos. Murieron los dos a la vez, en un accidente de coche. Yo también hablo así de ellos.

—¿Cómo dices? ¿Y cómo hablo?

—Como si aún no te creyeras que ya no está. Como si te resistieras a dejarle ir.

Alegra no había planeado eso, no tenía pensado emocionarse ni dejar que los ojos se le llenaran de lágrimas, pero así fue. No hubiera esperado jamás que ese hombre captara sus emociones con tanta clarividencia.

—Lo siento mucho, Nil.

—Yo también lo siento por ti, Alegra.

—¿Cuánto hace que ellos murieron?

—Seis años.

Alegra se quedó un poco impresionada, y su corazón se saltó varios latidos.

—También hace seis años que mi padre murió.

—Se pusieron de acuerdo para irse, supongo —intentó bromear.

Alegra negó con la cabeza, y juntos continuaron caminando en silencio, hasta que ella sintió la necesidad irremediable de hablar por primera vez de aquello.

—La verdad —dijo ella con voz temblorosa— es que no sé qué día murió mi padre con exactitud. Solo sé que decidió morir solo, lejos de nosotras…

Un flamenco rojo dejó ir un alarido de pena, parecido al de un ganso. La brisa arremetió contra ellos con tiento y provocó que una lágrima cayera por la mejilla de la joven. La limpió con rapidez y sorbió por la nariz.

—¿De qué murió? —preguntó Nil pegando su brazo al de ella, intentando transmitirle calor.

—Leucemia.

—Vaya. Lo siento.

—Hay leucemias que se pueden curar, pero no la de él. Estuvo cinco años luchando contra eso.

—¿Cuántos años tenías tú?

—Catorce.

—¿Y tu hermana?

—Tengo dos —contó ella—. Sasha y Nicole. Somos trillizas no idénticas.

—¿Tres? ¿En serio? —estaba realmente asombrado.

—Sí.

Nil miró al frente y pensó que sería divertido verlas a las tres juntas.

—Nosotros también somos tres. Pero estuve a punto de quedarme muy solo, ¿sabes?

—¿Por qué? —preguntó pasándose el antebrazo por la nariz enrojecida.

—Porque en el coche en el que murieron mis padres viajábamos los cinco.

—Dios…

—Nosotros tres y ellos dos. Yo no me hice casi nada, solo un rasguño en la cabeza y algunos cortes en los brazos —explicó incrédulo—. Mis padres… —Todavía hiperventilaba cuando recordaba el accidente, pero había aprendido a hacerle frente—. Fue muy duro. Mis dos hermanos se hicieron mucho más daño que yo. Lucas tiene cicatrices espantosas en la columna, y David a punto estuvo de perder un ojo. El coche se salió de la carretera, había nieve y… dio varias vueltas de campana —movió los brazos intentando escenificar lo sucedido—. Recuerdo la imagen de mi madre a través del retrovisor medio partido. Ambos estábamos boca abajo. Ella parpadeó con los ojos muy abiertos y algo idos, como si estuviera hablando conmigo pero sin verme. Y me dijo muchas cosas sin coherencia. Lo primero que dijo fue: «Sácalos de aquí». Mi padre tenía los ojos cerrados y la boca abierta… Creo que había muerto en el acto.

—Nil… —Alegra se detuvo en medio del camino de arena, frente a una salina de tono esmeralda. Lo que contaba Nil era demasiado duro y estremecedor.

—Yo actué con rapidez y conseguí salir del coche, que estaba volcado en la cuneta —continuó él. Se detuvo frente a ella—. Saqué a mis hermanos de allí. Tenían cortes y sangre por todas partes… Cuando acabé con ellos fui a por mis padres. Sus cuerpos estaban encajados y algo aplastados por la consola delantera del coche. No los iba a poder sacar de ahí. Así que me metí como pude en la parte de atrás y tomé la mano de mi madre entre las mías. Ella era la única que todavía parpadeaba…

Alegra no lo soportó más; sentía la incomodidad y la ansiedad de aquel hombre mientras narraba el trágico suceso, así que lo tomó de la mano para ofrecerle consuelo y calmar su entumecimiento.

—Ella habló conmigo y me dio consejos sin sentido. Me dijo: «Dile a David que, en la noche más oscura, si no puede ver bien, encienda el foco.

Que encienda la luz. Y dile a Lucas que nunca deje de leer y creer en sus mundos de fantasía. Que no cese en su búsqueda de Gwyneth. Que ella existe». Y a mí me dijo: «Recuerda sazonar los platos con sal. Sigue con el proyecto de tu padre. Y cuando ella llame a tu puerta no se la cierres. Lánzate al mar. Lánzate a por ella».

—¿Todo eso te dijo tu madre?

—Sí. Casi no tiene sentido. Excepto lo de continuar con su proyecto. Soy arquitecto ecológico igual que mi padre. Y quiero continuar haciendo lo que él hacía.

—Eso es genial —admitió Alegra. Un hombre que no agrediera a la naturaleza era un hombre evolucionado y mejor.

—Sí. Me gustaría enseñarte lo que quiero hacer. Tal vez luego lo haga —se hizo el misterioso.

Los dos se quedaron callados, mirándose el uno al otro, hasta que Alegra se dio cuenta de que tenía los dedos de la mano entrelazados con los de él, y que la agarraba con fuerza, como si no quisiera dejarla escapar.

Ella hubiera querido decirle que durante cinco largos años, intentó sanar a su padre de su enfermedad, día tras día. Lo sanaba a diario pero, lamentablemente, su enfermedad, como si tuviera memoria, regresaba al día siguiente; nunca desaparecía.

Alegra sufría en cada sanación y se encontraba tan mal como él, aunque luego los dolores y el cansancio se esfumaban. Se habría pasado toda su vida así por tal de conservar a su padre a su lado, aunque fuera malo para ella. Pero no se lo permitieron. Su padre decidió, por acuerdo tácito con su madre y su abuela, que después de tantos años estaba cansado de pasar por eso; las medicinas no le hacían nada. Y su leucemia severa regresaba cada día con más fuerza. Así que se fue. Se fue sin decirle nada. Y ella montó en cólera. Porque ni siquiera se despidió.

Murió solo, en algún lugar; y ella no estuvo a su lado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas por él y tragó saliva con dificultad.

—No sé cómo de dura fue la experiencia con tu padre ni durante cuánto tiempo luchó por vivir, Alegra. Sé que eso desgasta a cualquiera —reconoció Nil en voz baja, casi pegando su frente a la de ella, como si en vez de una cita con una casi desconocida, fuera un paseo con su compañera de

toda la vida, aunque, hasta ese momento, no supiera que la tenía—. Pero debes valorar lo que tienes aquí y ahora. Yo he hecho eso y he decidido caminar hacia adelante. Simplemente, continuar. Eso no me impide no echarles de menos. Pero he comprendido que no tenemos el don de curar a la gente que enferma, ni de salvar a los moribundos en accidentes de tráfico. Los milagros no existen. No voy a condenarme por ello, aunque a veces me parezca una tarea más que imposible. Sin embargo, tenemos la potestad de recordarles con amor, sanos y felices. Así intento dormir yo por las noches. Los recuerdo sonriendo.

Alegra lo miró a los ojos, ocultos por las gafas. Nil tenía el rostro serio y lleno de empatía hacia ella. Y eso calentó su desolado corazón como no lo habían hecho las palabras de nadie. Se observó en su reflejo e intentó mirar a través de él.

¿Quién era Nil? ¿Cómo había llegado a su vida tan repentinamente? El sombrero de gánster blanco veraniego le daba un aspecto desenfadado y seductor, como si fuera un pillín encantador. Pero sus palabras, el modo que había tenido de hablarle, de escucharla y de acompañarla era lo que más atractivo le había parecido de él. Y, sin duda, lo más peligroso para ella. Se enamoraría de alguien así a ciegas. Y no estaba dispuesta a enamorarse.

Nil se quitó el sombrero y se lo puso a ella en la cabeza.

—Mejor que no te dé mucho el sol, Alegra —murmuró de modo protector—. Pica como mil demonios.

Ella sonrió, entrecerró los ojos con sorna y le dijo:

—Intentas embaucarme para parecer encantador, ¿a que sí? En realidad, tú no eres así.

Nil no le soltó la mano en ningún momento y tiró de ella para que siguieran el sendero de arena juntos, agarrados.

—Por supuesto que no —contestó él siguiéndole el juego—. Me has desenmascarado demasiado rápido. Solo digo estas cosas para llevarte a la cama.

Alegra se mordió el labio inferior y sonrió con ganas.

—Menos mal. Por un momento pensé que me gustabas.

Nil la miró por encima del hombro y la comisura de su labio se alzó de un modo vanidoso.

—No cantes victoria demasiado rápido, preciosa.

Alegra dio gracias por llevar el *short* extra corto. Porque, literalmente, cuando un hombre como ese miraba y hablaba así, a una se le caían las bragas al suelo.

13

Después del paseo por las salinas, Alegra lo llevó a la playa que poseía el mismo nombre, en la que más famosos a la redonda se podían encontrar, situada en el extremo meridional de la misma isla.

Aun así, Alegra consiguió un rincón apartado de las hamacas y los restaurantes, una mini calita oculta del mundo ubicada en el camino hacia la torre vigía, con una pequeña cueva de roca horadada, solo para ellos de no más de dos metros de profundidad. Una rareza en la curva arenosa rodeada de pinos que poblaban el lugar.

Allí, se quitaron la ropa y se quedaron con solo los bañadores. Alegra no podía dejar de admirar el cuerpo musculoso y escultural de Nil. Y, para colmo, tenía un tatuaje hawaiano que le recorría el muslo derecho, como un guerrero maorí. A ella le encantaban los tatuajes en los hombres. De hecho, le encantaban todo tipo de tatuajes, aunque no llevara ninguno en su cuerpo. Pero en obras de arte, como Nil, quedaban lo suficientemente bien como para ser expuestos en un museo.

Colocaron su esterilla para poner los bártulos y dispusieron la comida que había preparado Nil. Ensalada tropical y *sashimis* caseros de mango, queso y aguacate.

—¿Esto lo has hecho tú? —preguntó con sorpresa.

—Soy un excelente cocinero. ¿Qué esperabas?

Estaba tan fascinado con ella, y tenía tantas ganas de tocarla que cualquier excusa le parecía buena para hacerlo. Un leve roce de dedos por ahí, una caricia en la parte baja de la espalda mientras la ayudaba a colocar los coloridos pareos *hippies* de ambos, un cruce de miradas, una sonrisa…

Alegra era una desconocida para él; solo sabía que lo excitaba como nadie había hecho y que le entusiasmaba la idea de pasar tiempo junto a ella.

Los bares de alrededor ponían la música muy alta, con todo tipo de *hits* veraniegos que llegaban hasta ellos con sus animadas melodías. A lo lejos, los camareros servían los cócteles en las hamacas, pero en aquel paraíso privado, Nil se sentía perdido y absurdamente cautivado por aquella mujer que tenía delante.

—Eres un misterio para mí, Alegra —reconoció sin dejar de mirarla y ofreciéndole un vaso bien fresco de tinto de verano con hielo de la nevera portátil azul y blanca.

Alegra lo tomó sedienta y casi se lo bebió de un trago.

—Soy un misterio para ti porque ninguna mujer había intercambiado contigo más de dos frases seguidas.

Alegra se equivocaba. Había compartido muchísimas cosas con Tess, e intercambiado millones de palabras en todo tipo de ocurrencias y diálogos ingeniosos. Pero, al final, su relación había quedado en eso. Charlatanería. Palabrería barata. Nada más.

El recuerdo hacía que lo viera todo borroso, así que intentó centrarse en la suave piel de Alegra, y en sus ojos claros de duende inteligente.

—¿Más de dos frases seguidas? Eres demasiado generosa.

Ella se echó a reír.

—¿Y te gustan? —le preguntó con interés y algo de rabia—. ¿Ese tipo de mujer que sueles frecuentar es el que te gusta? ¿El que te llena?

—Tal vez no me ha interesado nada más. —Se encogió de hombros y tiró al mar la coraza dura de una pequeña almeja que había encontrado hurgando en la arena—. Tal vez no he visto nada mejor. Así me ha estado bien.

Alegra no soportaba el conformismo. Nil parecía un hombre demasiado inteligente como para no tener una pareja a la par de la que pudiera retroalimentarse. Y no solo era inteligente, también tenía sensibilidad y empatía; y no había nada peor que ser empático con personas que relacionaran adulterio con el cartel de «para mayores de dieciocho años». Y el tipo de chica con el que Nil había salido y perdía su tiempo era exactamente ese. ¿Qué salía ganando? ¿Nada? ¿Solo sexo? ¿Era suficiente?

Nil la observaba mientras masticaba un sashimi de mango. Sonrió presuntuosamente. Y ella le devolvió la sonrisa intentando averiguar a qué le temía verdaderamente ese hombre.

Cuando acabaron de comer, después de hablar de un sinfín de cosas diferentes, entre las que destacaban el gusto por las películas de fantasía de los ochenta, los musicales y la pasión por los animales, Nil sacó de la nevera un cuenco de frutas cortadas: melón, plátano, fresas y piña. Alegra sabía que un hombre que amara a los animales como lo hacía Nil no podía ser mala persona, y eso la tranquilizó porque, aunque no lo tenía planeado, empezaba a gustarle mucho estar con él; y si se encaprichaba con alguien por primera vez, al menos, que se enganchara por ver cosas atractivas, magnánimas y cautivadoras, no por ser ordinario. No solo por lo increíblemente guapo que era.

—Soy vegetariano —dijo después de tomar un palito para atravesar las frutas y hacer pinchos tropicales con él. Cuando acabó de decorarlo con un poco de nata y grumos de lágrimas de chocolate que se habían mantenido enteras en la nevera, se lo ofreció galantemente.

—¿Eres vegetariano estricto? —Lo tomó susurrando un gracias.

—No. En realidad no. Como pollo de vez en cuando. Pero no ingiero nada de carnes magras, ni tampoco pescado.

—Eres pollolacteovegetariano —murmuró chistosa llevándose a la boca el extremo del pincho en el que yacía un fresa atravesada. Cuando esta desapareció en su jugosa cavidad, Alegra cerró los ojos con gusto—. Está deli…

Al momento, tenía a Nil encima de ella, sobre su pareo morado, aplastándola contra la arena. Su pelo rubio caía sobre su rostro y las puntas le acariciaban las mejillas a ella.

Alegra no se lo esperaba, pero la sorpresa le encantó. Nil era avasallador. Quería algo, así que esperaba lo justo para arrinconarla y reclamarla para sí. Como un niño caprichoso que no tuviera paciencia por recibir todo lo que le gustaba.

Él fijó la vista en su boca y, sin pedirle permiso, se lanzó a comerle los labios. Primero le metió la lengua para saborear la fruta dentro de ella, y después mordisqueó su labio inferior, tirando de él suavemente.

—Vaya… —susurró ella, hipnotizada.

Nil la volvió a besar. Y entre besos, le dijo:

—Soy todo un caballero, ¿te das cuenta? Me he esperado al postre para hacer esto mientras me ponías cachondo desde que has subido a mi coche. Y no sabes cuánto me ha costado.

—¿Te he puesto cachondo?

—Sí, hazte la tonta…

Alegra sonrió interiormente. No lo sabía.

—¿Tenías ganas de besarme?

—¿De besarte? —repitió arqueando las cejas rubias, hundiendo su rostro en la parte inferior de su oreja y lamiéndola en el punto en el que el hombro se unía a la elegante forma de su cuello—. Esa es la versión Disney.

Alegra se echó a reír.

—¿La versión Disney? —le hizo mucha gracia.

—Sí, joder… ¿Quieres la porno? —Se hizo hueco entre sus piernas y presionó su erección contra su sexo.

Alegra gimió de gusto, hundió los dedos en su pelo y se abandonó a la sensación de enloquecer por y con un hombre; mientras, él la besaba con hambre, como si instantes atrás no se hubieran alimentado.

Fuera lo que fuera lo que sucedía entre ellos, no era nada normal. Alegra creía en la seducción y en la atracción, pero no en la colisión frontal y sin protección de dos personas que se sentían absorbidas la una por la otra en cuanto se tocaban. Era como si sus almas se internaran en una espiral de deseo y necesidades que no tenía salida ni descripción posible y que los lanzaría directamente a la perdición.

Era tan intenso, que su pecho se encogía y sus ojos se llenaban de emoción incontenida.

—Lo que quiero hacerte de verdad, Alegra —le susurró al oído—, es meterme dentro de ti como la otra noche.

Nil podía haber estado con muchas mujeres. Algunas lo estimulaban más que otras. Pero Alegra… Alegra parecía tan diferente de las demás. Tan auténtica y sincera. Tan natural, que Nil deseaba exprimirla como un zumo y sorberla gota a gota, sin dejar nada a nadie. Toda para él.

Jamás se había sentido tan posesivo respecto a nadie. Solo entendía la posesión hacia sus hermanos, hacia nada ni nadie más. Si bien es cierto que sus diseños y sus construcciones nacían de él, luego eran para el disfrute de

otros y de la Tierra, y no se podía apropiar de ellas. Pero sentir esa posesión tan inexplicable hacia una mujer como Alegra le asustaba y, a la vez, lo renovaba, como si hubiera estado mucho tiempo inservible y ahora lo reciclaran de nuevo para el uso.

Para el uso exclusivo de Alegra.

Nil no se lo pensó dos veces; miró hacia atrás asegurándose que en ese lugar, cobijados, nadie les molestaba y le dijo:

—Quítate la parte de arriba del bikini.

Alegra lo miró con los párpados caídos por el deseo. Las pupilas de sus ojos estaban dilatadas y a Nil le pareció una diosa. Una hermosa diosa de melena de ébano, cuerpo moreno y ojos claros y rasgados como los de una felina.

Alegra arqueó la espalda y esperó a que Nil le desabrochara el bikini. El chico coló una mano por debajo y lo hizo en décimas de segundo.

«¡Maldito! Tiene mucha práctica, el cretino», pensó irremediablemente celosa. Pero no iba a culparle. Con ese rostro y ese cuerpo, Dios se lo había puesto muy fácil. El sol le aclaraba los ojos.

Cuando sus pechos quedaron desnudos para él, Nil se incorporó para admirarlos. La noche en Es Vedrà, la oscuridad presente no dejó que la admirara, pero en ese momento podía verla a la perfección. Y eran los pechos más bonitos que había visto nunca. Le cabían en la mano perfectamente, no eran grandes, pero tenían una forma adorable y unos pezones más oscuros y pequeños que el tono de su piel. Se le enrojeció el puente de la nariz al tocarlos y se endureció entre las piernas.

—Joder, Alegra… Eres tan…

Alegra se mordió el labio inferior al sentir la dura presión del miembro de Nil contra su clítoris.

—Y tú estás en modo *Pokémon*. Creciendo y evolucionando. Recuerda que tienes que quitarme las braguitas, no me vayas a hacer un agujero.

Nil ni siquiera se rio. Ignoró el comentario, absorto en los dos globos que tenía ante él. Los tomó entre las manos y, sin pedir permiso ni preguntar, llevó la boca hasta ellos. Los lamió con suavidad y después los succionó, mordisqueándolos y tirando de ellos con leve exigencia.

Alegra levantó las manos haciendo ruiditos de desesperación y gusto y hundió los dedos en su rubia y principesca melena, aunque fuera un macarra con todas las letras. Y eso era lo que más le gustaba de él.

Nil iba a por lo que quería. Lo hacía con gracia y desparpajo y era un seductor nato. No tenía que esforzarse para que ella cediera. Una mirada, una sonrisita, una palabra… Y ¡zas! Perdía el norte.

—¿Lo quieres más fuerte? —preguntó levantando su mirada clara y transparente hacia ella. Dio un lametazo a su pezón hinchado.

Ella negó con la cabeza, y él se recolocó entre sus piernas abiertas.

—¿Estaría mal si te digo que quiero más?

Alegra pensó que malo no había nada. Ella se moría de ganas de más. Su útero palpitaba porque necesitaba algo que él no le daba. Y lo quería.

Alegra lo besó y tímidamente abrió más las piernas para él.

—¿Eso es un sí? —preguntó él sin resuello.

—Sí.

Nil se bajó un poco el *short* negro ajustado que llevaba, como si fuera un modelo de natación, se puso el condón, y con la mano le guio la cabeza de su miembro hasta la entrada de ella.

—Retírate el bikini, así nadie verá que lo estamos haciendo de verdad. Solo pensarán que nos estamos rozando como dos animales en celo.

Alegra se desató el nudo derecho de su bikini y levantó un poco la tela para darle acceso.

Nil la miró a los ojos y presionó en su entrada mojada hasta que ella dilató y permitió su intrusión.

A Alegra le seguía doliendo. Nil era, ciertamente, un tío grande, pero le daba igual, porque en el dolor también había un placer ilimitado, y quería disfrutar de su roce y su posesión.

—Siento tener este tamaño —reconoció susurrando y pegando su frente a la de ella.

—¿Bromeas? A mí me encanta —dijo ella moviendo las caderas para acomodarlo mejor—. Me gusta que… —Alegra frunció el ceño y se calló, avergonzada por las palabras que iba a decir. ¿Dónde iba soltando esas tonterías tan rápido? Decididamente, Nil le quemaba el cerebro.

—¿Qué te gusta?

Alegra negó con la cabeza, y siseó al sentir cómo Nil avanzaba hasta lo más profundo de su ser.

—No es nada. No sé lo que iba a decir.

Él se echó a reír.

—Mientes. Cuando mientes parpadeas muy rápido.

«¿Cómo demonios se ha dado cuenta de eso?».

—¿Sabes qué creo? —continuó Nil.

—¿Qué?

Nil agarró su pierna y la abrió hasta casi hacer que su rodilla tocara la arena.

—Que te gusta todo entero y muy adentro. —Se metió con fuerza y empezó a bombear en su interior, absorbido por completo, sin dejar ni un milímetro de su erección fuera de ella. Alegra gimió y dejó caer la cabeza hacia atrás—. Y me encanta, Alegra. Porque así es como me gusta a mí.

—¿Y ahora me vas a decir… que es el destino?

—No, nena. Es el buen sexo.

Ella negó con la cabeza, pero se agarró a sus hombros y a su pelo y permitió que Nil la poseyera como más le gustara.

Porque, para más casualidad, Nil estaba en lo cierto: así era como le gustaba a ella. Y nunca, ningún hombre se lo había hecho como ella quería. Les faltaba fuerza, potencia, o no tocaban donde tenían que tocar y, al final, siempre era ella la que quedaba insatisfecha y acabando el trabajo por sí misma.

Sola.

Pero Nil la devastaba con su gruesa intromisión física y hacía que se olvidara de pensar, de comparar y de necesitar. Porque él, a niveles físicos, se lo daba todo; y, probablemente no podría pedir más.

Y cuando la besó y le hizo el amor con la lengua tal y como se lo hacía con su cuerpo, solo pudo centrarse en sentir. El sol sobre ellos, el sonido de las olas, la música de fondo, los pájaros piar, el olor del mar, el de ellos juntos y del cuerpo masculino sobre ella. Había licuado su mente, que únicamente registraba el sudor con el sudor, la piel con la piel, los labios con los labios, los besos con los besos… Y el ardor. El intenso calor que la machacaba por dentro y que la lanzó, sin más, a un orgasmo doloroso,

demoledor y loco que la dejó levitando en algún lugar entre Ibiza y las estrellas.

Después de hacer el amor de aquel modo tan deliciosamente intenso, se bañaron en el mar y juguetearon como dos críos. Nil la ahogaba siempre que podía, la cazaba y la lanzaba al agua de nuevo. Y se aprovechaba todo lo que podía, como haría un pulpo que quisiera manosearla por todos lados.

Hacía mucho tiempo que no se reía así, que no coqueteaba abiertamente con un hombre ni jugaba al juego de la seducción. Y se sentía tan viva que no quería que ese día llegara a su fin.

Pero todo lo bueno tenía fecha de caducidad y, después de un baño revitalizante, después del sexo y de varios arrumacos más en el agua, Nil tenía una importante cita a la que asistir por la tarde, y debía dejar a Alegra en su casa.

Cuando el Mini aparcó de nuevo en la puerta de Sananda, Nil se inclinó sobre el volante y volvió a admirar la fachada.

—Es una casa realmente bonita. Invita a entrar.

—La diseñó mi padre —contestó Alegra con cariño. Tenía la piel bronceada por el sol. La tonalidad más oscura en su rostro hacía que sus ojos se vieran todavía más claros.

Cuando él se quedó embriagado admirando su perfil, se dio cuenta de que las sensaciones con esa joven y el estar cerca de ella no eran nada parecido a cualquier cosa vivida con otra mujer; ni siquiera se asemejaba a ninguna sensación despierta en los tiempos buenos con Tess.

Para Nil, disfrutar de Alegra fue toda una aventura y un descubrimiento. La joven tenía un sentido del humor exquisito y acorde al suyo, y descubrieron que tenían muchas cosas en común.

Y Alegra, ante todo, parecía tener un espíritu noble y bueno. Sin malicia ni interés.

—¿He pasado la prueba, Alegra? —le preguntó con inseguridad. Posó su mano sobre la de ella y entrelazó los dedos.

Ella se giró para mirarlo, comprendiendo la pregunta a la perfección. Aquello había sido un *teaser*, una prueba, se suponía, para demostrar que no eran el uno para el otro, que se odiarían y que tenían tanto que ver como el

agua y el aceite. Pero, para su sorpresa y estupefacción, lo había disfrutado y había tenido, probablemente, el día más sanador y enriquecedor de toda su vida.

Y se lo había dado Nil.

Y le encantaba Nil. Y no solo eso. Sentía mariposas en el estómago siempre que él la tocaba, además de esa leve electricidad que solo las Balanzat conocían y sabían internamente lo que significaba.

Todo indicaba que Nil Blanc era más que un simple hombre para ella. Y odiaba sentirse así y, al mismo tiempo, estar encantada con la sensación cálida y vaporosa en el centro de su pecho.

—¿La he pasado yo? —replicó ella.

Nil la miró con solemnidad y acarició el dorso de su mano con el pulgar. Tiró de ella hasta que la tuvo pegada a su costado y se inclinó hasta su boca.

—Me encantaría seguir viéndote. ¿Crees que puedo invitarte a cenar mañana por la noche? Después de la reunión de hoy tengo mucho que celebrar. Me gustaría compartirlo contigo. —Y ni siquiera sabía por qué. Pero tenía la imperiosa necesidad de contarle a esa chica todo lo que aconteciera en su vida a partir de ese momento. Era absurdo. Y muy patético. Pero nadie le quitaría esa ridícula felicidad de encima. Seguro que a Alegra le encantaría conocer el proyecto ecológico que tenía pensado emplazar en es Vedrà, el peñote de piedra en el que habían tenido su primer encuentro tórrido. Con lo espiritual que era y lo concienciada con el medioambiente que estaba, seguro que le encantaba la idea. Se moría de ganas de contárselo, pero prefería mostrárselo con los planos y teniendo la firma bajo el brazo.

—Oye, me tienes intrigada con eso… ¿Por qué no me cuentas ya de qué se trata?

—Tú dime si aceptas cenar conmigo mañana.

Alegra fingió que se lo pensaba, aunque sabía que le iba a decir que sí a ciegas. ¿Cómo iba a decirle que no a esos ojazos claros y tupidos de gruesas y largas pestañas? Se estaba derritiendo por él, y era un auténtico descalabro emocional, pero no lo podía evitar.

—De acuerdo. Dejo que me lleves a cenar. Me avisas para decirme a qué hora quieres que esté lista, ¿de acuerdo?

—Sí.

Nil respiró más tranquilo, la tomó por el rostro con muchas ganas, y le dio un besazo en los labios, de esos que dejan a una mujer con las rodillas temblando y «el corazón contento y lleno de alegría», como diría la popular canción.

—Vete de aquí o te violo mientras tu madre y tu abuela miran por la ventana —le susurró sobre la boca.

Golfo empezó a ladrar, sabedor de que ella se encontraba allí, dándose el lote en el portal de casa como una quinceañera.

Alegra abrió los ojos, que no sabía que tenía cerrados, y sonrió tímidamente. Después se bajó del coche y se despidió de él levantando la mano, todavía hipnotizada por la sensación candorosa de ese beso.

Cuando el coche se alejó por la curva terrosa, Alegra abrió la puerta de su casa y su perro se le echó encima.

Mientras acariciaba la cabeza del perro ibicenco con una mano, con la otra se acariciaba los labios y meditaba sobre lo sucedido con Nil. Arrastraba los pies, caminando como en un sueño.

Cuando levantó la mirada para subir los peldaños del porche, se encontró con unos pies con las uñas pintadas de verde claro, unas zapatillas de tiras negras con brillantes, y unas largas y torneadas piernas. La mujer vestía de negro, tenía el pelo rojo largo y ondulado, y los ojos de un tono verde azulado. Sonreía picaronamente.

—Madre de Dios, Alegra… Te acabas de buscar la ruina.

Alegra abrió la boca y, acto seguido, se lanzó encima de la joven para abrazarla y besarla con alegría.

—¡Nicole!

14

—¿**M**e está usted hablando en serio?

Nil se había reunido con Meritxell Roureda y el Consell al completo en el ayuntamiento de Ibiza.

Después de ducharse y asearse para tener buena presencia en la importante firma consensuada en Dalt Vila, justo en el edificio que albergó el convento de los dominicos, y que ahora ocupaba en su totalidad el ayuntamiento de la ciudad, asistió diligentemente a su importante cita con su futuro brillante y prometedor.

Meritxell miró a Nil a los ojos, con sus ojos verdes y grandes, algo enrojecidos por el llanto de alegría, por la experiencia rebosante de milagro de la noche anterior; así que, como aquella que sabe que el peso sobre sus espaldas había menguado considerablemente, asintió con convicción. Los periódicos ibicencos ya habían corrido la voz sobre el despertar de Toni y no dudaban en señalar que había sido un milagro. Meritxell sabía que no se trataba de nada divino, a no ser que Dios o uno de sus ángeles adoptaran la belleza hechizante de Alegra.

El secreto de Alegra estaría a salvo con ella. Jamás lo diría a nadie. Estaría en deuda con esa joven y con las Balanzat el resto de su vida.

—Sí, señor Blanc. Después de meditarlo mucho, creo que lo mejor es que es Vedrà siga virgen de edificaciones. Es un lugar muy especial de nuestras islas, un cónclave muy apreciado por los ibicencos…

—Ustedes me dijeron que estaba todo hecho —señaló desengañado y con gesto severo—. ¿Qué ha cambiado en dos días?

«Mi hijo ha vuelto de entre los muertos. Eso ha cambiado», pensó Meritxell. Pero como no podía revelar lo sucedido, puso cara de circunstancia y de comprensión hacia el malestar de Nil.

Todos los representantes de los departamentos del Consell miraban a Meritxell, algunos de acuerdo, y otros con sorpresa y claramente contrariados. La votación, gracias al cambio de voto de Meritxell, se había solventado con un seis contra cinco, esta vez, en contra. La presidenta había dado un vuelco brutal a toda la negociación, y su decisión había acabado por decantar la balanza.

—Como presidenta de este consejo, debo adoptar la mejor decisión posible para las Pitiusas. Creo, y espero no equivocarme, que aunque rechazar su innovador proyecto lamentablemente no generará la bolsa de trabajo que deseábamos, es un bien para nuestras islas mantener los lugares insignia y característicos libres de posibles modificaciones estructurales.

Nil no salía de su estupefacción.

—Supongo que no puedo obligarles a firmar —reconoció con amargura, pasándose la mano por la coleta rubia de aire surfero que daba un aspecto muy atractivo a su traje—. Aunque no lo comprendo. Fueron ustedes los que eligieron mi proyecto. Fue de ustedes la idea de construir algo nuevo y revolucionario en es Vedrà. Y ahora, ¿me dicen que no?

Meritxell sonrió con empatía, y Nil tuvo ganas de aplastarle la cabeza por su condescendencia.

—Usted es un excelente arquitecto —admitió ella—. El mejor en construcciones ecológicas. Su proyecto era sencillamente admirable. De cuento de hadas —señaló encogiéndose de hombros—. No hay nada que objetar contra eso. Pero… Estoy convencida de que podrá emprender sus diseños en cualquier otra parte. Pero no aquí. No en es Vedrà. Es nuestra decisión, por mayoría, mantener la roca limpia.

Nil parpadeó afligido y miró sin ver los papeles que certificaban que no habría firma. El proyecto de su padre debería esperar. El sueño visionario de su fallecido progenitor no se llevaría a cabo por la inquebrantable decisión de una mujer con aspecto de agotada que en el último segundo había cambiado de parecer. Como quien hace una finta y te rompe la cadera.

Deberían existir multas contra eso.

Cómo le molestaba que la gente tuviera tan poca palabra. Él era íntegro y serio. Deberían ser recíprocos.

—De acuerdo. —Nil se levantó de la silla de piel acolchada y se quedó de pie ante la mesa redonda de los once miembros del consejo—. Señores, ha sido un placer —dijo educadamente—. Gracias por su atención y por haber confiado en mí para su proyecto. Aunque, abortado finalmente, ha sido un honor que contaran conmigo.

Nil también sabía ser diplomático, y debía ofrecer una buena imagen por si en un futuro se requería su ayuda para alguna otra idea. Pero poner buena cara no era nada fácil cuando un sueño se rompía por dentro.

Con esa idea, el joven salió del auditorio enfurruñado, aflojándose el nudo de la corbata azul clara y desabrochándose los puños de la camisa blanca. Todo le oprimía: la vestimenta, el lugar lleno de estirados y la negativa.

No era fácil renunciar a aquello que revivía el recuerdo del visionario de su padre. Emprender el proyecto y finalizarlo habría loado su memoria.

Ahora, no tenía nada que hacer en Ibiza, excepto, desahogarse con sus hermanos esa noche y, tal vez, al día siguiente, encontrar algo de calma en compañía de Alegra.

Era asombroso sentir la necesidad que tenía de contarle lo sucedido y de que ella lo escuchara y después le ofreciera sosiego.

—Mama me ha dicho que has salvado al hijo de Meritxell Roureda —dijo Nicole mientras cortaba un trozo de pollo marinado. Siempre había sido de buen comer. Si bien su estructura no era delgada, tampoco estaba rellenita. Tenía un cuerpo normal. Era la más alta de las tres, la de labios más gruesos y ojos más grandes, y la de cara más ovalada y de pómulos más marcados por su mullida forma.

Alegra se encogió de hombros y dio un sorbo al vino de aguja blanco. Las cinco Balanzat estaban cenando bajo la luz de las velas flotantes de la piscina y el reflejo de las que reposaban en cuencos de agua sobre la mesa. El sonido de las fuentes y de una melodía a piano compuesta por Sasha se enarbolaba alrededor de ellas como el abrazo de una diosa protectora.

—Hice lo que tenía que hacer por es Vedrà —contestó pasándose la lengua por los dientes, y tomando un trozo de pan de *pagès* untado con tomate y alioli.

—Espero que esta noche no vayas a besar a nadie —Sasha la miraba anonadada. Su hermana mediana era capaz de comerse diez rebanadas de pan con ajo, y después preguntar: «¿Qué hay para cenar?»

Alegra negó con la cabeza y sonrió a Nicole, que la miraba recordando el apasionado beso que había visto desde el porche.

—Alegra tiene novio —espetó Nicole.

—No tengo novio —protestó ella.

Amanda y Pietat se miraron la una a la otra ocultando una sonrisa de complicidad.

—Es solo un chico que he conocido —explicó la morena queriendo atajar el espinoso e incómodo tema.

—Espero que no sea fruto de un amarre de amor —deseó Nicole mirando a su abuela y a su madre con resquemor—. Conmigo lo hicieron y ya estoy divorciada. Y solo tengo veintiséis años.

—Tus problemas con Dan no tienen que ver con nuestro amarre. Solo dimos un empujoncito a vuestra relación. Nada más. Tú lo estropeaste todo. Lo asustaste al no saber controlar tu don. Las lunas y las estrellas nos hablaban de él y de ti —explicó malhumorada—. ¿Cómo no íbamos a echarte un capote desde aquí? Todas mis nietas están taradas. Teméis al amor más que a la muerte. Podéis sentir algo único e irrefrenable por un hombre, y no uno cualquiera, sino el único, y no sé cómo diablos os las arregláis pero al cabo de poco tiempo lo echáis todo a perder. Es deprimente —susurró Pietat entre lamentos y sorbos de vino—. ¿Qué demonios hacéis con el amor?

Alegra escuchó con atención la reprimenda de su abuela a Nicole.

¿Tendría razón?

Sasha estaba soltera. Nicole, divorciada. Y ella jamás había tenido novio, al menos no más de cuatro semanas.

—Yaya, no todas somos tan afortunadas como vosotras. Tú y el abuelo ya habíais celebrado vuestras bodas de oro cuando él murió. Y mama y papa siguen enamorados, aunque no se puedan ver ya —reconoció Nicole con tristeza. Ella seguía creyendo que el amor sobrevivía a la muerte. Y tenía pruebas para demostrarlo—. Pero no todos tenemos esa suerte.

Alegra entendía a su hermana. Sabía lo sucedido entre Nicole y Dan. Había hablado con ella infinidad de veces por teléfono, haciendo llamadas a tres también con Sasha.

Y sabían que su hermana acabó destrozada cuando Dan se fue de su lado.

Nicole era la típica chica que podía hacer una locura y casarse en una semana con el hombre que según ella le había atravesado con una flecha de amor. Gracias a Dios, solo le había pasado una vez.

Se habían conocido en Inglaterra. Amor a primera vista, decían.

Dan era un friki de los círculos de trigo, igual que su hermana. La diferencia era que Nicole desentramaba símbolos y leía mensajes en los *crop circles* que nadie más veía. Ella estaba ahí para trabajar y observaba cosas que nadie podía jamás llegar a vislumbrar. Lo que para muchos era un misterio, para Nicole era una conversación abierta entre la Tierra y las estrellas. Y los cerealólogos, como se llamaban, la valoraban muchísimo.

Nicole le contaba todo a Dan, que se maravillaba ante sus teorías.

Su loca hermana pensó que si Dan creía en el significado de esos mensajes y estudiaba el fenómeno de los *crops* íntimamente relacionándolo con vida extraterrestre, podía creer también en ella y en su poder. ¿Por qué no? Al fin y al cabo era descodificadora de claves y códigos. Su don era conocido como criptografía. Y no había nada que se le resistiera, porque su don era natural.

Podría haber utilizado su facultad para enriquecerse y trabajar para cualquier gobierno que requiriese sus servicios. Pero, en vez de eso, se obcecó con las señales en el cielo, los jeroglíficos, las líneas de Nazca, los códigos morse, y todo ello derivó finalmente hasta los *crop circles*. Y ahí se quedó. Maravillada por el misticismo de las tierras inglesas y por los enrevesados círculos artísticos que cada poco se formaban en los campos de cereales de Inglaterra. Anclada por el amor que sentía hacia Dan.

Ese hombre la había vuelto loca, y ella lo había vuelto loco a él. Tenía la confianza de que Dan entendería su peculiaridad, que él lo vería como algo hermoso y no como una desviación o como algo oscuro y satánico. Nicole lo avasalló con su fuerza, su temperamento y con la pasión que inyectaba a todo lo que hacía, y él no lo pudo soportar. Así que, un día, decidió que lo mejor

para pensar con objetividad era alejarse de ella. No porque no la quisiera, sino porque la temía más de lo que la amaba.

Nicole poseía una fachada del tipo «todo me resbala y soy más fuerte que un titán», pero las Balanzat, como bien había dicho su madre, Amanda, sentían lo que las demás a través de los lazos invisibles de la mágica empatía y asertividad, y ninguna de ellas podía negar que Nicole, con su belleza, su aplastante seguridad y su desparpajo, luchaba cada día de su vida por ocultar las heridas de su corazón roto y decepcionado.

—En fin, es agua pasada —Nicole movió la mano como si no le diera importancia y se clavó de codos en la mesa, inclinándose hacia Alegra—. Pero ese besazo con lengua que he visto desde el porche de casa sí que lo tengo muy presente. ¿Cómo se llama?

—Se llama Desatascador —contestó Sasha provocando que todas se rieran.

Alegra se la quedó mirando como si quisiera lanzarle un rayo láser a lo Cíclope de *X-Men*.

—Su nombre es Nil.

—Bonito nombre —admitió Nicole con sumo interés—. No estará casado ni tendrá hijos, ¿verdad?

—¡No! —protestó Alegra—. Y no es nada serio. Solo una pequeña aventurita veraniega.

—¿De verdad lo crees? —Nicole miró a Amanda y a Pietat—. ¿Habéis consultado a las aves?

—O sea, no. Otra vez no —la censuró Alegra señalándole con el dedo —. Dejadme en paz.

Uno de los conocimientos ancestrales que poseían las Balanzat de sus antepasados fenicios era el don de la ornitomancia. Y Nicole, que leía las señales a la perfección, era a la que mejor se le daba. Según las mujeres de su linaje, las aves eran consideradas las mensajeras del futuro, dado que eran las únicas que podían volar. En la Antigüedad se conocía como el don de leer los augurios provocados. Se podían interpretar de muchas formas, dependiendo de cómo y cuándo aparecían, de la dirección de su vuelo, del sonido de su piar, del número que había e, incluso, de cómo caminaban y actuaban una vez que pisaban el suelo.

Las águilas, los cuervos, los buitres, los reyezuelos y las cornejas eran las aves que utilizaban las sacerdotisas fenicias para realizar el augurio.

Alegra había dejado de leer en todo lo que le rodeaba, a diferencia de Nicole, que no podía vivir sin ello, porque su forma de ser le obligaba a saber más de lo que se veía a simple vista.

Alegra se había relajado. Y Nicole había profundizado y pulido todos sus conocimientos. Por eso eran diferentes. Mientras la primera se alejaba de su don, la segunda lo abrazaba con amor.

—No vas a hacer un *augur* conmigo —reprendió a su hermana.

—Claro que sí. Ya sabes que no lo puedo evitar —murmuró Nicole comiéndose de una sentada un bocadito de sándwich vegetal—. Además, ¿te crees que la yaya y la mama no lo han hecho ya?

Amanda y Pietat miraron hacia otro lado, como si la cosa no fuera con ellas.

—¿Lo habéis hecho? —preguntó Alegra incrédula.

—No. ¿Por quién nos has tomado? —preguntó Amanda haciéndose la ofendida.

—Oh, por favor, mama —Alegra puso los ojos en blanco, se acomodó en la silla de madera y tiró la servilleta encima de la mesa—. Lo habéis hecho.

—Sí —dijo Pietat educadamente—. Y, para tu información, no hemos leído nada de nada. Los pájaros no nos han facilitado el augurio.

—¿Ah no? —preguntó extrañada—. Bueno… Pues mejor. Quiero que por una vez las cosas se den con normalidad en mi isla sin ir dos pasos adelantada a los demás. Nil y yo… No somos nada. No quiero magia a nuestro alrededor.

Nicole la escuchó con atención. Un destello de furia emergió en sus ojos verdes, pero al observar la mirada admonitoria de su madre, suavizó el discurso que iba a pronunciar.

—Alegra, sabes que no tiene sentido que niegues tu don, ¿verdad? Sanaste a un niño que estaba en coma desde hacía dos años —recalcó para que Alegra lo tuviera en cuenta—, y al que sus padres ya habían dado por perdido. Tu decisión ha cambiado el futuro de la isla y de la vida de todos. Nos afectará a mejor para siempre, porque mantendrá a es Vedrà intacta.

¿Cómo no vas a querer magia a tu alrededor cuando el solo hecho de que existas ya es mágico?

Alegra miró a su hermana mayor, por segundos, y no pudo reprocharle ni una palabra. Nicole siempre ofrecía discursos que nadie podía rebatir. Era insoportable.

—Eres lo que eres. Somos quienes somos. —Abrió los brazos con consternación—. Ya pasaste mucho tiempo alejada de nosotras y de lo que vive en tu interior. Ahora que ya has vuelto…

—No he vuelto. Solo estoy aquí de vacaciones. Me iré en cuanto tome la decisión y averigüe donde quiero trabajar —aseguró con sequedad.

—Repítelo tantas veces como quieras. Tal vez te lo llegues a creer. Pero ahora que ya has vuelto, no puedes esconderte más. Aquí no. Las Pitiusas explotan lo mejor de nosotras y nos arrastran a sus raíces. Es más. Sabes que ahora más que nunca debes ser una Balanzat, porque las cosas no pintan nada bien para Ibiza y Formentera. Los demás pueden hacer la vista gorda porque no tienen ni idea de lo que está pasando; pero nosotras, que sentimos esta tierra como si fuera una extensión de nuestro cuerpo, lo sabemos perfectamente. Y debemos ayudarla.

Alegra prestó atención plena en el último discurso de su hermana. Frunció el ceño y miró a la cara a cada una de las allí presentes.

Sasha parpadeó más seria que nunca.

Pietat asintió con la cabeza, mientras Amanda exhalaba con cansancio.

Nicole percibió el desasosiego de su familia y entendió lo que acababa de pasar. Había dicho algo que Alegra no sabía.

—¿No lo sabes verdad?

—¿El qué? ¿Qué tengo que saber? ¿De qué hablas?

Nicole abrió la boca con asombro y se relamió los labios para dirigirse a su hermana, esta vez, con más tacto.

—¿Crees que es casualidad que estés aquí ahora? Vale, sí. Has acabado tu carrera por fin y vienes a pasar el verano, bla, bla, bla… Pero ¿de verdad piensas que el que estés aquí lo has decidido tú?

—Claro que sí, Nicole. Deja de decir estupideces. Me estás asustando.

—¿Crees que es casualidad que yo esté aquí? Nos han convocado.

—Te han convocado la mama y la yaya.

—También. Pero es porque las islas nos necesitan.

—No entiendo nada. ¿Qué pasa? ¿Por qué iban a querer las Pitiusas que volviera?

Nicole tomó la mano fría de su hermana mediana y la miró sin inflexiones.

—Alegra, las Pitiusas querían que regresaras. Que regresáramos. Necesitan nuestra ayuda.

—¿Por qué?

—Porque están enfermas.

Enfermas.

Sus Pitiusas estaban enfermas. Saberlo la llenó de tanto frío como el día en el que su padre, Ángel, llegó a la casa y anunció que tenía un tipo de leucemia muy severa.

—¿Qué les pasa? —Miró a su madre, Amanda, esperando que ella le contara la verdad.

La mujer entrelazó los dedos de sus manos y se puso a hacer puñetas con los pulgares.

—Es algo mucho más grave de lo que parece —contó con preocupación —. Ibiza atrae a muchísima gente de todo el mundo. No es una isla grande, y cada vez hay más gente que viene aquí a vivir, no solo en verano, sino durante todo el año. Ya sabemos que nuestras Pitiusas tienen un gran atractivo turístico a nivel internacional. Sin embargo, la afluencia de gente y la mala y totalmente descontrolada conducta de los visitantes, además de la cantidad ingente y en exceso de todo tipo de embarcaciones lúdicas y privadas que amarran en nuestras costas, han dañado el ecosistema y las aguas. Lamentablemente, para nosotras, que somos brujas que trabajamos con la sal pura de la isla, que vibramos con ella, el hecho de que el agua marina esté infectada también nos afecta, porque cambia la calidad de nuestra sal. Y repercute en nuestros hechizos y a la hora de canalizar nuestro poder. Pero eso no es lo más grave de todo. Las Balanzat estamos en este punto, en este trozo de tierra alejado del mundo, por una razón: la protección del equilibrio de las Pitiusas y el cuidado de nuestras salinas, en las que se

oculta uno de los mayores tesoros del mundo, básico para el equilibrio de nuestro planeta.

Alegra cerró los ojos con tristeza. Sabía cuáles serían las siguientes palabras de su madre. Para los linajes de brujas de su familia la primera palabra que aprendían cuando nacían era la siguiente: posidonia.

—La posidonia se muere —afirmó Alegra en voz baja.

Pietat y Amanda asintieron en silencio.

Las praderas de posidonia oceánica eran un pulmón para Ibiza y también para la capa de ozono.

—Hay muchos puntos de la isla en los que encontramos gravísimos signos de eutrofización —explicó Amanda—: Materia orgánica y desechos de embarcaciones que provocan una cantidad sustancial de algas masivas.

—¿Putrefacción? ¿En Ibiza? —señaló Alegra incrédula—. Eso no puede ser. Este punto es un vergel. Debe de ser un vergel, una zona de oxigenación y vida.

Amanda jugó con sus dedos, incómoda.

—Llevamos mucho tiempo observando que algunas de las embarcaciones abandonan sus vertidos en bahías y a menos de doce millas de la costa, que va contra lo que manda la normativa. Vierten sus aguas negras en nuestro mar.

—Pero… ¿El puerto no dispone de instalaciones de recogida de las aguas negras? Todos los yates deberían tener depósitos preparados para almacenar los residuos de los navegantes que hayan generado en, al menos, dos días —protestó Alegra.

—Han intentado poner cartas en el asunto. No son solo los yates, Alegra. También es la gente que desde tierra ensucia el mar. Pero lo que no saben es que tal vez las medidas se hayan implantado demasiado tarde. Si muere la posidonia, que junto a es Vedrà es lo más puro y mágico de nuestras islas, ¿qué sucederá con nosotras? No podemos permitirlo.

—¿Por qué dices que es demasiado tarde, mama? —preguntó la joven realmente preocupada.

—Porque el mar, a día de hoy, cuenta con grandes dosis de nitrógeno debido a este problema que te he señalado. Y no es fácil limpiarlo. El nitrógeno está matando la posidonia. Si la posidonia enferma, la sal también

lo hará, y la flor de sal no crecerá sana. La gente de a pie no sabe estas cosas; pero nosotras, que somos parte de esta isla, sentimos el dolor de Iboshim en nuestra propia piel. El agua del mar ya no nos sabe igual y la sal ya no nos protege como antes. Y si no nos protege a nosotras, que somos hijas de sus entrañas, tampoco lo hará con los demás. La historia de Ibiza tiene vinculación directa con la explotación de su rica sal, única en todo el mundo por todas sus propiedades y la cantidad de oligoelementos que tiene, tan saludables para el organismo. No puede violarse de ese modo.

—Por supuesto que no —protestó Alegra tan indignada que sentía su isla tan suya como el resto de las Balanzat.

—Lo peor del asunto —Amanda parpadeó con decisión y miró a su hija a los ojos— es que creemos y sentimos que esto no es solo un problema de concienciación social, que lo es —aclaró—, sino que hay un agravante más. Sasha, por favor, ve y toma un frasco de sal de las esquineras de la casa.

Sasha obedeció, levantándose de la mesa y entrando en la cocina con pasos ágiles y cuidadosos como los de una bailarina. Cuando salió, llevaba un frasco de cristal transparente en la mano, cuyo interior estaba lleno de sal.

Para proteger el hogar de las malas energías, las Balanzat colocaban frascos llenos de sal para que capturaran cualquier forma de mal que quisiera molestarlas.

Lo dejó frente al grupo de mujeres, que la miraban con algo de horror y miedo en sus rostros.

—La sal tiene manchas negras —susurró Alegra en voz muy baja—. Nunca había visto nada parecido… ¿Qué dice el grimorio de las Iboshim sobre manchas en la sal?

Las Balanzat, al venir de una familia original de brujas fenicias, contaban en su biblioteca con incunables valiosos, legados por sus antepasados, dignos del deseo del mayor de los frikis del mundo mágico y oculto. Sin embargo, mantenían el grimorio, el libro de las primeras mujeres fenicias, sacerdotisas y brujas de sus templos, muy escondido, por todo el conocimiento que albergaba y porque se decía que los fenicios no habían dejado escrito nada sobre sí mismos. Sin embargo, las Balanzat poseían un grimorio original y único de antes del siglo VII a. C. Sus antepasados habían

conseguido traducirlo al catalán y gracias a ello comprendían la sabiduría y los hechizos de entonces.

—El grimorio nos dice que cuando la sal pierda su pureza, y sea alterada en su color, cuando la sal se pegue en gelatinosos grumos —abrió el frasco de cristal y mostró su interior— y huela a huevo podrido —inhaló y arrugó la nariz con desagrado—, justo como ahora, querrá decir que la amenaza y el desafío a las Antiguas de Iboshim, habrá empezado. Y, si nos hacen daño a nosotras, hacen daño a las Pitiusas, porque las fenicias antiguas lanzaron un hechizo de amarre con su sangre y la de las futuras Balanzat. Uno que decía que el cuerpo de la isla era como el nuestro, y que sentiríamos cuándo algo en nuestras tierras no iría bien. Y así está pasando. Nos están acechando, Alegra.

—¿Qué acecho? ¿De qué hablas? —Alegra no comprendía nada. El rostro de su madre resplandecía mágicamente por el reflejo de las llamas de las velitas que había sobre la mesa.

—Eso solo sucedió una vez —explicó Nicole con resolución, observando con sus analíticos ojos el interior del frasco de sal—. Lo pone en la historia de las Originales. En el grimorio. —Nicole era estudiosa, y cuando algún libro o relato la obsesionaba no se detenía hasta aprenderlo todo de cabo a rabo. Punto por punto. Palabra por palabra.

—¿Y qué dice?

—Dice que existieron en Ibiza dos grupos diferenciados de fenicios. Unos querían explotar la tierra solo para sus beneficios. Otros querían sembrarla y enriquecerla para vender los productos con los que allí pudieran comerciar, pero sin desgastarla, pues adoraban nuestra isla y querían vivir en paz con ella. Explica que hubo una lucha por poseer la tierra y que, al final, los perdedores tuvieron que abandonar las Pitiusas. Fue una disputa entre las Balanzat de entonces y una familia que se hacía llamar los Señores de Iboshim: comerciantes que habían conseguido poder saqueando otras ciudades. Las Antiguas de Iboshim crearon un hechizo en toda la isla y en sus mares para que los Señores nunca jamás regresaran a Ibiza. Cerraron el hechizo y lo amarraron con la sal de la tierra. Y dicen: «El día que la sal sea negra y no blanca, cuidaos de los Señores, indignos de nuestro hogar, porque vienen a someterlo».

Una velita de la mesa se apagó de golpe, y Sasha rio con nerviosismo.

Alegra meditó en silencio sobre esas palabras. Allí, junto a las mujeres que conformaban su vida, acababa de darse cuenta de que, aunque había dejado de ejercer su don, nunca había dejado de creer en su sangre ni en sus orígenes. Y lo sabía porque creía a ciegas en Nicole. Al igual que se asombraba del color ennegrecido de la sal, también le sorprendía el mero hecho de regresar a Ibiza justo en ese momento, cuando las Balanzat la requerían para enfrentarse a esa oscuridad que manchaba su isla. ¿Y si, en realidad, al ser una Balanzat había respondido al silencioso y sensible llamado de es Vedrà? ¿Y si no estaba ahí por decisión propia? ¿Y si su llegada a aquel lugar había sido en respuesta a una solicitud mucho más mística?

—La sal que guardamos en esta casa —su madre removió el frasco de cristal ennegrecido entre sus dedos— nos avisa de aquello que quiere entrar sin permiso a Sananda. Aquí estamos protegidas, porque nuestra sal retiene al Mal acechante y lo adhiere a ella, por ese motivo los frascos que colocamos en las esquinas con nuestro preciado oro blanco ennegreció el día de las puertas abiertas, cuando tú, Alegra, escuchaste la voz de papa.

Ella frunció el ceño, y se le saltó un latido. Alegra llevó la mano a su corazón, estupefacto como su rostro.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué papa atrae el mal, mama? —sugirió con furia.

—Ni mucho menos —negó con rotundidad—. Pero papa nos ayuda a mantener nuestra tierra en paz. Y está claro que hay entidades que no quieren que se ponga en contacto con nosotras y que nos ayude.

Alegra echó el aire por la boca con desdén, como si despreciara esa idea.

—¿Y quién demonios iba a querer hacer eso? ¿Y por qué dices que papa ayuda a cuidar de Ibiza? Y ya de paso, ¿por qué él sigue aquí? —la acusó. Con incomodidad, se levantó de la silla, pero su hermana mayor la tomó del brazo y la obligó a sentarse.

Nicole miró a una y a otra, y volteó los ojos con incredulidad, sujetando a su hermana para que no se fuera.

—¿No se lo habéis contado, mama? ¿Lleva cuatro días aquí y no le habéis dicho nada? —Las culpó a todas con la mirada, clara y verde como la de su madre.

—No era el momento —aseguró Pietat con tristeza, acomodada en su butaca de mimbre, jugando con la base de una copa de vino—. Hacía años que no hablaba con nosotras. —Miró a Alegra y se encogió de hombros—. Y pensamos que en su llegada a la isla todo era demasiado precipitado para contarle lo que se avecinaba. Nosotras sabíamos la razón por la que ella estaba aquí. Antes de que mi Alegra tomara la decisión de regresar, ya sabíamos que volvería. Ahora que estamos destapando la caja de Pandora, podemos dejar de fingir y decírselo.

Nicole no estaba muy de acuerdo en eso. Los secretos eran armas de destrucción masiva. Pero, tarde o temprano, Alegra debía enfrentarse a sus miedos y a aquello que más le impedía avanzar. Y había llegado el momento de decirle aquello que todas habían ocultado para no provocarle más dolor del que ya había sufrido.

—¿Qué dices, abuela? —Miró a Pietat asustada. ¿Qué sabían todas que ella iba a volver antes incluso de que se lo planteara? ¡Maldito vínculo de las Balanzat!

—Alegra —Nicole la tomó de las manos—. Vas a tener que escucharnos.

15

La habían dejado sola, llorando desconsoladamente con los pies hundidos en el agua de la piscina iluminada. Podía ver a la perfección el mosaico de los delfines al fondo, impreso en las pequeñas baldosas azuladas, que se ocultaban y se revelaban tras el bailoteo de sus dedos.

La verdad había sido más dura de lo que se imaginaba.

Su madre le había explicado lo sucedido con todo el tiento y la delicadeza de alguien que sabía que cualquier expresión mal utilizada o cualquier palabra demasiado brusca o cortante haría más daño que bien.

Y saber todo lo sucedido en ese momento la envolvía en una catarsis, en un remolino que la engullía hacia el pasado que no quería recordar y que tanto se había esforzado en enterrar bajo la tierra de las Pitiusas. Pero el pasado era imborrable cuando estaba grabado en el alma de un modo tan solemne.

Por eso, Alegra recordaba en ese momento, con toda su amargura, el instante en el que se levantó una mañana de domingo para ir inmediatamente a hacerle las sanaciones a su padre enfermo, y en su habitación, en lugar de encontrárselo a él postrado, solo estaba Amanda, con su delantal de hacer galletas manchado de harina, sentada sobre la cama deshecha y con el rostro cabizbajo.

La memoria era infranqueable y revivía cada detalle de ese día.

—¿Y papa? —preguntó Alegra con la cara recién lavada y su larga cabellera negra recogida en una cola alta.

Tenía diecinueve años entonces. Y una energía tan admirable como su don. Un don invertido en los últimos años exclusivamente en su padre,

Ángel, y en intentar recuperar su cuerpo enfermo.

Y no lo lograba. Con su padre sucedía lo que no hubiera querido experimentar jamás. No podía curarle como hacía con los animales, con algunas personas y con las plantas. Pero no iba a desistir.

Leía todo lo que caía en sus manos, intentando comprender su enfermedad. Tal vez, de ese modo, ella podría desarrollar mejor su don y focalizar sus energías al centro del mal celular.

Pero después de cada día de los últimos años, su imposición de manos no funcionaba. Servía para que él estuviera mejor por las mañanas y no sintiera dolores ni malestar. Pero, al atardecer, su enfermedad regresaba de golpe, gestándose de modo espontáneo y llegando justo al momento en el que lo había dejado por la mañana.

—Tu padre se ha ido, cariño. —Amanda levantó la cabeza. Sus ojos verdes brillaban por las lágrimas que se acumulaban como lo hacía el agua antes de que llegase un *tsunami*. Y el *tsunami* llegó. Amanda estalló en llanto.

Alegra, atónita como pocas veces podían cogerla, corrió hasta su madre y se arrodilló frente a ella.

—¿Cómo que se ha ido?

—Se ha ido —contestó abrazándose a ella.

La joven se quedó inmóvil, cobijada por Amanda. Parpadeó con la mirada clavada en el techo veneciano cubierto de vigas de madera pulidas y barnizadas.

—¿Adónde?

—No nos lo ha dicho. Ha dejado esta carta para ti, cielo. —Se apartó. Se secó las lágrimas y sacó un sobre blanco de su delantal.

Alegra no salía de su asombro y miró el sobre como si fuera una ensoñación y no tuviera que ver con ella. Pero lo tomó con su mano temblorosa y leyó lo que allí había escrito.

Mi pequeña Alegra.

Esta es mi carta de despedida para ti. No sé si me perdonarás alguna vez por haberme ido sin decirte adiós; pero dadas las circunstancias y conociéndote, lo mejor era no avisarte; de lo contrario, jamás me hubieras dejado marchar.

Y debo irme, Ale. Debo irme porque ha llegado mi momento. De hecho, llegó hace muchísimo tiempo, pero tú me has sostenido aquí, con tu benevolencia y la magia que posees en tus manos. Y no puedo seguir abusando de tu altruismo y de tu amor hacia mí, precisamente, porque te quiero más que a mí mismo.

Me voy, a morir tranquilo y a dejar que esta enfermedad que me ha tocado vivir y que está agotando mi cuerpo me lleve finalmente adónde sea que me tenga que llevar. Y me voy porque no quiero seguir viendo cómo esta muerte anunciada te posee día tras día cuando me realizas la curación. Me voy porque es suficiente con que uno de los dos esté enfermo, y no soporto ver que sufres por mi culpa. No tengo palabras para agradecerte el tiempo que me has regalado junto a ti, tus hermanas, Pietat y, sobre todo, junto a la mujer de mi vida: mi Amanda.

He sido un hombre afortunado, rodeado de amor y de felicidad. Recuérdame ahora que tengo color en la piel, brillo en los ojos, fuerzas para una sonrisa verdadera y vida para irme por mi propio pie. Recuérdame así, Alegra. Esto no es una ofensa ni una traición, princesita mía. Es el regalo que te hago: un recuerdo sano y vital de tu padre, que te quiere y te adora, en tu memoria.

Adiós no es una palabra en la que crea. Mejor te digo buenas noches, tal y como te dije ayer. Me voy henchido de luz por una tierra que adoro, y de amor por las chicas más buenas de la isla: mis chicas.

Os querré toda la eternidad, y os veré en el otro lado. Para siempre.

Ángel.

Cuando Alegra acabó de leer la carta no se dio cuenta de que se había alejado de su madre para hacerlo. Ni se percató de que había caído de rodillas, ni de cuánto le temblaba el cuerpo, ni de lo mucho que apretaba los dientes; ni siquiera, de lo fuerte que sostenía la despedida de su padre contra su corazón hasta arrugarla y hacer una pelota de papel.

Sollozaba sin consuelo y se mecía adelante y hacia atrás, abrazando el malogrado folio contra su pecho, como si jamás quisiera soltarlo.

Amanda se levantó de la cama pasados unos minutos; y asustada y triste, por su hija y por ella, fue a ponerle una mano sobre el hombro.

—Alegra…

Sin embargo, la joven se dio la vuelta y en un arrebato de rabia le tiró la pelota de papel, que golpeó en la cara de su sorprendida madre.

—¡¿Cuándo se ha ido?! —gritó encarándose con ella, ya de pie.

—Alegra, tranquilízate… —Levantó las manos para tomarla por el rostro, pero Alegra se la quitó de encima.

—¡No me digas que me tranquilice cuando ni siquiera me has dejado decirle adiós! ¡¿Cuándo se ha ido?!

El carácter de Alegra era arrollador. Los ojos azules y grandes brillaban con rabia y desesperación, y Amanda no sabía que su hermosa hija podría albergar dos emociones tan contrarias en su interior. Pero ahí estaban. En el modo en que la barbilla le temblaba y en la arruga que le salía al fruncir el ceño. Parecía un animal salvaje.

—Se fue ayer por la noche.

—¡¿Mientras dormía?!

—Sí.

—¡¿Y tú le has dejado que se vaya?! ¡¿Así lo quieres tú?! ¡¿Eh?! —La atacó porque quería hacer tanto daño como le habían hecho a ella.

Amanda no encajó bien aquellas palabras pero, siendo la mayor, aguantó su temperamento y soportó el ataque de su hija.

—Quiero a tu padre. Y precisamente porque le quiero y te quiero a ti, respeto su decisión —sorbió por la nariz—. Ninguno de los dos queríamos verte enferma como él.

—¡Era mi decisión! ¡No la vuestra! ¡Puedo otorgar mi don a quien quiera! ¡Y yo se lo quería dar a él! —Las lágrimas caían sin control a través

de sus mejillas sonrosadas y húmedas—. ¡No teníais ningún derecho a decidir por mí!

—No le hubieras dejado ir, Alegra —Amanda intentó por todos los medios que su hija comprendiera la situación—. Lo había decidido hacía tiempo y yo no podía obligarle a cambiar de opinión.

—¡Podrías haberlo hecho!

—¡¿Cómo?! —En ese momento, perdió un poco la serenidad, pero la recuperó con rapidez—. ¿Cómo le dices a un hombre que se quede cuando su presencia provoca que su hija enferme al intentar ayudarle? Tu padre no era nada egoísta. Y yo tampoco puedo serlo, porque no soporto… —Tomó aire, sin casi poder hablar—… Yo no soporto ver que tú también lo pasas mal.

Alegra se cubrió la cara con las manos. Sus hombros se sacudían temblorosos, siguiendo los movimientos espasmódicos de sus hipidos y de su pena.

—Oh, Dios… Papa… —sollozó Alegra—. Ni siquiera le dije adiós.

Amanda tragó saliva. La habitación se le había hecho pequeña ante el poderío emocional de su hija.

—¿Dónde ha ido? Tú lo sabes. Dime dónde ha ido, mama.

Amanda negó con la cabeza. Se le rompía el corazón por ella.

—¡¿Dónde ha ido?! —gritó rabiosa, con desesperación—. ¡No puedes alejarme de mi padre así!

—Me ha pedido que no lo diga.

—¡Tú no le quieres! ¡Le vas a dejar morir! ¡Mentirosa!

Amanda dio un paso adelante, levantó la mano y le dio una bofetada que rompió algo en la estrecha relación que ambas tenían hasta entonces.

Amanda, con el tiempo, se arrepentiría de haber hecho eso; y Alegra acarrearía siempre con la culpa de haber provocado tanto a su temperamental madre como para que le levantara la mano y le diera una torta que bien merecía. Pero, en ese momento de angustia, le agradó ver cuánto lamentaba su madre el haberla golpeado.

—Lo siento —susurró Amanda—. Siento que pienses eso de mí.

Alegra cubrió su mejilla con una mano y miró a su madre con frialdad.

—¿Sabes qué haré?

—Qué.

—Tú has alejado a mi padre de mí, y no me habéis dicho nada. Todas lo sabíais.

—No es verdad. Solo lo sabíamos tu abuela y yo. Tus hermanas tampoco le habrían dejado ir, por eso me pidió que lo mantuviera en secreto.

—Entonces, yo seré como él. Me iré de aquí y no regresaré hasta que tenga la seguridad suficiente como para decir que ya no me une nada a vosotras; hasta que el tiempo me permita miraros sin sentir nada.

A Amanda se le rompió el corazón al oír eso. No la creía capaz de negar su don, porque hacerlo sería negarse a ella misma; y Alegra amaba todo lo que suponía ser una Balanzat.

—No serás capaz —dijo Amanda.

Alegra sonrió condescendiente.

—Las Balanzat no son tan especiales. ¿Cómo vamos a serlo si hemos permitido que papa vaya a morir solo? ¿Qué tipo de corazón tenemos? —Clavó sus ojos azules en el rostro apesadumbrado de su madre—. ¿Qué tipo de corazón tienes tú?

—Uno que ama lo suficiente a mi marido y a mi hija como para olvidarme de mis propias necesidades.

Alegra entonces no comprendió lo que Amanda le quiso decir con aquello. Así que continuó con su represalia y su abierto rechazo a todo lo que significaba ser una Antigua de Iboshim.

—Mi don —miró sus manos con asco—, si no ha sido para mi padre, no será para nadie más. Hoy mismo reniego de él.

Después de esas palabras, Alegra abandonó la habitación, dejando a su madre desolada, convertida en un mar de lágrimas.

Dos días después, se fue de Ibiza para no volver en seis años.

Hasta ese momento.

Y ahora, en la actualidad, después de esa noche, después de todo lo revelado y de que el agua de la piscina se calentara y ya no la sintiera fría al contacto con sus pies, Alegra lloraba sin sentir ni la rabia, ni la pena, ni las emociones de antaño.

Solo desolación y arrepentimiento.

Desolación por actuar como actuó. Arrepentimiento por no haber sido capaz de contactar con su madre y su abuela y no preguntar sobre lo sucedido.

Su padre había muerto una semana después de irse y de legar las cartas a sus hijas. Pereció entre los brazos de Amanda. Ella lo fue a buscar a Formentera, donde su padre se ocultó para morir en paz.

Las últimas palabras de Ángel fueron que dejaran sus cenizas en es Vedrà, que él se encargaría de ser su «Ángel» de la guarda para siempre.

Alegra había pensado durante todo ese tiempo en el que nunca se supo nada más de él que nadie sabía dónde murió ni cómo lo hizo. Ahora le habían confesado que murió mecido por su madre, escuchando la canción de la roca mágica, la única que conocían las Balanzat, la canción que Sasha había escuchado una noche de luna llena en es Vedrà.

Se pasó el antebrazo por los ojos para secarse las lágrimas. Ojalá el pesar se fuera tan rápido como la humedad.

Su madre, bajo la atenta y comprensiva mirada de las demás, le había dicho que su padre cuidaba de las Pitiusas.

Que, a veces, habían sentido su presencia, pero que jamás lo habían escuchado hablar. Sin embargo, Ángel y Alegra habían tenido gran afinidad y complicidad. Durante las curaciones y las sanaciones se habían unido a través de nudos invisibles y vinculantes a los que nadie, jamás, podría darles una explicación coherente, excepto la de la coherencia que admitía, sin tapujos, que el purísimo amor incondicional otorgaba una especie de vida eterna que hacía que vivieras para siempre en los demás.

Como vivía Ángel a través del recuerdo de sus seres amados. A través de la unión inquebrantable con Alegra.

Ella sí había escuchado su voz. Y, según la teoría de las Balanzat, había regresado a la isla porque su padre quería hablarle, porque era su canal más fuerte. Ángel tenía algo que decirles a todas, pues su presencia cada vez era más poderosa e influyente, pero no podía contactar con limpieza y claridad ya que le rodeaban energías negativas que impedían la comunicación. Por eso, la sal de las esquineras había ennegrecido. Porque lo que fuera que amenazaba a las islas también amenazaba a Ángel, el guardián de es Vedrà.

—¿Alegra?

Amanda caminó descalza a través del césped y se dirigió hacia su hija que, cabizbaja y contrariada, seguía en la piscina, con sus pensamientos evocando a su padre y con la mirada fija en el agua. Rodeaba con sus manos una taza negra con una infusión calmante de tilo, hierba santa y valeriana. Eso la ayudaría a serenarse y a recuperar su paz.

Amanda podía comprender cuán doloroso era todo aquello para ella. Con el tiempo, había aprendido a no juzgarla por sus acciones y a respetar sus decisiones, pero eso no quería decir que no la hiriera saber que Alegra ya no quería tener nada que ver con sus mágicos orígenes. Y, porque conocía a sus hijas mejor que ellas mismas, no iba a creer sus palabras despechadas jamás. Puede que en el momento en el que ella les dio la espalda y se fue de Ibiza sintiera la necesidad de herirla y de marcar distancias. Pero no dejaba de ser su hija más entregada y altruista, incluso la más coherente y observadora, y también la más compasiva y misericorde de todas. Y pondría la mano en el fuego por que Alegra deseaba cerrar sus heridas y perdonarlas, tanto o más como ella deseaba perdonarse a sí misma solo por haber alejado a su padre moribundo de su lado sin despedirse.

Se sentó al lado de su hija, recogiéndose la larga falda ibicenca que ocultaba sus, todavía en forma, piernas. Alegra ni siquiera se apartó de ella, ni se inmutó.

Amanda le ofreció la infusión con cariño.

—Tómatelo. Te irá bien.

Cuando ella la aceptó, Amanda exhaló el aire que retenía en sus pulmones y se reclinó sobre el cerco de baldosas que delimitaba la piscina. Dejó caer la cabeza hacia atrás y miró el cielo nocturno con melancolía. Ángel adoraba las noches estrelladas como esa. Los enormes luceros brillaban con más intensidad en Ibiza que en cualquier otra parte del mundo.

—Ni tu padre ni yo podíamos permitir que siguieras enfermando día tras día, Alegra. Tu cuerpo, tu extraño metabolismo, hacía que sanaras a las pocas horas. Pero era un sufrimiento que ninguno de los dos queríamos que padecieras. No fue una traición. Fue una muestra de amor hacia ti por parte de tu padre, y por la mía también.

—Debisteis dejar que yo lo decidiera —murmuró Alegra acongojada—. Si yo estaba dispuesta a seguir no tenías derecho a arrebatarme mi

convicción.

Amanda asintió, aceptando el reproche con humildad.

—El problema, Alegra, era que te amábamos demasiado como para dejar que continuaras desgastándote de ese modo. Como esposa, moría cada día viendo cómo el hombre de mi vida perdía las fuerzas progresivamente; pero, como madre, me mataba verte enfermar por querer detener el tiempo y la ley de la vida. Papa… ya había decidido irse cuando comprendió que existían leyes superiores que no podían evitarse con milagros, aunque ese milagro estuviera representado por las manos mágicas de su hija. Papa aceptó que le había llegado su hora. Hubo un momento en el que tus sanaciones le hacían más mal que bien, porque era doloroso ver que te afectaban, aunque fuera de un modo pasajero. Pero era a diario. Y ya no quería que ni a ti ni a él os unieran los recuerdos del dolor y la enfermedad. Prefería que lo recordaras con todo su ímpetu, con vuestros juegos en las orillas de cala d'Hort, con vuestros especiales hechizos secretos y rituales en es Vedrà, con vuestra recogida de flor de sal en las Salinas o con vuestras aventuras en Atlantis…

—¿Papa te contó que hacía rituales secretos con él?

Amanda sonrió con alegría.

—Papa me lo contaba todo, cariño. Absolutamente todo. No había ni un secreto que se me resistiera —sonrió maliciosamente, aunque sus ojos se llenaron de lágrimas al recordarle—. Hasta me contó el hechizo que hiciste junto a él en es Vedrà. Un hechizo de amor con una orquídea y un símbolo tallado en madera con un colibrí.

Alegra recordaba ese momento a la perfección. Su padre, mientras ambos observaban las aves que sobrevolaban la parte más alta de la roca, le había dicho que era tan especial que necesitaría encontrar a un compañero que, si no tenía dones, tuviera uno en particular que lo decantara todo: el don de creer en ella a ciegas. Así que, para asegurarse de que alguna vez lo encontraría, Alegra y Ángel lo encargaron a la magia de es Vedrà con las siguientes características: su compañero creería en ella por encima de todas las cosas; debería amar la montaña tanto como ella; llevaría un colibrí sobre el hombro; le regalaría la orquídea más hermosa y extraña de todas y su canción favorita sería una canción de Sasha. Cuando eran pequeñas, sus

hermanas tenían fe ciega en que Sasha acabaría siendo famosa. Tal vez ella no cantara esas canciones que se oirían alrededor del mundo, pero las melodías y las letras habrían salido de su corazón, por tanto, serían de ella.

—Busco a un hombre imposible —reconoció en voz claudicante.

Amanda se encogió de hombros.

—No lo creas. Yo encontré a tu padre y era exactamente cómo lo pedí. Lo que hace falta es que, cuando lo encuentres, te ganes su corazón. Porque nada estará hecho. Tendrás que luchar.

—Papa dijo que se enamoró de ti al instante.

—Claro. Pero luego tenía que conocerme. —Chapoteó en el agua con su pie.

Después de un largo y sanador silencio, cuyos brazos rodeaban a ambas en una frágil pero auténtica reconciliación, Amanda miró a su hija de reojo.

—¿Puedes entender por qué lo hice, Alegra? ¿Puedes comprender qué fue lo que me llevó a tomar esa decisión? Debía obedecer el deseo del hombre de mi vida, que sufría al verte sufrir. Y por otra parte, no podía permitir que mi niña se sacrificara por salvarle. Sacrificabas tu tiempo, tu vida, tus amigos… Te lo estabas perdiendo todo. Todo por él. Todo por estar con tu padre y mitigarle el dolor. No era justo para él. Y no era justo para mí —Amanda arrancó a llorar—. Sufría demasiado por los dos. Y al final tuve que decidir. Y mi decisión no solo hizo que perdiera a mi compañero y al padre de mis hijas. Mi decisión… —levantó la mirada implorante hacia su hija—… te alejó de mí.

La joven sentía tantísima pena por ello, por entender la decisión en ese preciso momento, tantos años tarde, que no sabía ni qué decir.

—Te he echado mucho de menos, hija. Ha transcurrido demasiado tiempo desde que te alejaste de nosotras —lamentó con sinceridad—. Demasiado sin poder decirte cuánto te quiero.

Alegra dejó caer la cabeza para apoyarla en el hombro izquierdo de su madre. No tenía palabras para expresar lo mucho que lamentaba todo. Aunque ella hubiera hecho las cosas de otra manera, no podía culparla por querer lo mejor para los demás, sobre todo, cuando había antepuesto la felicidad y el bienestar de los demás por encima del suyo. Los años ayudaban a ver los sucesos con más calma. Pero dependía de la actitud y de

las aptitudes desarrolladas para evolucionar y ser capaz de ser compasivo. Y Alegra nunca había dejado de serlo, aunque hubo un tiempo en el que la rabia la cegara.

—Por Dios, mama… —Como no le salían las palabras, se puso a llorar sobre el desnudo hombro de su madre, sangre de su sangre, carne de su carne. A ella no le importaría que la mojara con sus lágrimas.

—Cariño —Amanda la abrazó con fuerza contra sí, y le acarició el pelo para tranquilizarla. Le daba besos sobre la cabeza y le susurraba «te quiero» al oído.

—Y yo también te quiero… Perdóname.

—Chis. —Amanda la meció como haría una madre con su bebé, para arrullarlo y darle la calma y la seguridad que anhelaba—. Lo sé, mi amor. Lo sé. Ya está… Tranquila. Tranquila…

Pietat, que había escuchado y visto la emotiva escena desde la relativa lejanía y la intimidad del porche, caminó hasta ellas y se sentó al lado izquierdo de Alegra. Entonces, entrelazó los dedos con la mano libre de su nieta, que la apretó con fuerza, dispuesta a no dejarla marchar nunca más.

—Lo siento, yaya —lloriqueaba Alegra con el rostro hundido en el hombro de su madre.

—No hay nada que disculpar —Pietat besó el dorso de la mano de Alegra y la acarició—. Las palabras se las ha llevado el viento. Pero tu corazón sigue aquí, con nosotras. Nunca se fue. Ahora síque puedo decir que mi Alegra está en casa —sonrió con orgullo.

Cuando la joven se tranquilizó y dejó que su madre y su abuela le limpiaran el rostro lleno de chorretones, tomó aire por la nariz y parpadeó con decisión.

—Si papa quiere decirme algo, hay que convocarlo. Dijiste que él es el guardián de es Vedrà.

—Eso parece —asumió Amanda—. Sus cenizas se tiraron en su base y, al parecer, él mismo convocó un conjuro con su propio credo al proclamar que sería su guardián. La roca mágica tomó sus palabras como verdaderas y lo ha adoptado.

—Puede que él sepa qué sucede y nos ayude a orientarnos para dar con una solución a la eutrofización y al problema que concierne a nuestra isla.

—Es probable —dijo Amanda asintiendo con la cabeza.

—¿Y cómo podemos hacer para dar con él?

Amanda y Pietat se miraron la una a la otra por encima de la cabeza de Alegra. Y lo hicieron con convicción, como el conocedor de la única y verdadera respuesta.

—Mañana, antes de la medianoche, realizaremos un hechizo de convocación en es Vedrà —explicó Amanda, retirándole un mechón de pelo de la cara—. Contigo a nuestro lado como mayor conductora, hablaremos con papa. ¿Estás dispuesta?

Alegra no se lo podía creer.

Nicole y Sasha aparecieron en el porche, con los ojos empañados de lágrimas, una cogida a la otra. Afirmaron con la cabeza, esperando que Alegra aceptara la proposición.

Las Balanzat eran capaces de todo. Y si había alguien con la facultad de hablar con energías que habían dejado los cuerpos materiales, ese alguien eran ellas.

Sonrió abiertamente a su madre y a su abuela y las abrazó con los ojos llenos de emoción, mientras decía un sí que llegara a los oídos de sus hermanas.

Por primera vez, después de seis años, Alegra Balanzat se enorgullecía de ser descendiente de las Antiguas de Iboshim.

16

Antes de irse a dormir con el desahogo y el dolor de cabeza correspondiente que le seguía a una soberana llorera, el último pensamiento de Alegra fue para Nil. Curiosamente, ansiaba contarle todo lo sucedido al guapetón señor Blanc, y eso que en realidad solo era un ligue de verano.

Le envió un mensaje por *Whatsapp* antes de meterse en la cama, uno de esos pastelosos que no sabes muy bien por qué lo envías, a no ser que realmente necesites arrumacos y mimos de esa persona en especial.

Su mensaje no obtuvo respuesta; y después de estar veinte minutos mirando la pantalla de su teléfono para controlar si Nil estaba o no estaba en línea, el cansancio y las emociones pudieron con ella.

Pero tal era su obsesión que soñó con él. Soñó que Nil se colaba por el balcón de su habitación y que, sin pedir permiso, se metía directamente en su cama.

Alegra no tuvo que decirle nada. Se lanzaron el uno encima del otro. Él le arrancaba el *short* blanco y la camiseta de tirantes, y ella solo tenía tiempo para bajarle los pantalones, cogerle el miembro duro y preparado para ella y poseerse el uno al otro como casi caníbales.

Hicieron el amor como salvajes, justo como todavía no lo habían hecho. De hecho, no habían hecho el amor de ninguna de las maneras; ni apasionadamente, ni dulcemente ni en modo porno. Habían practicado sexo, con conexiones muy especiales que a ella la dejaban sin respiración y sin palabras, pero era sexo. No amor. Aun así, estaría dispuesta a vivir una aventura solo sexual con Nil, porque daba más con su cuerpo que lo que un hombre te decía en toda una vida con palabras.

Era medianoche cuando unos pequeños golpecitos en el cristal la despertaron de su sueño húmedo y erótico.

Miró el reloj rojo de la mesilla de noche. Eran las tres y media de la madrugada. ¿De verdad alguien le estaba tirando piedrecitas al cristal de su balcón?

Golfo, que dormía con ella en su puf perruno de color rojo, tenía su vista inteligente clavada en las puertas blancas de la terraza. Bostezó, como si en realidad no sintiera ninguna amenaza en el exterior, y se acurrucó con un pequeño gemido.

Alegra miró a su perro, que no había abandonado su hábito de dormir en su misma alcoba, ni siquiera en sus seis años de ausencia.

—¿Lo oyes? —le preguntó.

Otra piedrecita golpeó contra el cristal, y esta vez Alegra lo vio perfectamente.

Se colocó la bata veraniega fucsia por encima del cuerpo y abrió las puertas del balcón.

Abajo, en el césped, Nil miraba a todos lados, apoyado en el cerco de ladrillo y madera que delimitaba Sananda.

Ella abrió la boca con sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con un susurro.

Nil levantó la cabeza, se encogió de hombros, y con una sonrisa de disculpa y pesar en la mirada dijo:

—Necesitaba hablar contigo.

Nil miró a Alegra de arriba abajo, controlando cada paso silencioso y descalzo que daba hasta él pisando la mullida hierba.

Era verla y se le pasaba el disgusto. Era un pobre desgraciado porque había caído en sus garras, casi con dependencia y con la necesidad de estar con ella a cada instante. No se la podía sacar de la cabeza.

Alegra captó la intensidad de su mirada, se abrochó la bata con fuerza a su alrededor y bajó la cabeza con vergüenza.

—¿Has despertado a alguien? —le preguntó Nil en voz muy baja.

—No. En mi familia tenemos el don de morir cuando dormimos.

—Menos tú.

Alegra asintió y se paró frente a él.

—¿Cómo has sabido cuál era mi habitación?

—En la playa de ses Salines me dijiste que te encantaban los lagartos. Tienes un lagarto de colores que enmarca una de las esquinas de la puerta exterior de tu balcón. Supuse que esa era tu habitación.

Alegra entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—¿En serio? Soy ibicenca. Adoro los lagartos y las lagartijas. Ibiza está llena.

—Lo sé. Es como México.

—Ni por asomo. Ibiza es más bonita.

—La cuestión es que lo he adivinado, ¿no?

—Sí. Increíble. Eres un suertudo.

—¿Dormías?

—¿A las tres de la noche? ¡Qué va! —Movió la mano como si apartara una mosca—. Hacía albóndigas.

—Ya.

Alegra no le daba ninguna importancia, porque la realidad era que le encantaba verlo de nuevo.

—Me he despertado porque quería matar al que ha interrumpido mi sueño. Estaba soñando contigo. —Arqueó una ceja negra y sonrió como una atrevida bucanera.

Pero, inmediatamente captó la tristeza en los ojos del apuesto hombre y también su contradicción en su sonrisa. Sonreía para fingir que había algo que le preocupaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Nil hizo un movimiento con los hombros que restaba importancia al asunto pero, al mismo tiempo, tomó la mano de Alegra entre las suyas y jugó con sus dedos. Tenía la piel muy suave y olía a una crema mezclada con coco y frambuesa. Tan femenina y bonita era esa mujer que tuvo ganas de desnudarla en ese instante y abrazarla. Solo abrazarla para sentir todo su calor y su cuerpo a su alrededor, como si tejiera un mundo de fantasía que solo ella le podía dar.

Nil necesitaba alivio y consuelo más que nunca, pero no de cualquiera. Increíblemente, el despiadado soltero anhelaba el carisma y las atenciones

de una sola mujer: la gata de pelo negro y ojos azules y claros que tenía frente a él.

Alegra, frunció el ceño y, con la otra mano, le tocó la mejilla con dulzura.

—¿Qué te pasa?

Él tardó varios segundos en contestar y lo hizo con incomodidad, como si hubiera perdido la práctica de abrirse a los demás.

—Siento molestarte a estas horas.

—No pasa nada.

—¿Te… Te parece de locos que te haya venido a buscar ahora? Si quieres me voy.

—No digas tonterías. ¿Qué sucede?

—Han echado atrás el proyecto. No van a firmar. No van a dejar que acabe el proyecto de mi padre. No van a permitir que cumpla lo único coherente que mi madre me pidió. —Sus ojos claros se enrojecieron.

Alegra no comprendía cómo algo tan avanzado había sido declinado de golpe.

—El Consell ha dicho que no.

—¿El Consell? —Alegra parpadeó confusa—. ¿Qué Consell?

—El Consell de las Baleares, Alegra. Esta tarde me reunía con ellos en el ayuntamiento. La señora Roureda no ha seguido adelante con la negociación —la voz le temblaba—. Se acabó.

El estómago de Alegra dio un vuelco. La sangre se le fue de su rostro y palideció. ¿Hablaba Nil de lo que creía que hablaba?

—A ver… —cogió aire—. ¿De qué trataba tu proyecto, Nil? Pensaba que era un proyecto para un particular…

—No. Ya te dije que era algo muy grande.

«Madre mía. No puede ser».

—¿Por qué lo han denegado? —Quería verificar sus peores sospechas.

—Mi padre —Nil se llevó la mano de Alegra a la mejilla y aplastó la cara contra su palma— tenía una idea en mente. Él estaba obsesionado con es Vedrà. Decía que se podía construir un edificio ecológico en un emplazamiento tan mágico y tan lleno de leyendas que no dañara al ecosistema ibicenco. Él ideó el diseño original de la discoteca Shamballa, la

que yo iba a construir. Después lo rectifiqué y le di más sostenibilidad de la que tenía. Tenía que hacer algo que se mezclara con la roca y que no dañara la vista de los ibicencos.

»Hace un año, se celebró un concurso de construcción ecológica. Ibiza quería empezar a ser la cuna oficial de este tipo de edificios, y querían que fuera algo lúdico, que generara beneficios, puestos laborales y más visitas a la isla. Ganó mi proyecto en es Vedrà. Pero hoy por la tarde —negó con la cabeza, todavía incrédulo a lo que había vivido—, Roureda me ha dicho que no.

A Alegra le faltaba la respiración. ¿Sería posible que el destino le estuviera complicando su aventura con el hombre que más le había gustado desde…? ¿Desde siempre? ¿Qué debía hacer? ¡Pero, por Dios! ¡Que era a Nil a quien habían jodido con el boicot a es Vedrà!

Se llevó la mano libre al estómago, y Nil la sostuvo.

—Eh, ¿te encuentras bien?

Alegra negó con la cabeza, y juntos se dirigieron a las escaleras del porche, en las que ambos se sentaron. Nil le daba aire con la mano, como si fuera un abanico. Le retiró el pelo de la cara y se preocupó sinceramente por ella.

—Me he mareado un poco. La cena me ha sentado mal.

Alegra tenía ganas de besarle y de abrazarlo. Solo quería sentarse sobre sus rodillas y que él no hubiese pronunciado las últimas quince frases intercambiadas.

—¿Mejor?

—Sí —sonrió contrita—. Gracias.

—De nada.

—¿Te… Te ha dicho la presidenta Roureda por qué no puede seguir con el proyecto?

—No me ha dado ninguna explicación. ¿Por qué lo iba a hacer? Sus decretos son ley. Si dice que no es que no.

Al menos, Meritxell había cumplido con su palabra. Eso era lo bueno. Ahora, Alegra necesitaba medir las consecuencias negativas de los principios de las Balanzat. Sobre todo si la principal era perder el contacto con Nil.

Y le pareció inquietante darse cuenta de que pensarlo le provocaba dolor de estómago. No quería perderle. Quería seguir conociéndole. Le gustaba tanto que, desde que lo había visto en el Baleària, solo soñaba con él. De acuerdo, no tenía un colibrí en el hombro, ni le había regalado la orquídea más especial del mundo, ni tampoco había dicho que le gustara ninguna canción de Sasha.

Pero Nil Blanc era la aventura más excitante que había vivido en sus veintiséis años, y no quería echarlo a perder.

—Es una pena, Nil. Seguro que tu proyecto era precioso. —La justicia cósmica le castigaría por ello. Segurísimo. Pero, a veces, omitir información salvaba situaciones y desenlaces no deseados.

—Por supuesto que sí. Mira. —Se sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y le enseñó los proyectos arquitectónicos, los dibujos y los planos de lo que iba a ser Shamballa y que tenía todos archivados en su carpeta de imágenes.

Alegra no pudo más que admirar el talento de ese hombre. Shamballa era hermoso, como de cuento de hadas, pero bajo ningún concepto debía ser construido en es Vedrà. Tal vez Nil no entendiera la razón por la que una roca tan extraña debía permanecer impoluta y libre de influencias, pero ella tampoco se lo contaría, porque podría tacharla de loca y perder lo que fuera que se estaba construyendo entre ellos. Y parecía tan especial… Así que, en alguna secuencia, entre foto y foto, dejó de mirar la pantalla retina de su teléfono, para centrarse en las hermosas facciones de Nil y en la pasión con la que hablaba del que iba a ser su proyecto estrella en sostenibilidad.

Y se sintió mezquina y ruin por no decirle que, gracias a su intervención, su proyecto, su sueño, el de él y de su padre, había desaparecido y se había derrumbado como un castillo en el aire.

—Es muy hermoso, Nil.

—Gracias. Pero, desgraciadamente, ya no tendrá cabida aquí.

—¿Y no puedes construirlo en otra parte? Un proyecto así sería visita obligada en cualquier ciudad o isla que se precie.

—Mi padre estaba obsesionado con es Vedrà, no me preguntes por qué. Cuando surgió la posibilidad de presentar un proyecto en la isla, lo primero que hice fue preparar su diseño. Y ese fue el ganador. Había muchas más

propuestas sobre la mesa, todas eran construcciones sostenibles y ecológicas; pero, al final, eligieron el mío. —Hizo un gesto como si todavía estuviera maravillado por la elección.

—No debe sorprenderte. Eres un ingeniero y arquitecto excelente —admitió con sinceridad.

—Gracias. —Nil le dio un leve golpecito con el hombro—. No lo concibo en otro lugar.

Alegra se sentía realmente mal. Los grillos sonaban ocultos entre las hierbas y las flores que rodeaban el jardín. Ella tenía la mirada fija en las abarcas que él llevaba. Blancas. Tenía unos pies grandes y masculinos. Completamente diferentes a los suyos.

Nil se guardó el teléfono de nuevo y después se inclinó hacia Alegra.

—Siento haberte despertado. —La miró algo avergonzado—. Pero después de llorarle a mis hermanos, necesitaba venir a verte. Quería enseñarte el proyecto mañana… Pero se ha ido todo al traste.

—No te preocupes.

—Es una mierda —aseguró él haciendo que ella se echara a reír—. En serio. Vine aquí a trabajar y hacer un sueño realidad. La estrecha de Meritxell Roureda lo ha echado para atrás. Y ahora me encuentro en una diatriba. Tengo la casa de Sant Miquel pagada para todo el verano, y la tengo que aprovechar. Si me quedo… ¿Estarías dispuesta a entretenerme?

—¿A entretenerte?

—Sí. Ya sabes que no estamos hechos el uno para el otro, aunque tú estés enamoradísima de mí —bizqueó y bromeó con ella—. Pero creo que nos lo pasaremos bien juntos. Y quiero ver la isla a través de tus ojos.

—Voy a dejar que creas que te amo. —Le dio leves golpecitos en el dorso de la mano que reposaba sobre su rodilla—. Así, después, el desengaño será mayor.

Nil sonrió y después borró de su expresión la vergüenza y la tristeza que le había provocado la mala noticia del Consell. Tomó el rostro de Alegra sin permiso, como hacía desde que la conocía, y la besó dulcemente en los labios.

—No sé si voy a dejar que duermas —murmuró sobre su boca—. Con esa batita y esos *shorts*, sería pecado dejarte marchar sin ver lo bien que

estás sin ellos.

Alegra agrandó los ojos con sorpresa y después negó con la cabeza.

—No. Aquí no. Esto es pecado.

—¿Pecado? —Nil deslizó la mano por su espalda y la levantó para sentarla sobre sus rodillas y tocarla con total comodidad—. Pecado sería no hacerlo.

Alegra sintió cosquillas cuando Nil le acarició el trasero y tuvo que hundir su rostro en su hombro para que nadie la escuchara reír.

—En serio, Nil… Mis hermanas, mi abuela y mi madre están durmiendo. No las quiero despertar… ¡Estate quieto! —susurró.

—No. No quiero.

Alegra le pellizcó un pecho, y él la soltó de golpe.

—Está bien —claudicó levantándose y quedando frente a ella. Le sonrió y le dio un golpecito en la nariz. Nil nunca había pensado que ninguna mujer fuera tan adorable como para pervertirla de arriba abajo. Pero con Alegra no podía sentir otra cosa. Exhaló como si estuviera absorbido en su belleza y sonrió agradecido—. Eres un hueso.

—Me pides guarradas en mi propia casa. Mi abuela tiene superpoderes y tal vez escuche lo que digas.

—¿De verdad? Me gustaría conocerla. Tengo un tacatá que le puede ir bien.

Alegra parpadeó y le dio un puñetazo en el hombro que Nil intentó esquivar con una sonrisa de pilluelo en los labios.

—Su venganza será terrible, Nil. Estás loco.

De repente, él la tomó de la muñeca y la acercó a su cuerpo, observándola como el que aprecia una obra de arte.

—Hay algo en ti, Alegra. Algo… —admiró su rostro con seriedad—… No sé lo que es. Pero me calma y me hace bien. Me encanta.

Ella se quedó sin palabras. Claro que había algo en ella. Tenía un don de sanación, pero eso él no lo sabía. Ni lo debía saber jamás.

—Me alegra que te haga sentir bien.

Nil se inclinó, le dio un besito en la nariz y le dijo:

—Y a mí. ¿Sigue en pie la cena de mañana?

Alegra puso cara de tristeza y negó con rapidez.

—No voy a poder. —Pensó en el trabajo que tendrían que hacer en es Vedrà; y puesto que no sabía cómo iba a salir ni las consecuencias que le iba a comportar a nivel personal, pensó que lo mejor era posponerla para otro día de la semana—. Tengo cena familiar.

—Claro, entiendo —fingió decepción—. Ahora que ya no soy un hombre de éxito no quieres quedar conmigo.

—No digas tonterías.

—Es una broma.

—Ha llegado mi hermana de Inglaterra.

—¿Nicole?

Alegra parpadeó maravillada. Nil la escuchaba atentamente cuando hablaba. Se acordaba hasta de los nombres de sus hermanas.

—Sí. La misma.

Él la miró de arriba abajo, asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo, preciosa. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—He decidido que esta vez esperaré a que tú me llames —hizo una mueca conforme con los labios—, ya que siempre soy yo el que va en tu busca… Y parezco un acosador. Ahora quiero que tú me acoses.

—¿Eso quieres, eh?

—Por supuesto que sí. Quiero que me digas cuándo te va bien quedar conmigo y cenar juntos y hacer manitas por debajo de la mesa.

—Eres un fresco. Pero vas listo si crees que me escandalizas. Igualmente, te llamaré.

—Vale —sonrió de oreja a oreja—. No tardes mucho. Soy un poco ansioso. —Le guiñó un ojo. Un gesto solo al alcance de los auténticos demonios seductores. Y Nil lo hacía mucho.

Después de eso, se dio media vuelta y se alejó del jardín y de la casa hasta subir de nuevo a su coche.

Las luces delanteras del Mini iluminaron a Alegra y después reflectaron contra el balcón y las ventanas delanteras.

Si las Balanzat no se habían despertado, ahora lo harían.

Pero harían bien en no mencionar ni una palabra al respecto.

Pues suficiente era soñar con Nil de nuevo hasta el amanecer.

17

Despertarse con la voz de un ángel y las teclas melódicas y vivas del piano que tenían en el porche de la piscina era, sin duda, un regalo divino. La luz del sol matutino se colaba entre la puertas blancas de su terraza.

Alegra se cambió con rapidez. No quería perderse a Sasha en acción por nada del mundo. Se aseó y peinó con celeridad.

Se colocó un bikini rosa palo debajo. En los pies, sus bambas deportivas *Air Max* Nike, negras, blancas y fucsias. Y, como atuendo, un pantalón corto blanco y una camiseta negra de tirantes.

Correría como el viento por tal de presenciar ese momento del don de su hermana. Nadie tenía su voz. Nadie hacía lo que ella.

Sasha estaba tocando una melodía al piano, de esas que bailaban con el corazón y el alma de una para purificarla y cerrar heridas. O para evocar los mejores recuerdos y anular lo negativo.

Cuando Alegra llegó hasta allí, Nicole, su espectacular, pelirroja, alta y fuerte hermana, estaba apoyada en la baranda de madera blanca que constituía el porche de parqué, escuchando con ojos cerrados lo que Sasha decía con voz desgarrada.

En la esquina, con unas vistas maravillosas hacia cala d'Hort y de es Vedrà, rodeada de su jardín, de su piscina y de la valiosa compañía e infinita admiración de sus hermanas, la a veces introvertida Sasha movía los dedos por las teclas, acariciándolas con dulzura, motivándolas para que de ellas emanara una melodía que fuera luz.

—Es tan mágica —susurró Nicole mirando a Alegra por encima del hombro—, que me dan ganas hasta de llorar.

Alegra sonrió a Nicole y la rodeó con un brazo, mientras ambas, en completo y respetuoso silencio, escuchaban lo que su hermana tenía que

decir mediante su espléndida música.

Sasha era como un hada, de pelo liso y color castaño claro, con un flequillo largo y recto y unos ojos dorados sensibles e inteligentes. A veces parecía que no encajaba en aquel mundo. Como si fuera un personaje de otra realidad, una de fantasía y ficción.

Sin embargo, esa frágil apariencia se contraponía a sus convicciones y a sus principios, todos ellos inquebrantables. Se pintaba la línea de los ojos con kohl oscuro, efecto que realzaba su mirada y su color. Pero siempre vestía con garbo y atrevimiento, como si su feminidad no le permitiera que se ocultara tal y como hacía con su personalidad. Vestía con un pichi tejano y corto; debajo, solo llevaba un bikini negro. En los pies, unas bambas Nike del mismo color que su bikini.

Ese día irían a es Vedrà y convocarían a Ángel, por eso debían llevar calzado idóneo para caminar entre su escarpado terreno.

A Sasha no solo le gustaba componer música inédita, sino que además, también le encantaba versionar canciones inglesas al castellano. Como ahora hacía con el *The arms of an angel* de Sarah MacLachlan.

Mirando hacia el cielo, lo puedo creer. Allí es donde vamos a estar.
Y no tengo miedo si sé que perder, a veces, también es ganar.

Te echo de menos. ¿Me vas a coger cuando vaya a tropezar? Y
aunque deseo, que me hables de nuevo tú ya dormido estás.

En brazos de mi ángel, cuando más fuerte estoy. Cuando más grande
me hago, cuando más yo misma soy.

Está ahí cuando me duermo, y me da seguridad. Y se cree que no le
veo, pero yo lo siento cada vez más.

A ti no temo, mi dulce corazón. Contigo me dejas volar.

Ayer en mis sueños, mi ángel de amor, casi te pude tocar.

Tú siempre lo haces con tal suavidad, que logras hacerme llorar.

No quiero dormirme sin antes despedirme, ven y vuélveme a abrazar.

En brazos de mi ángel, cuando más fuerte estoy. Cuando más grande me hago, cuando más yo misma soy.

Está ahí cuando me duermo, y me da seguridad. Y se cree que no le veo, pero yo lo siento cada vez más.

Cuando acabó de cantar, sonrió melancólica. Acarició las teclas del viejo piano como el músico que sabía que los instrumentos tenían sentimientos y debían cuidarse con mimo y dedicación.

Cerró la tapa y susurró:

—Bueno días, papa.

Sus hermanas no osaban moverse, pues todavía se mecían con la letra de la canción, como si, con aquellas sentencias, su padre se materializara y las abrazara como hacía antes.

Era una canción dedicada a él, y Alegra podía sentirlo en cada poro abierto de su piel.

—Buenos días, papa —susurró Alegra con lágrimas en los ojos.

—Hola, papa —dijo Nicole conmovida, mirando alrededor.

Aquella era la magia de Sasha. Tocar corazones y crear ambientes a su alrededor, hasta el punto de que los mundos más allá del umbral de la vida pudieran unirse y contactarse. Su magia era tan pura que sanaba heridas y cicatrices del alma.

—Canta esta canción todos los días. Se la dedica a su ángel de la guarda. A papa —explicó Nicole, que ya había oído esa canción antes y conocía el ritual de su hermana pequeña.

Alegra asintió admirada y a la vez arrepentida. No quería perderse nada más de ella.

—¿Sabes que estás metida en un problema de proporciones inmensas? —preguntó Sasha en voz alta, todavía sin darse la vuelta y con la mirada fija

en es Vedrà.

Nicole miró a Alegra por encima del hombro y sonrió maliciosa.

—Eso va por ti.

—¿Por mí? —preguntó llevándose la mano al pecho.

—Sí, por ti. Romeo vino a escalar tu balcón, ¿verdad? —Sasha se dio la vuelta en el taburete y soltó una risita cantarina—. Ay, Alegra… —Se levantó y caminó hasta sus hermanas—. Estás en un lío.

—Y este te gusta. Te gusta de verdad —aseguró Nicole.

—Vaya que sí —apoyó Sasha.

Alegra no pudo más que asentir con la cabeza y aceptar que las palabras de sus hermanas eran verdades como puños, porque la conocían, incluso a veces, mejor que ella misma.

Las dos se la llevaron a la mesita del jardín y quisieron saber de pe a pa todo lo que sucedía con Nil. Ella accedió a narrarles su aventura.

Cuando acabó, Sasha silbó y se quedó pensativa, recogida en el sillón blanco de mimbre con cojines rojos.

Nicole, en cambio, que era la más pragmática de todas y la que más soluciones encontraba a grandes problemas, negó con la cabeza mientras jugaba con un hilo deshilachado de su pantalón corto. Iba igual que ellas vestida. Una mezcla de *sport* y *casual*.

—Esto solo tiene una solución.

—¿Cuál? —quiso saber Alegra.

—Decirle la verdad.

—Claro —soltó Alegra—. Tú le dijiste la verdad a tu ex, y mira cómo acabó.

Nicole apretó los labios y miró hacia otro lado.

—Eso es un caso aparte, querida. Yo no le dije nada. El muy inteligente hijo de perra ató dos más dos y llegó a la conclusión de que yo era lo más extraño, inexplicable y mágico que había pasado en su vida y, en vez de quedarse conmigo, el muy estúpido se cagó. La justicia cósmica no dejará las cosas así. Esa lagartija cobarde y cuatro ojos no estaba hecha para mí —dijo sin convicción—. Es caso cerrado.

Ni Alegra ni Sasha creyeron las palabras de su hermana mayor. Nicole amaba a ese hombre con todo su corazón. Jamás se olvidaba al amor

verdadero.

—¿Y tú, Sasha? —le preguntó Alegra.

—¿Y yo qué? —repitió ella—. Yo no te he dicho nada aún.

—¿Y qué opinas?

—¿Yo? Pues… Que si este es especial, —meditó unos largos segundos — debería quererte tal y como eres, con tu normalidad y tu magia. Con todas tus taras y todos tus dones. No deberías temer decírselo, porque ahora tal vez le gustes por lo que le enseñas, pero a lo mejor llegaría amarte por todo lo que le ocultas.

Alegra y Nicole se la quedaron mirando fijamente. Hablaba como una chica con el corazón desolado. Una chica sabia, experimentada, tocada y medio hundida.

¿Qué había vivido Sasha que ellas no sabían? La respuesta le vino a Alegra en forma de un jugador de futbol, originario de Ibiza.

—¿Tu consejo tiene que ver con Kilian?

Sasha se puso tensa y miró hacia otro lado.

—No quiero hablar de eso. No es importante.

Nicole se inclinó hacia delante con curiosidad.

—¿No te ha contado que cuando estuvo haciendo el curso de grabación de estudio en Inglaterra…?

—Nicole, cállate —la reprendió Sasha.

—No quiero —contestó su hermana resuelta—. Nuestra pequeña tuvo algo con ese atleta tío bueno. Pero no me ha contado nada más.

—¿En serio? ¿Con Kilian? Lo intuí el otro día en Santa Eulàlia —Alegra abrió los ojos asombrada y pidió explicaciones a Sasha—. ¿Por qué yo no sé nada?

—Tal vez porque estabas en tu burbuja americana —dijo Sasha en tono inusualmente duro—. Y esto no era demasiado importante…

Ahí estaba. Alegra lo sabía. Sabía que la distancia que se había tomado tendría consecuencias.

—Todo lo que concierne a mis hermanas es importante —aseguró la morena, tomando la mano a Sasha—. Si te sirve de consuelo, he decidido no alejarme más.

Sasha asintió y sonrió una disculpa a Alegra.

—Me alegra saberlo. Porque todas te hemos echado de menos.

—Y yo a vosotras —reconoció Alegra. Y era una verdad inflexible e intachable. La unión de las mujeres Balanzat estaba hecha de otra pasta. Una pasta que necesitaba alimento.

—No pasó nada con Kilian… Solo fue una aventurita, nada más.

Al ver que la más pequeña no se sentía cómoda al hablar de ello, ni Alegra ni Nicole insistieron en ello. Pero sí retomaron el asunto de Nil.

—Con Nil no sé qué tienes que hacer… —reconoció Sasha—. Solo deja que pase lo que tenga que pasar. Pero sé sincera. No podrás ocultarlo mucho más tiempo. Ese tipo de verdades no se entierran. Se hacen hueco y asoman la cabeza entre la maleza cuando menos te lo esperas.

Pietat y Amanda asomaron la cabeza por el porche y la madre les dijo:

—¿Queréis desayunar? ¡Vengo del *Croissant Show*!

Las tres mujeres escucharon esas mágicas palabras, y como haría Golfo, su can ibicenco, sus orejas se levantaron con interés. El precioso perro canela daba saltos para cogerle las bolsas, y Pietat lo calmó riéndose.

—U os espabiláis o Golfo se hará con todo.

En la plaza de la Constitución, se hallaba un café-repostería de estilo francés en el que te servían todo tipo de manjares, dulces y salados. Desde cruasanes, magdalenas, tartas y bocatas hasta especialidades de pastelería francesa. Las Balanzat adoraban desayunar allí.

Su madre traía bolsitas de cartón llenas de comida. Las tres se levantaron corriendo, empujándose y haciéndose pillerías, para adelantarse y hacerse con las mejores bandejas.

Ya lo decían: el desayuno era la comida más importante del día. Y ellas, ese día, tenían trabajo que hacer en su islote mágico.

Una cita con la magia y el más allá.

Las aves viajeras de Eleanor sobrevolaban el pico de es Vedrà.

El atardecer caía manso y calmo, tiñendo el cielo de colores anaranjados y rosados.

Las cinco Balanzat miraban a las aves con una sonrisa de complicidad en sus labios, mientras su barquita de pescador, de madera pintada con tribales

de plantas correderas, mariposas y mariquitas, navegaba acompañada del leve ruido del viejo motor, entre es Vedranell y el islote mayor.

—Vuelan en círculo —anunció Pietat sin dejar de mirarlas—. Alguien espera por nosotras allí.

Y no hacía falta adivinar quién era.

En realidad, toda persona que quisiera ir a es Vedrà debía obtener unos permisos. Sin embargo, las Balanzat iban una vez por semana, y nunca nadie les dijo nada; tal vez porque, en realidad, nadie las podía ver ya que la visita de esas mujeres a la roca mágica era beneficiosa para la isla; y la isla ocultaba de la vista de los demás aquello que no interesaba que se descubriera.

Alegra echó un vistazo a la bolsa de sal pura que llevaban consigo, a las velas y al viejo grimorio Balanzat que Amanda no dejaba de acariciar, sumida en recuerdos de tiempos otrora más felices. Tiempos junto a su marido. Tendría la oportunidad de invocarle y de verle ahora que Alegra, el canal de Ángel, estaba allí para que dieran con él y le escucharan.

Sabían que no iba a ser un momento fácil para nadie. Reencontrarse con alguien que se había ido y al que tanto se había querido era una inmensa alegría. Aun así, Amanda intuía que el impacto sería certero para sus hijas, sobre todo para Alegra, para su madre, y también para ella, que nunca olvidaría el duro golpe que supuso dejarlo marchar.

Su hija mediana, la más pura sanadora que jamás hubiera dado una generación de las Balanzat, acariciaba como si fuera un antiestrés el frasquito de los deseos que llevaba colgado al cuello y que esa mañana había decidido colgarse de nuevo. Nadie le había preguntado por qué, pero todas lo habían advertido. Amanda lo miró con suspicacia y emoción. Se jugaría las dos manos a que sabía con total convicción cuál era el deseo y el anhelo que guardaba escrito en su interior.

Cuando llegaron a la isla y amarraron la barquita, el mar había dejado de agitarse, y ahora sucumbía sosegado a la mágica presencia de aquellas mujeres, como si actuaran igual que una nana sobre la intranquilidad de un bebé.

Las aves sobre sus cabezas seguían volando una detrás de la otra, en círculo, marcando esa parcela de roca, tachándola como lo haría un boli

sobre un mapa.

Las Balanzat caminaron hasta esa zona especial que las aves señalaban. Trabajaron con diligencia y dispusieron todos sus objetos y elementos con prontitud.

Alegra jamás había invocado a nadie. De hecho, aunque su familia procedía de dinastías de brujas poderosas, jamás necesitaron utilizar ese tipo de magia. Al parecer, sus hermanas estaban tan inquietas como ella. Pero su madre y su abuela se movían como pez en el agua. Como si aceptaran plenamente sus conocimientos y sus poderes nigrománticos. Además, ellas dos sí iban vestidas para la ocasión con vestidos blancos y etéreos, el color de la pureza y de la magia blanca.

Mientras, Amanda encendía una vela de color azul claro en cada punto cardinal y después prendía el incienso de mirra. A continuación, inclinaba el saco de sal y caminaba agachada, creando un círculo perfecto de oro blanco y brillantino sobre la superficie negruzca de es Vedrà, dentro del perímetro de las velas.

Pietat las organizaba y las colocaba en círculo en su interior.

—Cogeos de las manos. Alegra, tú en medio, sostén las gafas de papa. —Le puso las gafas de pasta negra entre sus manos—. Piensa en él, cariño —le colocó la mano en la mejilla—. ¿Estás asustada?

—No lo sé —admitió ella con honestidad—. ¿De verdad crees que papa va a aparecer como por arte de magia? ¿Aquí?

Su madre sonrió abiertamente.

—Si hay un lugar donde todo es posible es justo aquí. Solo hay que creer.

Alegra asintió con la cabeza, aunque, una parte de su interior dudaba de que el espíritu de su padre se materializara ante ellas. Estaba tan nerviosa que su cuerpo se sacudía con espasmos histéricos y las palmas de las manos le sudaban. Amanda se colocó dentro del círculo.

—Sasha… —Pietat miró a su nieta pequeña con ojos llenos de amor y cariño—. Canta a es Vedrà. Ella debe darnos el permiso y protegernos.

La joven accedió a la petición.

Cuando era pequeña, Sasha escuchó la canción de es Vedrà entre el mar y sus olas, y la escribió en su inseparable cuadernillo de margaritas. La niña

afirmaba que se la había cantado la roca mágica y que era como una especie de oración. Desde entonces, siempre que visitaban es Vedrà, las Balanzat la cantaban, como si fuera una llave o una tarjeta de visita. Y la habían cantado cientos de veces con su padre Ángel.

Se aclaró la garganta, y tomando de las manos a su abuela y a Nicole, cuando Amanda entró en el círculo y lo cerró, procedió a cantar.

Desde esta tierra que pisas al andar, llena de pinos y leyendas.

Hay una parte oculta bajo el mar, la que vigilan mis sirenas. Ven y acércate a oírlas cantar, ellas borrarán tus penas. Soy la centinela de tu hogar, aunque nadie más lo sepa.

Corazón, no te hace falta creer para ver que el amor es más que magia. Que estoy viva, hoy mucho más que ayer y seré la guardiana de tu alma.

Que mi tierra y mi sal te curarán, que mi luz nunca ciega al bienvenido. Solo tú, solo tú podrás entrar y leer en mi piel tu don perdido.

Tal vez las demás estuvieran más acostumbradas a escuchar cantar a Sasha; pero, para Alegra, oír la voz de su hermana era siempre como un milagro. La sanaba por dentro y por fuera. Ella lo hacía con sus manos. Sasha, en cambio, la curaba con su voz. Siempre le había sucedido lo mismo. Su voz la trasladaba a momentos de su niñez y de su juventud en los que eran una familia completa y nadie faltaba.

Si cantaba su hermana pequeña, que el mundo se detuviera y que nadie osara a hablar, porque era un sacrilegio interrumpir a los ángeles.

Los halcones de Eleanor, tan unidos a la historia de las Balanzat, detuvieron su vuelo y se posaron sobre la escarpada roca, solo para mirarla y escucharla, detalle que quería decir que tenían un oído exquisito.

«Corazón no te hace falta creer, para ver que el amor es más que magia…», continuaba Sasha mientras sus hermanas le hacían los coros. Amanda empezó la invocación, sosteniendo en sus manos un frasco de cristal lleno de flor de sal, hundiendo los dedos en ella.

—Pido permiso a los elementales de es Vedrà, a los cuatro puntos cardinales y a Tanit, la diosa de mi isla, para invocar la presencia del ángel guardián que este templo mágico eligió para sí mismo. Su nombre es Ángel, fue mi marido y el padre de mis hijas. Pido la protección de esta catedral, Madre Vedrà, y pido que aleje de nosotras a cualquier influencia externa o negativa que pretenda hacernos daño, porque utilizamos tu sal y tu tierra para ello. Pido que nadie, excepto nosotras, escuche lo que en esta cúpula decimos. Porque tú cobijas nuestras almas y nuestros espíritus. En el centro de este círculo mágico, se encuentra Alegra Balanzat, mi hija: la sanadora —pronunció con orgullo—. Aquí reposan las cenizas de su padre, el ángel guardián de tu cuerpo. Y es Ángel quien ha querido comunicarse con ella porque tiene algo que decirnos. Pedimos tu energía, tu saber y tu magia para permitir que Ángel se materialice dentro de este círculo protector y nos diga lo que tiene que decir. Y es algo que nos incumbe a todas, Madre Vedrà. Ayúdanos en nuestro cometido.

Ni Alegra ni ninguna de las cinco pudieron evitar no emocionarse al escuchar las sentidas palabras de Amanda. Posiblemente, hasta ese momento, Alegra no entendía cuánto había sufrido su madre al tomar la decisión que tomó al dejar marchar a su marido y al alejarlo de sus manos sanadoras. Ahora, en la pena, en la emoción contenida, en el deseo y el lamento de su voz, Alegra estaba sintiendo en su propia carne cuánto sufría su madre. Y se sintió mezquina por haber pensado alguna vez que a ella no le había importado.

De repente, un leve viento arremetió contra ellas como si las acariciara, y varias orquídeas se desprendieron de sus raíces, levitando sobre el círculo de mujeres sabias que se reunían en aquel lugar, bailoteando sobre sus cabezas como hadas de alas moradas. Una orquídea de color púrpura se dejó caer sobre Alegra: le acarició la mejilla como un roce casual, la impregnó de su olor y después reposó a sus pies, como si su vida estuviera destinada a ese baile flotante.

Alegra la miró fijamente, hasta que algo increíble sucedió. Y aquello que acontecía no se lo podía creer. Tragó saliva. Y cerró sus ojos con fuerza.

—Alegra —le dijo la voz de su padre.

Ella no podía casi ni respirar de lo conmocionada que estaba. Esos pies grandes que tenía ante ella, esos zapatos marrones de montaña con los cordones flojos… Eran de su padre. Su padre.

Y también escuchaba su voz.

Sus ojos azules se abrieron, dispuestos a ver lo que de verdad tenía ante ella; y cuando vio el rostro del hombre que le había dado la vida, su corazón a punto estuvo de salírsele del pecho.

Empezó a llorar desconsoladamente, sin poder pronunciar ni una sola palabra. Dejó caer las gafas al suelo, las que una vez le habían pertenecido, y se cubrió la boca con las manos, permitiendo que el dolor y la tristeza que había escondido, ocultos bajo llave y días enteros de estudio y enclaustramiento, emergieran por fin como un caudal de agua salvaje.

Las demás, que veían lo que ella, también se quedaron en *shock*, llorando entre hipidos y sollozos porque veían de nuevo a aquel hombre que había sido el líder amoroso e indiscutible de aquel clan de especiales mujeres.

Ángel inclinó la cabeza a un lado y miró las gafas que descansaban sobre la tierra firme y oscura de su isla. Después levantó la mirada dorada, como la de Sasha, que tenía sus mismos ojos inteligentes, y la clavó en los enrojecidos ojos azules y gatunos de Alegra.

—Mi querida Alegra —dijo con voz dulce—. No sabes cuántas ganas tenía de verte. —Después miró una a una a las mujeres dentro de aquel círculo protector de sal y, finalmente, clavó los ojos en Amanda—. Hola, mi amor. Duermo contigo todas las noches, pero me alegra que por fin puedas verme como yo te veo a ti.

—Hola, cariño. Lo sé. Sé que me acompañas todos los días —susurró Amanda, que no quería parpadear para no perderse ni un detalle de aquella maravillosa aparición. Lo sentía con ella a todas horas, incluso a veces le hablaba como si aún estuviera allí físicamente y Ángel pudiera rebatirle. Verle en es Vedrà solo confirmaba lo que ella ya sabía. Había personas que

jamás morían y que permanecían velando por los demás, sobre todo, cuando habían amado tanto.

—Parece que estéis viendo a un fantasma —dijo Ángel.

Alegra se echó a reír entre lágrimas y negó con la cabeza.

—Nada más lejos de la realidad, papa. Es que no me lo puedo creer… No puedo creer que esté viéndote.

—Créetelo. «“Solo hace falta creer para ver que el amor es más que magia”» —guiñó un ojo cómplice a Sasha—. ¿Verdad, mi preciosa cantarina?

Sasha asintió, con las mejillas húmedas, sin soltarse de las manos de su hermana y de su abuela. Menuda llorera tenían las cinco.

Ángel seguía igual que siempre. Rubio, con el pelo rizado y medio alborotado, los ojos grandes y curiosos, y la ropa algo desgarbada. Como iban los genios algo frikis. Ese era su padre. Su padre sano y tranquilo, como si estar allí le hubiera llenado de luz y de paz.

—Mi increíble Nicole de pelo rojo —murmuró Ángel—. Estoy convencido de que tu mente prodigiosa estudia las razones por las que esto solo puede suceder aquí.

—No lo dudes, papa —confirmó Nicole sorbiendo por la nariz—. Cuando llegue a casa voy a hacer una lluvia de ideas.

—Creo que ya lo sabes.

—Por supuesto.

Ángel se echó a reír y, después, miró a Pietat con gesto elocuente.

—¿Cómo estás, suegra?

—Feliz por verte, yerno —contestó la más mayor de todas, igual que emocionada que las demás.

—No tenemos mucho tiempo, mujeres de mi vida —dijo Ángel como siempre las llamaba—. El mal acecha a las Pitiusas y procura que no haya comunicación entre la luz y sus canales. Aprovecho la unión que tengo junto a Alegra para informaros. Has venido justo a tiempo, mi vida —comunicó a Alegra—. Por fin has escuchado el llamado de es Vedrà.

—Siento haber tardado tanto —reconoció arrepentida. ¿Cómo iba a saber que en esa isla permanecía su padre, esperando hablar con ella? Siempre pensó que había muerto en algún lugar solo, y eso la atormentaba.

La hería imaginárselo pereciendo lejos de su familia, por decisión propia, porque no quería hacerles sufrir. Porque no quería que ella sufriera. Por suerte, los acontecimientos del día anterior habían esclarecido los hechos y ayudado a purgar parte de su tormento, pero no habían menguado su culpabilidad.

—No te preocupes, Alegra. Las cosas suceden cuando tienen que suceder. Nunca antes ni después. Lo importante es darse cuenta y leer las señales. La vida nos habla de muchas maneras, ¿recuerdas?

—Sí.

—Llegaste cuando tocaba.

Ángel miró hacia atrás, por encima de su hombro, y clavó los ojos en algo que solo él podía ver.

—Ya vienen. Se acercan.

—¿Quiénes?

—Atendedme. La isla está siendo manchada por alguien respaldado por magia negra y antigua. Como ya sabéis, están matando la posidonia y manchando los mares. Nuestra sal se debilitará con el paso del tiempo, y eso acarreará terribles consecuencias para la isla y la salud de los ibicencos. Estamos a tiempo de detenerlo. Por ahora, habéis dado un paso para que es Vedrà permanezca impoluta, ejerciendo su magia sobre los mares y la tierra. Pero, de algún modo, es Vedrà no puede luchar sola. Necesita vuestra ayuda…

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Alegra sin perder de vista las nubes negras que asolaban el pico de la catedral mágica en la que se hallaban. El tiempo se oscurecía de repente.

Amanda le acercó el bote de cristal lleno de sal con el pie a su hija. No podía romper el círculo ni soltar la mano de su madre ni de su hija, o de lo contrario, el hechizo de invocación desaparecería.

—Alegra —le susurró mirando hacia arriba, a las extrañas sombras que acosaban el círculo en el que se hallaban y que nadie iba a fingir que no veía —. Si ves que se acercan mucho más, lánzales puñados de sal. Las alejarás.

—¿Qué son? —preguntó asustada.

—Son las almas acechantes —dijo el espíritu de su padre—. Ellas quieren impedir que deis con la clave para salvar las Pitiusas. No las mires,

no dejes que te asusten.

Alegra no podía verlas bien. Eran incorpóreas, transparentes, y tenían la figura de una niebla negra, parecida al humo alquitranado. Las presencias se acercaban a ellas, y eso no lo podía permitir. Hundió la mano en el frasco de cristal lleno de sal y lanzó esta contra el cielo. Cientos de chispazos eléctricos, como si prendiera una bengala, se dejaron ver sobre sus cabezas. Las entidades se alejaron, asustadas al sentir el impacto del polvo blanco cristalizado.

—¿De dónde vienen?

—Escúchame, Alegra. Se nos acaba el tiempo. Tenéis que hacer una limpieza en las salinas y en el mar. Necesitáis ayuda. Mucha ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Brujas. Ayuda de brujas.

—¿Más? ¿Dónde las encontramos?

Ángel se acercó más a su hija.

—Necesitáis la ayuda de las Antiguas.

—¿Las Antiguas? —preguntó Pietat—. Están muertas.

—Y estas de aquí arriba también. Son tan ancestrales como las originarias de las Balanzat. —Ángel señaló las presencias oscuras que arremetían contra la cúpula que el impacto de la sal había descubierto—. Os acechan porque alguien ha encontrado un canal que os relaciona directamente con vosotras. El otro día, cuando entré en Sananda, ellas también entraron. Tenéis que descubrir por qué esto es así, por qué razón no os podéis proteger y sois débiles a su intromisión. Encontrad por dónde está la fuga y cerradla. O sino, mientras ellas estén presentes no os dejarán trabajar, y todo lo que hagáis será en vano.

Pietat y Amanda se miraron la una a la otra con determinación.

—Para hacer la limpieza de los mares y la posidonia necesitáis la esencia de las bayas de belladona —reveló Ángel dirigiéndose a su mujer —, cristal magnetizado y conductor, posidonia en polvo, y el apoyo incondicional de las Antiguas.

—¿Belladona? —dijo Nicole sin comprender.

—Sí —repuso Ángel—. Sus bayas deben ser recogidas en luna llena. Es cuando más fuerte está y su esencia es más pura —explicó mirando con

preocupación a cada una de sus chicas—. No puedo salir de aquí, porque cuando lo hago, las presencias me persiguen, por eso no puedo informarme como quisiera. Además, es Vedrà me exige que cuide de ella. Pero os diré que la cantidad de nitrógeno que hay en el mar no es común. Es nitrógeno puro y líquido, y no se origina así por que sí, no viene solo de las aguas negras de las embarcaciones. Alguien está envenenando la isla a propósito, con un fin egoísta y personal. La edificación en es Vedrà no es casual. Querían menguar la protección de las Pitiusas; y sabían que con su centinela fuera de juego iban a conseguir sus propósitos.

—¿Insinúas que nos estamos enfrentando a personas que conocen las leyes de la magia? —concluyó Pietat, fijando sus ojos azules y envejecidos en el cielo opacado—. ¿Que la están utilizando para fines poco loables?

—Sí. Así es, Pietat. Y tienen entidades poderosas y oscuras de su parte. Averiguad por qué. Necesitáis la ayuda de todos para salvar nuestro mar, nuestra sal y nuestra tierra —juró con determinación.

Su imagen cada vez se hacía más débil y transparente.

Alegra no quería que él se fuera, quería seguir hablando con él, tocarle, aunque no podía. Quería abrazarlo, abrazar a un fantasma.

—Me duele la cabeza —dijo Sasha controlando a las entidades que volvían a arremeter contra la cúpula invisible.

—Es normal. Estáis creando una resistencia mágica contra ellas —le explicó Ángel con empatía, mirando las sombras oscuras que se alejaban—. Después del contacto de hoy, esta noche acabaréis agotadas. Ahora debo irme —repuso mirando directamente a Alegra.

—No te vayas aún —suplicó Alegra con ansiedad—. Hay mucho de lo que tenemos que hablar.

—Cariño, no puedo hablar con vosotras mientras las Acechantes estén aquí. Os debilitan. Y me debilitan a mí —intentó razonar con ella.

—Pero… —Sus labios formaron un puchero, y volvió a lanzar un puñado de sal contra la cúpula, esta vez con más rabia y convicción que antes—. ¡Largaos! —gritó desconsolada.

Ángel sonrió con tristeza. Dio un paso al frente y se inclinó hacia el oído de su hija.

—Estaré aquí siempre que lo desees. Alegra, sabes que no me podías salvar —le susurró—. Y sabes por qué. Ese es el motivo por el que tantas universidades te quieren. La conclusión a la que tú has llegado puede ayudar a mucha gente y abrir muchas puertas.

Alegra frunció el ceño, y con la nariz roja y moqueante y los ojos llenos de lágrimas admitió:

—A ti no te pude ayudar.

—Cariño —aseguró Ángel, intentando tocar su mejilla con su mano incorpórea—, no debías salvarme. No lo hubiera permitido. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque he entendido que mis Balanzat están aquí para conseguir grandes cosas. Y lo que tú vas a lograr con tu don y con todo lo que has descubierto en tu investigación es ayudar a muchísimas personas. No podía retenerte más tiempo. De lo contrario, jamás habrías estudiado lo que estudiaste, ni habrías llegado donde has llegado hoy. Recuerda, mi pequeña Alegra: todo tiene una razón de ser. Todo tiene una causa y un efecto. No tengo palabras para agradecerte lo que hiciste por mí, mi niña. Pero, como padre, no iba a permitir que te sacrificaras durante más tiempo. Porque te quiero.

—Y yo a ti —lloró Alegra, tocando la mano de su padre que no sentía. En cambio, sus palabras la alcanzaron y la llenaron de calor.

—Ayúdanos, Alegra. Ayuda a nuestra Pitiusas especiales. Piden que deis un paso al frente. Hacedlo, como las Balanzat que sois. Ahora, ya puedes abrir lo que esconde el frasquito del deseo que llevas al cuello —sonrió como si supiera todos los secretos del mundo.

Alegra asintió con la cabeza. Por supuesto que lo haría. Lo haría todo. Ayudaría a su familia, a su isla. Y también vaciaría el frasco de los deseos, porque eso era lo que debía hacer.

Ángel sonrió a Amanda y le dio un beso en los labios que Amanda no disfrutó pero que percibió con todo su corazón.

—Estoy contigo siempre, mi amor.

Después de esas palabras, su padre se desmaterializó por completo; y al mismo tiempo en el que él lo hacía, las entidades dejaron de acechar y, con

pronta lentitud, desaparecieron. El cielo tronó, y la primera tormenta de verano cayó para purificar a es Vedrà de las malas influencias, para limpiarla y sanarla, igual que el contacto con Ángel había sanado las almas atormentadas de Alegra y su familia, haciendo que cicatrizaran viejas heridas.

Alegra lanzó la sal como si fuera confeti en una fiesta de cumpleaños, levantó el rostro al cielo y abrió los brazos, feliz de recibir la lluvia. Si Ángel vivía de aquel modo, si continuaba ahí, ¿qué miedo deberían tener a la muerte?

Se llevó las manos al cuello y agarró el cordón decorado con piedrecitas preciosas que sostenía su frasco azul oscuro de los deseos. Se lo descolgó y tomó el objeto entre sus dedos. Extrajo el tapón de corcho y dejó caer sobre la roca, en el centro del círculo mágico de sal, el contenido del botecito. Polvo blanco y tierra oscura se mezclaron en la roca de es Vedrà, y un pequeño pergamino se elevó y tomó altura mecido por el viento.

Le encantaban esos frascos y, seguramente, debería encargar otro… Cuando tuviera un nuevo objetivo que conseguir.

Miró a su madre por encima del hombro y, agradecida por haber hecho que las cenizas de su padre descansaran en es Vedrà, la abrazó con fuerza, entre risas y lágrimas.

Amanda aceptó el abrazo, al que se unieron su abuela y sus hermanas.

El motivo por el que las Balanzat estaban unidas era para luchar juntas por esa isla que consideraban suya.

En nombre de la magia y del amor, no iban a permitir que nada ni nadie les siguiera haciendo daño.

Debían formar filas y cerrarlas.

Y necesitaban averiguar de dónde venía la grieta por la que intentaban hacerles daño, además de dar con aquellos que envenenaban los mares de Ibiza y Formentera, hasta el punto de matar a la posidonia.

En el aire, sobrevolando el pico más alto de su catedral de magia y milagros, el pergamino se abrió y mostró a las aves de Eleanor el deseo escrito a mano que contenía.

«Deseo algún día reencontrarme con mi padre y poder despedirme de él. Que así sea. Así es. Y así será».

Hecho estaba.

18

Nil descansaba sobre su pareo, en la playa de Sant Miquel. Observaba el cielo claro y despejado del atardecer, la mejor hora para tomar el sol. Disfrutaba siguiendo alguna nubecita vaporosa que cambiaba de forma en su recorrido celeste hasta después desaparecer.

Así se había esfumado su sueño de crear Shamballa. En un visto y no visto, como si jamás hubiera estado a punto de firmar el contrato. Le daba pena pensar que los sueños se diluían con tanta rapidez.

Y así era. Sin embargo, Alegra le había dado algo en lo que pensar. Era recordarla a ella y le salía una sonrisita estúpida en la boca.

Era tan diferente a todas las mujeres que había conocido. No obstante, aún no le había llamado. Ni siquiera le había mensajeado. «Alto ahí, toro. Controla tus nervios», se dijo para sí.

Tal vez, habría otros lugares en los que Shamballa tuviera cabida. Era un proyecto espectacular que no rompía la naturaleza ni el medio ambiente, y estaba convencido de que otros lo querrían para sí. Él se había obcecado con es Vedrà porque era la fijación de su padre pero, en realidad, cónclaves mejores que aquel existirían, más propicios para ese tipo de construcción. No obstante, era una pena, porque si había una isla en la que Shamballa tendría cabida por lo espiritual y *hippie* de sus isleños era, sin duda, Ibiza.

Alzó la vista hacia los apartamentos y hoteles que habían construido en los acantilados de Sant Miquel. No todos se habían hecho con la idea de respetar la armonía pero, seguramente, eran espectaculares por dentro.

En esa playa de arena fina y clara, apartados de las hamacas blancas y de tela azul que compraban los turistas, los Blanc disfrutaban de un día soleado y tranquilo, lejos del bullicio.

Las aguas limpias y poco profundas eran ideales para que David y Lucas se ahogaran el uno al otro. En esa playa, en la que se practicaba el buceo y multitud de deportes acuáticos, Lucas podía hacer *bodysurf* y esnórquel y flotar sobre el mar para observar lo que acontecía en su interior. Eso sí: David buceaba por debajo de él y lo tiraba al agua.

Entre risas, insultos y gorjeos acuosos, Nil se entretenía viendo a sus hermanos disfrutar.

—¡Eh, sirenita! —le gritó David apoyado en la tabla de Lucas—. Ven a darte un capuzón. El agua está buenísima.

Nil sonrió, se quitó las gafas de sol y se levantó dispuesto a jugar con sus hermanos, pero una llamada al móvil lo detuvo a medio camino.

Odiaba dejar llamadas pendientes, así que retrocedió y cogió su iPhone para atenderla.

Era un número oculto.

—¿Sí?

La línea estaba en completo silencio. Después de unos segundos, insistió.

—¿Hola?

—Sé por qué el Consell ha detenido tu proyecto.

Nil frunció el ceño y enmudeció.

—¿Me oyes? Sé por qué lo han hecho.

—¿Cómo dice? ¿Quién es?

—Eso no importa. Solo te diré que sé quién hay detrás de esto; y pronto recibirás pruebas que te lo demuestren todo. Tienen que salir a la luz.

La línea se cortó con rapidez. Nil, a caballo entre la incredulidad y la estupefacción, miró la pantalla del teléfono, vacía.

En ese momento, llegó David, con Lucas cargado en un hombro y la tabla de *bodysurf* en la otra.

—Eres una sirenita de secano, guaperas —lo increpó—. Y tú, princesita, a dormir. —Lanzó a Lucas sobre el pareo negro, y este se enfurruñaba y le tiraba arena al cuerpo.

—Necesitan otro calvo para hacer el anuncio de la Navidad. ¿Por qué no te presentas? —Lucas se incorporó sobre los codos. Tan moreno, delgado y de ojos tan negros, parecía mentira que tuviera hermanos tan contrapuestos a él. Pero estaba en crecimiento.

David observó a su hermano, el más alto, guapo, musculoso y con más pelo de los tres, y captó su incomodidad.

—¿Qué pasa, Nil? ¿Quién te ha llamado?

Nil no supo si contestarle o no, pero al final accedió a narrarle lo sucedido. Sus hermanos no cabían en sí de su asombro.

—¿Pruebas? ¿De qué hablas?

—Eso me ha dicho. Que tienen que salir a la luz y que sabe por qué revocaron el proyecto.

David se sentó sobre el pareo, ante la sorprendida mirada de Lucas, que no comprendía nada.

—¿Qué daño iba a hacer Shamballa ahí? —se preguntó el más joven, sin recibir respuesta.

—Hombre, bien es cierto que tomaron la negativa de un día para otro y que no tenía ningún sentido —meditó David acomodándose en la arena—. Pero ¿qué tipo de interés había en que no se construyera ahí? ¿Por qué?

Eso era justamente lo que Nil quería saber: si había una decisión personal de por medio, si había un interés económico por parte de otros o si la decisión resultaba por alguna extorsión de algún grupo ecologista, que también los había. Nil Blanc se sentía más curioso que nunca y, ahora, deseaba descubrir la verdad.

Estaba dispuesto a dejarlo pasar y a centrarse en otros proyectos; sin embargo, aquella inesperada llamada anónima, lo había estimulado.

Y fuera quien fuese el que se había puesto en contacto con él, aseguraba que aportaría pruebas. Es decir que, tarde o temprano, lo sabrían.

Nil las esperaría con los brazos abiertos.

—Bayas de belladona recogidas en luna llena, polvo cristalizado y magnetizado, y la ayuda de las Antiguas de Iboshim —enumeró Amanda sentada en su sillón orejero del salón, acompañada de sus hijas y su madre —. Casi nada.

De entre todas las plantas del mundo, la belladona era conocida como la planta de las brujas por excelencia. Era muy difícil de encontrar, y como sus bayas para los hechizos debían recolectarse por la noche acompañadas del

resplandor de la luz de la luna, muchas mujeres y hechiceras habían muerto al recoger, confundidas, bayas equivocadas de otras plantas venenosas.

Las antiguas brujas llevaban a cabo un ritual con la belladona que causaba el mismo efecto que causan las drogas fuertes en la actualidad. Se untaban una esencia de dicha baya en los ojos, por esa razón les brillaban tanto, en las ingles y también en el palo de la escoba. No llevaban ropa interior, de ahí que dijeran que podían volar, cuando lo que en realidad hacían era rozarse con el palo entre las piernas y estimularse con la belladona hasta el punto de convertirse en una especie de afrodisiaco que, evidentemente, las lanzaba a la estratosfera del éxtasis.

Las Balanzat no eran de ese tipo de brujas. Eran sanadoras, terapeutas de la tierra y herbolarias, pero tenían una sensibilidad muy especial que lograba que realizaran hechizos. Como trabajadoras con las plantas, Amanda y Pietat tenían belladona propia en su invernadero. Sin embargo, la luna llena ya había pasado, y deberían esperar un mes para recoger sus frutos, machacarlos y crear la esencia adecuada para el hechizo. Era demasiado tiempo, y la situación requería medidas diligentes y desesperadas.

—De aquí a un par de semanas hay un eclipse lunar —dijo Pietat mirando a Alegra con ojos instigadores. Removía su té con la cucharita, y sorbía entre pensamiento y pensamiento—. Las bayas también surgen el mismo efecto, más potente si cabe, durante las noches con presencia de luna oscura.

—¿Sugieres, mama, que lo hagamos de aquí a dos martes?

Pietat afirmó con la cabeza, pero no perdió de vista a Alegra, que acariciaba la cabeza de Golfo, sentada en el suelo y con su espalda apoyada en las piernas de su madre. La joven seguía en algún lugar de su mente, reviviendo lo experimentado en es Vedrà.

—Aquí está el hechizo. —Nicole entró en el salón, con el grimorio de las brujas Balanzat en sus manos. Un libro de tapas duras y pesadas, con flores y plantas grabadas en su portada y la diosa Tanit dibujada en oro en el centro. Repasaba las líneas con el dedo al tiempo que leía en voz alta—. Tratamientos de tierra y mar. Dice que tras la invocación a Tanit, las Antiguas deben apoyar la terapia alrededor de las Balanzat actuales. Debemos estar en contacto con el agua. Debemos mecer el mar con nuestra

música —Nicole levantó la nariz de las hojas del libro antiguo y sonrió a Sasha—. Supongo que tendrás que cantar. —Sasha se encogió de hombros y Nicole, también.

—¿No dice nada de las bayas y el polvo de cristal magnetizado? —preguntó Sasha, sentada en el taburete del piano de roble que tenían en el salón, al lado de la chimenea con la cara del genio Bes. Pulsaba las teclas blancas con sus dedos estilizados, sumida todavía en la impresión que le había ocasionado encontrarse con su padre.

Nicole negó con la cabeza.

—Nicole. —Alegra levantó la cabeza y miró a su hermana de pelo rojo. Esta se detuvo un instante para prestarle atención—. Papa ha dicho que tú entendías por qué él podía materializarse en es Vedrà.

La mayor asintió con la cabeza, y se sentó en el mullido sofá al lado de su abuela.

—Sí. Desde que estoy en Inglaterra estudiando los *crop circles*, he aprendido muchas cosas sobre campos de energía magnética. —Cerró el libro y lo dejó reposando sobre sus rodillas—. Nuestro planeta está lleno de puntos importantes y estratégicos rebosantes de ese poder.

—Ay, Dios… Ahora viene una cátedra de una hora —murmuró Sasha temiéndose lo peor.

—No te hará falta, mi pequeña Campanilla —torneó los ojos y sonrió con malicia—. Soy tan buena que lo entenderás en cinco minutos.

Sasha y Alegra bizquearon, y Amanda se echó a reír.

—Nuestros antepasados —continuó Nicole—, que estaban más conectados con la tierra de lo que estamos nosotros ahora, sabían identificar esos puntos y colocaban sobre ellos templos de oración o círculos de piedra que concentraran esa energía. Las pirámides egipcias, las mayas, Machu Pichu, Stonehenge, las pirámides de Güímar… Algunos otros permanecen vírgenes, como el Tíbet por ejemplo, Montserrat en Cataluña, o es Vedrà aquí. Hay muchos puntos concéntricos de gran energía electromagnética. Estos puntos actúan, a veces, como puertas de entrada a otras realidades. ¿Por qué creéis que hay leyendas de luces extrañas sobrevolando nuestro peñón mágico? ¿O apariciones? ¿Por qué creéis que se dice que en es Vedrà nadie muere? Tenemos nuestro alumbramiento como claro ejemplo. Y

negarlo sería de obtusos. Todo es posible. Ahora, ¿por qué pudimos ver a papa? Nos dicen que cuando morimos, desaparecemos. Pero eso no da explicación a millones de sucesos paranormales que acontecen a diario en el mundo y que no tienen explicación científica. Yo creo —estiró los hombros —, que cuando morimos, nuestro cuerpo físico perece, pero no así la energía que daba vida a nuestra mente. Nuestra esencia, que contiene recuerdos y vivencias, es energía. Cuando nos vamos, si tenemos cosas pendientes, debemos quedarnos para resolverlas. Pero muchas veces no nos facilitan el contacto necesario para solucionarlas y, al final, las almas desisten y se van. O se quedan en esta dimensión, perdidas y extraviadas hasta que encuentran un canal en el que manifestarse. Y ese canal puede llegar con miembros de familias de generaciones después. Porque la sangre tira a la sangre. El alma es energía electromagnética, igual que estos puntos de energía concéntrica. Y es en es Vedrà donde papa ha encontrado la herramienta afín a su energía para contactar con nosotras. Es Vedrà le ha dado la energía; y tú, Alegra, por toda la unión que tenías con él y que os vinculó de maneras incluso físicas, has sido su medio.

—Su médium, mejor dicho —señaló Pietat.

—Sí. Exacto, yaya.

—Ahora bien —prosiguió Alegra con sus ojos azules claros y brillantes rebosantes de clarividencia y conocimientos—. Bayas de belladona adecuadas tendremos dentro de dos semanas, durante el eclipse. ¿Polvo magnético cristalizado? ¿De eso tenemos?

Amanda negó con la cabeza.

—Es que no sé lo que es. No sé a qué se refiere. Pensaba que se refería a polvo de imán. Pero cuando algo se cristaliza es porque hay un mineral incluido. Y no tengo ni idea de lo que se supone que es.

—Tal vez yo lo sepa —murmuró Nicole con la mirada perdida, quitándole el té de las manos a su abuela y bebiéndoselo ella—. Tal vez yo lo tenga. Ahora te hago uno, yaya. Es la compulsión. A veces, me da por ahí… —le explicó con tranquilidad.

Todas le prestaron atención, sin entender cómo era posible que Nicole tuviera idea de lo que era ese elemento necesario para la limpieza.

—¿Sabes lo que es? —preguntó Pietat sin darle importancia al hecho de que su nieta era una cleptómana roba tés.

La pelirroja afirmó con la cabeza.

—Si vosotras no conocéis nada parecido, yo sí conozco algo que es exacto a la descripción que ha dado papa de ese polvo. —Se levantó, dejando la taza sobre la mesita de madera maciza que había entre los sofás —. Pero debo hacer un par de llamadas y viajar a Inglaterra. Tengo muestras en mi casa. Bien escondidas —les guiñó un ojo.

—¿Y qué es? —quiso saber Alegra.

—Cuando lo traiga, ya lo veréis —les aseguró—. No me sirve de nada explicaros de qué se trata si no lo podéis ver con vuestros ojos. Pasado mañana me iré y veré si puedo estar aquí para el domingo. Necesitamos ese elemento para el trabajo.

Nadie la rebatió. Era una realidad como un templo. Debían conseguir lo que había pedido Ángel o su limpieza no tendría éxito.

—Y, ¿de qué nos sirve conseguir todo y hacer el trabajo si no descubrimos quiénes son las personas que están detrás de nosotras y de la contaminación de nuestras islas? —dijo Sasha—. Son a ellas a quienes debemos detener. Papa ha asegurado que esas personas saben cómo acecharnos, porque han encontrado una grieta a través de nosotras y nos quieren debilitar para que no actuemos en su contra. Pero yo no me relaciono con casi nadie aquí, solo en los eventos con los artistas. La abuela y mama están metidas en su mundo hermético, enseñando a aprendices de hierbas con pretensiones de brujos. Nicole solo hace un par de días que llegó y no ha hablado con nadie tampoco… Y Alegra…

—Alegra tiene una aventura con un chico del que no conocemos nada —espetó Pietat.

La joven levantó la mirada y miró horrorizada a su abuela.

—Yaya, ¿crees que Nil tiene algo que ver? —Golfo alzó sus orejas al captar el tono de desafío de su dueña.

—¿No es Nil quien iba a llevar el proyecto para construir sobre es Vedrà? —replicó la mujer mayor, relajada sobre el sofá—. No me parece tan descabellado. Si alguien entra en nuestro círculo mágico, es porque tiene

contacto con nuestras cosas. Con una de nosotras. Y me consta que ese chico y tú estáis sorprendentemente…

—¿Liados? —preguntó Nicole levantando una ceja roja con diversión.

—Extrañamente vinculados —sentenció su abuela.

—La yaya tiene razón, Alegra —Amanda acarició el pelo negro de su hija—. Me consta que hay algo especial entre vosotros.

—No… No hay nada especial, es solo… que estamos tonteando. Ya está —dijo incómoda. ¿Cómo podía negar que no había nada especial entre ellos cuando al pensar en Nil las mariposas revoloteaban en su estómago? O era amor o era una indigestión. Una de dos.

—Debes asegurarte. Si no es él —sugirió Pietat dándole la taza de té vacía a Nicole y ordenándole con la mirada que la llenara de nuevo—, buscaremos otras posibilidades. Pero, por ahora, la grieta más clara puede venir por ahí.

—¿Por Nil? —repitió incrédula—. Nil no tiene ni idea de nada de esto. Es absurdo pensar lo contrario —lo defendió a capa y a espada.

Todas la miraron con interés y un brillo descubridor en sus miradas. La habían pillado. Alegra estaba enamorada.

Y era humillante descubrirlo por las demás en vez de por ella misma.

—Vaya, hermanita —murmuró Sasha, haciendo sonar las teclas más agudas del piano con la melodía de *Love Story*—, no quisiera parecer atrevida, pero parece que Nil es…

—Cállate, Sasha —la reprendió rabiosa.

—Asegúrate, Alegra —le pidió su abuela con tacto—. Asegúrate de las intenciones de Nil.

Alegra miró a Pietat, a quien no podía negar nada. Su abuela estaba tan llena de bondad y, a la vez, era tan noble, que contradecirla provocaba la misma sensación que aliarse con el mal. Es decir, una carga de conciencia brutal.

—¿Cómo abuela? ¿Cómo me aseguro?

—Ponle unas gotas de esencia de trompetas de ángel en su bebida. Cuando estés con él.

Alegra parpadeó incrédula.

—¡¿Quieres que le drogue?! —gritó levantándose de golpe.

Golfo salió disparado para cobijarse bajo las piernas de Amanda.

Nicole se echó a reír desde la cocina. Llenó de agua ardiendo la taza de té de Pietat y le puso el dispensador metálico en forma de bola, llenó de té moruno con menta.

La trompeta de ángel era una planta del género Brugmansia. De ella se extraía la burundanga, la primera droga natural capaz de robar la voluntad de las personas que la ingieren hasta obligarles a decir la verdad o poder alguien controlarles la mente.

—Tengo un frasquito de esencia en mi dispensador del herbolario —sugirió Amanda levantando el dedo índice—. Te indicaré las gotas exactas que debes darle.

—Das por hecho que lo haré, mama.

Amanda sonrió y miró a su hija de frente.

—Y lo harás querida.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

«Porque lo digo yo». Esa era la típica frase que nunca se podía rebatir a Amanda Balanzat. Una sentencia con poderío, llena de inflexión, acompañada de una mirada de color jade desafiante. Debía obedecerla sí o sí, porque había mucho en juego con esa orden.

—Está bien. Lo haré. Pero que conste y quede dicho que estoy totalmente en contra de drogarle.

—Oh, no vas a drogarle, nena. Tú vierte las gotas indicadas en su bebida, y ya está. Eso sí —Pietat levantó un dedo indicador—: no te sobrepases o lo dejarás medio inconsciente.

—Qué alentador, yaya —volteó los ojos y miró a sus hermanas, buscando un apoyo que no encontró.

—Si mama dice que debes hacerlo, en este caso, Alegra, queridísima hermana salvadora —convino Nicole—, creo que todas debemos sugerirlo. Al menos, para que sigas revolcándote con él con la conciencia tranquila.

—¡Nicole!

—¿Qué? —Abrió los ojos confusa y con fingida inocencia—. Lo digo por tu bien.

—Cariño —Pietat dejó la taza que le había dado Nicole sobre la mesita y entrelazó los dedos sobre su vientre—, a estas alturas no me voy a creer que ese hombre vino a verte a altas horas de la madrugada solo para hacer *sudokus*.

Sasha se echó a reír en voz muy baja, y a Alegra se le escapó una sonrisa.

—¿Cuánto escuchaste, yaya?

Pietat sonrió y clavó sus ojos claros en el rostro de Bes que había en la chimenea. Las había dejado a todas con la boca abierta, tal y como la tenía el duende de Ibiza.

—Escuché lo justo. Y déjame decirte que sé muy bien dónde puede meterse el tacatá.

19

Al día siguiente, las ganas de ver a Nil eran inmensas; pero saber que tenía que darle burundanga para descubrir una verdad que ella ya conocía la ponía en un apuro; y se sentía muy culpable por engañarle así.

Aun así, su familia la apremiaba para que quedara con él y descubriera la verdad. Pero a la pobre Alegra se le hacía un mundo. Sobre todo porque imaginar que él tenía que ver con lo que sucedía a la isla le rompía el corazón.

Por la tarde, Sasha entró en su habitación, con dos entradas para un evento nocturno en una mano y un bote de cristal esquinero, lleno de sal ennegrecida, en la otra.

—A ver, Alegra. Llama ahora mismo a Nil y dile que el viernes por la noche le invitas a una fiesta en Lío.

—¿En Lío? —preguntó mientras cerraba *El Conde de Montecristo*, libro que había leído cien veces ya, de Alejandro Dumas. Le encantaban los clásicos. Se levantó de la cama y le quitó las entradas de la mano, admirándolas.

Lío de Ibiza era la discoteca más chic de la isla, ubicada en el puerto, con unas vistas maravillosas al mar y a la luna, luces por doquier y música impecable. Su fama era internacional; y sería la primera vez que Alegra asistiría.

—Sí, en Lío. Mi amigo Sebastian Gamboa monta su fiesta *Vintage*, y no os la podéis perder. Es espectacular —aseguró la pelicastaña—. Entre la música, el estilo a lo *Gran Gatsby* y toda la marcha que habrá, le das sus gotitas a Nil y nos sacas de dudas. Y, de paso, tú también te quitas el compromiso de encima.

—Pero, Sasha… —Alegra no se lo podía creer. Su hermana tenía contactos por todas partes y al parecer era reconocida y querida por muchos artistas que siempre la invitaban a sus eventos—. ¿En Lío?

—Sí —contestó ella sentándose en la cama, dejándose caer como si fuera una pluma—. ¿Ves esta sal? —Alzó el bote de cristal que sostenía en su mano—. Parece carbón. Nos están acechando, Alegra. Y yo no puedo con la ansiedad y los nervios, son fatales para mi creatividad. Además, creo que os gustará mucho —sonrió soñadora—. Y Sebastian va a tocar uno de mis temas nuevos. Lo va a versionar él.

Alegra se sentía tan orgullosa de Sasha que a veces no sabía si se lo expresaba bien. Su hermana era una artista anónima con la que muchos cantantes de renombre querían trabajar. Era maravilloso, pero a ella parecía no importarle demasiado. Solo quería hacer música. Y eso era lo más mágico de Sasha: la indiferencia con la que veía el éxito.

—¿Nicole va a venir?

Sasha negó con la cabeza apesadumbrada.

—No. Tomará el avión el viernes para irse a Inglaterra y conseguir ese polvo cristalizado.

—Oh, es una pena. —Sí lo era. Las fiestas eran siempre más divertidas cuando tenías a una cínica destrozahombres como Nicole al lado—. Tendré que ir elegante.

—Por supuesto. Es la noche de Ibiza. Quiero que te levantes las tetas hasta la barbilla y lleves un vestido de lentejuelas negras extra corto. Vas a dejarles a todos noqueados.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Sasha se incorporó de nuevo y agarró un cojín contra su pecho. Su mirada dorada se entrecerró y la comisura de su labio se alzó con misterio—. Yo pasaré desapercibida.

El jueves, el día pasó con lentitud.

Nicole, Sasha y Alegra pasaron un día de hermanas mientras su madre y su abuela desaparecían todo el día, encerradas en la cabaña del jardín. Alegra no tenía ni idea de lo que hacían ahí adentro, ni cuál era el contenido

de esas cajas que habían recibido y que ahora mantenían bajo llave en un compartimento del refugio de madera.

—Hacen magia —le explicó Nicole, cubierta solo con un bikini negro a topos, mientras preparaba la comida y dejaba las ensaladas y la paella de verduras en el centro de la mesa.

Sasha se embadurnaba de crema las piernas y la cara. Llevaba un bikini rojo y tenía unas gafas de sol estilo Audrey Hepburn.

—Machacan sus plantas y sus esencias. Lo hacen cada jueves —murmuró matando la curiosidad de Alegra.

—¿Sabéis si todavía les queda dinero de lo que les dejó papa? —preguntó intentando mirar a través de los cristales de las ventanas de la caseta.

Sasha y Nicole se miraron la una a la otra y se encogieron de hombros.

—¿De verdad crees que a la mama y a la abuela les hace falta el dinero?

—Hace seis años que no cobran nada.

—El seguro de papa.

—No es suficiente.

Las dos hermanas no le dieron importancia.

—Se las arreglan muy bien. Tienen tres casas que cuando quieran pueden vender, pero no se quitan la idea de la cabeza de que tarde o temprano las reclamaremos. Tienen el sueño de que vivamos en Ibiza. Todas juntas.

Era una idea lógica. Las Balanzat eran mujeres de la tierra, de las islas, y eran sus guardianas por ley, aunque nadie las conociera por ello. Lo más normal era que vivieran allí pero, con veintiséis años cada una de las trillizas, todavía no habían encontrado su lugar ideal.

—Yo viviré en las Pitiusas —aclaró Sasha—. No voy a moverme de aquí. Esto me encanta.

—¿Y tú, Alegra? —preguntó Nicole—. ¿Qué vas a hacer con tu vida?

—Me iré donde me ofrezcan el proyecto más interesante. Creo que puedo vivir donde sea, siempre y cuándo me haga con el lugar en cuestión. Por ahora tengo tres opciones: Nueva York, Canadá y Australia.

—Oh, me encantan los canguros —susurró Sasha masajeándose las piernas embadurnadas.

—¿Y tú, cerealóloga? —le preguntó Alegra a Nicole. Así se llamaba la profesión de su hermana en los campos de trigo ingleses, aunque en realidad era criptógrafa.

—¿Yo? Mi casa es el mundo —contestó la pelirroja sirviendo tinto de verano a sus tres hermanas—. Me encanta Inglaterra, tengo mi trabajo allí porque es allí donde más se manifiesta el fenómeno que estudio. Pero no me importa movilizarme para vivir en otros mundos, así que… Por ahora, no tengo un lugar fijo en el que desee residir.

—Siento mucha curiosidad por esos mandalas que se graban en los cereales —murmuró Alegra—. Pero sigo sin comprender por qué se le da tan poca importancia cuando es obvio, por su complejidad y su simetría, que no los hacen ni tractores ni aradores en el campo.

—Escuchad. —Nicole se cruzó de piernas y meneó la copa de tinto que tenía en su mano—… He visto tantas cosas, hermanitas, que si de algo estoy completamente segura es de que nada de lo que la sociedad me ha inculcado es cierto. ¿Sabes por qué no se les da la importancia que merecen? Porque si se demuestra el origen de esos mandalas, si se expone el fenómeno tal y como lo conocemos los criptógrafos y simbolistas, deberíamos replantearnos muchas cosas, y ocasionaría grandes sacudidas en instituciones como la religión, los gobiernos y el sistema económico mundial. Por esa razón, los medios mandados por los gobiernos mancharon el fenómeno haciendo aparecer a ancianos segadores para que dijeran que los círculos los habían dibujado ellos. Y la gente, estúpida y crédula, lo creyó. No quieren decir la verdad por la misma razón por la que se le da poca importancia a cientos de hallazgos arqueológicos que demuestran que nuestra historia debería reescribirse; por el mismo motivo por el que no te dicen que tienes en tus manos el poder de sanarte a ti mismo. Es una cuestión de credos. Les interesa que sigamos pensando que no hay nada mágico a nuestro alrededor. Nos quieren preocupados, con miedo, y con la mente ocupada en si podemos seguir pagando una hipoteca o no. No quieren que la gente despierte. Y eso es justamente lo que son los círculos de trigo: activadores de la conciencia. Un simple vistazo a esos círculos puede hacer un clic en ti que ni tú misma entenderías. Y lo hacen porque están concebidos para eso: para despertarte.

Sasha tragó lo que tenía en la boca. Alegra y ella creerían a Nicole a ciegas y la seguirían hasta la Luna. A ellas no tenían que demostrarle nada.

—Cuando vuelva de Inglaterra y os enseñe lo que tengo, os mostraré algo que casi nadie ha visto, y que solo los curiosos que entran a los círculos de trigo conocen, aunque no se hagan las mismas preguntas que yo y…

Alegra carraspeó con la garganta. La vida de Nicole iba ligada a la de Dan.

—¿Que tú y Dan? ¿Eso ibas a decir?

—Sí, que yo y ese palurdo —sentenció Nicole asqueada.

—Y aquí estamos las tres hoy —dijo Sasha levantando la copa por sus hermanas, intentando alejar a Nicole de los pensamientos sobre su exmarido —: preparadas para enfrentarnos a algo en nuestras Pitiusas que desconocemos y para limpiar y sanar nuestras islas.

—Somos superheroínas —Nicole chocó las copas y dio un sorbo largo —. Esperemos que sea lo que sea lo que tengamos que hacer, y sea quién sea el que esté detrás de esto, podamos desenmascararlo y buscar la mejor solución para todos.

Se sentaron a degustar la paella que Alegra había preparado para todas. Estaba deliciosa. El pan de *pagès* tostadito, con ajo, tomate untado, aceite y sal era un vicio malo. Y la ensalada con queso fresco, albahaca, pepino, tomate, rúcula y lechuga con salsa de miel y pistachos desapareció en un periquete.

Realmente, necesitaban mantener el contacto las tres. Las Balanzat eran mujeres muy físicas, muy de tocarse, abrazarse y mirar a los ojos, y la lejanía no les hacía ningún bien.

Verse de nuevo, en la intimidad de Sananda, las sanaba y endulzaba las tristezas y las amarguras que acarreaban cada una.

Y eran muchas, porque esas mujeres, como todas las demás, tenían penas en sus corazones.

Nicole se fue el viernes por la mañana.

Puesto que la iban a ver en breve, la despedida no tuvo ni lágrimas ni ñoñerías. Según la criptógrafa, llegaría el martes por la tarde a las Pitiusas.

Casi al mismo tiempo en el que Sasha se alejaba en su Gordini para acercar a Nicole al aeropuerto, llegó el coche de Meritxell Roureda a la puerta de Sananda.

La visita de la presidenta era una sorpresa, y dejó con un palmo de narices a Amanda, Pietat y Alegra.

La mujer se apeó de su vehículo. Cargaba con un ramo de flores preciosas y unas cajas de bombones. No había vergüenza ni tristeza en su rostro, solo la más pura alegría, igual que la felicidad de aquella a la que le han solucionado un problema que no la dejaba dormir.

—¿Puedo pasar? —preguntó desde la puerta.

Amanda bajó las escaleras del porche y abrió a Meritxell para que entrara a su casa. Nunca negaría una visita, y menos cuando solo expresaba agradecimiento.

—Vamos adentro —sugirió Amanda acompañando a su alejada amiga, que no apartaba los ojos verdes de Alegra.

Una vez en el salón, Meritxell levantó la barbilla y miró de frente a la mediana de las Balanzat.

—Jamás diré nada de lo que sucedió en el hospital, Alegra. Quiero que estés tranquila por eso. Pero te estaré eternamente agradecida. No sé qué fue exactamente lo que hiciste, pero sea lo que sea, mi marido, Toni y yo te damos las gracias por ello. Nos has devuelto la vida y la ilusión.

Alegra asintió con humildad.

—Me alegro mucho. Su hijo es muy bueno, y estoy convencida de que pronto tendrá una buena recuperación.

—Sí. Está respondiendo muy bien a todas las pruebas. Los médicos no se lo creen. No entienden nada —sonrió nerviosa—. Lo tachan de milagro.

—Los milagros existen, ¿no es cierto? Usted antes creía en la magia —sugirió Alegra, al lado de la presencia protectora de Pietat.

Meritxell negó con seguridad.

—Yo estudiaba Herboristería y las propiedades aromáticas de las plantas, además de remedios caseros para todo tipo de dolencias. Tu madre y tu abuela son excelentes profesoras, Alegra. Disfrutaba mucho aquí.

—Pero se alejó.

—Sí. Me alejé. Había depositado muchas esperanzas en que, aprendiendo todas estas terapias alternativas que aquí ofrecían, mi hijo se salvaría, ya que la medicina científica y tradicional no lo sanaba. A veces, la desesperación hace que nos agarremos a clavos ardiendo, Alegra —se excusó ella—. Y no me arrepiento de haber compartido mi tiempo con vosotras —aseguró, mirando de frente a Amanda y a Pietat—. Fuisteis muy buenas amigas, posiblemente, más de lo que yo lo he sido. Aquí —miró a su alrededor con cariño y honestidad—, me sentía como en casa. Era feliz.

Ni Amanda ni Pietat la juzgaban. Podían entender el cambio de comportamiento que podría tener una madre al ver que a su hijo se le iba la vida y que no podía hacer nada por evitarlo.

Por eso la respetaron y no la presionaron, aunque rechazara su ayuda de cuajo.

—No te reproches nada, Txell —señaló Amanda tomando un bombón—, nosotras no lo hacemos.

—Gracias, Amanda. Los bombones los ha comprado mi marido.

Amanda tragó con amargura y se acompañó con un poco de té de melocotón helado.

—Espero que esté bien —dijo entre dientes.

Alegra resopló con desdén y miró hacia otro lado.

Meritxell se frotó las manos con nerviosismo.

—Está irreconocible. Conmigo se porta muy bien, me ha pedido perdón cien mil veces. Y a Toni también. Se siente muy avergonzado por su comportamiento y se ha quedado en el hospital junto a mi hijo, pero me ha dicho que, cuando tenga valor, vendrá a pedir disculpas personalmente. Mientras tanto, me pidió que os dijera que lo tengáis en cuenta para cualquier cosa que necesitéis. Os ayudará siempre que lo deseéis.

Las Balanzat le tomaron la palabra. Siempre venía bien tener un aliado.

—Y yo os quería pedir otra cosa, aunque sé que abuso de vuestra generosidad —agachó la cabeza con vergüenza.

Amanda sonrió para sí misma. Sabía lo que le iba a pedir. Meritxell había sentido curiosidad sana hacia las terapias alternativas y demostró un gran talento para entender las plantas.

—¿Te gustaría volver a aprender con nosotras?

Meritxell levantó la cabeza llena de tirabuzones negros, y sus ojos verdes brillaron de emoción.

—Me encantaría, Amanda. Solo si estáis de acuerdo. Quiero decir… Realmente me encanta lo que enseñáis y me gustaría seguir aprendiendo.

Amanda se retiró el pelo rojo y suelto de la cara, se levantó del sofá y tomó asiento al lado de la presidenta del Consell de Ibiza. Pasó un brazo por encima de los hombros de esta y la arropó con suavidad.

—Aquí siempre serás bienvenida —le aseguró.

Después de aquella conversación, Meritxell les habló de los progresos de Toni y de cómo se había tomado la junta el no promover la edificación en es Vedrà.

Una parte de la junta estaba a favor y otra, en contra. La decisión había sido muy criticada en el Consell y eso había hecho que se granjeara nuevos enemigos a los que ya tenía como Honorable presidenta.

Estaba convencida de que se preparaba un motín para proponer una moción de censura y expulsarla del cargo.

Pero a Meritxell nada le daba miedo ya. Nada la asustaba. Porque su máxima preocupación se había esfumado a través de las manos de esa joven de ojos azules y felinos que tenía frente a ella.

Si su hijo vivía, ella era feliz.

Y siempre estaría en deuda con Alegra por ello.

Después de la reunión, acompañaron a Meritxell hasta el coche. En la puerta, Meritxell abrazó a cada una de las tres; y cuando llegó a Alegra le dijo mirándola con transparencia:

—No solo has realizado un milagro al revivir a mi hijo, Alegra. También has hecho un bien al negociar por la no edificación en es Vedrà. Gracias por preocuparte por nuestra isla. Sea cual sea el don que la vida o la magia te otorgaron, siempre será respetado y bendecido por mí. —Le dio un beso en la mejilla, agarrándole ambas manos con aprecio.

Después de eso, se montó en su BMW y se fue, levantando una nube de polvo a su paso.

Alegra miró su reloj y se dio cuenta de que apenas tenía tiempo para irse a comprar un vestidito digno del club al que iba a asistir esa noche; y digno de la mirada depravada de Nil.

Entró en la casa rápidamente, porque no veía el momento de coger el teléfono, marcar su número y escuchar aquella voz que le ponía el corazón a mil y el vello de la piel como escarpias.

Daba igual si esa noche ella iba a hacer una guarrada, pero debía hacerlo para demostrarle a las Balanzat que Nil no tenía nada que ver en nada de lo que les sucedía.

O, al menos, eso deseaba con todas sus fuerzas.

20

DISCOTECA LÍO

Había lugares que se ganaban la fama de exclusivos a pecho y merecidamente. Ese era el caso de Lío que, en poco más de tres años, se había convertido en un *must* para todas las celebridades peninsulares e internacionales.

Nil había estado en infinidad de locales y discotecas glamurosos, pero aquel restaurante-sala de noche era algo fuera de lo común.

Afuera, los *paparazzi* inundaban la entrada de *flashes*, esperando cazar al nuevo famoso que visitaba el local, buscando mezclarse con gente de su estilo.

Nil se había tenido que vestir como un galán de los tiempos de la mafia. Llevaba un gorro de gánster blanco y negro, una camisa blanca arremangada hasta los codos y unos pantalones de pinza de color negro, junto a unos mocasines del mismo color. Llevaba el pelo suelto, rubio y brillante; y moreno como estaba, con los ojos tan claros y tan atractivo, llamaba muchísimo la atención.

Todas las chicas lo miraban, pero él no estaba pendiente de mirar a ninguna. Esperaba a Alegra con ansia.

Por fin le había llamado. Nil se sentía más perdido que Colón en África. Definitivamente, en apenas una semana muy intensa, se había quedado prendado de una morena inteligente, exótica y audaz con una lengua capaz de desmoronarte cualquier teoría.

Pensaba que Alegra no era su tipo. Pero, en ese instante, después de estar dos días sin verla, había descubierto que si alguna vez había tenido un tipo

de mujer como modelo ideal para él, podría ser ella, lo contrario de lo que había buscado después de Tess.

Alegra era desinteresada, leal, honesta, sincera y muy sensible.

Tess resultó ser una serpiente.

De repente, un precioso Gordini naranja aparcó en la puerta, y de él bajaron dos beldades que llamaron la atención, incluso, de los dos hombres de seguridad que controlaban la lista de invitados de Lío.

Los dos armarios sonrieron y saludaron con la cabeza a la pelicastaña, que no era otra que Sasha. Y, madre de Dios, llevaba un conjunto plateado de purpurina extracorto, con un escote que podría dejar sin palabras incluso al más lumbrera.

Y a su lado, una diosa de ébano con piel bronceada, larga melena recogida en un cola alta y extremada y maquillaje ahumado. Sombra aquí y sombra allá y toma belleza al canto. Alegra apareció con un vestido de lentejuelas negras igual de corto que el de su hermana, zapatos de tacón de aguja y unos ojos imposibles que miraban lo que acontecía a su alrededor con análisis y curiosidad.

Llevaban brazaletes extraños y elaborados, supuestamente, a la moda. Y sendos bolsos de mano con brillantes incrustados y la marca Chanel como escudo.

Nil tuvo la sensación incómoda de sudor frío que le entraría a un hombre inseguro familiarizado con sus miedos, y que acababan de tomarle a él por sorpresa. Por primera vez sintió que él, como hombre, no era mucho para aquella mujer, aunque las miradas apreciativas de las féminas alrededor dijeran lo contrario.

Cuando Alegra lo localizó, parpadeó aguantando la respiración.

Un suspiro.

Un salto del corazón. De él. De ella. Se había parado el tiempo, entre los *flashes*, los gritos, la música y la noche.

Después, Alegra le sonrió abiertamente y le indicó que se acercara y pasara de largo toda la cola que había para entrar al espectáculo inicial de la cena.

Nil la obedeció. ¿Cómo no hacerlo? Se cortaría las venas por pasar una noche junto a ella, por muy patético que sonara.

Alegra parecía casi igual de alta que él, y Sasha estaba muy guapa.

—Hola —le dijo ella admirándolo con gusto, con ganas de besarle esa boca que el dios de la belleza le había dado.

—Hola —contestó él colocándose entremedio de ellas, y dándoles un beso en la mejilla a cada una.

—Entraremos con Sasha —informó Alegra—. Ella se mueve muy bien en este ambiente.

Nil la miró con admiración.

—Pues ya puedes tener valor entre tanto *flash*.

Sasha se encogió de hombros y lo cogió del brazo.

—No es para tanto. Además, yo no soy ninguna estrella.

—Disiento, señoritas. —Su mirada turquesa y clara centelleó como la de un bandido seductor, y su gorro se inclinó a un lado—. Brilláis con más fuerza que las que hay en el cielo.

Sasha se echó a reír y esperó a que Alegra hiciera lo mismo y se cogiera a Nil.

—Adulador. Andando.

Los dos miembros de seguridad ni siquiera le pidieron las entradas, puesto que conocían a Sasha; y ella, al ser amiga íntima de Sebastian Gamboa, que era quien celebraba la fiesta *Vintage* posterior, tenía entrada allí siempre que lo quisiera.

Esa noche y todas las del año.

Cuando uno entraba a un local en el que las camareras bailaban y cantaban como sacadas de un cabaré de lujo, sabía inmediatamente que estaba en un lugar con clase, que ascendía la palabra *show* a la enésima potencia. Una especie de Moulin Rouge lleno de lujo, color y música.

Nil, Sasha y Alegra comían juntos, en primera fila del escenario, en el que el espectáculo cobraba vida entre mesas que parecía que flotaban entre yates, ya que, aunque parecía imposible, habían convertido la parte central de la sala en un lago con piragüistas. En Lío todo podía pasar.

Los platos iban y venían presentados de manera extravagante: en un sombrero de copa, en una pajarera, como el confit de pato; o incluso te

hacían sentir como piratas al presentarte un suculento manjar en un cofre, más bien de joyería, eso sí.

El cabaré estaba liderado por un chico de color guapísimo que solo llevaba un *slip* y, en sus pies, unos altísimos zapatos de tacón. Las chicas del cabaré meneaban sus caderas, vestidas en *bodis* negros de seda. Todas llevaban plumas rojas en la cabeza y sus ojos se habían maquillado con sombras oscuras y plateadas.

Para Nil, arquitecto amante del diseño y del arte, era fácil identificar el Matisse de la pared que tenía a un lado o el Picasso en otro. Obras de arte tan preciadas como inaccesibles para la gente normal.

Sin embargo, si había algo de excelsa belleza en Lío, eso era Alegra. Y Alegra no estaba en venta. Por el amor de Dios, no le podía quitar los ojos de encima.

Alguna vez la había cazado mirándolo de reojo. Nil le había acariciado el tobillo de modo «casual» por debajo de la mesa, y ella había pegado sus rodillas a las de él.

Aquello era coqueteo y seducción en estado puro, aunque de manera sutil y no directa, como muchas de las chicas con las que había estado habían hecho con él, pegando sus pechos a su brazo o, directamente, metiéndole mano al paquete por debajo de la mesa.

Alegra no jugaba en esa liga. Estaba en otra, tal vez solo destinada a las mujeres con clase y educación con un extraño misticismo alrededor, más fuera que dentro de este mundo.

Era fascinante contemplarla y descubrir que no podía poner palabras a lo que sentía cuando la miraba.

Y fue todo tan fácil… Era tan fácil estar con las Balanzat, hablar con ellas, reírse, divertirse, pasar un buen rato… Y no de manera superficial, sino creando verdaderos vínculos. Sasha podría ser una de sus mejores amigas, y Alegra, si no existiera esa terrible atracción inhumana, también.

Pero con Alegra quería algo más. Mucho más de lo que tal vez había tenido con ninguna otra mujer.

Con nadie.

Cenaron entre risas, aplausos al presenciar el espectáculo del cabaré y brindis por esa noche. Degustando los deliciosos platos que servían,

admirando la belleza a su alrededor, y también Ibiza y su Dalt Vila, que se veía a lo lejos desde la tarima en la que danzaban los bailarines, creando un lienzo inmejorable.

Después de la cena, tocaba recoger las mesas y convertir Lío en un club musical de alto nivel.

—Me parece que acabo de ver a Elsa Pataky y a su marido —murmuró Nil sonriente.

—Y Lionel Messi está en la zona norte del local, con más jugadores del *Barça*… —aseguró Alegra.

—¿Y de quién eres amiga tú, Sasha, para tener estos contactos? —preguntó interesado y, a la vez, sorprendido por que alguien de apariencia tan frágil y bondadosa como Sasha tuviera a los hombres de seguridad de Lío comiendo de su mano e invitaciones privadas y personales que más de uno querría para sí.

La joven se encogió de hombros mientras se bebía una copa de Moët de golpe. Exhaló con gusto.

—Ahora lo verás.

De repente, en una tarima cuyas cortinas plateadas se habían recogido en sus laterales, como quien muestra el inicio de un espectáculo teatral, se enfocó a un hombre de pelo negro y moreno y unos cascos oscuros en las orejas. Manipulaba una mesa de mezclas, y llevaba una camiseta verde que ponía *SUPER DRY*.

A su lado, una mujer pelirroja, con un vestido *vintage* blanco y un violín negro y de indefinibles formas en el hombro, sonrió al público que, ya de pie, esperaba que empezara la fiesta.

Y, entonces, la magia de las cuerdas del violín invadió a todos los presentes.

Los acordes del instrumento eran conocidos. Todos aplaudieron y vitorearon, pues sabían que aquel era el pistoletazo de salida de una noche de ensueño. Las luces rojas y azules refulgieron intermitentes por toda la sala, que ya estaba a oscuras.

—La que toca el violín es B-Linda. Y el *dj* es Sebastian Gamboa —le explicó Sasha moviéndose al ritmo del violín y la música *dance*—. Son mis amigos. He compuesto algo para ellos.

Ni a Nil ni a Alegra les gustaba demasiado ese tipo de música, pero en aquel lugar, con el especial sonido de la música de un instrumento tan evocador como ese, sus pies y sus cuerpos se movieron solos.

El violín llegaba a notas que parecían imposibles de alcanzar, y ellos se elevaban con el sonido de la canción.

—Voy a saludar a Sebastian —les dijo—. Os traeré algo para beber —Sasha miró a Alegra con los ojos entornados—. ¿Qué queréis?

—Tráenos lo que tú quieras —le dijo Nil, sin dejar de mirar a Alegra.

La pequeña de las Balanzat miró a uno y a otro y puso los ojos en blanco. Por el amor de Dios, parecía que iban a desnudarse en medio de la pista. Así que, con resolución, se dio media vuelta y se dirigió a la mesa de mezclas para saludar a su amigo.

Nil tomó a Alegra de la mano y la arrimó a él. Alegra aguantó la respiración al tenerlo tan cerca. Era tan arrollador, y su presencia tan magnética, que no podía luchar contra él de ninguna de las maneras. Por eso, por acuerdo tácito, habían decidido que sería Sasha quien le echara las gotas de burundanga en la bebida. Cuando su hermana compositora regresara y Nil bebiera de ella, sabrían toda la verdad.

Pero, en ese momento, solo pudo disfrutar del beso que Nil le dio en la boca y de cómo la abrazó contra él, con cara de deseo y anhelo. Exactamente, como la de ella.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —preguntó ella.

—Me he dado cuenta de que seré un fracasado eternamente.

—¿Por qué? —Eso era imposible.

—Porque… —Los ojos claros de Nil resplandecieron con el reflejo de las luces láser azules—… Por mucho que quiera construir belleza a mi alrededor, jamás podrá igualarse a la tuya.

Alegra tragó saliva, atónita.

—Señor Blanc, ¿esta es una de tus frases hechas?

—No. —La miró de forma penetrante. Con sinceridad, con la decisión de una persona que estaba a punto de declarar algo tan verdadero como que estaba vivo—. Hace ya mucho rato que dejé de utilizarlas contigo, Alegra.

Alegra suspiró, incapaz de luchar contra las ganas de comérselo. Hundió los dedos en su pelo largo y rubio y lo acercó a su boca. Justo cuando sus labios estaban a punto de tocarse, el móvil de Nil vibró en su bolsillo.

Nil no lo iba a coger, pero Alegra pensó en sus hermanos. Tal vez necesitaban algo. Lo mejor sería que atendiera la llamada.

—Cógelo.

Nil la obedeció a regañadientes.

—Es mi hermano —dijo con sus ojos fijos en la pantalla. Descolgó y contestó—. Hola, Lucas.

—Vaya —contestó la voz de su hermano pequeño al otro lado—. ¿Eso que oigo son violines del amor?

—Corta el rollo, chaval. ¿Qué quieres?

—Han dejado un sobre por debajo de la puerta —explicó.

—¿Un sobre?

—Sí. ¿Quieres que lo abra? Va a tu atención. ¿Y si tiene que ver con la llamada que recibiste?

Nil se relamió los labios. ¿De verdad existían pruebas que demostraran que la decisión de Meritxell Roureda iba más allá de un simple cambio de voto? Miró a Alegra y, tal y como la admiró, su inquietud desapareció. Esa noche quería disfrutar de ella. Quería que se lo pasaran bien los dos. No quería complots ni ardides de por medio.

—No lo abras, Lucas. Mañana lo leeré con calma. Ahora guárdalo. ¿Dónde está David?

—Se ha quedado durmiendo en el sofá.

—¿Qué le has puesto?

—*El Señor de los Anillos*. No tiene gusto cinematográfico —murmuró con desagrado.

—Lo sé.

—Se está perdiendo la mejor parte.

—¿Y qué parte es esa para ti?

—La parte en la que Aragorn llega a través del sendero de los muertos a la morada de los muertos desvelados, maldecidos por Isildur después de que lo traicionaran.

—¿Lo traicionaron? —preguntó Nil imaginándose a su hermano en plena euforia Tolkien. Se sabía la historia perfectamente, pues ya la había visto varias veces con Lucas.

—Sí, joder. Ellos eran leales a Sauron, pero juraron lealtad a Isildur. Isildur se enteró y los encerró en la caverna hasta que su heredero les encontrara.

—¿Y ahí encuentran a Kripton? —preguntó pitorreándose de él.

—¿A Kripton? Kriptonita es lo que tienes tú en el cerebro, marica.

Nil se echó a reír. Su hermano y sus mundos de fantasía… A él le gustaban, pero estaba más centrado en el mundo real.

—Que te aproveche con tu nuevo ligue.

—Gracias. No abras el sobre.

—No. Buenas noches.

Nil colgó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo de su pantalón negro. Todavía sonriendo, miró a Alegra, que estudiaba su manera de hablar con su hermano pequeño.

—¿De qué hablabais?

—Mi hermano… Es un friki de *El Señor de los Anillos*, y le ha puesto la peli a David, que sufre narcolepsia ante las películas de fantasía…

—¿Tu hermano David se duerme viendo *El Señor de los Anillos*? ¡Qué sacrilegio! —exclamó horrorizada.

—Eso mismo pienso yo —Nil no se lo podía creer—. ¿A ti también te gusta?

—¿A mí? Soy fan de Aragorn —informó con dignidad, alzando la barbilla.

Una mujer vestida tan exuberante y con tanta energía sexual a su alrededor no podía levantar la barbilla de ese modo y no pretender que él no se empalmara.

Sacudió la cabeza, intentando salir de su hechizo.

—Me… Me ha dicho que estaban en el mejor momento. En la cueva de los muertos.

—Oh, sí. Cuando Aragorn va a pedirles ayuda a los muertos desvelados para vencer a… —Alegra se quedó muy callada. «¿Ayuda a los muertos?». Acababa de caer en la cuenta de algo relacionado con las presencias oscuras

que las acechaban. Si eran antiguas almas de Iboshim solo podían salir de un lugar: de la necrópolis.

—¿Qué te pasa?

Alegra alzó la mirada azul y miró a Nil con ojos clarividentes.

—Dile a tu hermano, de mi parte, que es un genio.

—¿Un genio?

Alegra asintió, lo tomó de la cabeza y lo besó en los labios.

Nil no tuvo oportunidad de decirle nada más, y tampoco le importó. Había pasado toda la noche deseando besar a la Venus que lo acompañaba de aquel modo: como si tuvieran hambre el uno del otro y la cena no les hubiera saciado.

—Sebastian —Sasha subió a la tarima del *dj* y le dio un caluroso abrazo.

—Hola, guapa —dijo él descolgándose un auricular negro de su oreja—. ¿Estás preparada para escuchar el temazo que me preparaste? —le preguntó mientras se movía al ritmo de las pistas que pinchaba.

—¿Lo-lo vas a poner hoy? —preguntó emocionada y también muerta de vergüenza. De alguna manera, que alguien cantara sus canciones la hacía sentirse un poco desnuda, como si se mostrara tal cual era, aunque la gente desconociera que era ella la artífice de aquellos temas.

—En cuanto B-Linda acabe de tocar su pieza, empezará con tu introducción —sonrió—. Ha quedado espectacular. Gracias por colaborar conmigo.

—Me ale-legro mucho. Es un placer, Sebastian —contestó ella.

Se dieron un abrazo y, después, Sasha, con el corazón desbocado y los nervios a flor de piel bajó de la tarima y se fue a la barra a pedir. La primera vez de ellos era también como su primera vez. Una puesta en escena, un primer impacto que debía dejar a la gente tan emocionada como lo estaba ella mientras creaba ese tema.

Ella no salía al escenario, no ponía su voz, pero aquellas melodías salían de su alma.

—Tres margarita *blue* —pidió al barman.

—Marchando, Sasha —le dijo el guapo mulato.

A Sasha la conocía mucha gente allí por la de veces que había acompañado a sus amigos artistas a pasar una noche de gala en aquel lugar. Mientras miraba cómo el barman preparaba sus cócteles azules, y seguía con las caderas el ritmo de la música, alguien le golpeó en el hombro con la punta de sus dedos.

Sasha sintió una leve electricidad que recorrió toda su piel y cerró los ojos con consternación.

—Hola, Sasha —dijo la voz de Kilian a sus espaldas.

Sasha lo miró por encima del hombro, fingiendo sorpresa cuando ya sabía que era él. Esa sensación solo la provocaba un único hombre en la vida de una Balanzat. El único que la podía hacer feliz; o el único que la podía destrozar.

—Kilian —asintió fríamente con la cabeza.

—Estás muy guapa.

Sasha carraspeó con incomodidad. Kilian también lo estaba. Pero él siempre había sido un fuera de serie en cuanto a su atractivo; y ya se hartaban sus fans de decírselo, así que ella no iba a ser una más. Ya no.

—Gracias.

—Veo que te conoce muchísima gente aquí —murmuró con la voz teñida de un ligero asombro.

—Pa-parece que estés sorprendido.

El moreno de ojos muy verdes no supo qué contestar. Se recolocó el sombrero de gánster a un lado. Su caro reloj resbaló un poco por su muñeca. Sasha tuvo que apartar la mirada para no caer presa de su hechizo.

—No lo sé. Te he visto saludar a gente muy famosa mientras te dirigías a ver a Sebastian Gamboa. ¿Eres su amiga?

—Sí. ¿Me ha-has estado siguiendo?

—Claro que no. Pero tu vestido parece un faro para los ojos de mis amigos, y también de media discoteca. Es inevitable no mirarte.

—No-no seas moro. Todas las chicas llevan vestidos así. Esto e-es una fi-fiesta *vintage*.

—¿Por qué te conoce uno de los *dj* más importantes del mundo? Siempre dijiste que a ti este mundillo de la fama no te gustaba… —Estaba sacando la

cartera para pagar las bebidas que había pedido Sasha, pero ella lo detuvo con la mano.

—¿Qué haces?

—Invitarte.

—No-no hace falta que ha-ha…

—¿Haga esto? —sonrió compasivo.

—Sabes cuánto odio que acabes mis fra-frases. No-no necesito un intér-p-p-rete. Soy ta-tartamuda, no rusa. Vete con los a-amigos de tu nuevo-vo equipo-po, no-no vaya a ser que ve-vengan a conocerme y…

—No, Sasha. Por favor —lo detuvo él con gesto compungido—. No sigas por ahí.

Kilian le ofreció el dinero al barman, molesto con él mismo por haber provocado la reprimenda de la joven.

—Cóbrate lo de la señorita.

El chico arqueó las cejas negras y negó con la cabeza.

—Sasha aquí no paga jamás.

Ella sonrió a su amigo, y este le guiñó un ojo.

Kilian se quedó con el dinero en la mano y volvió a guardar la cartera, apretando los dientes con frustración.

—Yo solo quiero saber si te va todo bien.

—Muy bien, Kilian. Ya te lo dije. Gracias por in-interesarte.

Él se metió las manos en los bolsillo de los Dockers claros que llevaba.

—Cuando te vi el otro día, en Santa Eulàlia, y te escuché hablar… Parecía que ya no tartamudeabas.

Sasha entrecerró los ojos, y al notar la esperanza en la voz de Kilian, una furia fría y helada se aposentó en su corazón.

—¿Qué desilusión, no?

—Sasha…

—¿Te-te hubiera gustado más si dejara de tartamu-mudear? ¿Eh?

—Yo no he dicho eso —se defendió él—. Lo que pasó en Londres…

—No hablo de Lo-Londres. Hablo de ti. A ve-veces, no hace falta hablar demasiado-do para que te expre-preses con clarid-dad —Sasha miró a su amigo barman y le dijo—: Edu, guárdame e-esta copa. Ahora vengo a por ella.

—Como digas, preciosa.

Kilian no le quitaba la mirada de encima a Sasha; esperaba poder hablar más con ella, pero ya había metido la pata demasiado.

—Adiós —le dijo ella.

—Adiós —contestó él sabiendo que lo mejor era irse.

Sasha, que tenía los ojos llenos de lágrimas, se dio prisa en verter el contenido del frasquito de burundanga en la copa de Nil mientras se abría camino entre la multitud, que se movía con la música.

Cuando llegó hasta ellos, se recuperó del nuevo desazón que había sufrido con Kilian y les ofreció las copas a la pareja, que estaba en plena fase de absorción el uno del otro.

—Separaos un momento. Muy bien. Ahora coged aire.

Alegra se echó a reír y Nil la miró como si estuviera en otro mundo, uno en el que los besos de Alegra lo tenían preso.

—Tomad y bebed. Voy a por la mía —les dijo Sasha.

—Gracias —agradeció Alegra mirando interrogativamente a su hermana.

—De nada —Sasha asintió—. Por cierto, Sebastian va a poner mi canción —les informó.

—Me muero por escucharla —aseguró Alegra feliz—. Seguro que es un éxito. Como todo lo que sale de tu corazón, Sashi.

Sasha les apresuró con las manos para que bebieran.

—Ya. Bueno… ¡Ale! ¡Todo enterito! ¡A pasarlo bien!

Nil y Alegra brindaron y bebieron del margarita haciendo un Hilario.

La burundanga también era un poco afrodisiaca; eso era algo que debía tener en cuenta Alegra, y que no pensó cuando Nil se bebió su copa de golpe, como el camello sediento que bebe agua del desierto.

Él la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo, con una sonrisa depredadora y una mirada sinvergüenza en sus desnudos ojos.

Alegra sabía que debían moverse para que la burundanga hiciera su efecto y se adhiriese a su torrente sanguíneo lo antes posible. Y para ello, sonó el nuevo tema de la mano de Vanesa Mae y Sebastian Gamboa, que sonreía como el que tenía algo grande entre manos y animó al personal que, hipnotizado, quedó cautivado ante el sonido de la música.

Era un tema inédito de su hermana del alma. Y Alegra lo sintió como suyo, porque la letra y la música de Sasha eran iguales que un abrazo fraternal para ella.

Nil empezó a mover a Alegra, a moldearla con las manos mientras se mecían de un lado al otro, bailando al ritmo y al compás, aislados, como si en el mundo solo existieran ellos dos. Alegra se apoyó en los hombros de Nil y la letra les acarició, estimulando cada una de sus miradas y sus besos robados.

Y, entonces, para sorpresa de todos, salió el cantante Garson, iluminado por un foco. Iba vestido de negro y dorado, con brillantina. Llevaba el pelo con tupé hacia un lado. Su entrada fue tan espectacular como lo hermoso y divino que se veía con la gente a sus pies, y él cantando mirando al horizonte.

Esta noche, tengo ganas de comerte el corazón Esta noche, las barreras se abren ante la pasión. Esta noche, tengo ganas de besar toda tu piel. Y tenerte y quererte hasta hacerte enloquecer. Esta noche.

Si pudiera expresar todo lo que siento dentro… Dejaría de luchar, contra este corazón.

Es por ti que escribiré en papel mis pensamientos; con valor hoy cantaré la verdad en mi canción.

Te haré feliz; te haré volar, doblegaré tu voluntad. Te daré luz. Te daré paz y libertad.

Esta noche, tengo ganas de comerte el corazón Esta noche, las barreras se abren ante la pasión. Esta noche, tengo ganas de besar toda tu piel. Y tenerte y quererte hasta hacerte enloquecer. Esta noche.

—Tu hermana es increíble —admitió Nil hundiendo la nariz en el cuello de Alegra—. Esta canción me pone la piel de gallina.

Alegra asintió con la cabeza, buscándola con los ojos. Aquella canción decía mucho de alguien con su problema. Una persona que se trababa al hablar y que, a través de la música, pudiera encontrar las palabras adecuadas para decirle al hombre que amaba lo mucho que significaba para ella.

Nil la tomó de la barbilla y la besó en los labios, provocando a Alegra hasta que ella respondió con la misma pasión.

En tus ojos encontré la esperanza de mis sueños. Y por ti yo lucharé, hasta hacer mi voluntad.

En la guerra del amor, en la paz y el sufrimiento. Entre el frío y el calor, tu mirada buscaré.

Te haré feliz, te haré volar. Doblegaré tu voluntad. Te daré luz, te daré paz. Y libertad.

Esta noche, tengo ganas de comerte el corazón Esta noche, las barreras se abren ante la pasión. Esta noche, tengo ganas de besar toda tu piel. Y tenerte y quererte hasta hacerte enloquecer. Esta noche.

Vive y viviré. Y escucha estos versos. No me rendiré, si vienes a por mí.

Esta es mi pasión, mi ley y mi deseo: Entregarte esta canción y rendirme a ti.

Esta noche, tengo ganas de comerte el corazón Esta noche, las barreras se abren ante la pasión. Esta noche, tengo ganas de besar toda tu piel. Y tenerte y quererte hasta hacerte enloquecer. Esta noche.

Después de la canción y de los aplausos de todos los que estaban allí reunidos, maravillados con el cantante y con el ambiente, Alegra entendió que era el momento de hablar con Nil.

—Nil —dijo Alegra entre beso y beso. Debía tantearle. Su necesidad por aclarar sus dudas se asemejaba a la creciente necesidad, y al intenso sentimiento, que tenía por él y que aumentaba día tras día—. Necesito preguntarte algo. —Lo cogió del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Él tenía las pupilas dilatadas, las mejillas rojas y sonreía como si estuviera un poco mareado.

—Creo que han cargado mucho ese margarita —murmuró divertido.

—Sí, estaba un poco fuerte —disimuló.

Nil se pasó la lengua por los labios y gruñó por lo bajo cuando volvió a besarla, alimentándose de ella. La abrazaba tan fuerte que la levantó del suelo y caminó con ella por toda la pista. La gente les dejó pasar vitoreándolos entre aplausos y risas. Apunto estuvieron de caerse a la piscina, pero él la esquivó con agilidad.

—No sé qué es lo que me haces —le susurró ocultándola en la esquina de la sala, estampándola como un cromo contra la pared. Enseguida la cubrió con su cuerpo y ella se obligó a respirar.

—¿Lo que yo te hago?

—Sí, joder —se obligó a serenarse—. No sé qué es. Nunca me había pasado.

«Ay, por el amor de Dios…».

—¿Alguna vez te has enamorado? —le preguntó él.

Alegra parpadeó incrédula. ¿Estaba hablando así por la burundanga, la esencia de la verdad?

—No me digas que sí.

—No… No. Nunca.

Nil se perdió en sus ojos azules y claros, en el modo que tenían de mirarlo y de transmitirle cosas que nada ni nadie le había dado por voluntad propia. A veces, las cosas más valiosas de la vida se pagaban muy caras, sobre todo la belleza y la comodidad. Pero Alegra le otorgaba belleza y algo más que nunca nadie le había dado gratuitamente. Era increíble.

—Yo creí sentirme enamorado una vez. Pero, desde que te conocí, me he dado cuenta de que estaba equivocado respecto al amor.

—Nil…

—Alegra, ¿me creerías un loco sociópata si te dijera que creo que me estoy enamorando perdidamente de ti? —Sus ojos se medio cerraron y se apoyó en la pared.

Ella lo sostuvo, alarmada. La burundanga le robaba la voluntad de callarse y de controlar sus propios impulsos.

—Joder, qué coño digo —gruñó para sí.

—Nil… —Ella le acarició la espalda, tranquilizándolo—. ¿Te encuentras bien?

—No. Hace una semana que no me encuentro bien. Me siento perdido y aterrorizado como nunca. Y lo peor, lo peor de todo… es que casi no me importa lo que ha sucedido con el proyecto de mi padre, ni tampoco el hecho de perder el verano aquí, porque no se me ocurre nada mejor que perder todo el tiempo que tenga contigo. Viéndote —Sacudió la cabeza y se levantó el sombrero, aturdido—. Solo… mirándote. ¿No te parezco patético? —se rio de sí mismo.

Alegra negó con la cabeza y sentía su desbocado corazón en la boca. Por favor, si Nil se había enamorado de ella… A ella solo le hizo falta pasar una noche en es Vedrà para que sacudiera su mundo de arriba abajo. ¿Qué les estaba pasando? ¿De verdad se estaban enamorando? ¿Era eso el amor verdadero?

—No me pareces patético. Yo me siento igual.

—¿De verdad?

—Sí.

—Es casi… ridículo.

—Es mágico —le corrigió ella, acariciándole la mejilla—. Es tan mágico, Nil —sonrió emocionada—. Pero, Nil… —Necesitaba preguntárselo ya, antes de que el hombre se desmayara o se durmiera. La burundanga lo sumiría en una especie de limbo del cual no saldría hasta después del amanecer.

—¿Qué? —preguntó avergonzado por aquella declaración de amor que no había podido controlar.

—Escucha. ¿Tienes algo que ver con lo que les está sucediendo a las Pitiusas?

—¿Eh? —frunció el ceño.

Alegra tragó saliva. Lo tomó del rostro y le obligó a mirarla a los ojos, con seriedad y concentración plena.

—¿Tienes algo que ver con la eutrofización de las aguas? ¿Hay algo más detrás de todo eso que yo deba saber? ¿Sabes quiénes son las Balanzat?

—No. No sé de qué me hablas —intentó retirar la cara.

—¿Lo sabías antes de llegar a la isla? ¿Sabías lo que le sucedería a es Vedrà si llegases a edificar allí?

—No. ¿Qué dices? ¿Qué le iba a suceder? Alegra —rodeó sus manos con la de él—, ¿qué te pasa?

Alegra tomó aire por la nariz y se relajó por completo. En el fondo, sabía que Nil era incapaz de hacer algo así y que no podía formar parte de nada parecido, preocupado por la ecología como estaba y siendo un arquitecto de diseños sostenibles. Pero la vida a veces sorprendía con cartas que ni siquiera podías imaginar; por esa razón, Alegra ahora respiraba feliz. Nil, el hombre del que se estaba enamorando por completo, no tenía nada que ver con aquello que acechaba a su familia, ni con el daño que se le hacía a propósito a sus queridas islas.

—Menos mal —murmuró para sí antes de atraerlo hasta su boca y besarlo. El sombrero de Nil cayó al suelo, pero podría haber caído una de las lámparas de Lío y tampoco se habrían enterado.

Nil la abrazó y ella le rodeó la cadera con una pierna.

Ocultos como estaban de la vista de los demás, en un rincón apartado de los *flashes* y de las miradas indiscretas, ambos necesitaban tocarse y decirse con las manos lo que no atinaban a expresar con palabras.

La piel de ambos ardía. Las manos de él, duras, tiernas y experimentadas recorrían sus nalgas y sus piernas, hasta alcanzar ese punto entre ellas que encendía a una mujer de golpe.

Nil sonrió y mordió el labio inferior de Alegra, tironeando de él.

—Quiero hacerlo aquí.

—No puedes. Aquí no. ¿En Lío?

—Nadie nos mira. Y necesito tenerte, Alegra. Lo necesito tanto que me duele. —Guio su mano hasta el duro y grueso pene de él, oculto y apretado tras el pantalón.

Alegra lo acarició, y él rechinó los dientes. Se pegó contra su entrepierna y empezó a frotarse contra ella. Las braguitas eran muy finas, y él estaba muy duro, así que la fricción hizo que Alegra se humedeciera en nada y que Nil se volviera loco.

—No deberíamos hacer esto…

—Yo no debería sentir nada así por nadie —gruñó contra su hombro, inmovilizando a esa mujer contra la pared—. ¿Y qué hago?

—Nada —contestó ella cerrando los ojos por el gusto.

Nil agarró la pierna de ella fuertemente contra él, y la embistió con delicadeza y movimientos sinuosos pero certeros.

Ella se agarró a su camisa, y él la tomó por la coleta, le tiró la cabeza hacia atrás y besó su cuello y su garganta como si fueran una apasionada pareja de tango.

—Nil…

Él se apretó a ella con la energía de un toro y logró que Alegra temblara entre sus brazos, ahogando sus gemidos en su pecho.

Nil la sepultó con su cuerpo, sosteniendo su liberación y su precioso orgasmo. Con Alegra sucedía algo muy extraño. El solo hecho de tocarla y de saber que podía hacerle sentir de ese modo, le provocaba ya placer. Y aunque seguía erecto en los pantalones y no se había corrido, no le pudo importar menos.

Su Alegra había gemido en su oído, contra su pecho, y no había nada más hermoso que atesorar cada uno de sus gestos y de sus suspiros mientras él la llevaba al éxtasis.

21

Sentía algo muy húmedo en la cara. Algo que lo recorría de arriba abajo, de izquierda a derecha, en el ojo, en la boca… Por todas partes. Y no eran besos de Alegra. Ella no era una babosa como lo que le estaba pasando por la barbilla.

Abrió un ojo, que tuvo que cerrar de golpe, porque un rayo de sol le daba directo en la cara. Intentó incorporarse, pero no podía porque algo se había sentado sobre su torso. Cuando pudo focalizar la mirada, se dio cuenta de que tenía un can ibicenco precioso, de color canela, sentado cómodamente en su cuerpo, dándole cariñosos besos sin intención de detenerse.

—Te da los buenos días —dijo la voz de Alegra a su lado—. Golfo. Abajo. —El perro obedeció y dio un brinco hasta el suelo—. Es muy cariñoso —le explicó mientras le limpiaba la cara de babas y soltaba varias risotadas.

Nil se embebió de la imagen de Alegra. Tenía el pelo enmarañado y aun así olía a frutas. Sus ojos rasgados lo miraban con ternura y curiosidad.

Estaba en la habitación de Alegra, pero no recordaba cómo había llegado hasta ahí. Ella se colocó encima de él, estirándose sobre su pecho, sonriendo como si la situación le produjera risa.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Nil se colocó el antebrazo sobre la frente y cerró los ojos consternado.

—No me acuerdo de nada… ¿Qué pasó?

Alegra sabía muy bien lo que había sucedido. La burundanga en exceso provocaba somnolencia y mareos. Después de que Nil y ella se fugaran de Lío para hacer el amor en la playa sin los impedimentos de la ropa, Alegra se dio cuenta de que el hombre apenas se podía mantener en pie, así que

cogió las llaves del coche de Nil y lo trajo a Sananda, porque él era incapaz de decirle donde vivía; y no porque no quisiera, sino porque la lengua no le obedecía.

—Algo te sentó muy mal después de la cena.

—¿No fue ni el vino, ni el champán de la cena, ni los dos margaritas que nos tomamos de camino a la playa? —se preguntó guasón.

—Oh, no. Por supuesto que no —negó ella en rotundo—. Fue la cena —«Y la burundanga. Pero eso no hace falta que lo sepas».

—Ajá… ¿Tu madre y tu abuela nos han visto llegar?

—No. Han madrugado hoy, y no suelen aparecer hasta llegado el mediodía.

—¿Y por qué madrugan?

—Ni idea. Eso quisiera saber yo —suspiró con cansancio—. Desde que estoy aquí, cogen la barquita a menudo antes de que salga el sol. Seguramente irán a alguna playa de Formentera. Siempre les gustó encontrar calitas y dejar sus pareos en la arena, incluso cuando aún no han puesto el mar. Y son mujeres de tradiciones muy fuertes. Seguro que siguen haciéndolo.

—Mi madre también era de las que madrugaba mucho para encontrar sitio en la playa.

Como pudo, Nil echó un vistazo a aquella habitación femenina en la que se hallaba. Era tal y como se la imaginaba.

Un puf rojo para Golfo enfrente de la cama. El suelo de madera blanca con tonos grisáceos, tipo parqué. Muebles, estanterías, armarios, cómodas e incluso la estructura de la cama de color blanco. Paredes lilas oscuras y claras, para hacer contraste. Cuencos tibetanos de cristal ubicados estratégicamente en el suelo; figuras de cerámica de búhos de colores. Un atrapasueños que colgaba sobre la cama, anclado al techo… Las vistas desde su balcón a es Vedrà eran inspiradoras y relajantes. Aquel era el lugar sagrado de Alegra y olía a ella. A niña y a mujer; los libros de su estantería hablaban de muchas cosas. De medicina, de facultades médicas de todo tipo de plantas, interpretación de los sueños, hechizos y libros de brujas…

Nil sonrió. Era muy tierno estar ahí y conocer esa parte inocente y juvenil de Alegra. ¿Creería en los hechizos? ¿Creería en la magia? Tuvo

ganas de abrazarla fuerte contra él y de decirle que la magia existía solo para ella si eso la hacía feliz. Aunque él no creía en nada de eso. De hecho, lo detestaba.

—¿Supiste que querías ser bióloga celular desde siempre? —preguntó con sus ojos somnolientos fijos en los títulos de los libros médicos de Palmyra.

Alegra negó con la cabeza y la apoyó en el pecho de Nil.

—Lo supe durante la enfermedad de mi padre.

—¿Por qué te fuiste a estudiar a una universidad de Florida?

—Porque era la mejor para mí.

—¿Tan lejos? Con lo que se paga allí por los estudios universitarios…

—Sí. Lo sé. —Besó la piel de su pecho—. Mi padre nos dejó bastante dinero a mis hermanas y a mí para que estudiáramos y nos labráramos un futuro. Él decía que la vocación y la formación eran básicas para tener mayores posibilidades de éxito. Sin embargo, me pagué yo misma la facultad en los seis años que estuve fuera.

—Trabajando —Nil recordaba todo lo que Alegra le había explicado en la playa de ses Salines.

—Sí.

—Y trabajaste muy duro.

—Sí —asintió. Y estaba agotada todavía, pero muy orgullosa de ello.

—Y como eres la mejor en lo tuyo… Ahora te llueven las propuestas laborales.

—Así es.

Nil le acarició el pelo y apoyó la barbilla en su cabeza.

—Qué chica más lista. —Era increíble estar así con Alegra. Aunque hacía poco que se conocían, estar en su cama, hablando de su vida, con la tranquilidad y la complicidad con la que podrían hablar dos amigos de toda la vida lo desconcertaba.

—Gracias, lumbreras.

—Ah, de nada. ¿Qué es lo que te gustaría hacer a ti? ¿Vas a esperar a que te ofrezcan algo que te llame la atención?

—Sí. Eso haré. Quiero llevar un equipo a mi cargo que tenga la misma curiosidad que yo y que crea en lo que tenga entre manos. Mi proyecto de

epigenética se centra en sanar una enfermedad desde dentro, y no con elementos externos. Sé que parece muy *new age* lo que te digo, pero…

—No. Te escucho. Me gusta escucharte.

Alegra sonrió complacida y prosiguió.

—Mi don…

—¿Tu don? ¿Ahora es un don divino tu inteligencia? No lo creo.

Ella sacudió la cabeza. Dios, casi se le escapa… No podía hablar con Nil de su don. No la creería jamás. Y si se lo llegaba a demostrar, se asustaría.

No podía arriesgarse. Así que, se echó a reír algo nerviosa y dijo:

—Me refiero a que, por alguna razón, llegué a la conclusión de que las células tienen cierta memoria que transmiten de generación en generación. Y de que la sanación de según qué enfermedades heredadas dependería también de nuestra situación en la vida, del lugar en el que vivamos, de las experiencias que vivamos y de nuestra capacidad para asumir, a todos los niveles, nuestra implicación y nuestra responsabilidad en el desarrollo de dicha enfermedad. Imagínate: hay dos gemelos. Viven exactamente en el mismo lugar, trabajan en la misma fábrica, tienen el mismo núcleo familiar… Uno se alimenta de una manera. Otro de otra. Tienen matrimonios con mujeres muy diferentes e hijos que no tienen nada que ver los de uno con los del otro. Uno desarrolla un tumor pulmonar. El otro no. ¿Por qué? ¿Por qué si viviendo de la misma manera, uno desarrolla una enfermedad y el otro no? ¿Qué factores desencadenan eso? Seguramente, lo desencadena esa disimilitud entre ellos. Y esos factores son los que se deben estudiar.

Nil se quedó pensativo, frunciendo el ceño y cavilando de la mejor manera posible cuál era el objetivo de esa explicación. ¿Por qué sus padres murieron en un accidente de tráfico? ¿Por qué él no sufrió ningún tipo de daño y sus hermanos sí?

—Mis padres murieron. ¿Por qué ellos y yo no? —preguntó crudamente —. Porque la vida es así, ¿no, Alegra? Unos enfermamos y otros no. Unos tenemos vidas longevas y otros, demasiado cortas. Un bebé muere al nacer y en otro lugar un hombre centenario todavía va a correr por las tardes. Son… las paradojas de la vida. La puta y cruda realidad. Un sinsentido.

—Eso es lo que piensa todo el mundo. Sí. Pero no piensan así los nuevos biólogos. Sobre todo los biólogos cuánticos. Y yo soy una de ellos. Quiero darle una explicación a eso. Por eso, mi proyecto se centrará en demostrar cuál es el núcleo de la enfermedad, a nivel ambiental, emocional, genético y psicológico del paciente. Y sabiendo y comprendiendo por qué se originó esa enfermedad celular a niveles energéticos, podremos desarrollar las bases de un programa en el que, mediante nuestra propia voluntad y creencias, podamos llegar a sanarnos sin necesidad de fármacos.

—Eso es imposible.

—Subestimas a tu propio cerebro, chaval.

—No —se echó a reír—. Eso es imposible, Alegra. ¿Quieres que la gente crea en vez de que se ponga en manos de especialistas? —La miró como si tuviera siete cabezas.

—Soy una gran profesional en mi especialidad. No estás hablando con una friki vendehúmos —aseguró ofendida—. Un respeto.

Nil sacudió la cabeza, todavía incrédulo ante lo que había oído.

—Me pone la piel de gallina lo que dices. Pero me sigues gustando.

—Oh, qué bien —murmuró mordaz—. Es una tranquilidad para mí saberlo. —Se levantó de la cama con mal humor pero, al momento, Nil la volvió a tirar al colchón y se colocó encima de ella.

—¿Te has enfadado porque no comprendo lo que haces?

—No. Me he enfadado porque lo juzgas. Estoy segura de que en esa cabeza rubia que tienes me imaginas tirando las cartas en un programa de televisión de nueve cero dos.

Nil soltó una carcajada, y Alegra le retorció el pezón con saña.

—¡No te rías!

—¡Sádica! ¡¿Cómo no me voy a reír?! —Continuaba riéndose, luchando contra ella.

—No me hace gracia, Nil —le dijo seria—. Déjame, voy a ducharme.

Nil se aguantó la risa pero puso gesto contrito y arrepentido. Los rayos de sol se colaban entre los cristales del balcón e iluminaban la cabeza de Nil con un halo dorado.

—No me negarás que estarías muy guapa por la tele. Con esos ojazos, tu pelo negro, un pañuelo rojo en la cabeza y una bola de cristal delante…

—Hoy vas a desayunar velas negras.

—No te enfades, tonta. —Le dio un beso en la nariz—. Estoy convencido de que hagas lo que hagas con tu proyecto lo harás bien. Sobre todo porque tienes integridad y principios, y no vas a tomarle el pelo a nadie.

—Ah, me reconfortas —espetó cínica.

—Aunque los resultados de tus tesis dependerán de si la gente cree o no en tus métodos, sé que no jugarás con la fe de los demás. Las personas se agarran a clavos ardiendo para no perder la esperanza, aunque eso suponga fiarse de auténticos charlatanes. Pero tú no eres así, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Pues eso me basta.

Alegra quería enseñarle tantas cosas… Todo el mundo necesitaba creer, ese era el primer ingrediente para el éxito en cualquier experiencia personal.

—Pero es que no es fe, Nil —se defendió ella—. La biología cuántica no es fe. No quiero que la gente rece a Dios o a la Virgen para curarse de una enfermedad terminal. Ni quiero llamar a un santero ni a un chamán. Nuestros métodos y sus resultados se pueden probar mediante crisoles y probetas. Es algo que las pruebas científicas no pueden negar.

—De acuerdo. Está bien. Te creo.

—No. No me crees.

—Sí. Sí te creo —insistió con más vehemencia—. Tal vez no conciba el hecho de creer para obrar un milagro que ni siquiera la medicina tradicional ha solventado…

—Nos hemos equivocado durante años —contestó ella—. Es el sino del ser humano.

—Como sea, Alegra. Pero creo en ti. En ti. —Besó su barbilla y después su mejilla—. Creo firmemente. Así que tendrás que esforzarte mucho en tu trabajo y callarme la boca, porque yo soy de los de ver para creer. Ahí lo tienes.

Agradecía la sinceridad de Nil. Muchas veces, cuando explicaba a la gente lo que hacía, asentían como si entendieran a la perfección aquello de lo que estaba hablando, cuando a lo mejor pensaban en su fuero interno que era una pirada de ideas excéntricas. Sin embargo, después de escucharla, la

había mirado de frente y había dicho, con franqueza, que no creía en sus teorías. Pero que la animaba a conseguirlas para hacerle cambiar de opinión.

—¿Me estás desafiando? —Arqueó una ceja negra y sonrió con diversión. Nil sería una nueva motivación, ¿eso era lo que quería decir? Entonces, ¿veía su relación a largo plazo? ¿Se quería quedar con ella? Un sorprendente abanico de ilusión y esperanza se abrió en su pecho y la llenó de una dicha que jamás había sentido. Sí, estaba tan enamorada que hasta quería componer canciones para él. Pero no era Sasha. Ella solo era Alegra. Nada más.

—La gente tan lista como tú necesita que los estimulen, ¿no? Pues en mí tienes a tu mayor desafío. —La cogió en brazos y caminó desnudo con ella por la habitación.

—¡Eh! ¡¿Qué haces?!

—¿No querías ducharte?

—Sí.

—Perfecto. —La acalló dándole un beso caliente en los labios—. Porque yo quiero hacerte el amor en la ducha. Qué casualidad, ¿no?

—Nil, creo que no te soporto.

—Genial, muñeca, porque creo que yo a ti tampoco. ¿Ves? Estamos hechos el uno para el otro.

Después de una mañana en Sananda, en compañía de Alegra y Golfo, Nil pudo comprobar varias cosas. A esa mujer le gustaban tanto los animales como a él, y sentía un profundo respeto por la tierra, casi tanto como el respeto que sentía él hacia la ecología; y una cosa era sinónima de la otra.

Era divertida y relajada. Tarareaba canciones mientras preparaba el desayuno y dejaba que él entrara en la cocina con ella para echarle una mano. No era de esas mujeres que echaban a los hombres de un hábitat que se suponía que no era el que les pertenecía.

Sonreía sin mover los labios, y su pelo tenía vida propia. No importaba que lo recogiese en una cola o con una diadema; era tan fino que acababa deshaciendo cualquier peinado, por eso siempre prefería dejárselo suelto, porque así era como acababa, se hiciera lo que se hiciese.

No necesitaban decirse con palabras lo que pensaban. Solo les hacía falta cruzar una mirada para entender lo que querían el uno del otro. Por eso, después de desayunar, entendieron que estaban tan calientes como el motor de un Fórmula uno y ambos necesitaban tocarse.

También comprendió que no importaba cómo ni cuándo porque, cuando se tocaban, siempre, después de un instante sin hacerlo, saltaba una chispita eléctrica entre ellos. Al principio, esa chispa le había incomodado mucho. Ahora era como un saludo, como una bienvenida que le decía físicamente que lo que fuera que estaba teniendo con Alegra, todo aquel vendaval tempestuoso e incontrolable que atravesaba su alma cuando la veía, era diferente a cualquier cosa que se hubiera imaginado antes o que hubiera deseado para sí.

Alegra era otro mundo. Especial. Sí, eso era. Era un mundo especial al que Nil querría pertenecer, y no solo durante ese verano.

Como estaban solos, Nil le volvió a hacer el amor en la cocina, sobre la encimera. Se besaron con ansiedad, sin tener suficiente de sus cuerpos ni de sus sabores. Nil la embistió con fuerza contra la madera y la obligó a aceptarlo.

Alegra despertaba en él algo primitivo, algo que se escapaba a la razón. Era un ímpetu animal y dominante. Si fuera un lobo, la mordería; y si fuera un perro, mearía a su alrededor.

—Alegra —le dijo sepultado en su interior, sudoroso, retrasando su orgasmo, queriendo alargar el placer—… ¿Tú sabes que me estás volviendo loco?

Ella, que tenía algunos cabellos pegados a su sien, con la bata abierta por completo y asemejándose a una mujer en sacrificio en un altar, rozó sus pómulos con los dedos y se le llenaron los ojos de lágrimas. No lo pudo evitar.

A Nil le pareció el momento más mágico y hermoso de su vida, justo ahí, en el interior de una chica que lo miraba como si fuera un sueño del que no querría despertar.

—Estoy tan perdida como tú, Nil. —Lo atrajo y juntaron sus frentes—. Pero me gusta este manicomio. ¿Y a ti?

—También, preciosa… —Se empezó a mover, esta vez sin intención de parar ni de prorrogar la agonía—. A mí también, Alegra.

Y tras unos minutos de movimientos y danzas antiguas, de besos húmedos extendidos y prolongados, y de miradas en las que ni uno ni otro parpadeaban, los dos, juntos y unidos físicamente como solo dos sexos distintos podían estar, se corrieron entre gemidos y gruñidos.

La música más ancestral del sexo y de la pasión.

Aunque le costó mucho despedirse de Alegra, debía hacerlo, porque ella tenía pensado visitar la necrópolis esa tarde con su hermana, y él tenía asuntos que solucionar en su casa. Así que, al mediodía regresó a Sant Miquel, con una sonrisa de oreja a oreja y una cara de bobo enamorado que llamó la atención de sus dos hermanos. Aunque, lo que más le llamó la atención a él fue el hecho de que ni uno ni otro se levantaran del sofá del salón en el que estaban sentados, pues tenían sus rostros petrificados y fijos en las fotos y la carta que había sobre la mesa baja de cristal.

Nil les saludó con gesto serio, pero ellos no levantaron la cabeza.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó.

David se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz y negó con la cabeza.

—He abierto el sobre que te dejaron ayer noche. —Su voz destilaba rabia y a la vez confusión, como si no creyera lo que acababa de leer y de ver.

Nil no se lo pensó dos veces y de un salto se sentó en el sofá, junto a Lucas, que no se atrevía a mirarle a los ojos.

—¿En serio es tan feo? —preguntó el rubio con preocupación.

Lucas se encogió de hombros, abatido, y frotó entre los dedos su particular colgante. Un frasquito azul de cristal con símbolos y flores rojas.

—Léelo con calma, Nil —le pidió David—. Mira bien las fotos y todo lo que exponen. Luego, tú decides qué quieres que hagamos.

—¿Qué quiero que hagamos respecto a qué?

David movió la barbilla en dirección a los papeles fotográficos.

—Con eso. Lee.

Nil tomó una a una las fotos numeradas con *post its*, leyendo uno a uno los puntos que señalaba la redacción que acompañaba el reportaje, y comparando lo que se decía con las imágenes.

Su rostro, otrora lleno de luz y grandes expectativas, mudó en sombras, manchado por terribles revelaciones que jamás habría esperado.

Su mundo, de nuevo, se había desmoronado: como había sucedido con Tess.

Lamentablemente, el varapalo de su ex, con la que estuvo unido un par de años, no tenía nada que ver con el desánimo y la furia que sintió hacia la mujer con la que pretendía pasar un verano inolvidable.

Meritxell Roureda había tenido una razón para declinar su proyecto: los intereses comunes que le unían a las Balanzat; estas aprovechaban la isla de es Vedrà, sus leyendas y su misticismo para hacer negocio, negocio del que ella sacaba su particular tajada. Su negocio: *Wish Pottery*, los colgantes con frascos de los deseos que se habían puesto tan de moda. Todos salían de es Vedrà, y eran las Balanzat quienes los elaboraban. Por ese motivo, nadie debía edificar en la roca, para no echar por tierra su empresa, y que ellas continuaran jugando en privado y a sus anchas en el islote centinela de Ibiza. Su complejo negocio necesitaba absoluta privacidad y clandestinidad.

Alegra lo había sabido desde un principio. Lo supo siempre. Probablemente, incluso en el Baleària, en aquel primer encuentro, ya supiera quién era él. Tal vez había jugado con él desde entonces…

Tiró las hojas sobre la mesa y apoyó la cabeza en sus manos, frotándose el pelo, confuso.

Pero había sido él quien la había perseguido, no al revés. ¿Entonces? ¿Pudiera ser que a Alegra le gustara la idea de tomarle el pelo sabiendo que tarde o temprano debía hundirle el proyecto? Nil no se lo podía creer.

Una mujer que miraba directamente a los ojos como ella no podía mentir con tanta facilidad. ¿O sí?

Ya le había pasado una vez. No podía pasar dos veces. ¿O sí?

¡Maldita sea! ¡Había estado a punto de decirle que la amaba! ¡Justo esa misma mañana, mientras hacían el amor! ¡Qué imbécil era!

—¡Joder! —Nil se levantó de golpe y dio una patada a la mesa de cristal, echando las fotos y los papeles por tierra. Sus hermanos ni se

inmutaron, pues conocían su temperamento y sabían cómo reaccionaría ante una noticia como aquella—. ¡Joder! ¡Joder! —repitió rabioso—. ¡Sabía por qué la presidenta se negó! ¡No me ha dicho nada! ¡Mentirosa! ¡¿Y tienen un puto negocio con es Vedrà?!

—Sí. Eso es lo que certifica la información dispuesta en ese sobre —murmuró David.

Nil movió la boca sin saber qué decir. La frustración provocó que cerrara los dientes con fuerza y que saliera al balcón, hecho una furia, para mirar el acantilado de Sant Miquel, su puerto y su playa. Necesitaba tranquilizarse y no hacer nada precipitado.

—Nil, ¿qué quieres hacer? —David apareció tras él, afligido, con las manos en las caderas.

Nil no sabía nada. Necesitaba pedirle explicaciones a Alegra y conocer la verdad de su propia boca. Si había una sola razón por la que Nil debiera confiar en su palabra, la escucharía, oiría su versión, porque no quería dejar de sentir eso tan precioso y único que sentía hacia ella. Porque, si aquello era verdad, le destruiría.

—No lo sé —reconoció.

—Si esto es verdad —dijo David incómodo con la situación—, quiero publicar la noticia en Ibiza. Es un asunto de matices políticos y de intereses económicos. Una presidenta ha mirado solo por su interés y lo ha antepuesto a la necesidad de una isla. Tu proyecto habría creado puestos de trabajo necesarios y nuevos ingresos en un futuro. Nil, esto… debe salir en los medios, implique a quien implique. Es muy gordo. Están ganando dinero a costa de una isla y de la buena credibilidad de los demás.

—No es culpa de ellas que los demás las crean y compren esos jodidos colgantes.

—Su web tiene millones de visitas, Nil. No es cualquier producto. Se trata de *Wish Pottery*. ¿No lo entiendes? Muchísima gente tiene esos colgantes. Joder, si hasta Lucas compró uno —señaló David en voz baja y recriminatoria—. Juegan con la ilusión de las personas. Con su fe.

Nil exhaló con cansancio.

—Por ahora, solo siento que Alegra ha jugado conmigo. Quiero que se atreva a mirarme a la cara y a mentirme. Quiero ver si es capaz de negar lo

que ahí hay escrito.

—Alegra es una Balanzat. Las fotos muestran a Meritxell y Alegra hablando antes de la reunión de tu firma. Y también después. Meritxell las visitó varias veces. Por supuesto que está al tanto. No sé cuánto te ha llegado a gustar esa chica, Nil, pero no quiero que sufras más de lo necesario. Ya vi cómo te hundías tras lo de Tess; y también vi en lo que te transformaste. Desencántate lo antes posible —sugirió David comprendiendo el dolor de su hermano—. O te harás más daño.

—Joder —susurró entre dientes, dejando caer la cabeza—. No doy crédito —admitió débil.

—Lo sé, tío —David se puso a su altura y colocó una reconfortante mano en su hombro—. ¿Qué vas a hacer?

—Quiero ir a hablar con ella.

—¿Y después?

Nil levantó la cabeza y centró su mirada traicionada y clavada en el azul del mar.

Con toda la determinación de su corazón roto, sentenció:

—Si Alegra me miente, quiero que hundas a Roureda y a las Balanzat. Una por corrupta. Y las otras —parpadeó sin inflexiones—, por charlatanas y estafadoras.

22

Sasha y Alegra jugaban con Golfo a lanzarle la pelota en el jardín. Habían comido una ensalada de pasta y fruta troceada; y después de eso y una apacible siesta en las tumbonas del jardín, Golfo las despertó con ganas de actividad y juerga.

Los canes ibicencos eran parecidos a los galgos, necesitaban estar en forma y ejercitar su cuerpo.

Alegra lanzaba la pelota por encima de la piscina, a la otra parte del jardín, y Golfo, mediante larguísimas y ágiles zancadas, iba en su busca.

—Alegra —dijo Sasha observando la rapidez con la que Golfo recogía la pelota y se la traía de nuevo.

—¿Sí? —preguntó esta.

—Dijiste que me podías ayudar con mi tartamudez, ¿verdad?

La morena le prestó toda la atención a su hermana. Era la primera vez que Sasha pedía algo parecido a la ayuda por su problema de dicción. Por esa razón, no debía perder la oportunidad, ahora que estaba receptiva, de explicarle cómo funcionaban sus métodos.

Sasha parecía ausente, sumida en sus pensamientos, y también algo deprimida. Le había explicado que la noche en Lío acabó muy bien, que se lo pasó de maravilla y que no se fue de allí hasta que cerraron. Sin embargo, el brillo dorado de Sasha brillaba por su ausencia. Había pasado algo más sobre lo que su introvertida hermana no quería hablar; y Alegra pondría la mano en el fuego que seguramente había tenido relación con Kilian. A veces, no hacía falta que Sasha hablara para entenderla.

Golfo le trajo la pelota a Sasha, y esta, después de marearlo un poco, se la lanzó al otro lado del jardín.

—¿Quieres que te ayude, Sasha?

—Me gustaría mucho —contestó al fin, con algo de timidez.

Alegra sonrió y se sentó en el césped, invitando a su hermana a que hiciera lo mismo. Mientras tanto, Golfo se había entretenido con una mariposa que revoloteaba alrededor de las palmeras bajas del jardín.

—Dicen que la tartamudez puede ser genética en un tanto por ciento, o bien producida por una lesión en el cerebro. Yo creo que tu tartamudez se produjo a raíz de la falta de oxígeno que sufriste en tu nacimiento. El cambio que produjo en ti la crisis por la que pasaste lesionó el *pars opercularis* del hemisferio, el que más utilizamos para el habla y el lenguaje, pero desarrolló más la zona de la sensibilidad y la creatividad, de ahí tu increíble don para la música.

—Por eso no podías sanarme, porque no sabías hasta qué punto podía cambiar mi don.

—Exacto. Sin embargo, nuestro cerebro tiene plasticidad; eso quiere decir que puede cambiar de forma según los pensamientos que tengamos. Sasha —se inclinó hacia ella para que entendiera que lo que iba a decir era muy importante—: mi terapia se basa mucho en la visualización. En estos días quiero que visualices y te grabes en la mente la imagen de un cerebro sano.

—Lo buscaré en Internet.

—Yo tengo muchas imágenes, te las pasaré para que las estudies.

—Ah, está bien. Sí, mejor —dijo decidida.

—Tendrás que asumir tanto esa imagen hasta que la adoptes en ti misma, como si eso que has memorizado fuera tu cerebro real. En un tartamudo, el hemisferio derecho controla el lenguaje. Si hablaras con normalidad, debería de ser al revés, pero en un tartamudo el derecho trabaja el doble para suplir la deficiencia del izquierdo. ¿Comprendes? Tu cerebro está ligeramente desorganizado, y a eso le sumas el miedo escénico y lo introvertida que eres; y a veces, al hablar, tu ansiedad se dispara. Los nervios hacen que tartamudees más, y escucharte a ti misma te pone más nerviosa. Pero en cambio… Al cantar —negó la cabeza maravillada— se obra el milagro. Y eso es así porque es la zona derecha la encargada de la música; y como la tienes hiperdesarrollada, has logrado crear un don. Lo que tenemos que

hacer es recuperar la parte izquierda. Y lo vamos a lograr por la neuroplasticidad que te he dicho que posee nuestro cerebro.

Sasha abrió los ojos ilusionada y asentía como lo haría una niña feliz. Su flequillo liso a punto estaba de cubrir sus ojos amarillos, y eso le daba un aspecto más juvenil.

—Haremos esto todos los días.

—¿El qué?

—Antes de ir a dormir quiero que escuches tu voz grabada. Que leas tus canciones con ritmo, como si cantaras pero sin cantar. Eso hará que tu cerebro se acostumbre a oírte hablar sin trabarte y que, cuando hables, no predisponga ningún corte, sino que deje que fluyas, porque le estás acostumbrando a ello. A eso se le llama cambiar circuitos cerebrales.

—Cambiar circuitos cerebrales —asintió con seguridad.

—Después, tienes que empezar a meditar y a concentrar tu mente en una imagen cerebral, concretamente en la parte de la corteza pre-motora izquierda y en el área de Broca, que son las encargadas de ordenar nuestras palabras y nuestro lenguaje. Tienes que realizar varios ejercicios de visualización y hacer creer a tu cerebro, mediante tus pensamientos, que el de la imagen se trata del tuyo propio. A esto se le llama cambiar la plasticidad. El cerebro es un músculo y el cerebelo es su timón. También tienes que centrarte en esa parte y darle energía.

A todo lo que decía Alegra, Sasha atendía y lo adhería a su ser como una esponja, absorbiendo los nuevos y sabios conocimientos de su hermana.

Estuvieron largo rato conversando y, cuando Golfo regresó cansado de cazar mariposas, Alegra dijo:

—Con todo lo que te he dicho, Sasha, mejorarás. Pero necesitas constancia y creer que lo que estás haciendo va a tener resultado. Tu cambio no se dará en un día, ni en dos. Tampoco en una semana. Pero te aseguro que si haces esto todos los días, en un mes, verás muchas mejoras. De hecho, tu cerebro habrá cambiado de forma, y tus sinapsis serán muy distintas. Tú verás que piensas de modo diferente y te sentirás mucho mejor.

—Me gustaría mucho que fuera así.

—Ya verás como sí. ¿Va todo bien, Sasha?

—Sí —contestó ella, arrancando trozos de hierba de manera distraída—. Es solo que, a veces me pregunto cómo sería mi vida sin tener esta peculiaridad…

Alegra tomó a su hermana por los hombros y la acercó a ella.

—No sería la tuya. No serías tú. Tu peculiaridad es la que te ha hecho ser como eres. Especial. Única. Y con un don creativo y dotado de una sensibilidad casi divina, Sasha. No es malo ser diferente.

—Lo sé —admitió ella con voz triste. Pero por ser diferente, había cosas a las que no podía acceder, aunque quisiera. Cosas que realmente deseaba —. A mí me gusta como soy.

—A mí me encanta como eres. Pero creo que puedes mejorar tu dicción con estos ejercicios. Y eso no cambiará ni tu bondad, ni lo adorable que eres, ni lo buena hermana que siempre has sido, Sashi. Yo te quiero por lo que llevas dentro, no por el ritmo que tienes al hablar. Te quiero por lo que dices.

La cantautora se emocionó y no pudo evitar no abrazar a Alegra.

—Y yo te quiero a ti, Alegra.

Ella sonrió y se dejó querer.

—Venga, tonta. No nos pongamos a llorar ahora —le dijo Alegra—. ¿Cuándo van a venir mama y la abuela?

—Pues deben de estar al llegar. ¿De verdad crees que debemos ir a la necrópolis? —Sasha se quedó de rodillas en el césped, frente a su hermana.

—Sin duda.

—Pero ¿cómo sabremos si realmente han invocado a las almas de los antiguos fenicios?

—Porque somos Balanzat. Y porque si estamos en medio de una guerra antigua entre los Señores y las Antiguas de Iboshim, nadie más que nosotras podremos sentirlo.

—Y así es —dijo la voz de Pietat, apoyada en la puerta de la entrada de Sananda, con el cuello estirado como el de un avestruz y el oído fino como un animal salvaje—. ¿Crees que debemos ir a la necrópolis, jovencita?

—Si han utilizado antiguas invocaciones para despertarles, deberíamos encontrar señuelos. —Amanda entró a la casa con las zapatillas y los pies llenos de barro negro. En una mano, llevaba un cubo lleno de sal gruesa

como piedras. En la otra, polvo negro. Sus piernas tenían algún que otro rasguño y su manos estaban tan embadurnadas de suciedad como sus pies—. Sí, está muy bien pensado, Alegra. —La miró con orgullo—. Id a consultar el grimorio. Quiero que busquéis el modo de devolver a esas almas a su lugar o, en su defecto, de convocar nosotras a las nuestras.

—¿Qué llevas ahí, mama? ¿Dónde habéis estado?

—Ah, esto no es nada —contestó Amanda dirigiéndose a la caseta del jardín—. Es solo sal para las esquineras y tierra rica para nuestras plantas.

Alegra frunció el ceño, extrañada.

—¿Y eso es lo que habéis estado haciendo todo el día? ¿Recoger sal y tierra?

—Sí, cariño. Ya sabes cómo son nuestras viejas costumbres… Seguimos igual que siempre, ¿verdad, mama?

—Ah, sí —gruñó Pietat cargando con los cubos y siguiendo a su hija—. Igual que siempre —controló a Alegra de reojo—. Haced el favor de obedecer a vuestra madre. Traed el grimorio. Sean quiénes sean los que estén tras nosotras son nuestros enemigos; y si quieren guerra, les daremos guerra.

A Alegra no le satisfizo la respuesta de su madre. Se prometió que en cuanto llegaran de la necrópolis entraría por primera vez a la caseta del jardín. Y, si hacía falta, rompería el candado o echaría la puerta abajo. Estaba harta de tantos secretos.

NECRÓPOLIS FENICIA

En Puig des Molins se encontraba la necrópolis más antigua de los fenicios occidentales. Después, los romanos también utilizaron los mismos yacimientos, que ya entonces tenían una superficie nada desdeñable de casi cincuenta mil metros.

En la actualidad, el recinto contaba con de más de tres mil tumbas, aunque solo un diez por ciento de esas tumbas púnicas estaban a la vista. También se podían visitar los hipogeos.

La necrópolis constituía, junto con Dalt Vila, el poblado fenicio de sa Caleta y, junto con la posidonia de ses Salines, se erigían como Patrimonio

de la Humanidad por la Unesco.

Entraron a última hora, de seis y media a ocho. En esas horas las visitas no eran tan numerosas.

El grimorio de las Antiguas de Iboshim afirmaba que una Balanzat podía identificar cuándo se había realizado una invocación de los muertos por el olfato. El azufre era un elemento que flotaba en el aire del lugar en el que se había despertado a los espíritus.

Las fosas de Puig des Molins eran de piedra blanca. Se accedía a las tumbas a través de escaleras que descendían a ese tipo de inframundo antiguo, y ahora iluminado con nuevas tecnologías. Pero, mientras descendían las cuatro, Alegra podía imaginarse siglos y siglos atrás, llegando a esos yacimientos con el fuego prendido en las antorchas manipuladas por los hombres.

Allí, en esos lugares, se enterraba a los fenicios que fundaron Ibiza. De hecho, esos mismos fenicios habían llegado primero a la zona de sa Caleta, y allí construyeron el poblado en el que se suponía que vivían en paz. Pero los antiguos miembros de la familia de Amos fenicios tuvieron un conflicto de intereses con los Balansa'at. Ya no podían vivir juntos, pues los Amos o Señores, como les llamaban, querían explotar las isla para su propio beneficio; así, los Balansa'at se erigieron como defensores del poblado y se opusieron con tanta fuerza que consiguieron echarlos del lugar. Así que, una vez que crearon la pequeña urbe, todos se fueron de allí y se trasladaron a la bahía de Ibiza. Tiempo después dieron forma a la ciudad.

Eso era lo que contaba en el grimorio.

Pietat era la mayor de las cuatro y la que mejor conocía los antiguos rituales de invocación, que ella jamás había realizado pero que sí había visto hacer en las antiguas generaciones.

Ella lideraría la contrainvocación, pues el objetivo de que ellas estuvieran allí no era otro que el de cerrar la posible puerta a través de la cual esos antiguos espíritus de los muertos habían regresado.

Habían pagado a los guías para que no las molestaran. Y no fue difícil, ya que los que se encargaban de la vigilancia debían un favor a Amanda. Nada ni nadie debía incomodarlas.

Los pasajes excavados eran bastante anchos y, a diferencia de las egipcias, las estancias no estaban decoradas con dibujos de relieves policromados. Las paredes eran llanas y terrosas.

Caminaban con paso firme, una detrás de otra. Sus rostros serios y concentrados dictaban que el trabajo a realizar no era un juego de niños, sino algo muy serio que podía llegar a decidir el futuro de una tierra.

En sus manos, acariciándolo como si se tratara de un mantra, sostenían un nudo de las brujas. Amanda le había dado uno a cada una porque decía que era un símbolo de protección para las Balanzat.

Era un símbolo de protección contra la brujería negra. Se utilizaba para atar las cosas y tenerlas controladas: el clima, anudar la protección y atar conjuros y rituales mediante la magia.

A Alegra le sorprendía estar haciendo aquello, porque ellas jamás se habían considerado brujas. Ellas solo extraían la sabiduría de la tierra y de las mujeres antiguas que, como ellas, conocían detalles que nadie más sabía. Sin embargo, estar en aquellos templos funerarios, circulando con tanto silencio y respeto entre ellas, les estaba demostrando que, obviamente en ese instante, lo que les acontecía no tenía que ver ni con extractos de plantas, ni con esencias de flores ni, tampoco, con elementos minerales.

Allí iban a practicar magia. Magia antigua. Porque era magia antigua la que iba contra ellas y contra la isla.

Al lado de su abuela, su madre y su hermana, Alegra estaba a punto de hacer lo que seis años atrás se prometió que jamás haría: jugar con energías que no podía ver ni juzgar.

El olor a azufre se hizo presente con dureza tras bajar una nueva escalera. Las cuatro mujeres se quedaron inmóviles y miraron a su alrededor. El frasquito lleno de sal que Amanda llevaba en su mano libre, la que no llevaba el nudo de las brujas, empezó a enfriarse. A su alrededor, apareció una especie de escarcha.

—Es aquí —musitó Pietat. Se había peinado el pelo blanco y liso con una trenza que había recogido en lo alto de su cabeza. Su aspecto místico, sus ropas siempre claras y blancas y su piel morena llamaban la atención—. Crea el círculo de sal protectora alrededor. Rápido. —Miró por encima del hombro, como si hubiera visto algo moverse—. Coloquémonos cada una en

un punto cardinal —ordenó, siguiendo las instrucciones del grimorio—. Ahora, colgaos el nudo al cuello. —Se agachó y dejó el grimorio en el centro, entre las cuatro, abierto por la página que debían leer.

Las tres, incluso Pietat, una vez que tuvieron el símbolo plateado apoyado en el centro de su pecho mediante una cuerda negra, se tomaron de las manos.

Ya habían hablado en Sananda sobre cómo debían actuar. Si alguien había invocado antiguas presencias fenicias enemigas de sus linajes, debían invocar del mismo modo a las Antiguas de Iboshim para que lucharan contra estas, pues no podían obligar a ninguna energía a regresar a su lugar cuando no estaban hechas de la misma naturaleza.

Los humanos con los humanos y los espíritus con los espíritus. No se debía cruzar el umbral.

Pietat cerró los ojos, y todas copiaron su gesto. Para hablar con los espíritus, primero, debían estar en la misma sintonía que ellos. Los espíritus fenicios eran muy antiguos, y habría palabras que nunca se equipararían con las de ellos; sin embargo, mediante el sonido sí se podía conectar y vibrar en el mismo nivel. Además, las vibraciones vocales servían para ayudar a la mente a que poco a poco se relajara, tal y como hacían los monjes tibetanos con sonidos ininteligibles pero muy prácticos. De ese modo se abrían a la canalización.

La abuela Balanzat empezó a hacer sonidos con la boca. Sonidos que se transformaban en palabras antiguas cuyo vibrato podía llegar a abrir puertas y motivar a las energías de alrededor. Las había aprendido de memoria del grimorio; aun así, de vez en cuando, abría los ojos para asegurarse de que decía las cosas correctamente.

Varios minutos después, las Balanzat se dieron cuenta de que todas tenían mucho frío y de que, aunque físicamente solo se encontraban ellas cuatro en ese hipogeo, sentían que no estaban solas.

Las almas que las acechaban, presencias de siglos atrás, circulaban a su alrededor, queriendo entrar en el círculo de sal, frustradas porque no lo conseguían.

—Están aquí —susurró Alegra con la piel de gallina y el aliento helado.

—Sí —certificó Sasha—. ¿Qué quieren?

Pietat escuchaba con atención a aquellas presencias.

—Quieren que nos vayamos. Que les devolvamos lo que es de ellos. Quieren las islas.

Alegra negó con la cabeza.

—No. No podemos darles eso. Es malo para las Pitiusas. Diles que regresen de donde han venido.

—No van a volver —aseguró Pietat—. No hasta que consigan lo que quieren.

—No vamos a irnos de aquí —contestó Amanda—. Somos las guardianas de Iboshim.

El frío aumentó en aquel recinto funerario. Pietat frunció el ceño.

—No vienen a hablar, Amanda. No quieren saber nada de nosotras. Harán lo que tengan que hacer para devolver la isla a sus señores. Solo quieren guerra.

—¿A sus señores? ¿Entonces es verdad que quieren reabrir cicatrices?

—Sí. Eso quieren.

—Mama, si quieren guerra… —Amanda abrió los ojos verdes y los clavó a su alrededor. Podía ver siluetas oscuras vestidas con túnicas. No veía rostros ni tampoco distinguía géneros, pero aunque la imagen le inspiró un miedo infinito, tragó saliva y se armó de valor—… Dales guerra. No vamos a quedarnos de brazos cruzados mientras siguen haciendo daño a Iboshim.

Pietat asintió y habló en un idioma antiguo, mezcla de vocales largas y complicadas pronunciaciones.

Las presencias se agitaron alrededor de las Balanzat y, de repente, el frío y la oscuridad menguaron. La temperatura se elevó varios grados y la luz, que se había apagado durante la invocación, volvió a encenderse y a iluminar el foso.

Las cuatro abrieron los ojos en ese instante y pudieron comprobar cómo las presencias oscuras se alejaban, espoleadas por unas apariciones más blancas y luminosas, de naturaleza totalmente opuesta a las que atacaban a las Balanzat.

No hacía falta adivinar que Pietat, en vista de que los espíritus antiguos a favor de los Señores no se alejaban y no querían dejar en paz a la isla, había

invocado la ayuda de las Antiguas de Iboshim.

Y ellas habían contestado a su deseo, yendo a su rescate.

Necesitarían la ayuda de aquellas que una vez ya echaron a los Señores de tierras mágicas ibicencas para volver a expulsarlos de allí de nuevo.

Alegra se quedó sin palabras al presenciar aquella escena. Era increíble ver que, realmente, las energías seguían ahí, que nunca se habían ido porque, sencillamente, aquel era su lugar: eran las protectoras de sus islas.

Una vez que las almas acechantes se alejaron, las Balanzat fueron rodeadas por las Antiguas. Generaciones y generaciones de Balanzat originales que permanecían en yacimientos fenicios y púnicos, muchos de los cuales nadie había podido ver todavía, pero que seguían ahí, bajo tierra.

—Ellas nos van a ayudar —admitió Pietat con una sonrisa de agradecimiento en los labios. Aunque no las podía ver ni identificar, sí sabía que eran mujeres—. Pero debemos darnos prisa y averiguar quiénes son las personas que están detrás del envenenamiento a nuestra tierra, o su magia no dejará de avanzar y, al final, nos afectará a nosotras. No podremos protegernos —alertó con preocupación—. Ni podremos proteger a Iboshim.

Alegra y Sasha asintieron con determinación. De ahora en adelante, debían ponerse las pilas: investigar qué sucedía en las salinas para que el nitrógeno aumentara con tanta beligerancia hasta el punto de matar la posidonia. Si la herida sangraba por ahí debían cauterizarla y denunciarles. Sin embargo, si el responsable tenía relación directa con la brujería, tal y como había asegurado Ángel, entonces, debían andarse con mil ojos, porque no solo con denunciarle valdría. Debían cogerles con las manos en la masa. Y demostrar su acusación. Pero, sobre todo, debían protegerse de ellos.

—Mañana es domingo —señaló Alegra—. Debemos vigilar desde bien entrada la madrugada qué o quién circula por la zona de ses Salines. Hacer fotos, hablar con los grupos ecologistas y preguntar por qué razón no han denunciado lo que sucede. Debemos entender qué pasa y quién mueve los hilos. No solo nos atacan a nosotras, sino a todos los que vivimos aquí.

Con esa idea en mente, Pietat cerró el círculo y acabó la invocación. La presencia de las Antiguas desapareció, aunque Pietat las había anudado a ellas para que no las abandonaran.

Las necesitaban hasta que se solucionara el conflicto.

Esparcieron la sal, acabaron su ejercicio y salieron de la necrópolis, con la certeza de lo que ya se imaginaban: que las presencias oscuras habían salido todas de allí.

Pero con la invocación y el apoyo incondicional de las Antiguas de Iboshim tras ellas.

A partir de ahora, Alegra ayudaría a su familia a averiguar cuáles eran las causas de la eutrofización y denunciar a los responsables.

Se moría de ganas de verle. Se imaginaba compartiendo todo aquello con Nil, pero sabía que no podía porque él no la creería jamás.

Sin embargo, le alegró saber que solo le hacía falta pensar en él para que Nil apareciera ante ella.

El guapísimo arquitecto, al que tenía inclemente pero bien intencionadamente engañado, la esperaba en la salida de la necrópolis, apoyado en el morro de su Mini, cruzado de brazos, con una sonrisa seductora en los labios.

—Nos adelantamos, ¿de acuerdo? —le dijo Sasha en voz baja a Alegra, suponiendo que le gustaría quedarse con él.

Alegra asintió con las mejillas sonrosadas. Después de lo surrealista de las acciones que habían emprendido en los fosos funerarios de los fenicios, parecía mentira que se imaginara corriendo hacia él y tirándose como un jaguar a su presa…, para besuquearlo y lamerlo de arriba abajo en el capó de su coche.

Nil se quedó mirando a las Balanzat, que se alejaban cuchicheando y riéndose de la cara alelada de Alegra al mirarle. Estaba segurísimo de los comentarios que murmuraban ese grupo de mujeres sobre ellos: «Míralo, pobre. No tiene ni idea de lo engañado que lo tiene» o «Parece mentira lo ciego que está», entre otras frases duras y ocurrentes.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Alegra sonriéndole de oreja a oreja, y acercándose cariñosa para darle un beso.

Nil se encogió de hombros mientras seguía su papel. Aceptó su beso y se lo devolvió, medio anestesiado ya por todas las mentiras. Era una lástima que Alegra le gustara tantísimo físicamente, porque había cosas que al cuerpo no le podía ordenar, como sí había obligado a su corazón a ser frío.

—Solo he querido darte una sorpresa. Me dijiste que ibas a ir a la necrópolis a última hora, así que he decidido esperarte hasta que salieras. No sabía que ibas a tardar tanto.

—Ya… Bueno. Es que mi abuela es una fanática de los yacimientos fenicios. Y es una visita obligada; además, le encanta explicarnos las historias de los fosos, los objetos funerarios que se habían encontrado aquí… Ya sabes, todas esas cosas.

Nil frunció el ceño y negó con la cabeza a la vez que se reía.

—No. No sé. Me encantaría conocer a tu abuela y tu madre. Pensaba que me las ibas a presentar —fingió parecer herido.

Alegra parpadeó, quedándose de piedra. No sabía qué decir.

—Ah… Pero… ¿Quieres que te las presente? ¿En… En calidad de qué?

—¿De amigo con derecho a roce? —Arqueó las cejas y le abrió la puerta como un caballero—. Voy a pensar que te avergüenzas de mí —sonrió mostrando una hilera perfecta de blancos dientes.

—Ah… Sí, claro que me avergüenzo. ¿Te has visto? Eres feo a rabiar. —Se sintió como una tonta por ponerse tan nerviosa ante la posibilidad de que Nil quisiera ya entrar en Sananda—. La próxima vez te las presentaré. ¿Te parece?

Nil asintió aparentando conformidad.

Lo que Alegra no sabía era que Nil tenía previsto que él y las Balanzat se vieran las caras y se presentaran formalmente.

Pero detrás de un estrado, ante un juicio popular.

23

En el coche, Nil ni siquiera había puesto música. Tenía su mano apoyada en la rodilla desnuda de Alegra, que jugaba con sus dedos y le impedía que subiera más. El chico quería colarle la mano por debajo de la falda corta que llevaba, pero Alegra lo obligaba a mirar a la carretera.

No le hablaba demasiado, aunque a ella tampoco le importaba, porque parecía que ni uno ni otro podían dejar de tocarse. Tal era la atracción sexual entre ellos, y tan viva estaba la energía de ambos, que las ventanillas del coche se empañaban y Nil se veía obligado a poner el aire acondicionado para eliminar el vaho de los cristales.

Además, en Ibiza el tiempo se había vuelto bochornoso. El cielo encapotado traía lluvia, y había empezado a chispear. El parte meteorológico anunció que julio se iniciaba con precipitaciones veraniegas y un alto grado de humedad, pero que solo duraría la primera semana.

—Empieza a llover —dijo Nil.

—Sí.

—Me gusta la lluvia —«Limpia el barro y la suciedad».

—Y a mí me encanta que me des estas sorpresas —soltó de sopetón sin poder evitarlo.

Nil la miró con esos ojos grandes, rasgados ligeramente hacia arriba, y claros como la verdad. Lo hizo durante unos segundos y después volvió los ojos a la carretera.

—¿Te gusta?

—Sí —se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

A Nil se le puso el pelo de punta, y no de placer. Alegra le provocó frío, porque consideraba que una mujer no podía ocultar una mentira tan flagrante como la que ella escondía y mirarlo de ese modo tan tierno.

Era una actuación digna de la mayor de las zorras. Una traición en toda regla. Una burda artimaña.

—Me alegra que te guste que te sorprenda. Pienso hacerlo más veces —aseguró con un doble sentido que Alegra no comprendió. Ella ni se imaginaba el vuelco que iba a dar su vida a partir del día siguiente.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó ella con voz risueña.

Nil le mintió, por supuesto. Se inventó un día que no tuvo. Un día en el que las ganas de verla le podían, en el que había ido a comer al restaurante Balansat, para más inri, en la playa de Sant Miquel. Y había ido a degustar el mejor pescado de la isla, y era cierto. Pero ni mucho menos había sido una comida de placer, sino una de negocios, en la que pusieron a funcionar los engranajes de un plan meticuloso y notorio cargado de destrucción y destape a nivel político y personal.

Tenía el alma magullada, como si la hubieran arrastrado por tierras secas y escarpadas que le hubieran provocado aparatosas quemaduras.

Sí. Nil estaba quemado. Quemado por esa chica hermosa y buena actriz que tenía justo al lado y que sonreía como si él fuera más de lo que había imaginado cuando, en realidad, Nil no había sido más que un juguete para ella.

Cuando llegaron a Sananda, la lluvia arreciaba con ímpetu, creando una cortina de agua que se deslizaba con la misma fuerza con la que crecían el odio y el despecho en Nil. Sin embargo, él también era un excelente jugador, y sabía idear planos tal y como Alegra podía urdir planes. Si su juego acababa, acabaría a su modo. No al de ella.

Por eso, dejó el coche justo detrás del muro de piedra y madera delimitador del terreno de Sananda, oculto a los ojos de las mujeres Balanzat; y, sin decirle nada a Alegra ni cruzar una sola palabra, Nil le desabrochó el cinturón de seguridad, la tomó por la cintura y se la colocó a horcajadas sobre su pelvis.

Alegra abrió los ojos con sorpresa, para después sonreír pícaramente y agarrarse al pelo de Nil. La erección en los pantalones de ese hombre hablaba por sí sola. La deseaba. Pero no tanto como ella lo deseaba a él.

Se dieron un beso duro y apasionado. Sus lenguas se batieron en duelo, frotándose, instigándose con fuerza. Torciendo las cabezas para alcanzar

esos recovecos de sus bocas que los besos castos no rozaban. Pero esos sí.

Nil necesitaba hacérselo una vez más de ese modo, transmitiendo solo sexo, sin llegar a darle nada más, ni cariño, ni miradas tiernas, ni caricias ni abrazos. Solo sexo. Alegra lo había manipulado y engañado. Se había reído de él. ¿Cómo iba a darle una última sesión de amor?

Él solo quería demostrarle que se había dado demasiada importancia. Que ella no era nada para él. Ya no. Solo una estafadora que engañaba a los demás y jugaba con sus sentimientos y su fe.

Con rapidez, Nil se bajó la cremallera y sacó su erección a tomar aire. Se colocó un condón, y sus manos actuaron con celeridad para retirar la braguita que cubría el sexo caliente de Alegra; y cuando lo hizo, la levantó tomándola por la cadera con una mano y, después, la penetró con las ganas de venganza que en ese momento corrían por sus venas.

Alegra gimió y se agarró a sus hombros temblorosamente. La manera que tenía Nil de poseerla era muy precisa y dura. Sabía cómo tenía que moverse y, además, conocía ya lo que le gustaba y cómo debía tocarla. Pero, aún y así, Nil siempre había tenido cuidado con ella, pues sabía que era un hombre grande y ella era estrecha, y tardaba un poco en acostumbrarse aunque, con la práctica, cada vez era mejor.

Sin embargo, dentro de ese coche, mientras la lluvia atizaba la carrocería y empañaba todo lo que había en el exterior, Nil la poseyó sin preámbulos ni cortejos de ningún tipo.

—Dios, Nil… Espera. No tan duro…

Alegra comprendió que se podía tener sexo, se podía hacer el amor, y se podía follar.

Follar era el acto en sí. Sin besos, ni susurros de complicidad, ni roces enardecedores. Follar era lo que Nil hacía con ella en ese momento.

Él le abrió más las piernas y aprovechó para profundizar las embestidas, de tal modo que no había ni un centímetro de dura piel fuera de ella, y estaba sentada prácticamente sobre sus testículos.

Alegra sacudió la cabeza, echándola hacia atrás. Necesitaba correrse, quería hacerlo. Estaba justo a un suspiro de conseguirlo. Pero había algo raro en la sensación que se atrincheraba en su corazón. Era algo muy extraño.

Necesitaba calor. Y él no se lo daba.

Lo tomó del rostro y dirigió sus ojos brillantes y azules hacia el alma de Nil, atravesando su mirada y queriendo alcanzar algo que él no le mostraba.

Nil sentía cómo Alegra palpitaba en su interior. Estaba a punto de llegar al orgasmo. Y eso era lo que él quería. Nada más. Por eso la tomó de las nalgas y la embistió con más rapidez y más fuerza, centrando toda su potencia en su pelvis y en su potente miembro.

Y justo en el momento en el que Alegra lo apretaba hasta casi asfixiarlo y lo tragaba hacia su interior con sus músculos, Nil se detuvo y se retiró de ella para mirarla como lo haría un bloque de hielo.

Alegra tenía el canalillo sudado y las mejillas rojas y acaloradas. Los ojos vidriosos indicaban que estaba a punto de dejarse ir, por eso no comprendió la razón por la que Nil cesó en sus envites.

—¿Qué pasa, Nil? —preguntó ella acariciando su mandíbula con la punta de sus dedos.

Él no contestó. Metió la mano en el hueco de su puerta y sacó el sobre que revelaría a la señorita Balanzat todo lo que él sabía.

—Sé la verdad, Alegra. Sé toda la verdad —le dijo sin inflexiones.

Ella frunció el ceño, todavía con una sonrisa y la mirada fija en aquel misterioso sobre.

—¿Qué verdad?

—Conozco el negocio que tienes con Meritxell Roureda. Y sé por qué razón ella declinó la firma que tenía conmigo.

Alegra parpadeó perdida, y después cerró los labios de golpe. Se le fue el color de la cara al entender que Nil estaba al tanto de su implicación en la anulación de su contrato. Se sentía mal por él, por lo que pudiera pensar. Pero, por otra parte, no estaba arrepentida de conseguir que es Vedrà quedara limpia. Intentó moverse y salirse de él, pues no veía correcta aquella intimidad entre ellos, pero Nil no se lo permitió y la ancló en él, que todavía seguía duro e imponente, alojado en su útero.

—Nil, déjame sentarme bien y te lo explicaré todo.

—Oh, creo que estás bien sentada, ¿eh? —Levantó la pelvis y llegó muy adentro de ella—. Al fin y al cabo, esto es todo lo que has conseguido de mí estos días, ¿no?

Alegra sintió pavor. No quería eso. Eso era justamente lo que había temido: perder la oportunidad de estar con Nil por su implicación con la decisión de Roureda. Él no entendería sus verdaderos motivos. No creía en nada que no fuera empírico y comprobable. ¡Si hasta la había llamado friki! Y, ahora, él sabía… ¿Qué sabía?

—¿De dónde ha salido ese sobre?

—Eso no importa. Lo único que importa, guapa —le puso una mano en el pecho— es que sé la verdad.

Alegra consideró muy equivocado que él la tocara de aquel modo, mirándola como la miraba, así que le apartó la mano.

—No, Nil. No hagas esto. Tú no lo entiendes…

—Oh, por supuesto que sí.

—¡No! ¡No lo entiendes!

—Entiendo que no querías que nadie construyera en es Vedrà. Entiendo que lo que hacéis allí es muy preciado para las Balanzat y también para la presidenta.

Alegra tragó saliva. «Oh, Dios. Sí lo sabe».

—Nil, déjame explicarte…

—No. No hay nada que explicar. Lo que hacéis no está bien…

—¿Qué?

—El negocio que tenéis… Está mal. Jugáis con la gente. *Wish Pottery* os ha tenido que dar muchísimo dinero. Es una marca en alza, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—¡No me mientas más, Alegra! —le gritó zarandeándola. Su apuesto rostro fue invadido por expresiones de odio y asco. Todas dirigidas a ella.

—Nil… Es que no sé de qué…

—¡De esto! —Le tiró el sobre a la cara—. ¡De esto! ¡Lo sabías! ¡No podías permitir que construyera nada allí porque es la base de vuestros ingresos! ¡Las dueñas de *Wish Pottery* utilizan sales marinas de Ibiza y polvo de es Vedrà! Para ello tenéis que escarbar y machacar la piedra. Esa roca es una mina para vosotras… —sonrió incrédulo.

Ella se sentía perdida. Un sudor frío recorrió su espina dorsal y el vello de la nuca se le erizó.

—Nil. No es eso. No es lo que tú crees… —apuntó con voz suplicante —. Es cierto que fui a hablar con Meritxell Roureda para que detuviera el proyecto. Pero no por lo que tú insinúas… ¡Eso es falso!

—Y una mierda. Lee el informe que hay ahí. Léelo, anda —la espoleó.

—¡Nil! —Lo tomó de la cara, pero él se apartó con gesto repulsivo—. No me vas a creer. Es Vedrà es importante para la isla. No solo para las Balanzat. Nadie puede hacer nada ahí… Sé que no me quieres creer pero…

—No me cuentes estupideces. —La agarró por las muñecas, apretándoselas con fuerza.

—Me haces daño…

Nil se la quitó de encima tirándola en el asiento del copiloto. Sentía tanta rabia que quería estrangularla, herirla como ella le había herido.

Alegra empezó a llorar. No le gustaba la sensación de desvinculación que estaba sintiendo con Nil, como si nada de lo vivido días atrás hubiera servido para algo. Le dolía el corazón, y una sensación de ahogo le oprimía el pecho. Agarró el sobre y leyó allí mismo todo lo que insinuaban tanto el reportaje de fotos como la información.

Pero aquello no la calmó. Había fotos de su madre y su abuela en es Vedrà recogiendo piedras de la roca y cargándolas en la barquita de pescador que tenían, en los cubos con los que las había visto llegar a su casa aquel mismo mediodía. Tenían los pies manchados de negro, al igual que las manos. Alegra recordó la de veces que había visto a su madre y a su abuela con los dedos tintados de negro.

Wish Pottery era un página web en la que una persona que tenía un deseo escribía qué anhelaba. Incluía sus señas y su dirección de facturación con sus datos bancarios, además del año y la hora de su nacimiento, su color, su símbolo y su animal favorito. Nadie conocía a los dueños de esa empresa, pero trabajaban con diligencia y sin faltas de ningún tipo. Al cabo de unos días, por un precio nada caro, te enviaban un colgante o una pulsera, a gusto del consumidor, con un frasquito de cristal colgado de su cuerda. Los dibujos pintados en él y el deseo que había escrito en el diminuto pergamino de su interior eran únicos e intransferibles. En la base, con letras doradas, aparecían el nombre y la fecha de nacimiento de la persona que lo iba a

poseer. Las instrucciones decían que cuando el deseo se hiciera realidad debían abrir el frasco y dejar ir lo que había en su interior.

Tal y como ella había hecho en es Vedrà cuando vio a su padre y pudo hablar con él. Tal y como hizo ella, antes que Meritxell Roureda en el hospital, con el colgante que pendía del cuello de su hijo Toni. Tal y como muchos otros, que habían cumplido sus deseos, debían hacer para no dejar nada pendiente y renovar anhelos y energías.

Alegra recordó, con incredulidad, los dedos moteados de pintura de su madre. ¿Y si se dedicaba a pintarlos?

Era imposible que su madre y su abuela estuvieran detrás de *Wish Pottery*. No lo hubiera dicho jamás.

Se secó las lágrimas con el antebrazo y dejó el sobre encima de sus rodillas.

—¿Qué? ¿Avergonzada, Alegra? Os he pillado.

—No estoy avergonzada. Estoy sorprendida —contestó ella, aún en *shock*—. Si esto es verdad…

—Basta, Alegra. Sabes que es verdad. Sabes por qué la presidenta del Consell se echó atrás. No lo niegues más, te pones en evidencia.

Alegra alzó la mirada y clavó sus ojos azules, repletos de ruego, en él.

—No, Nil —sorbió por la nariz—. No sé si esto es verdad, pero te aseguro que lo de Meritxell y es Vedrà no tienen nada que ver con ningún negocio. Es algo más serio de lo que tú te crees. Más…

—¿Sucio? ¿Manipulador?

—No —cortó ella. Cómo le gustaría poder decirle la verdad, pero viendo lo cerrado que Nil estaba respecto a todos esos temas, tuvo que callarse y morderse la lengua—. ¿Estos días no te han servido para que me conozcas? ¿Para que sepas que no tendría nada que ver en… en confabulaciones contra ti, jamás? Le pedí a Meritxell que considerara la opción de construir en la roca mágica y, simplemente…, le di algo a cambio.

—¿Más participación en vuestro negocio? —Arqueó las cejas rubias, valorándola como si fuera una serpiente.

—No. No sé quién te ha pasado todo esto… Pero, aunque hay algo de cierto en que tengo algo que ver en la rescisión de tu contrato, te aseguro que no es por lo que indican aquí. No es por esto.

—¿Sabías que era a mí a quien jodías con tu negación? —le preguntó herido.

—Te prometo que no, Nil. Lo supe cuando viniste a verme de madrugada. —Pero sus ojos llenos de helada determinación sugerían que no la volvería a creer jamás, y Alegra solo podía hundirse en la angustia y el pesimismo—. Nil, por favor… Deja que aclare esto. —Fue a tomarle del brazo y a acariciarlo.

Nil sacudió la cabeza y la apartó de su lado, con los ojos fijos en el volante, apretándolo con los dedos, con tanta fuerza que lo iba a partir.

—Me estaba enamorando de ti, maldita perra. No puedo creer que esto me vuelva a pasar…

—Nil, no… —suplicó Alegra—. ¡Necesito que me creas! —gritó con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué iba a creerte?

—Porque yo… Porque yo estoy enamorada de ti —se quedó callada y pasaron unos segundos hasta que asimiló la gran verdad que suponían esas palabras. Era extraño oírselo decir a ella misma. Pero era real. Tan verdad como que respiraba.

—Mentirosa.

—No, no… No podría hacerte daño jamás. Nunca te manipularía.

Él negó de un lado al otro y sonrió sin ganas.

—Bájate de mi coche. Fuera de mi vista.

—Nil.

—Alegra —con un gruñido la acalló—. Una vez me engañaron y quedé como un tonto. Esta vez, he pillado tu mentira antes de tiempo, pero no pienso permitir que vosotras y la señora Roureda sigáis aprovechándoos de la gente y de es Vedrà. Voy a delataros. —Un trueno refulgió en el cielo oscurecido e iluminó su rostro cincelado.

Ella no se lo podía creer. Fuera lo que fuese lo que le había sucedido a Nil en el pasado no tenía nada que ver con lo que le pasaba con ella.

—¿Qué vas a hacer?

—Todo va a salir a la luz, Alegra. Se os ha acabado el chollo.

—No lo hagas, por favor. Mi familia no necesita involucrarse en estas cosas. No es lo que tú crees. Meritxell no tiene nada que ver con esto ni con

Wish Pottery. Déjame que lo resuelva, te lo ruego. Esto también es nuevo para mí…

—¿Más mentiras?

—¡No miento! Me da igual lo que pienses. ¡Solo te mentí el martes, cuando me viniste a explicar que habían rechazado tu proyecto! ¡Sé que fue por mi culpa, y lo siento, Nil! ¡Lo siento mucho! ¡Siento no habértelo dicho! —reconoció con la mano en el corazón—… ¡No lo hice a propósito! Salió así, y lo lamento. Pero… Pero no puedes meter a mi familia en esta especie de… —señaló el sobre con desconfianza—… de venganza que han emprendido contra nosotras. ¡No es justo! ¡No hemos hecho daño a nadie! ¡Nunca! ¡Más bien todo lo contrario!

—Ah, ya. ¿Ahora hay un complot contra las brujas Balanzat?

—No somos brujas, estúpido cegato —espetó con dureza.

—Mira que llegas a ser embustera. Sal de aquí y piérdete de mi vista. No quiero que te cruces en mi camino nunca más. —Pasó un brazo por encima de ella y le abrió la puerta.

Alegra optó por no decir nada más. Nil no la iba a escuchar. Seguiría adelante con sus amenazas, por mucho que eso les hiriera a ambos.

Dos lagrimones enormes caían por sus mejillas; sin embargo, su fuerza interior la provocó para que no se abstuviera de decirle unas últimas palabras.

—Todo lo que he hecho contigo estos días ha sido real. De verdad, de corazón. Siento cosas por ti y son auténticas. No he actuado ni una sola vez. Es una pena que no lo veas y que me eches así de tu vida por un malentendido.

—No te des tantos aires, princesa. Lo superaré —sonrió como un cínico —. Ya sabes lo que dicen: las palabras se las lleva el viento. Y un clavo quita a otro clavo. En un par de días —se encogió de hombros— ni me acordaré de ti.

Alegra cerró los ojos con pena. Las palabras podían ser armas letales y certeras, y aquellas se habían convertido en dagas directas a su alma.

Salió del coche, y la lluvia torrencial la empapó, mezclándose con sus lágrimas, calando hondo en ella, tanto como la habían herido profundamente la ruptura y el conflicto con Nil.

Él no la volvió a mirar mientras el coche daba marcha atrás y salía del camino de grava. Los focos delanteros la iluminaron y después la dejaron a oscuras, como se encontraba su interior.

Su luz se había apagado.

Alegra se dio la vuelta y encaró su preciosa y mágica casa. Las luces de la sala principal estaban encendidas. Y ya sabía por qué.

Las mujeres tras los muros sentían lo que le estaba sucediendo, su dolor rodeaba su hogar como espirales, y ellas lo percibían. Porque, aunque no eran brujas, tenían mucho de ellas: una conexión mágica e inexplicable.

Aun así, Alegra abrió las puertas del jardín, y con decisión y enfado corrió por el césped, rodeando el castillo hasta quedar justo delante de la casita de madera en la que se encerraba su padre y, en la actualidad, se confinaban su madre y su abuela. Curiosamente, la puerta de madera no estaba cerrada con candado como otras veces.

Ella la abrió de par en par, entre hipidos de llanto descontrolado. Su apabullante desconsuelo y las lágrimas que le encharcaban la visibilidad parecían contagiar todo lo que la rodeaba.

Encendió la luz de la cabaña y lo vio todo.

Las cajas de cartón que el joven Albert Costa, el mensajero, había traído, estaban abiertas. Una de ellas reposaba sobre la gran mesa de madera pulida que había en el centro de la caseta. En su interior, había frascos de todo tipo de colores y del mismo tamaño.

Igual que el que ella tenía de *Wish Pottery*.

Rodeando la cabaña, unas mesitas empotradas contenían todo tipo de pinturitas, pinceles todavía húmedos, piedras brillantes, papiros y boles llenos de sal junto con otros llenos de tierra negra.

Sobre la mesa, dispuestas con varios frascos ya completos, había sendas cajitas azules oscuras, con las letras blancas de *Wish Pottery* en la cubierta y las flores y estrellas a su alrededor con diferentes tonalidades.

Era verdad. Era cierto. La acusación de Nil no era incorrecta.

Aquel producto al que Alegra le tenía tantísimo cariño y aprecio había salido de las manos y la mente de las mujeres de su familia. Había recorrido mundo y gozaba de gran popularidad.

No sabía cómo sentirse al respecto. ¿Orgullosa o contrariada?

Un gran ordenador Apple custodiaba la esquina en la que había una pequeña librería con varios diccionarios en diferentes idiomas. Alegra, resuelta, se acercó al ordenador y movió el ratón para que se encendiera la pantalla. En ella aparecieron un búho y, abajo, una clave de acceso.

—Es Balanzat.

Alegra miró por encima del hombro y se encontró de frente con su madre, Amanda, eternamente hermosa, elegante, vestida con unos pantalones blancos de pitillo y una camiseta de tirantes azul oscuro. Con su pelo rojo, menos mojado que el de ella, la contemplaba con ojos verdes comprensivos, moteados por algo de culpa y de resentimiento.

Alegra se quedó paralizada, recordando las veces que había sugerido que su madre no hacía nada con su vida, que no salía adelante, y que si no fuera por el dinero que le había legado de su padre, en pocas palabras, no tendría donde caerse muerta.

Ahora, se despreciaba a sí misma, porque había visto en aquellos días lo equivocada que estaba con los prejuicios que había acarreado durante todo aquel tiempo sobre sus espaldas y que habían enturbiado la relación con las mujeres de su familia. Sangre de su sangre.

Su madre era una empresaria. Una empresaria que había decidido crear una marca con aquello que tanto amaba. Su isla. Estaba exportando las Pitiusas a todo el mundo para que desde un principio sintieran su increíble magia. Porque creía en ella. Y funcionaba. Se había puesto a la última moda: con su ordenador, con los métodos de pago, con los idiomas y también con los medios de transporte. Ella, mejor que nadie, sabía de lo bueno y puro que residía en su tierra; y con su sabiduría, con su sensibilidad y su gracia, había diseñado unos frasquitos en los que los deseos pudieran cobrar forma y ser custodiados por uno mismo, para que no se olvidaran jamás y siempre recordara que debía cumplirlos.

No tenía palabras para explicar lo que sentía. Por una parte, estaba muy triste por Nil y por ella; por la otra, estaba feliz y orgullosa de su madre; y, por último, se sentía avergonzada y mala persona por la crudeza con la que siempre había hablado sobre su supuesta desidia.

—Sabías que el deseo que pedí era mío, ¿verdad? —preguntó Alegra con voz temblorosa y la nariz moqueante.

Amanda se encogió de hombros y se acercó a ella.

—Eres mi hija. Por supuesto que sabía que era para ti. ¿Cuántas «Re: Alegra Balanzat» hay en el mundo? —reconoció definitivamente.

—No sé… —El nudo en la garganta le impedía hablar como deseaba. ¿Qué le estaba pasando a su vida que no dejaba de sorprenderla?

—Preparamos tu frasquito de los deseos con todo el amor del mundo —sonrió como solo lo haría una madre dispuesta a perdonar cualquier afrenta de su hija—. Lo hacemos con todos. Pero para mi pequeña sanadora, que estaba tan lejos, hacía falta uno lleno del amor que había rechazado y que sabía que necesitaba como requiere el sol de las plantas para crecer.

—Yo nunca os rechacé, mama —dijo arrepentida, llorando a moco tendido—. Estaba perdida y asustada.

—Lo sé. —La acercó a ella y besó su frente con mimo—. Por eso, el frasquito de los deseos que te mandé incluía uno mío detrás del pergamino, escrito con tinta de limón.

—¿Cómo? ¿Qué escribiste?

Su madre le acarició el rostro y sus ojos se humedecieron como los de su hija.

—Escribí: «Quiero que mi hija vuelva para decirle lo mucho que la quiero»

Alegra hizo un puchero, después otro y otro más, y acabó abrazando a su madre, abatida y afligida por todo. Sus lágrimas amargas no se detenían. ¿Cómo iban a salir de todo aquello? Si Nil cumplía su amenaza, todo se sabría. Y a las Balanzat no les hacía falta eso. No lo necesitaban.

—Mama… Me han roto el corazón —reconoció quedándose sin fuerzas y cayendo al suelo, pues las rodillas no la sostenían.

—Alegra… ¿Qué ha sucedido?

Amanda, asustada por su hija, la acompañó hasta el suelo de madera y permitió que su hija se acomodara sobre ella. Le acarició el pelo, intentando tranquilizarla, queriendo hacerle ver que no estaba sola mientras ella estuviera a su lado.

—Todo está mal, mama. Os van a meter en un lío… Por mi culpa.

—Chis, mi vida… No llores. ¿Qué ha pasado, cariño? —La meció con ese movimiento hipnótico que hacía dormir a los bebés—. Cuéntaselo a tu madre. Alejaré a los fantasmas por ti.

24

AL DÍA SIGUIENTE

El clima se había enfriado y parecía adoptar el mismo estado anímico que el de las Antiguas de Iboshim: el de una calma tormentosa. Tal era la afinidad de la isla con las Balanzat.

Pietat había servido Cacaolats calientes a todas que, cubiertas con una mantita en el salón, hablaban de la información que contenía el sobre que le habían dado a Nil.

—De más está decir que, sea quien sea el que le ha facilitado la información a Nil, está involucrado con lo que sucede a la isla. Van contra nosotras —dijo Sasha apoyándose en el hombro de Alegra, intentando animarla con sus carantoñas—. Mama y la abuela son las propietarias de la *Wish Pottery*, es cierto. Pero no tienen nada que ver con beneficios para el Consell ni con que ninguno de sus miembros esté involucrado. Ellas dos solitas, con su paciencia y su cariño, cada dos días, navegaban hasta es Vedrà, recogían tierra y sal marina en las salinas; compraban los frasquitos a mayoristas, se encargaban de pintarlos, de responder a los correos de los clientes, gente que pedía ayuda y deseaba poseer amuletos… Todo. Todo eso lo hacían ellas. Y la gente los quería porque eran frascos de deseos totalmente personalizados. Lo han hecho todo con mucho mimo y dedicación. Y han tenido éxito porque la isla así lo ha querido. Y es más —alzó el dedo índice—: la isla les dio el permiso para hacerlo. Aun así, la gente no nos va a creer. Si esto sale a la luz…

—Si esto sale a la luz —dijo Pietat con gesto severo—, también podremos observar todo lo que salga cuando se tire de la manta. ¿Quién nos

ha acusado? ¿Quién se beneficia de todo esto y por qué? Eso también se descubrirá. Debemos estar muy atentas.

Alegra lucía una sombra oscura y violácea bajo sus grandiosos ojos. No había dormido nada. Lo sucedido con Nil la había partido en dos. Jamás hubiera imaginado que algo le doliera tanto como la habían herido el desprecio y la desconfianza en los ojos de ese hombre.

Definitivamente, se sentía tan mal, y la lluvia del día anterior la había calado tan hondo, que incluso el frío era un recuerdo constante en sus huesos. Nada la podía hacer entrar en calor ni abrigarla con la esperanza de que todo se iba a solucionar.

Amanda permanecía pensativa, con el gesto indescifrable y sus ojos completamente opacados por la furia y el rencor. Si querían injuriarlas, si lo que buscaban era que se fueran de la isla, que se prepararan, porque las Balanzat no se moverían de allí. Pelearían, aunque tuvieran a toda Ibiza en contra.

—Siento que haya sucedido esto —se disculpó Alegra lamentándolo de corazón—. No me imaginaba que Nil fuera quien fue… Ni que nadie pudiera ponerse en contacto con él para desvelar que fui yo quien hizo cambiar de parecer a la presidenta Roureda. Tampoco me imaginaba que tuvierais nada que ver con *Wish Pottery*. Ha sido todo una… una increíble sorpresa. Lo único que tengo claro es que no voy a permitir que mancillen algo tan bonito como eso.

—No hay nada por lo que disculparse, Alegra —le dijo Amanda tranquilizándola—. Tus acciones fueron nobles desde un principio. Esperaremos a los acontecimientos. La abuela tiene razón: las noticias nunca vienen solas.

Dicho y hecho.

Alguien llamó a la puerta de Sananda; y cuando Sasha entró con la visitante, todas se quedaron impresionadas y expectantes.

Meritxell Roureda sostenía un diario impreso en la mano de *El diario de Ibiza*, y fotocopias impresas también de *El nou diari*. Su rostro no reflejaba ni el aturdimiento ni el miedo de Alegra, sino una increíble decisión de encontrar respuestas a lo que había sucedido.

—Han publicado un artículo titulado *Los negocios de la presidenta del Govern*.

—No puede ser —susurró Alegra, con la mirada incrédula fija en las hojas que llevaba—. ¿Ya lo han publicado? ¡¿Tanta prisa se ha dado?! —Pensó en Nil y en la beligerancia de las palabras que le había dirigido la noche anterior. Recordó que su hermano David era periodista político y, entonces, el mundo se le cayó encima. Tenía los medios para hacerlo público. Por supuesto que no se había demorado ni un minuto.

—He tenido una reunión con los mismos miembros del Consell del Govern. Todos han pedido una moción de censura contra mí y me han relevado del cargo por mi supuesta participación en el negocio *Wish Pottery* y la anterior revocación del contrato de Nil Blanc en la construcción de es Vedrà.

—¿Cómo?

Las Balanzat se levantaron del sofá y acudieron a abrigar a Meritxell Roureda. Sin embargo, la mujer, que tenía los ojos verdes y claros rebosantes de paz y parecía mucho más joven que meses atrás, sonrió, para sosegar a las cuatro mujeres.

—No pasa nada. Estoy bien —les aseguró calmándolas con una sonrisa de timidez—. Alegan intereses personales en la decisión. Aseguran que no he mirado por el beneficio de la isla.

Amanda la invitó a sentarse en el sofá y trajo unas pastitas en un platito con cuatro gatos de colores estampados y unos tés calmantes para las cinco, en tazas con tapaderas de cerámica para mantener la infusión caliente, de la misma colección que el plato.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Alegra.

—Han conseguido lo que querían, supongo. —Meritxell se encogió de hombros—. Dentro del Consell del Govern tenía a un par de enemigos. Uno de esos enemigos es ahora mismo el presidente en funciones.

—¿Tan rápido ha ido todo? —Amanda, ojiplática, no podía dar crédito a lo que oía.

—Sí. La moción de censura ha sido por mayoría casi absoluta. Así que hoy mismo me he ido del ayuntamiento. Ya tenían las votaciones listas. Mañana lunes pasaré a recoger mis pertenencias.

Así. Tan fácil. Un día estabas en el poder y al otro te echaban, de patitas en la calle.

—¿Y quién es ahora el presidente? —quiso saber Alegra con interés.

—El señor Rodolf Fuster. —Sacudió el diario y las hojas en sus manos —. Se encargaba del Departamento de Movilidad, Interior y Medio Ambiente. Siempre me tuvo ojeriza —repuso disgustada.

—¿No le caías bien? —Pietat comía una *cookie* de chocolate casera—. ¿Por qué no? —Sus ojos poseían una luz tendenciosa.

—No. No le caía bien. Porque estaba sentada en su silla, supongo.

—¿Quería tu cargo? —Sasha sorbió el té sin dejar de mirar a la expresidenta.

—Tal vez. Siempre me llevaba la contraria. Nuestro principal conflicto se centraba en la reforma de la depuradora.

—¿Qué reforma? —Alegra frunció el ceño. ¿La depuradora cuya planta diseñó su padre?

—Yo quería centrar el trabajo del Govern en la reforma de las depuradoras y los emisarios de la isla. Señalé que, lamentablemente, las sobrecargas de los caudales a las que estaban expuestas las depuradoras de Formentera y las aguas mal depuradas de Sant Francesc d'Estany y de Talamanca, cuyo viento movilizaban hasta la zona de ses Salines, provocaban la contaminación y la muerte del pulmón del *Mare Nostrum*, que no es otro que…

—La posidonia —dijeron las cuatro Balanzat con los ojos brillantes e iluminados. Ahí lo tenían. Meritxell Roureda también sabía del gravísimo problema que sufría la especial alga oxigenante.

—Sí —dijo Meritxell frunciendo el ceño—. ¿Conocéis el estado de la posidonia? —preguntó asombrada.

—Por supuesto —afirmó Amanda asintiendo con seriedad—. La isla nos habla, ¿recuerdas?

Meritxell Roureda se retiró un mechón rizado del rostro y sonrió con orgullo. No lo olvidaría jamás.

—Lo sé.

—La planta de la depuradora de Formentera la diseñó mi padre hace al menos treinta años.

—Sí. Lo sabemos —aseguró Meritxell—. Pero necesita una reforma. Ha trabajado de manera desmesurada todo este tiempo debido a la cantidad de gente que visita la isla. Necesita que la arreglen. Tanto esa como las de Ibiza que ya he nombrado.

—Pues no lo entiendo. Y, ¿por qué Rodolf se negaba? —Si Alegra fuera un perro tendría las orejas alzadas en señal de atención plena—. Encargándose del medio ambiente, debería agradecer que tuvieras interés en reforzar su departamento ofreciendo dinero para reformas de ese tipo, ¿no?

—Porque Rodolf prefería que invirtiéramos en medios para subsanar la eutrofización de las aguas en vez de solucionar el problema de raíz.

—¿No estaba interesado en salvar la posidonia? —Alegra estaba en modo investigadora privada.

—Sí. Por supuesto que sí —aseguró Meritxell—. A excepción de que lo que él quería era tratar las algas con productos químicos. Darles medicinas; pero eran unas medicinas que debían verterse en el mar y que cambiaban la especial constitución de la posidonia. La inversión en las depuradoras era muy costosa, así que Rodolf aseguraba una y otra vez que Ibiza era muy pequeña para la oleada de turistas que la visitaban al año. Que, por mucho que solucionaran el problema de los emisarios de aguas fecales e invirtiéramos una fortuna en la reconstrucción, la eutrofización volvería a aparecer, porque Ibiza abastecía a más gente de la que estaba capacitada para mantener. Así que sugirió que se invirtiera en medios y seguridad para limpiar las aguas y oxigenarlas, para impedir que estas padecieran anoxia. Por eso creamos un plan para regular y controlar las embarcaciones lúdicas y privadas, y limitamos los excesos de nutrientes, fosfatos y nitratos. De ahí también que incrementásemos el número de guardias costeros.

—Pues no está funcionando, Meritxell —señaló Alegra censurando las decisiones tomadas—. La eutrofización crece y es muy preocupante, porque tú sabes que Ibiza vive de sus productos, ¿verdad? Si sus aguas están contaminadas, la flor de sal de Ibiza desaparecerá porque no será de la misma calidad. Del mismo modo que la posidonia debe vivir por la cantidad de oxígeno puro que da a nuestro ecosistema; si la transforman, todo nuestro medio cambiará. No obstante, los medios que asumisteis para solucionar el problema fueron nulos. La enfermedad persiste y no se detiene.

—A los miembros del Consell, después de escuchar a Rodolf les pareció normal que invirtiéramos en otras cosas. Con lo que nos ahorrábamos en la reconstrucción de las depuradoras, —explicó enfatizando la decisión mayoritaria del Consell por encima de la de ella—, invertimos el dinero en los departamentos de Trabajo y Comercio, en el de Deportes y Juventud y en el de Turismo. Todos parecían contentos con la decisión.

—¿Con ese presupuesto que ahorrabais con la no reforma de las depuradoras, ibais a invertir en el Shamballa? —comprendió Alegra atando cabos.

—Sí. Así iba a ser. Hasta que gracias a ti cambié de opinión.

No hizo falta que ninguna mirara a la otra. Las Balanzat pensaban exactamente lo mismo que estaba cavilando Alegra.

—Es Vedrà, Meritxell, es una zona de equilibrio de Ibiza. Influye en la isla, en el mar, en todo el ecosistema de las Pitiusas. De alguna manera, su energía ayuda a que todo se sostenga. Es algo mágico, pero es tan real como tú, que existes aquí y ahora. ¿Me equivoco si digo que fue el señor Rodolf Fuster el que puso sobre la mesa el proyecto de arquitectura sostenible en es Vedrà?

Meritxell dejó su taza sobre la mesita y se relamió los labios.

—No. No te equivocas. Fue él quien propuso realizar el concurso de arquitectos ecológicos.

Blanco y en botella.

—Entonces, ya sabemos quién tiene una más que posible implicación con lo que nos está pasando —finalizó Alegra, apoyando la espalda en el sofá y meditando cuál era el mejor plan de acción para revertir los acontecimientos.

Por alguna razón, el honorable señor Rodolf Fuster, cabeza del Departamento de Movilidad, Interior y Medio Ambiente, tenía que ver con las decisiones que perjudicaban a la posidonia, a las Pitiusas y, por consiguiente, a las Antiguas de Iboshim.

Necesitaban indagar en el asunto.

—Requerimos medios para expresarnos, Meritxell. Medios a los que no podemos llegar. ¿Tú tienes contactos con los periodistas?

—Sí, por supuesto.

—¿Crees que querrían escucharte?

Meritxell se echó a reír.

—¿Siendo acusada de un asunto de aparente corrupción política? ¡Por supuesto! —Se inclinó hacia adelante y achicó sus ojos—. De hecho, mi marido ya me ha avisado y me ha dicho que ya tengo periodistas delante de casa. —Tamborileó los dedos en la taza de té—. ¿Qué has pensado? ¿Y qué dices que es lo que os sucede?

—¿Estás dispuesta a ayudarnos? —Alegra quería fidelidad total—. Si nos ayudas, te lo explicaré todo.

—¿Bromeas? —dijo asombrada—. Alegra, mírame. Han conspirado contra mí y me han echado del Govern. Quiero limpiar mi nombre y el vuestro. Tú devolviste la vida a mi hijo, y eso ha servido para valorar qué quiero en mi vida. Ahora veo mi futuro desde otra perspectiva. Cuando hoy me han dicho que abandone mi puesto, curiosamente, no se me ha caído el mundo encima —reconoció con honestidad—. La verdad es que… me encantaría seguir aprendiendo de vosotras. Tal vez ponga una herboristería o algo cuando todo este turbio asunto se aclare. —Se quedó pensativa durante unos segundos—. Siempre me ha gustado la política. Pero creo que eso ya ha acabado para mí. Quiero algo nuevo para mi marido y mi hijo. Y vuestro mundo, el mundo que Amanda y Pietat me enseñaron, me encanta. Me hace sentir bien —sonrió con reconocimiento—. Quiero ayudaros.

Alegra sonrió y una nueva convicción sentó sus bases en esa visita. Si Meritxell estaba dispuesta a ayudarlas y a defenderlas, ellas también harían lo propio poniendo a la opinión pública en una diatriba.

Nadie mancharía el nombre de las Balanzat gratuitamente sin antes reflexionar y meditar sobre su caso. Nadie ensuciaba a las Balanzat porque sí.

—Mama —Alegra miró a Amanda.

—¿Sí? —dijo esta asombrada por la decisión en el rostro de su preciosa hija.

—Vamos a colgar una nota informativa y oficial, en todos los idiomas, en la página web de *Wish Pottery*. Toda la gente que ha confiado en vosotras hasta el día de hoy debe saber la verdad. Debe saber que sois inocentes. Deben creer en nosotras. Nos llaman brujas, ¿cierto?

—Sí.

—Os hacéis llamar las Brujas de la sal y los deseos. Así os conocen —añadió Alegra dejando a su cabeza trabajar y fluir como el agua.

—Sí. Así es —dijo Pietat cruzándose de brazos y balanceándose en la mecedora, con Golfo sentado al lado.

—Quieren creer que en realidad lo somos. Que somos brujas buenas —explicó la joven morena—. Pues eso les vamos a ofrecer: la verdad. Vamos a pedirles ayuda para que nos apoyen y podamos sanar a nuestra isla. Vamos a explicarles cuál es el conflicto por el que estamos peleando. Y, de paso, pongamos entre la espada y la pared a los que quieren dañarnos.

Sasha se levantó y dio dos palmadas con alegría.

—Yo me encargaré de las traducciones —aseguró—. Redactaré un mensaje muy emotivo para todos los cibernautas y todos nuestros clientes.

—Perfecto, Sasha. Meritxell… —Alegra se sentó al lado de la expresidenta— Necesito que esa carta se publique en el periódico, junto con nuestra versión de todo el asunto y el problema de la eutrofización. Cuando demuestres que no tienes nada que ver con *Wish Pottery*, podrías señalar el gravísimo problema de la eutrofización y la oposición que encontraste a tu reforma por parte del ahora presidente del Govern. Tenemos que comunicar cuál es el problema real. Las islas nos competen a todos. Y es de todos la decisión de sanarlas.

Roureda se incorporó y asintió emocionada.

—Contad con mi ayuda. ¿Cuándo podréis tener esa carta para el periódico redactada?

—Esta misma tarde —contestó Sasha corriendo a por su libreta y su pluma—. Déjame un par de horas.

Alegra levantó la mirada y centró su atención en todas.

—La gente siempre ha hablado de nosotras; ha hablado por hablar, por criticar, por tener algo que susurrar. Pero nunca lo ha hecho por nuestras palabras ni por nuestras propias experiencias. En el periódico nos pueden llamar de muchas maneras —sacudió *El Diari de Ibiza* y lo tiró sobre la mesa con desprecio.

—Iluminadas, pseudobrujas —señaló Amanda—, aspirantes a hechiceras que no pasan de ser unas charlatanas…

Alegra apretó los dientes con rabia. ¿Qué sabrían ellos de quiénes eran en realidad?

—Lo que sea… No saben quiénes somos. No nos conocen. Hay un interés de alguien, cuya energía no podemos nombrar, que intenta manchar nuestro nombre. Quieren que nos vayamos. Pero no lo van a lograr. Meritxell —la miró con decisión—, necesitamos que utilices los medios que tengas para investigar al señor Rodolf Fuster y saber qué le une a esa empresa que quería facilitarle esos productos químicos de limpieza para la posidonia. Si el señor Fuster es un corrupto, lo averiguaremos. Mientras tanto, lo que nosotras tenemos que conseguir es que los ibicencos nos conozcan y que, si hablan, hablen por lo que nosotras hemos revelado, no por lo que prejuzguen los demás.

—Tenemos algo que puede demostrar perfectamente que *Wish Pottery* no solo iba destinada a ayudar a los demás y a ganarnos un dinerito —dijo Pietat con los ojos cerrados y las manos entrelazadas en el vientre. Sonreía, como la persona que sabe que tenía una carta que nadie esperaba y que sería determinante para la resolución de un caso—. Todo lo hemos hecho por nuestras islas.

—¿Qué tenéis algo? —repitió Alegra agrandando los ojos—. ¿El qué?

Pietat abrió un ojo azul y miró a Amanda, que asentía con la cabeza.

—Trae un pergamino de los deseos, Amanda.

La pelirroja abandonó el salón, dejándolas sumidas en medio de una inquietante y misteriosa expectación.

Cuando regresó, había abierto el diminuto papel y lo tenía extendido entre los dedos.

—¿Tenéis un mechero?

Sasha se lo sacó del bolsillo de la falda tejana que llevaba y sonrió con una disculpa. Era un mechero con rosas y calaveras.

—¿Y tú por qué llevas un mechero?

—No es mío. Es de un… amigo —contestó la pelicastaña.

Amanda tomó el mechero, dejó el pequeño papel sobre la mesa y pasó la llama por encima del pergamino.

—Esto que vais a ver… —dijo Amanda actuando con cuidado para que no prendiera el pergamino— está escrito en todos los frasquitos que

enviamos.

Al instante, Alegra ahogó una exclamación y se cubrió la boca con las manos. Era maravillosamente increíble.

Y, entonces, lo tuvo muy claro. Aunque el negocio de *Wish Pottery* era algo precioso y de mucho trabajo personal y creativo, era algo hermoso y único surgido de los espíritus de su madre y de su abuela.

Alegra, conmovida y emocionada, con manos temblorosas dejó el pequeño papel sobre la mesa y observó a su madre con congoja.

—Esto es…

Amanda negó con la cabeza, deteniendo lo que fuera a decir. Sonrió, como la persona que comprende que su hija había sido sorprendida y le guiñó un ojo.

—Todo lo que hemos hecho hasta ahora es por la isla. Y si lo hacemos por la isla, también lo hacemos para los demás. *Wish Pottery* nació de nuestro deseo de ayudar… Solo de eso.

Un amor incondicional bañó a Alegra, que se dirigió a su madre y la abrazó con todas sus fuerzas. Después, sin soltar a Amanda, miró a Meritxell Roureda. Ella no tenía nada que ver con *Wish Pottery*, pero la opinión pública era tan manipulable que creería lo que dirían los periódicos. La única relación que unía a Meritxell con las Balanzat era el trato que hicieron a cambio de salvar la vida de Toni, pero eso no debía revelarse jamás.

Muchos no dudarían en tacharlas de aprovechadas y mentirosas. Así de ignorante y débil era la gente.

Sin embargo, a las Balanzat les había llegado el momento de revelarse y de protestar. La gente las conocería y sabrían a ciencia cierta qué hacían y por qué se autodenominaban las protectoras de las Pitiusas.

Las habían señalado y las querían mancillar.

Nil acababa de ponerla en un aprieto que manchaba su honor y el de su familia, y todo porque sentía que había jugado con él. Pero no era cierto. Y aunque estaba muy enfadada con él, se encargaría más adelante.

Las Antiguas de Iboshim estaban con ellas para luchar contra los juicios injustos. Y vencerían esa batalla, Alegra estaba segura de ello. Y la increíble revelación que les había enseñado su madre sería lo que decantara todo a su favor.

Pero para lograrlo, la gente debería elegir.
¿Creer o no creer? Esa era la cuestión.
Nil no había creído en ella. ¿Y los demás?

25

TRES DÍAS DESPUÉS

Si existía un solo lugar en la Tierra en el que las personas, mayoritariamente, creían a pies juntillas y sin necesidad de demasiadas explicaciones la historia de las Balanzat, ese lugar era las Pitiusas.

Los pitiusos, como así se llamaban, eran personas entrañables, que veían la vida con la serenidad, la calma y la perspectiva que facilitaba e inspiraba un lugar aislado del mundo como eran sus maravillosas islas de pinos y sal mágica. Tenían caracteres afables y soñadores. Y creían.

Pero también eran personas con una tradición *hippie* a sus espaldas muy importante y muy pronunciada. Nunca juzgaban a nadie por lo que aparentara ser, sino por lo que era de verdad. Por supuesto, siempre habría excepciones y gente que se comportaría de modo más crítico y conminatorio hacia ellas, pero eran más bien pocos.

La cuestión fue que, después de colgar la misiva en su web y de que su defensa se publicara en los periódicos de las islas, habían quintuplicado las visitas recibidas en tres años en menos de dos días. En la red se creó un movimiento proBalanzat, impulsado por grupos ecologistas y simpatizantes que verificaban lo que unos pocos habían clamado a gritos: la posidonia se moría y las Pitiusas enfermaban. Muchos de esos grupos que las apoyaban decían ser brujas y sanadoras. Otros creían en los remedios que facilitaban las plantas. Unos pocos más no eran ni una cosa ni la otra, pero querían creer en la magia. Y el resto… El resto estaba en contra de todo tipo de políticos y no apreciaban al gobierno, así que se pusieron de parte de Meritxell Roureda, su inocencia y su rechazada reforma de Medio Ambiente. Y, por

supuesto, también de las Balanzat, un grupo de mujeres que con su creatividad y sus conocimientos había creado un producto que gustaba y que tenía una legión de clientes satisfechos. Todos esos clientes opinaban en plataformas y llenaban de mensajes positivos las redes, asegurando que, aunque todavía a muchos de ellos no se les había cumplido el sueño que tenían, llevar ese frasco de los deseos les hacía sentir bien; que era como un talismán al que se le tenía apego y se le había otorgado un poder real. Y confiaban plenamente en que, luchando por su sueño, conseguirían que sus deseos se hicieran realidad.

La misiva que colgaron era clara, pero requería una acción por parte de todos los clientes de *Wish Pottery*; un gesto que inclinara la balanza a favor de las Brujas de la sal y que demostrara que estaban más que concienciadas con la causa de la posidonia incluso antes de que todo saliera a la luz.

Comunicado de las Balanzat, vuestras Brujas de la Sal.

Apreciados amigos.

Lamentablemente, nos vemos en la obligación de comentaros lo que tristemente nos ha sucedido.

Sabéis que, desde hace varios años, hemos estado a disposición de vuestros deseos. No invertimos jamás en publicidad de ningún tipo. Nos encontrasteis porque buscabais algo especial: un detalle que diera ánimo a alguien que queréis, un colgante especial para vuestra pareja, una pulsera de amistad y fe para vuestro amigo o un deseo positivo para alguien que deseabais que mejorara su situación… Confiasteis en nuestros frasquitos de los deseos. Y nosotros os agradecimos vuestra confianza poniéndonos manos a la obra con mimo, dedicación y cariño personalizado para cada uno de vosotros. Durante todo este tiempo, hemos recibido mensajes de agradecimiento por nuestro trabajo, y no sabéis cuánto significa vuestro apoyo.

Sin embargo, nos han involucrado en un incómodo asunto de corrupción política, asegurando que todo lo hemos hecho por interés y que nos beneficiábamos de nuestro negocio repartiendo sobres de dinero sin remordimientos al anterior cabeza del gobierno de nuestra Ibiza. Por supuesto: todo es falso. Y se demostrará en breve. No tenemos nada que ocultar, excepto nuestra identidad física. Dicho queda aquí que, por nuestra parte, Meritxell Roureda es completamente inocente de lo que se le acusa. Nuestro negocio está declarado fiscalmente y lo tenemos todo en regla; respecto a ello estamos más que tranquilas.

Lo que sí nos incomoda es saber que hemos sido cabeza de turco de algo mucho más flagrante y que atañe no solo a los pitiusos, sino a todos aquellos que aman nuestro ecosistema. Nosotras conocemos la naturaleza de nuestras islas y estamos en contacto con ella. Ella, aunque no lo creáis, nos habla. Desde hace ya varios años, nos hemos dado cuenta de que la posidonia oceánica se está muriendo debido a la cantidad de aguas grises y de sobreactividad que hay en los mares de Ibiza. Muchas especies están

sufriendo también las consecuencias de la contaminación. Nadie hace nada para remediarlo. La única mujer que intentó solventar el problema está ahora fuera del Govern. Y en cambio, al cargo del Consell actual está el hombre que le negó la remodelación, el señor Fuster, que insistió en comprar unos productos químicos para subsanar el problema; productos cuya patente es propiedad de la empresa de artículos químicos de su hermano, Carles Fuster. Obviamente, esto no es ninguna casualidad. Y lo denunciamos públicamente desde aquí, para que todos podáis juzgar con criterio qué es lo que en realidad sucede. Es todo un ardid.

Nosotras solo somos una pieza en este juego, pero desde luego, fuimos conscientes del problema desde el primer momento en el que la isla nos lloró. Por esa razón, desde que empezamos con nuestro proyecto, *Wish Pottery*, decidimos involucraros a todos con la sanación de la posidonia, aunque no lo supierais. Como sabéis, vuestros deseos están escritos en un diminuto pergamino. Cuando se cumple un deseo, debéis vaciar el contenido del frasco y hacer con el pergamino lo que deseéis, ya sea tirarlo, guardarlo, o quemarlo. No importa, pues vuestro deseo se ha cumplido, y con vuestro deseo realizado también conseguimos que se cumpla el nuestro. ¿Sabéis por qué? Porque las Brujas de la sal creemos en el poder de decretar y en el poder que otorgan la palabra y la confianza de alguien al conocer que las cosas están bien y que sus deseos se han cumplido. Por ese mismo motivo, cada vez que habéis vaciado un frasquito por vuestro deseo concedido, también habéis puesto vuestro granito de arena para que la sanación se lleve a cabo. Y si lo queréis comprobar, os invitamos a que lo hagáis. Tomad vuestro pergamino de los deseos y dadle la vuelta, justo donde no hay nada escrito. Pasad una cerilla por encima y os daréis cuenta de que aparece un mensaje. Ese mensaje es el mismo para cada uno de los más de diez mil frasquitos que ya hemos enviado. En el mensaje hay escrito: «Sana, sana colita de rana. Si no sana hoy la posidonia, sanará mañana». Esa ha sido nuestra manera de ayudar a nuestras islas.

Todos, os llaméis como os llaméis, seáis de donde seáis, tenéis lazos invisibles con los que conectamos; invisibles como eran esas letras que

formulaban un deseo. A veces, solo con creer, lo invisible se hace visible. Y la magia se revela para el que cree.

Nosotras creemos en la magia. Creed vosotros en nosotras y ayudadnos.

Había llegado el momento de creer y de apoyar a quienes más lo necesitaban, que no eran ellas sino sus Pitiusas.

Las Balanzat aseguraron que cederían el diez por ciento de las ventas de *Wish Pottery* para subsanar la posidonia y, de paso, ayudar a organizaciones benéficas y ecologistas.

De ese movimiento, salieron camisetas y carteles a favor de las Balanzat. Aunque también tenían sus detractores, que decían que mentían, que eran charlatanas que abusaban de la fe de la gente y que nada de lo que decían era real.

Sin embargo, miles de fotografías de personas distintas, con el pergamino y la letra escrita en zumo de limón de puño y letra de Amanda, atestaron las redes sociales de Ibiza, y la noticia no tardó en ocupar prácticamente todos los medios de televisión y también otros canales nacionales. Todos fotografiaban el mensaje de limón de las Balanzat. De ese modo, protestaban y se unían a la causa de la posidonia.

Al parecer, la noticia había dado popularidad a las descendientes de las Antiguas de Iboshim, que ahora gozaban del apoyo y la simpatía de la que no disponía el actual presidente del Govern.

Rodolf Fuster compareció públicamente para afirmar que la situación no era tan crítica en ses Salines y que esas mujeres eran unas oportunistas.

Pero Meritxell Roureda sí que pudo demostrar que nunca tuvo ningún negocio ni colaboración con las Balanzat, que lo único que la unía a ellas era la ayuda desinteresada que le habían prestado para que Toni se recuperara, además de compartir todos sus conocimientos sobre plantas medicinales. Salió impune de las acusaciones.

Sin embargo, nadie podía negar la relación laboral que ataba al señor Fuster con su hermano Carles y sus productos químicos de saneamiento; así que, tan pronto como Rodolf Fuster continuó con su propósito de comprar su

limpiador de nitratos, la opinión popular se opuso y tuvieron que detener las negociaciones.

La isla estaba en el ojo del huracán de medio mundo, y cada vez había más seguidores de las Balanzat, que seguían exigiendo que respetaran su intimidad y que no querían entrevistas de ningún tipo.

Pero, aunque no salieran por la tele, la gran mayoría de los pitiusos ya las conocían, y eran más los que las querían que los que no las respetaban.

Los primeros las señalaban no como si fueran bichos raros, sino con una sonrisa bienintencionada y de agradecimiento.

Los segundos no se atrevían a decirles nada, pero destilaban odio con sus comentarios en voz baja.

No obstante, nada de eso les importaba a Alegra y a las demás. Lo más importante en ese momento era encontrar cuál era la relación de Rodolf Fuster con aquel que dirigía los ataques de magia negra en la isla, si en realidad, tenían algo que ver.

Y, sobre todo, la inquietud de Alegra era la de sobrellevar los días con el varapalo de saber que estaba totalmente enamorada de aquel que había intentado hundirla y que jamás, ni por asomo, creería en nada de lo que ella representaba.

David Blanc se frotaba los ojos sentado delante de su ordenador. Tenía las cuencas hundidas por el cansancio. Tomó de nuevo sus gafas, las limpió con el pañuelo limpiacristales y se las volvió a poner.

Perplejo. Estaba perplejo.

Resultó que ante él sí tenía una trama política. Pero no relacionada con las personas a las que él directamente había acusado. No.

La trama no estaba urdida alrededor de las Balanzat y de Meritxell Roureda. Sin duda alguna, entre ellas había relación, por supuesto. Pero no la que él creía.

En declaraciones oficiales *El Nou Diari*, Meritxell Roureda había afirmado que la decisión sobre declinar el proyecto en es Vedrà que tantos lugares de trabajo iba a dar a Ibiza era por principios ecológicos e históricos. Además, los ibicencos, tras una encuesta popular organizada por

el mismo periódico, aceptaban la decisión de la expresidenta, pues no deseaban que nada ocupara la visión de su roca mágica.

Pero por la fecha que figuraba en los extremos de las fotografías que le enviaron a Nil, David sabía perfectamente que las Balanzat habían estado en contacto con Meritxell; y ponía la mano en el fuego por que su decisión final sobre el proyecto de su hermano había cambiado totalmente después de que su hijo Toni abriera los ojos. Y David, que no perdía ni un detalle, había ido a preguntar al hospital en el que el chaval estaba ingresado. Un par de enfermeras indiscretas le habían explicado que el pequeño abrió los ojos después de una visita de Alegra Balanzat. Que después se armó un lío con el marido de Meritxell, Mateo. Pero que el joven ya había abierto los ojos cuando eso sucedió.

A David, había cosas de ese caso que le ponían la piel de gallina. Sasha y Alegra le habían caído muy bien, esa era la realidad. Tal vez Alegra debió explicarle a Nil que sabía lo que había sucedido… Pero toda esa leyenda que traía a sus espaldas de las Balanzat, *Wish Pottery* y las Brujas de la sal… Parecía un circo.

Un circo curioso, mediático y que llamaba muchísimo la atención. Y no solo eso. En pocos días, la gente se había puesto de parte de las Balanzat; y sabía que los pitiusos de toda la vida, los únicos que conocían la verdadera identidad de las Balanzat, empezaban a formar cola en Sananda para que ellas les ayudaran y les atendieran, como si se tratara de un grupo de mujeres que obraran milagros.

Sin embargo, ellas no querían atender a nadie. Se limitaban a escucharles y a ayudarles con sus remedios caseros, pero no estaban dispuestas a hacer nada más, pues aseguraban que no hacían magia y que solo sabían de plantas y de algún que otro sortilegio casero originario de sus ancestros.

Tenía la terrible sensación de que se había equivocado y de que había lanzado una bomba de relojería basándose en pruebas físicas que habían sido manipuladas. Y ahora lo lamentaba.

Lo lamentaba por Alegra y su familia porque, aunque eran verdaderamente una familia muy extraña y misteriosa, podía darse el caso de ser tan inocentes como lo había sido Roureda.

—¿Qué haces, David? —preguntó Nil apoyado en el marco de la puerta del salón con una cerveza en la mano.

David ni siquiera se inmutó. Inhaló profundamente e hizo un gesto de disconformidad.

—Me regodeo en los remordimientos —contestó con honestidad.

—¿Te autoflagelas? —sonrió despótico.

—Como tú, supongo. Lo único que haces es beber desde hace tres días… Supongo que bebes para no sentirte mal. Para no pensar en la gran cagada que hemos cometido.

—Yo me siento estupendamente —contestó Nil acercándose a la mesa y sentándose al lado de su hermano—. Y tú no deberías sentirte culpable por nada. Las pruebas estaban más que claras.

—Nada de eso era cierto. ¿No lo entiendes? —se giró para encararlo—. Alguien quería que pasara esto. Necesitaba echar a Roureda del Govern para que los Fuster pudieran ejecutar sus negocios. Tú has sido solo la pieza que les faltaba. Por alguna razón, no les gustó que es Vedrà quedara sin edificar y decidieron que te utilizarían a ti y a lo que tenías con Alegra para destruir a Meritxell, ¿lo comprendes?

—Deja que tu mente de periodista se relaje.

—Es la verdad. Está muy claro.

—Si eso es cierto —dijo Nil con voz pastosa—, afirmarlo supone reconocer que me han seguido y que sabían qué relación tenía con la Balanzat. Es muy retorcido incluso para ti.

—El poder es retorcido. —Se presionó el puente de la nariz, buscando una solución al conflicto interior que tenía—. No sé qué son las Balanzat, y creo que estoy muy lejos de saber la verdad sobre lo sucedido; tampoco conoceré lo que sucedió la noche antes de la firma en ese hospital… No sé nada. Pero no son malas. ¿Has visto esto? —Giró el monitor para que Nil clavara sus ojos vidriosos en los cientos y cientos de fotografías que colgaban los clientes de *Wish Pottery* con sus pergaminos y el mensaje escrito y oscurecido en el anverso de su deseo—. Mucha de esta gente compró su frasquito de los deseos hace tres años. Tres, Nil. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Qué han conseguido mucho dinero?

—Que hace años que ellas saben que las Pitiusas están enfermando. Pero como nadie las ha ayudado en su causa, decidieron moverse según sus principios. Y ahora hay una marea a su favor. Tú eres ecologista. Arquitecto ecologista, Nil. ¿Por qué no eres empático con ellas?

—Porque mienten para obtener sus beneficios. Por eso.

—Amanda y Pietat lo han hecho todo por su isla —lo miró a los ojos—. Lo han dado todo. Y yo las he puesto en un serio aprieto.

Nil parpadeó confuso pero, después, recordó la mentira de Alegra y el hecho de que no le dijera nada sobre es Vedrà; y sonrió con desdén, echando por tierra cualquier voto a favor para ella y su familia.

—En lo que a mí respecta, siguen siendo unas charlatanas que venden humo. Me alejé de Tess por la misma razón. A Alegra solo le he dado su merecido, el que no le di a Tess.

—Injusto. Creo que ha sido injusto —apostó David—. Tal vez no creas en ella ni en nada de lo que se supone que es. Yo tampoco lo creo, ya sabes que si no lo ven mis ojos me cuesta creer en algo. Pero… Lo lamento tanto por ti. Y también por ella.

—¡No me jodas! —Lo empujó y se lo quitó de encima—. Esa mujer es muy inteligente. Tiene dos carreras, y no dos carreras cualesquiera. Y no soporto que alguien así se aproveche de la gente más débil.

—Nadie obliga a los demás a creer en algo que no quieren. Ella no va por ahí convenciendo a la gente sobre nada, Nil. Estás equivocado.

—¿Ah, no? ¿A qué mierda juega con todas esas cosas de los frascos de los deseos y de…?

—El negocio de *Wish Pottery* es de su madre y de su abuela. Ella no tiene nada que ver en eso. Ya lo han explicado todo en los periódicos; y, ahora mismo, son tan inocentes como tú y como yo.

—Como sea… Joder. ¿Y qué es ser inocente? Para mí no es inocente vender botecitos con palabras y deseos asegurando que eso hará que se cumplan. ¡Lucas tiene un jodido frasco de los deseos! —Señaló a la planta de arriba—. Y pongo la mano en el fuego a que sé con exactitud qué deseo ha pedido. ¿Crees que se ha cumplido para él? ¡Y una mierda! Habrá mucha gente imbécil que esté dispuesta a apoyarlas y que necesite creer en ellas para no darse cuenta de que la vida es una soberana putada. Pero yo no

siento simpatía hacia Alegra. Ya no. Se rio de mí, David. Y no permitiré que nadie vuelva a hacerme eso.

Su hermano agachó la cabeza con pesar y negó disconforme. Tess había destrozado a su hermano; y ahora que Alegra parecía darle luz de nuevo, la joven tenía que pagar con cosas que no había hecho. Lo peor era que él también la había injuriado, y su sentido de la responsabilidad no le permitía estar en paz consigo mismo hasta que no le diera una disculpa.

—Esta noche hay una fiesta en Pachá —dijo Nil agriado por su situación y por la inquina que envenenaba su corazón—. ¿Me vas a acompañar? ¿O vas a seguir atormentándonos con todo esto de las brujas Balanzat?

—Con la información que recibiste, —habló con lentitud para que su hermano lo comprendiera y no perdiera de vista cuál era la gravedad de la situación—, yo redacté un informe para *El Diari de Ibiza* y fue publicado tal cual. Ese informe es la piedra angular alrededor de la que se mueve todo el noticiario semanal de la isla. Todo el mundo habla de la posidonia, las Brujas de la sal, *Wish Pottery* y los negocios del actual presidente Fuster… Hay algo muy gordo detrás de todo esto —se frotó la calva—. Y quiero ver lo que es. Y mientras no lo averigüe, estoy esperando una demanda oficial por injurias y calumnias a cargo de las Balanzat, ¿no has pensado en eso? ¿Por qué no lo han hecho? Ganarían, y de paso arruinarían a quien se pusiera por delante. Si tan malas son como dices, ¿por qué no me han demandado?

Nil tiró la cerveza con rabia, contra la pared, tomando a su hermano y a él mismo por sorpresa. Se le estaba acabando la paciencia con todo ese asunto.

—¡Y yo qué sé por qué no nos han denunciado!

—Estás desquiciado, Nil.

—¡Estarán demasiado ocupadas respondiendo a sus legiones de *fans* que se reproducen como hongos por las redes! Seguro que venden más que nunca.

—¿Por qué no reconoces que estás jodido por lo de Alegra, porque estás pilladísimo y te decepcionó que no te dijera nada, pero tienes prejuicios para con ella porque te recuerda a Tess?

—Vete a la mierda.

David se levantó de la silla enfadado y se acercó a su hermano para darle una cachetada de atención.

—¡Eh, espabila, Nil! No todas son como Teresa, ¿de acuerdo? Tú haz lo que te dé la gana. Pero yo necesito pedirle perdón a esa chica.

—Eres un gallina.

—Claro, por eso voy a ponerle un par de huevos que, por cierto —lo empujó y salió del salón—, tú no tienes.

—Como tú digas, preciosa —le gritó en voz alta para que le oyera—. Salgo en media hora hacia Pachá. Dime si me vas a acompañar o te quedarás aquí con Lucas.

—Te veré allí. Antes, tengo algo que hacer.

David no iba a dejar que su hermano fuera solo. Tal y como estaba, Nil vendría tan borracho que no sabría ni donde vivía. Pero tampoco iba a dejar pasar otro día más con la angustia de saber que había obrado equivocadamente. Su sentido del honor como periodista y su moral como persona no se lo iban a permitir.

26

Lo último que le apetecía a Alegra era dejarse ver por ningún lado. Necesitaba estar tranquila. De algún modo, habían logrado revertir las acusaciones en su contra en votos a favor, pero no por ello el asunto que las concernía se había solucionado. La gente que no conocía el apellido Balanzat ahora sí lo hacía. Algunos para bien y otros, para mal.

De hecho, las entidades emergentes de la necrópolis las seguían acechando. La sal en las esquineras de la casa cada vez se oscurecía con más rapidez, y aunque no habían sufrido ningún percance físico y gozaban del apoyo de las Antiguas, que las defendían con ahínco, el mal persistía ahí.

—Es por la eutrofización. Cuanto más se envenena nuestro mar y más muere la posidonia, más se empobrece la sal, y más nos debilitamos —aseguró su abuela, lamentándolo profundamente—. Nos quedamos indefensas.

Alegra sentía impotencia. La opinión pública hablaba en las calles ibicencas sobre el movimiento ecologista a favor de la limpieza de las salinas y de la influencia de las Balanzat para lograrlo. Pero, en realidad, nadie sabía con certeza lo que sucedía, ni sabía de la magia oscura que se cernía sobre las Pitiusas.

No podían realizar el hechizo de limpieza que les había indicado su padre hasta al cabo de siete días, durante el eclipse. La única buena noticia era saber que ese mismo día, en un par de horas, llegaba Nicole con su polvo magnetizado; y con ese material se suponía que tan solo debían tener paciencia y esperar para poder realizar su trabajo de sanación.

Alegra siempre se sentía más segura con Nicole al lado. Su hermana mayor, por segundos, siempre le transmitía fuerza y confianza.

Mientras tanto, los investigadores que Meritxell tenía a su cargo, seguían el día a día de Rodolf Fuster, su archienemigo, para ver con quién tenía relación y si eso les llevaba hasta el villano principal conocedor de las artes oscuras, el mismo que había ido a la necrópolis a despertar a los antiguos espíritus fenicios.

De todos modos, con tantos frentes abiertos, lo que más asustaba a Alegra era reencontrarse con Nil. Lo anhelaba y lo temía a partes iguales, como aquellos que desean el dolor porque con ello sienten placer.

Y le echaba tanto de menos que hasta le dolía. Esa misma mañana, su madre se había sentado a su lado, en el columpio del porche. Alegra se había quedado embobada observando es Vedrà, con el recuerdo presente de la noche de San Juan en la que había hecho el amor con Nil.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Amanda meciendo a ambas suavemente, apoyándose en la punta de los pies.

Alegra alzó la barbilla y fijó sus entristecidos ojos azules en el cielo que clareaba después de una nueva lluvia veraniega.

—No del todo.

Amanda sonrió, comprendiéndola a la perfección. Sabía por lo que estaba pasando su hija.

—Sabes que tu abuela y yo leemos las auras, ¿verdad?

—Sí. —Y por mucho que ella lo había intentado no las conseguía ver.

—La noche que te cazamos con Nil en el coche, tenías un aura brillante, grande, rosada, casi rojiza a tu alrededor. Un aura cegadora y auténtica. Es el aura que rodea a las personas enamoradas. Sobre todo a las Balanzat.

Alegra desvió el rostro hacia su madre, tan sabia y clara ella.

—¿De verdad? —Era fascinante saber que su aura hablaba libremente de lo que a ella tanto le costaba reconocer.

—Sí, hija. Tus ojos tenían vida propia, estaban como… como acabados de regar, ¿sabes? Como las flores que necesitan del agua para vivir —explicó con voz serena—. Tú, al parecer, necesitabas a Nil para sentirte viva de nuevo. Lo vi en tu mirada.

—Mama… No sé explicarte cómo me siento —asumió perdida entre sus propias circunstancias—. Solo sé que quiero dejar de sentirme así. Me hace daño.

—Lo sé, cariño. Lo sé… Tu abuela me dijo que las Balanzat sufrimos del mal de los agapornis.

—¿El mal de los agapornis? —repitió Alegra a punto de soltar una risotada. El nombre de esos pájaros siempre le había causado risa.

—Sí. Los pájaros del amor. ¿Sabes que esas aves diminutas no pueden vivir sin su pareja? Son dependientes. Y cuando aman de verdad, aman hasta el final. Una vez que conocen a su compañero, es para siempre —exhaló aceptando y asimilando esa leyenda en ella—. Tu padre era mi agaporni y yo, después de tanto tiempo, lo sigo llorando. Y tú, mi querida sanadora —la arrulló con cariño— has encontrado al tuyo.

Alegra no quería aceptarlo. Le daba miedo admitir que estaba enamorada de Nil y que tal vez no podría recuperarlo.

—Al principio, cuando nos tocábamos, sentía electricidad en las manos —le explicó frotándose las palmas.

Amanda sonrió comprensiva.

—A mí me sucedía con tu padre. Y a tu abuela le sucedía con tu abuelo. Es la señal que hace que reconozcamos a nuestras almas afines. Nil es tu agaporni.

—No puede ser, mama…

—Pero lo es. Y os habéis hecho daño. Sin embargo, es mucho peor la distancia y la brecha entre vosotros que el hecho de no verle… Seguro que tienes escalofríos, te sientes destemplada y solo tienes ganas de llorar.

Alegra resopló, descubierta. Lloraba todas las noches. Sentía una presión dolorosa en el pecho y a veces solo le apetecía salir de la casa corriendo para hablar con Nil y buscar su calor.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad? —insistió Amanda chasqueando con la lengua—. Es el mal de los agapornis.

—Creo que yo no soy el suyo. Después de todo lo que ha pasado y de lo que me dijo…

—Eso es imposible —negó Amanda con rotundidad—. Un hombre debería estar ciego y ser un necio para no quererte. Y él te quiere, Alegra. —Peinó el precioso pelo de su hija con los dedos—. Estoy convencida. Pero tiene que tomar decisiones y dejar sus miedos atrás.

—¿De qué hablas?

Amanda estiró las piernas, manteniéndolas cruzadas a un palmo del suelo. Llevaba unas bambitas Victoria de color azul claro y un vestido holgado de color blanco, pero ceñido al pecho. Su pelo rojo ondeaba suelto por la brisa, impregnado del aroma de la arena y la sal de la cala d'Hort.

—Todos tenemos cosas que ocultar. Decirlas en voz alta nos hará libres —aseguró Amanda—. Y ese chico necesita revelar sus dudas a voces, para que tú le aclares la situación.

Desde esa charla, habían pasado ya diez horas. Era la una de la madrugada y Sasha le había pedido por favor que la acompañara a Pachá: tenía que saludar a David Ros, porque su nuevo disco incluía una canción compuesta por ella.

Alegra no estaba de humor para una fiesta *Flower Power* como la que cada martes se celebraba en aquella discoteca. Pero, por su hermana, haría lo que fuera. Así que se puso una minifalda ajustada y corta de color azul oscuro, una blusa blanca y transparente de tirantes y unos zapatos de tacón; se había dejado el pelo suelto y llevaba un par de flores recogidas a un lado de la cabeza; un cinturón con motivos primaverales que colgaba de forma coqueta por sus caderas remataba el atuendo.

La *Flower Power Party* de Pachá era muy famosa en la isla. Alegra y Sasha se habían saltado los *photocalls* en los que se encontraban las celebridades y habían ido directamente a los reservados de los artistas que iban a tocar antes que David Guetta, que pincharía para amenizar la noche, y era el verdadero capitán del barco.

Pachá de Ibiza era la discoteca por antonomasia más popular de las Pitiusas. La gente asistía a la fiesta *hippie* de los martes totalmente caracterizada. Del techo colgaban grandes esferas y símbolos de la paz. Mientras la música sonaba, dejaban caer confeti multicolor; el humo tintado y frío salía de los extractores y, a la vez, cientos de brazos se alzaban siguiendo el ritmo. La marea de pelucas de colores no dejaba de crecer.

Sasha saludó al joven David Ros, que presentaba un sencillo de su disco, el que había compuesto Sasha. Después de intercambiar un par de impresiones, las dos hermanas salieron rápido de allí para ver su actuación en primera línea.

Faltaba muy poco para que David saliera a cantar; y mientras Sasha iba a los aseos, Alegra se quedó a solas frente al escenario vacío. En ese instante, no quería tener la compañía de nadie, aunque estaba rodeada de una gran multitud. Y menos cuando, de repente, levantó la mirada y un resplandor dorado le arrebató toda la atención.

Ella conocía ese pelo limpio y rubio. Y también su estatura. Y por supuesto la cara de ángel maquiavélico que acompañaba a todo el conjunto.

Era Nil. Y Nil tenía cogida del brazo a una espectacular mulata de cuerpo de infarto y cara de muñeca. ¿Quién demonios era esa? ¿Y por qué Nil le prestaba tanta atención, como si lo que dijera fuera clave para su existencia personal?

Alegra tragó el nudo amargo de rabia, desazón y celos que la corroía, algo totalmente desconocido para ella hasta ese momento. Nunca había experimentado el pellizco de los celos porque nunca había querido algo que no había podido conseguir o que no tuviera en ese instante.

Nil estaba con otra. Cuatro días le habían bastado para encontrar consuelo a su supuesta traición.

«Será cretino».

En ese instante, Nil buscó entre la gente, como si percibiera que alguien lo miraba, y… ¡zas! Sus miradas colisionaron.

La azul cielo de ella contra la verde amarillenta de isla caribeña de él.

Nil se detuvo un nanosegundo para después arrimar más a su cuerpo a la mulata y sonreírle a Alegra con vanidad, como diciéndole «Ya tienes sustituta. No me ha afectado nada lo que has hecho»

«Perfecto, esa era el otro clavo», pensó ella con amargura y desesperación.

Agaporni o no, hubiera deseado tener alas para escapar de ahí y no presenciar la empalagosa escena que vio a continuación. Nil no tenía por qué hacer eso delante de ella, pero lo había hecho porque sabía que así le haría daño. Era un sinvergüenza.

Como no tuvo estómago suficiente para seguir ahí mirándolo impávida, se dio media vuelta pero, entonces, impactó contra el duro torso de un hombre.

Este la miró entre sus pestañas negras y sus ojos como el carbón, y sus labios gruesos dibujaron una semisonrisa entretenida.

—Perdón —dijo ella nerviosa.

—Perdonada. No he mirado por dónde iba…

—No, no… He sido yo.

—Disculpa, ¿sabes si ahora va a cantar alguien? —preguntó de repente.

Alegra, que pasó de largo cabizbaja, se giró para mirarle y lo estudió con atención. Al contemplarlo, le atizó un vago recuerdo de familiaridad que no podía ignorar. Tenía ante sí a un hombre apuesto, alto, muy moreno de piel, de ojos oscuros y tan atractivo que una mujer como ella no lo podía obviar.

A excepción de que tenía un problema: no era rubio ni tenía los ojos claros. Otras habrían caído rendidas ante su exótica belleza, pero no ella, que estaba cegada por otro.

—Sí. Ahora canta David Ros.

—Gracias. No sé muy bien cómo van las fiestas aquí…

—Yo tampoco —contestó ella—. Lo sé porque me lo ha dicho mi hermana. Bueno, tengo que irme…

—Eh, espera… ¿Eres de por aquí?

Alegra no supo si contestar o no. Ese hombre quería ligar con ella, no había duda. O, tal vez, solo deseaba hablar con alguien. Y Alegra después de ver a Nil besuqueando a otra, solo deseaba desquitarse.

Los dos parecían necesitarse.

—Perdona mi atrevimiento… No quería incomodarte —se disculpó él.

—Oh, no lo has hecho —contestó ella con educación—. Sí. Soy de aquí. —No pasaba nada por decirle eso, ¿no?

El moreno asintió con una copa de champán en la mano, y al ver que Alegra la miraba le preguntó.

—¿Te apetece que te traiga una?

Ella lo dudó unos segundos pero, después, desvió la mirada con rapidez hacia Nil y su golfa; y cuando vio que él no parpadeaba y que le prestaba atención como un tigre a punto de atacar, sonrió a su apuesto desconocido y contestó:

—De acuerdo.

El chico sonrió mostrando una dentadura perfecta e igualada.

—Por cierto, me llamo Mario —dijo educadamente.

—Yo Alegra.

Él se inclinó y agachó la cabeza para darle un beso en la mejilla que Alegra devolvió.

—No te muevas, eh. Ahora vengo —le aseguró el guapo de Mario mientras desaparecía entre el abarrotamiento.

Alegra miró al frente, justo al lado opuesto del escenario en el que ella se encontraba. Nil ignoraba a la mulata, y un músculo furioso palpitaba en su apuesta mandíbula.

«¿Te molesta que te den de tu propia medicina, Nil?».

—¿Alegra?

Esta se giró y se encontró de frente con Adelina, una de las aprendices de su madre y de su abuela. La había visto por primera vez en el salón de Sananda. Aunque era regordeta y guapa de cara, no sabía sacarse demasiado partido. Llevaba un vestido de flores que parecía un mantel, unos zapatos de tacón de brillantes y una cinta floreada en la cabeza.

—¡Adoro las *Flower Power Parties*! —gritó emocionada dándole un fraternal abrazo.

Alegra se quedó algo impresionada por el recibimiento, pero no pudo evitar contagiarse por la sincera alegría de la efusiva Adelina.

—Es la primera vez que asisto a una —contó Alegra.

—Lo pasarás genial —se acercó a ella y susurró—. Tenéis a las islas revolucionadas. Yo me siento muy orgullosa de conoceros en persona y de que me aceptéis en vuestro seno. —Se llevó la mano a los voluptuosos pechos.

—¿El izquierdo o el derecho?

—¿Eh?

—Nada, nada. La cuestión es que yo no he hecho nada. Todo lo han hecho mi madre y mi abuela. Ellas son la verdaderas artífices de esa revolución.

—Oh, tranquila. Ya sé que no puedes reconocer que eres bruja —susurró alzando el colgante con un frasquito de los deseos que llevaba al cuello—, pero no te preocupes, tu secreto y el de tu familia está a salvo conmigo. Es

mejor que nadie lo sepa. Me llegó ayer. —Meneó el abalorio de cristal azul con flores amarillas y palabras escritas—. Es precioso, ¿a que sí? Tenéis un gusto exquisito para hacer las cosas. Y sé que mi deseo, tarde o temprano, se hará realidad. Las Brujas de la sal me ayudarán. —Guiñó un ojo ligeramente achinado.

Alegra sonrió sin remedio. Cuando alguien creía algo con tanta firmeza era imposible que no consiguiera lo que se propusiera.

—¿Quién es ese chico tan guapo que está contigo?

—Oh, bueno… No está conmigo… Él solo…

Adelina volvió a acercarse a ella y a susurrarle.

—No seas vergonzosa. Tu secreto estará a salvo conmigo, ¿recuerdas? Soy una Balanzat de adopción. La cuestión es que me suena muchísimo de cara… Lo he visto antes.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues cuando te venga a la mente dónde lo has visto me lo dices —le recomendó siguiéndole el juego.

—Por supuesto, hermana. No te importa que te llame así, ¿verdad?

—Bueno… —dijo a punto de objetar.

—Eso haré. Ahora cogeré mi escoba y me iré. —Le enseñó la lengua y se alejó de ella como si levitara.

Alegra bizqueó. La gente estaba muy mal de la cabeza. La había llamado hermana… Dios, estaba como una chota.

En medio de su sonrisa incrédula, un foco iluminó la plataforma que tenía ante ella y, bajo su luz, emergió la figura del cantautor que recibió un sonoro aplauso de los asistentes.

Nil mostró un gesto de asco al mirarla que devastó a Alegra. Agarró a su acompañante sin perderla a ella de vista.

Estaba claro lo que pretendía. Alegra lo sabía. Quería provocarla. Y no sabía lo fácil que era provocar a una Balanzat… Y las malísimas consecuencias que eso podía acarrear.

David, entonces, empezó a cantar su canción. La canción que Sasha le había compuesto. Se titulaba *Falso Amor*, explicó él.

Alegra puso los ojos en blanco y susurró.

—Perfecto. Solo me faltaba esto.

Todos se dejaron mecer por su voz rota y sus palabras llenas de sentimiento.

Eh, princesa. Hoy te voy a iluminar con verdades que nadie te ha dicho.

Niña mala, ninfa que vino del mar. Tu veneno pica como un bicho.

Sí es verdad que me cegué, Sí, de ti me enamoré, Sherezade de ángel disfrazada, vil mentira que me pide perdón y luego se ríe a mis espaldas. A mis espaldas…

Mientras sonaban el violín, el piano y la guitarra con la voz a capela de David… El destino no pudo haber elegido una canción mejor para el estado anímico de Nil. Este sonrió con malicia, tomó su móvil y escribió un mensaje.

Al instante, a Alegra le tembló su teléfono. Cuando lo atendió, tenía un mensaje de su pesadilla particular. Ella lo leyó y la pena ensombreció su rostro.

«Esta canción la hicieron para ti, guapa. Te la dedico. Ahora ya puedes engañar a otro tonto»

Alegra alzó la mirada y negó con la cabeza, acongojada y herida por sus duras acusaciones.

Me pregunto, entre lágrimas de sal si eres víctima o eres verdugo.

¿Qué se siente al caer del pedestal? Se rompió tu máscara y tu escudo. Virgencita de papel, consentida y niña bien. Te equivocas si crees que has vencido. He aprendido, al quererte a ti, mujer, que ya tengo al malo conocido.

Alegra sacudió la cabeza queriendo alejar las lágrimas de ella, borrarlas como haría la goma con un tachón de lápiz, pero sin lograrlo.

Era injusto y cruel que Nil pensara que había fingido con él. No lo había hecho. Solo había decidido omitir una información. Y, sin embargo, debía reconocer que si llegaba a saber con anterioridad que era a Nil a quien se le rechazaba el proyecto de es Vedrà, lo hubiera hecho igual. Porque la isla y sus necesidades estaban por encima de ellos. De todo lo demás.

Pero eso él no lo sabría. No lo comprendería. Y a Alegra le dolió tanto como la muerte entender que no podía compartir con Nil quién era ella en realidad. Siempre habría algo que debería ocultarle para que él no la rechazara. Y no quería vivir así. Quería que la amaran y la respetaran por lo que ella era. Con su don incluido.

No me arrepentiré de ser como fui y amar a la bella. Más bestias como yo cayeron también por tenerte fe. Esta es mi cruel canción, la de un cantautor tocado en el alma. Son restos de pasión, locura y amor de tu falso amor.

Cuando Mario llegó a su lado, una vez finalizada la canción, y la gente aplaudía con fervor, Alegra lloraba sin consuelo. El tema musical había finalizado y la declaración de principios de Nil le había sesgado el alma. Estaba equivocada al creer que no se podía sentir más agonía de la que sentía. Sí se podía.

Nil acababa de darle una nueva estocada.

Mario se preocupó por ella al instante y se prestó a consolarla.

—¿Qué te sucede? ¿Te encuentras bien?

Alegra asintió precipitadamente.

—Sí, sí… Es solo que la canción me ha emocionado —mintió tomando la copa de champán que él le ofrecía y bebiéndola de golpe—… Necesito tomar un poco el aire. Ahora vengo —dijo apartándose del guapísimo moreno con precipitación.

—¿Te acompaño?

—No. No… Ahora vengo.

—Ni hablar. Tú no estás bien —le dijo sinceramente inquieto.

—Sí estoy bien —repuso ella.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? No sé dónde vives, pero te puedo llevar si quieres —se ofreció con amabilidad.

—No, deja que tome el aire. —Nil no le quitaba la vista de encima pero tampoco apartaba a la pulpo de la mulata—. Regreso en un par de minutos.

Se hizo sitio, avanzando casi con los codos hasta que salió al exterior. Se abrazó a sí misma y se inclinó hacia adelante. ¿La relación de los agapornis? Se reía ella de eso. Lo que sentía en ese momento, a solas, apoyada en el tronco de una de las palmeras de la entrada de Pachá, era una angustiosa acidez de estómago y un amago de angina de pecho, porque no era normal que le doliera tanto el corazón.

Cada palpitación la lastimaba, recordándole que tal vez había perdido la oportunidad de vivir el verdadero amor. Pero lo había vivido, asumió con resignación. Durante una semana había vivido lo que era estar enamorada y ser aceptada por ese amor único y mágico, aunque ahora se hubiera desvanecido por completo, como el recuerdo de un sueño intangible.

Nil no iba a permitir que ella se fuera así. Una necesidad inapelable de arrinconarla y de hacerle ver lo decepcionado que estaba en realidad hizo que fuera en su busca y que la encontrara, más tarde, apoyada en el Gordini naranja de su hermana.

Se fue hacia ella enrabietado. Tenía ganas de decirle lo que pensaba de toda aquella «artimaña Balanzat» que rodeaba a la isla y que tanto había influido en la opinión de los pitiusos; pero a él no le iba a tomar el pelo. Se habían salvado de las acusaciones con su presunción de inocencia y aquella estrategia de los pergaminos pidiendo salud para su posidonia. Sin embargo, para él, seguía siendo una embaucadora y una manipuladora. Y odiaba a su cuerpo rebelde porque, aún sabiéndolo, respondía a ella aunque su mente y su corazón no la quisieran tocar ni con un palo.

—¡Alegra! —le gritó.

Ella dio un brinco con consternación y se dio la vuelta para encararlo con la mano en el corazón, que latía desbocado y ansioso por salir hacia algún lado. Por huir.

—Nil… —Presionó los dientes con rabia. ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué no se iba con Beyoncé?—. ¿Qué quieres?

—¿Qué quiero? Solo decirte algo. —La miró iracundo.

—¿Y qué te hace pensar que me interesa lo que tengas que decirme? Ya veo lo ocupado que estás con esa chica… ¿Ya te ha pedido que le pagues los implantes? —preguntó rabiosa.

—Por supuesto. Y he elegido unos bien bonitos —aseguró cínico—. Pero ya veo que no pierdes el tiempo tampoco. ¿A qué juegas con ese tipo?

—¿Con quién?

—Con Mario.

—Ah, ¿le conoces? —Se miró las uñas como si no le interesara para nada en absoluto su respuesta.

—Sí. Yo y todas las esposas de Ibiza. Ese tipo colecciona mujeres y se hace cabelleras con ellas.

—¿En serio? —Entrecerró los ojos y sonrió con apetito.

—Tienes muy buen ojo. Es un multimillonario. Siempre das en el clavo, guapa.

—Pues no lo sabía. Pero muchas gracias por la información, así podré ser todo lo fácil que no fui contigo.

—En realidad fuiste muy fácil.

—Como tú. Sacas un clavo y metes otro, ¿verdad?

—¿Celosa?

—No lo creo —replicó ella encarándose directamente con él—. Mira, Nil, sé que no me vas a creer, y que no lo harás jamás. —Intentó adoptar un tono de comprensión—. Pero por tu rabia y tu orgullo herido has puesto a mi familia en la palestra, cuando siempre hemos sido muy discretas y nos hemos alejado de cualquier escándalo. Nos has acusado de cosas muy feas.

—Solo se ha mostrado lo que había en las fotos y en el informe. Y, además, no hay imágenes vuestras ni en periódicos ni en medios. Seguís manteniendo vuestro anonimato.

—Ya, pero es un secreto a voces para quienes nos conocen.

—Solo para los pitiusos. Los extranjeros no tienen idea de quiénes sois. Además, sé que vuestro negocio va viento en popa ahora. Tenéis más

demandas que nunca, ¿me equivoco? Al final, bruja, tendrás que darme las gracias.

Odiaba que él la llamara bruja.

—Eso no importa, maldito —gruñó con los dientes apretados—. Va a pasar mucho tiempo hasta que mi madre y mi abuela recuperen la tranquilidad perdida. Solo por eso, te ruego que nos dejes en paz. No sigas adelante con esto, no remuevas más la mierda. Estás enfadado conmigo, de acuerdo. Lo acepto. Pero no metas a mi familia en medio de esta guerra. Ellas no lo merecen.

—Todas las charlatanas timadoras os merecéis eso. —La arrinconó contra el coche y la encarceló entre sus gruesos brazos. Quería zarandearla… Y también arrancarle la ropa.

—¿Por qué me odias tanto, eh? —Lo empujó con fuerza. La rabia y la impotencia hicieron que se le llenaran los ojos de lágrimas—. No he hecho nada malo. Todo lo que hice fue por el bien de la isla. Siento haberte fastidiado el plan, Nil. Pero, si hubiera sabido que era a ti quien perjudicaba… Yo… Yo…

Nil se quedó muy quieto. Callado.

—¿Tú qué?

Alegra pensó en mentir, pero después aceptó que iba contra su naturaleza fingir algo que no era. Lo había hecho durante mucho tiempo. Se había negado su don durante seis larguísimos y angustiosos años. Nunca se había dejado conocer y jamás había revelado a nadie su peculiaridad. Tampoco lo iba a hacer ahora con Nil, un hombre que odiaba todo lo que insinuara que había cosas en las que se tenía que creer para ver. Pero no se iría al otro extremo. Al menos, no le engañaría.

—Yo lo hubiera hecho igual.

—Entonces… ¿Qué tipo de disculpa es esa? ¿Reconoces que interviniste en la decisión de la presidenta? —preguntó estupefacto. Su hermano y él mantenían esa posibilidad, pues todo se había acelerado la noche antes de la firma. La noche en la que Alegra acudió al hospital con Amanda Balanzat y tuvieron un altercado con Mateo, según explicaron las dos enfermeras entrevistadas por David. La misma noche en la que Toni abrió los ojos.

Alegra tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Lamento haberte perjudicado. Pero no es lo que tú crees…

—Joder, lo sabía… ¿No es lo que yo creo? Maldita zorra.

—¡No me insultes!

—¿Jugaste con Meritxell? ¿Te aprovechaste del oportuno despertar de Toni para conseguir alguno de tus propósitos?

—¡No! No me aproveché de nada —lloró abatida—. Solo hice lo que tenía que hacer… Además, según vosotros, Meritxell estaba en nuestro negocio, ¿no? Ahora que se ha demostrado que no lo está, ¿crees que jugué con ella?

—Por supuesto.

—¡Eres un cerdo! ¡Tú no lo comprendes! ¡No sabes cuál es la naturaleza de la relación que nos une, pero prefieres pensar mal de mí antes que escucharme!

—¡Alegra, deja de mentirme de una vez! —exclamó desesperado.

—Nil, por favor… Por favor —le rogó cogiéndolo de la camiseta blanca que llevaba—. Esto debe quedar entre tú y yo. No he hecho nada malo. Las decisiones que he tomado han sido altruistas, para hacer el bien…

—¿De qué me hablas, Alegra? ¿Para hacer el bien? ¿Qué eres? ¿La salvadora del mundo?

—No, ni mucho menos. Pero hay… Hay cosas que tú no comprendes. Hay… En el mundo hay mucho que no vemos y no por ello no deja de existir. Por favor, no…

Él levantó la mano y la hundió en el pelo negro de Alegra. Pegó su nariz a la de ella y la arrimó contra el maletero del Gordini.

—¿Sabes a qué tipo de personas engañas y engatusas con tus frascos placebo, Alegra?

—No engaño a nadie.

—Sí lo haces. Mientes a personas como mi hermano Lucas. Los timas a ellos, a los que todavía creen en sueños imposibles. Él tiene uno de vuestros abalorios. ¡Él! —rio sin ganas—. ¡Y no me da la gana que juguéis con eso!

—¡Yo no juego con nadie, Nil! Ni mi familia tampoco, bobo. Creo que te equivocas conmigo.

—Basta. Es suficiente. Escúchame bien, bruja.

—Vuelve a llamare bruja y te arranco los ojos.

—Yo no voy a indagar en nada más que tenga relación contigo —ignoró la amenaza—. Ya estoy harto. Estos días han sido una jodida pesadilla. —Clavó sus ojos en sus labios—. Y no sé cuando dejaré de sentir esta cosa que tengo dentro y que siento por ti…

Alegra vio un rayo de esperanza en esas palabras. La tormenta se había abierto y había perdido contundencia.

—¿Cómo? No lo mates, Nil —le rogó—. Es algo bonito —le explicó Alegra, entendiendo que él sentía lo mismo que ella—. Si me dejas que te muestre lo que soy, tal vez, puedas comprenderme y creerme. Tal vez…

—No quiero sentir nada por ti, Alegra. ¿No lo entiendes? No quiero tener nada que ver con estafadoras. No eres buena para mí. Tampoco quiero escucharte ni verte más. Quiero que te alejes de mí. En este tiempo que me queda en Ibiza no me quiero cruzar contigo más.

—No te creo. Tú sientes lo mismo que yo, Nil —protestó desesperada.

—No quieres que sea un cretino contigo, ¿verdad? Entonces no me presiones.

—Cometes un error…

—¿Un error dices? El error fue meter a zorras y a brujas cerca de mí y de mi familia, pensando que las zorras solo estaban en los bosques y que las brujas llevaban escobas.

Alegra apretó los labios con frustración, mientras una enorme lágrima caía por su mejilla.

—Me estaba enamorando de ti, puto egoísta… —reconoció con un hilo de voz—. Lo has echado a perder. Lo has roto todo…

—Pues coge tu amor, tu escoba y tus zapatos de tacón y lárgate. —Sus ojos lucían atormentados pero con una decisión incontestable—. Se acabó, Alegra. Buena suerte con tu negocio. Espero que vendáis muchos frascos y que engañéis a tantos como os sea posible.

Con esas palabras, Nil se alejó de Alegra, caminando con paso decidido hacia el interior de Pachá.

Alegra metió las temblorosas manos en el bolso, todavía en *shock*. Se secó las lágrimas con el desnudo antebrazo y buscó el móvil. Cuando lo encontró llamó a su hermana Sasha.

—Oye… Estoy afuera. ¿Tú ya estás?… Pues sal, te espero en el coche… Sí, sí estoy bien. Ahora te cuento…

Se apoyó en la carrocería y se cubrió el rostro lloroso con las manos. Sentir que una había sido rechazada tan tajantemente mancillaba la pureza y el amor incondicional que pudiera sentir en su alma magullada.

Definitivamente, Nil no la quería ver ni en pintura.

—Ah, estás aquí —dijo la voz de Mario tras ella.

Alegra se limpió el rostro como pudo, aunque sabía que el maquillaje se le había echado a perder. Forzó una sonrisa y sorbió por la nariz.

—Sí. Necesitaba tomar el aire.

—Te he buscado para traerte otra copa y habías desaparecido.

—Lo siento. ¿Y me has seguido hasta aquí?

—¿No debería?

Tenía una educación exquisita, como la de los caballeros antiguos. Vestía con camisa azul y floreada y *hippie*, tal y como exigía el atrezo de la fiesta, y unos tejanos desgastados. Era muy atractivo.

—Eres persuasivo.

El guapísimo millonario se puso frente a ella y pareció comprender la situación al ver sus lacrimógenos ojos.

—¿Es este tu coche, Alegra? ¿Te quieres ir ya?

—Sí. Estoy esperando a mi hermana. Ahora sale…

—Pues no podréis ir a ningún lado. —Dio un paso atrás y miró la inclinación del clásico—. Tenéis las dos ruedas traseras deshinchadas.

—¿Cómo dices? —Alegra se apartó de la puerta del conductor y echó un vistazo a los neumáticos de carrera que llevaba. Tenía razón. Le habían pinchado las gomas.

—¿Tenéis ruedas de repuesto?

—Solo una —contestó Alegra—. Vaya faena. Menuda noche…

—Si queréis os llevo a vuestra casa y remolco vuestro coche hasta el garaje más cercano.

—¿Harías eso? —Lo miró como si fuera un dios—. Te voy a fastidiar la noche.

—Tonterías. Tú me pareces más interesante que toda la gente que hay ahí metida como sardinas. No me cuesta nada —contestó él—. Voy adentro,

recojo las cosas de mi guardarropía y regreso en cinco minutos.

—Está bien… Gracias…, Mario.

El moreno sonrió y le guiñó un ojo, apresurándose para llegar a Pachá diligentemente.

Al menos, aunque el mundo estaba lleno de piratas y chuletas, no se habían extinguido los galanes.

—¿Alegra?

«¿Y ahora qué?», pensó amargamente. ¿No la podían dejar lamerse sus heridas en paz y en la intimidad?

—Hola, Adelina.

La mujer se colocó delante de ella y le dijo:

—He ido a buscar mi neceser para las pinturas… —rio tontamente—. Lo había dejado olvidado en el coche. ¿Quieres algo? —Le ofreció el neceser. Que era lo mismo que decirle: «Tienes un aspecto horrible. Anda y ponte corrector de ojeras»

—No, gracias…

—Oh, como quieras. Ya sé de qué me suena el chico moreno con el que estás.

—¿Ah, sí? ¿De qué? —Deseó que se fuera y la dejara a solas.

—Es el inquilino que tenéis en una de vuestras casas de Formentera.

Alegra levantó la mirada, sin comprender lo que decía.

—¿Inquilino?

—Sí —argumentó la mujer con coherencia—. Lo he visto salir y entrar de allí varias veces. Yo vivo justo enfrente, de ahí que conociera a tu madre.

—Pero mi madre no ha alquilado las casas a nadie —contestó con seriedad.

—Ya lo creo que sí. Ha entrado en la casa varias veces. Y de vez en cuando lo veo arreglando el jardín. En fin… —Se encogió de hombros—. Ya no te molesto más. Me voy adentro, que me esperan. —Meneó las caderas con gracia.

Alegra levantó la mano en señal de despedida, pero seguía sumida en lo que acababa de decirle Adelina. Sin más dilación, tomó su teléfono y llamó a su casa. Después de tres señales, su madre descolgó:

—¿Diga?

—Mama, soy yo.

—¿Alegra? ¿Por qué llamas a estas horas? ¿Ha pasado algo?

—Ha pasado mucho, sí. Pero, básicamente… Mama, ¿tú has alquilado a alguien la casa de Formentera?

—¿Yo? No, cariño. Claro que no. No me gusta que toquen nuestras cosas… ¿por qué?

—Porque Adelina…

—¿Adelina?

—Sí, está en la *Flower Power Party*… Bueno, ella me acaba de decir que el hombre que he conocido esta noche es el inquilino de la casa.

Un largo silencio ocupó la línea.

—¿Mama? ¿Estás ahí?

—Alegra, ¿te ha dicho cómo se llama?

—Sí, se llama Mario. Y lo estoy esperando porque tenemos las ruedas del coche pinchadas y nos acercará a casa. Mama, no entiendo lo de la casa.

—Eso es porque no he alquilado nada a nadie. Alegra… ¿Mario qué más?

—Me ha dicho Mario. Se llama Mario…

—¡Mama! —gritó Amanda avisando con urgencia a Pietat—. ¿Dónde estáis ahora, Alegra?

—Delante de Pachá. ¿Qué pasa, mama?

—Alegra, no os vayáis con él, ¿me oyes? Coged el coche y venid hacia aquí. ¿Llevas el nudo de las brujas contigo?

Alegra se llevó la mano al cuello y encontró solo carne fría y lisa.

—No. No me acordé de ponérmelo…

—¿No?

—No. ¿Qué sucede?

—Yo no he alquilado la casa a nadie. No me gusta esto…

Alegra osciló las pestañas y después palideció.

—¿Crees que él puede ser…?

—Sí. Puede ser. Adelina no miente nunca.

—Mama, tenemos las ruedas del coche pinchadas…

—Qué casualidad más inusual…

Más claro el agua.

—Coge a tu hermana, escondeos y esperadnos. Nicole ya está aquí. Os pasaremos a recoger en veinte minutos. Por favor, que ese hombre no os vea. Huid de él.

—De acuerdo, mama. Te esperamos. Daos prisa.

En ese instante de angustia y estrés, Alegra oteó a su alrededor con los nervios deshechos, se dio la vuelta y chocó contra alguien.

Dejó escapar un grito, pero se tranquilizó cuando vio que se trataba de Sasha.

—Pero ¿qué demonios te pasa?

La joven, que intentaba llenar sus pulmones de oxígeno, agarró a su hermana Sasha por la muñeca y tiró de ella añadiendo en voz baja:

—Tenemos que escondernos. Ahora te lo explico todo.

27

Llevaban veinte minutos ocultas y alejadas de la zona de Pachá. Mientras esperaban en el interior de la portería del complejo de edificios de enfrente, en la calle paralela, las dos hermanas parecían vivir una psicosis al tiempo que enviaban a su madre la localización exacta en la que se encontraban. Sus hiperactivas mentes imaginaban a ese tal Mario asomando la cabeza y dirigiéndoles una sonrisa diabólica al encontrarlas. Después, con un gesto de sus manos las levantaría del suelo y las lanzaría bien lejos, en un movimiento muy prolífico entre brujas y magos de películas. Todo ello acompañado de su inseparable horda de demonios infernales…

Parecía surrealista.

Alegra no lo había visto nunca allí, de eso estaba segurísima. Y Sasha, según la descripción que le había dado, tampoco podía concretar si lo conocía o no, porque en Ibiza prodigaban los morenos de ojos oscuros, altos y bien parecidos.

De repente, la vieja furgoneta *hippie* azul y blanca Volkswagen que conducían su madre y su abuela aparcó justo delante del portal.

—¡Subid! —dijo Nicole, que ya había regresado de su viaje de Londres. Sentada detrás, abrió la puerta con los ojos dilatados como platos y tensión en el rostro.

Sasha y Alegra obedecieron al instante. Una vez dentro, la furgoneta que conducía Amanda arrancó y se alejó de Pachá.

—¿Cómo era? —preguntó Amanda dándole inmediatamente el nudo de las brujas a Alegra. La censuró, regañándola como a una niña pequeña—. Nunca más te lo olvides, ¿me oyes? Te protegerá. Si lo hubieras llevado puesto ese tipo no se te hubiera acercado. ¿Por qué crees que no se acercó a Sasha? Sasha lo lleva.

—¿Quién era? ¿Lo habíais visto antes? —preguntó Nicole.

—Yo no —contestó Alegra aún nerviosa, mirando hacia atrás para asegurarse de que nadie las seguía—. Era un hombre muy atractivo. Se me ha presentado por casualidad. Se chocó conmigo sin querer.

—No lo creo —murmuró Pietat.

—Se había prestado a llevarme a casa, había salido al parquin a buscarme…

—Insistente —murmuró Nicole.

—Había tenido un encontronazo con Nil… —continuó Alegra—. En fin, eso no importa. Casualmente, Adelina salió también a recoger algo del coche y cuando me ha visto me lo ha dicho… —Las ruedas de la furgoneta chirriaron al tomar una curva con demasiada velocidad—. Pero, ¿qué haces, mama? ¿No vamos a casa? ¿Por qué te desvías?

Amanda la miró a través del retrovisor.

—Si es verdad que hay alguien en mi casa de Formentera, quiero verlo con mis propios ojos.

—¡¿Ahora?!

—Por supuesto, Alegra. Tenemos que echarle de ahí. ¿Cómo crees que llegaban a nosotras? ¿Cómo crees que esas presencias entraban en casa y oscurecían nuestra sal? Lo dijo papa, ¿recuerdas? Nosotras les dejábamos entrar. Pensábamos que era por Nil, que él conseguía el canal a través de ti. Pero estábamos equivocadas. Nos acechan con facilidad porque han entrado en nuestro hogar. En un hogar Balanzat, con nuestras cosas —especificó—. Con nuestros objetos… Puedes hacerle la vida imposible a alguien si conoces las artes oscuras y posees sus objetos de valor. Le han servido como medio a ese mal nacido. Sea quien sea —gruñó con los dientes apretados dando un golpe al volante.

—Tenemos que llamar a la policía —sugirió Sasha—. Es allanamiento de morada. Comete un delito. Pero, ¿y si es un ocupa? No podemos echarle de nuestra casa. Está prohibido.

—No. No es un ocupa —negó Alegra—. Ese tipo era un chulo de nivel. Reloj caro, ropa cara…

—Y es demasiada casualidad que esto pase justo ahora —señaló Nicole —. No podemos levantar más polvo a nuestro alrededor —concedió. La

habían puesto al tanto de los últimos acontecimientos, mostrándole las planas de todos los periódicos de la isla. Se tomó las noticias con sorna y buen humor, y más sabiendo que las Balanzat habían contraatacado como hicieron, de un modo tan digno y con tanta espontaneidad. Se habían ganado el favor de los ibicencos. No todos, por supuesto. Pero sí de la gran mayoría—. Lo solucionaremos nosotras. Lo echaremos nosotras. Estoy con mama.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Alegra todavía aturdida—. ¿Cómo lo vamos a hacer?

Pietat se dio la vuelta y dijo con decisión:

—Con matarratas. Nadie juega con nuestras cosas.

Dejaron la furgoneta en la entrada de Cala d'Hort y tomaron la barquita que las llevaría a Formentera.

Por suerte, la casa que allí poseían estaba justo en la playa; bordeando la isla llegaron a ella. Era de estilo rústico, con las típicas persianas blancas, los porches cubiertos de madera y las puertas del mismo color que las ventanas. La casa se encontraba frente a la Illa des Forn, y estaba tocando la arena blanca de la playa.

Era una casa que había pertenecido a Pietat. Allí había vivido felizmente con su marido y su hija Amanda; por eso, pensar que alguien estaba utilizando sus recuerdos y el amor que sentía hacia ese lugar para usarlos en su contra encendía las llamas de su ira.

Cuando llegaron las cinco frente a la casa, sintieron la presencia inseparable de las Antiguas de Iboshim, formando filas junto a ellas.

A Pietat no le hizo falta entrar a la casa para saber que allí se había estado practicando una magia que nada tenía que ver con la suya. La energía presente era ajena a ella, y estaba adherida como el moho que pudría lo sano poco a poco.

Tras las puertas de la casa de es Forns, atrincheradas como un muro infranqueable, se encontraban las entidades que desde hacía tiempo molestaban a las Balanzat.

Amanda se acercó a la casa, con el nudo de las brujas entre las manos. Con decisión y sin miedo, puesto que el amuleto debía protegerlas a las cinco. Y así lo hacía.

Había marcas de cera negra deshecha en el caminito de piedra que llevaba hasta la casa. La puerta azul de la entrada tenía un extraño abalorio colgado de su pomo. Era una esfera de cristal oscuro.

Las ventanas estaban cerradas y las persianas completamente bajadas. Entre la hierba del césped habían crecido numerosos hongos, de unos diez centímetros de alto, de color café con una mancha anaranjada en el centro y de sombrerillos planos. No eran unos hongos cualesquiera.

Pietat ofuscó la mirada y un rictus de disgusto la afligió.

—Ese maldito… Ha hecho crecer gotzis. Son los hongos psilocibios, los hongos estercoleros.

—¿Ha llenado la casa de mierda? —preguntó Alegra.

—No exactamente. Los utilizan los brujos y magos negros. Crecen abundantemente en lugares por los que pasa la hechicería oscura. Huele a… huevo podrido.

—La casa está sucia. Embrujada —Amanda apoyó una mano en la espalda de su madre—. Pero la limpiaremos, mama. Tenemos que sacarlo de aquí. Ese hombre no puede acercarse a nada que tenga que ver con nosotras.

—En marcha. No perdamos más tiempo —pidió la mayor.

Amanda y Nicole se descolgaron de sus espaldas una bolsa de tela marrón clara, y Amanda dejó a sus pies la que ella llevaba colgada al hombro.

—Debéis verter la sal alrededor de la casa, creando un círculo —ordenó Pietat, bajo la atenta mirada de Alegra y Sasha—. Empezáis desde el mismo punto, repitiendo estas palabras: «La sal deshace el hielo, la sal deshace el frío. Sana lo que hay en el interior del círculo, invierte el hechizo. Ni magia ni espíritus en esta casa volverán a entrar. Ni el mal de carne y hueso volverá a acechar. Que así sea, así es y así será»

Mientras Nicole y Amanda seguían las instrucciones de Pietat y dejaban caer el oro blanco alrededor de la casa rural, Pietat se dirigió a la entrada del hogar en el que no podía entrar y recogió una seta gotzi que había crecido en el muro de piedra. La arrancó con despecho.

—Sasha —le dijo a su nieta—. Saca el bote de sal marina y crea un círculo para que nosotras podamos entrar.

Sasha seguía las instrucciones de su abuela y, mientras tanto, bajo el sonido de las palabras repetitivas y sincronizadas de Amanda y Nicole, Pietat extrajo de su misma bolsa dos velas de color amarillo y un tarro de cerámica. Colocó el hongo en el tarro y encendió las dos velas amarillas, como si lo custodiaran, una a cada lado.

—Cojámonos de las manos.

Agarró de las manos a sus dos nietas y cerraron un triángulo.

Alegra notaba las energías y las almas antiguas entrar en conflicto las unas con las otras. Unas habían salido de la necrópolis siguiendo un mandato para atacarlas; las otras salieron de allí para defenderlas.

La guerra entre los descendientes y seguidores de los Señores de Iboshim contra las Antiguas tenía lugar en otro plano, uno que solo los más sensibles podían ver.

—No les mires, Alegra —ordenó Pietat—. Céntrate en nosotras.

Sasha cerró los ojos porque aquello le daba miedo y así no presenciaría nada que no le gustara. Alegra hizo lo mismo, porque aunque tuvieran dones y fueran especiales, eso no quería decir que se acostumbraran a ver otras cosas.

—Repetid conmigo: «Que la maldad que se recoge en este lugar no aparezca más en mi hogar ni en ningún otro rincón de este solar».

Un viento inesperado arremetió con fuerza contra ellas, pero las tres se mantuvieron en su lugar.

Amanda y Nicole acababan de dar la vuelta a la casa y ya estaban cerrando el círculo cuando fueron víctimas del empujón huracanado que las quería separar a ambas para impedir que concluyeran el trabajo.

—¡Mama! —gritó Nicole cogiéndola de las manos para que no se alejara —. ¡Te tengo!

Amanda entrelazó los dedos con su hija y Nicole la apretó con fuerza, sonriéndole.

—Conmigo no podrán —juró la pelirroja.

Amanda miró con orgullo a su hija mayor. Era tan fuerte y poseía una energía tan espléndida que se llenó de amor por ella. Sus ojos verdes, idénticos a los de Nicole, oscilaron y después se entrecerraron con convicción.

—Que la maldad que se recoge en este lugar… —proclamó Amanda.

—No aparezca más en mi hogar… —continuó Nicole.

—¡Ni en ningún otro rincón de este solar! —exclamaron a la vez.

Cuanto más repetían el mantra, más arreciaba el temporal localizado solo sobre la playa de es Forns, hasta el punto de que un remolino de aire las rodeara con la intención de desequilibrarlas.

Pero las Balanzat eran sostenidas por las manos invisibles de las Antiguas, que recitaban el hechizo de limpieza con tal fuerza que llegaron a escuchar sus ancianas voces junto a las de ellas. Todas al unísono.

Alegra no lo pudo evitar y abrió los ojos a pesar del temporal. Y esta vez, no vio solo difuminadas siluetas. Eran cuerpos y rostros perfectamente delineados, todos de épocas diferentes. Desde las más antiguas fenicias, a las cartaginesas, e incluso a las primeras catalanas. Las Balanzat estaban ahí. Todas esas mujeres sabias, tachadas de brujas y de hijas de Satán en la Antigüedad, estaban junto a ellas. Ayudándolas.

Alegra no pudo sentir más que agradecimiento por unirse a su causa. Y comprendió entonces que ser una Balanzat iba más allá de una misión personal. Ser una Balanzat significaba que debía proteger siempre su comunidad, en grupo, y cuidar de su isla. Ser una Balanzat acarreaba presiones y sacrificios y, sobre todo, grandes responsabilidades.

Y esas responsabilidades incluían el control de sus dones. Si abusabas de ellos, entonces dejabas de ser una Antigua de Iboshim y te convertías en esos entes que iban contra ellas, seguidores de amos y señores de una tierra que no era de ellos, sino que era de todos.

Una tierra que no se debía explotar, sino cuidar y proteger.

Con esa reafirmación de su linaje en su corazón, Alegra gritó con más fuerza y convicción y decretó las palabras como si las pudiera tocar de lo ciertas que eran.

Y entonces, cuando el viento huracanado casi las levantó del suelo, los cristales de la casa reventaron, y la puerta de la entrada se abrió de par en par, como si algo en su interior hubiera explotado y hubiese huido despavorido.

Las cinco mujeres cayeron al suelo, casi una encima de la otra, y el viento cesó de repente.

Poco a poco, una a una, se incorporaron estupefactas por lo vivido. La puerta de entrada del jardín se abrió lentamente, y fue entonces cuando Pietat sonrió de par en par, con el rostro lleno de arena y el pelo lleno de sal.

Alegra y Sasha, vestidas con tacones y flores a lo *hippie*, se limpiaron la una a la otra y después se echaron a reír.

—Buen trabajo, Balanzat —las felicitó Amanda, abrazándolas una a una —. Ha sido increíble.

—¿Ya está? ¿Ya no están? —decía Sasha acercándose a la casa.

—Ya no están —dijo Alegra mirando a su alrededor—. Se han ido. Se han ido todos.

Amanda y Pietat se quedaron mirando la seta que había colocado la más anciana en el interior del tarro. Las velas se habían apagado, y el gotzi parecía haberse pulverizado, haberse deshecho en polvo marronoso.

Pietat rodeó a su hija con el brazo y la acercó a ella cariñosamente.

—Ya hemos limpiado la casa —besó en la mejilla a Amanda. Resoplando cansada—. Ahora, regresemos a Sananda. Tenemos que averiguar quién es este brujo que tanto daño nos quiere hacer.

Solo se escuchaba el motor añadido a la barquita de pescador de madera. Las luces de las costas de Ibiza iluminaban el horizonte, custodiadas por la noche, libre de nubes y tormenta. El cielo nocturno se aclaraba como empezaba a difuminarse el conflicto de las Balanzat.

Habían entrado en la casa buscando ropa u objetos personales del inquilino malintencionado, enemigo acérrimo de su linaje, que había violado su hogar y las había agredido con su energía. Sin embargo, su aciaga búsqueda no había dado resultados. Allí solo existía magia negra. Nada más.

Y en ese instante, las cinco mujeres recordaban con entusiasmo el trabajo llevado a cabo con el apoyo, la dedicación y el amor de las Antiguas de Iboshim. Ellas habían estado allí, luchando junto a las suyas, enfrentándose cara a cara con el mal. Con valentía y sin clemencia.

Ahora ya no las sentían ni escuchaban sus voces. Solo el sonido de las olas acariciar las rocas costeras y las orillas de arena cristalina, moteadas con la misma sal pura que ellas tanto veneraban y que, con tanto amor, cuidaban desde siglos y siglos atrás.

En la actualidad, solo Pietat y las suyas quedaban como recuerdo de las más puras, con un apellido fundador dotado de magia.

—Con el polvo cristalizado que nos ha traído Nicole y el eclipse que llegará en seis días, solo necesitamos dejar que pase el tiempo para hacer un auténtico ritual de limpieza marina —dijo Amanda guiando la barquita a través de la palanca del motor.

—Y se supone que con el ritual de limpieza que hemos hecho en la casa de es Forns y la conexión existente entre todos los hogares herencia de las Balanzat, todas nuestras casitas están a salvo de esas presencias ocultas, ¿no es así, yaya? —preguntó Sasha abrazando a una agotada Pietat. Ya empezaba a estar mayor para esas confrontaciones físicas y etéreas.

—Sí, así es. Si ese tal Mario pretende hacernos daño con magia, ya no lo conseguirá. En todo caso, solo podrá enfrentarse a nosotras en planos físicos. Nuestro hechizo es inquebrantable y estamos a salvo de él.

—Pero eso no impide que ese, sea quien sea, siga envenenando las salinas y la posidonia… —murmuró Alegra—. Nil me dijo que lo conocía. Que tenía fama de coleccionar mujeres.

—¿Quién? —preguntó Nicole estupefacta—. ¿El tal Mario, hijo de Sauron?

—Sí, ese mismo —sonrió Alegra—. Tal vez, si Nil no me odiara, podría ayudarme a averiguar más cosas sobre él —lamentó con voz apagada y sumisa—. Pero no lo hará.

—Tu agaporni ha volado de la jaula, querida —susurró Pietat, agarrándose a la barca, que de vez en cuando votaba con la marea—. Ya regresará.

Estaban a cien metros de la orilla de cala d’Hort, cuando un foco las iluminó de cara dejándolas parcialmente cegadas.

—Oh, oh —Sasha señaló al frente—. Odio cuando hacen eso… Se acercan los guardas costeros y vamos sin luces, como siempre. Nos van a multar —gruñó irritada.

—No nos multarán —contradijo Amanda—. Estamos casi en la orilla. Les diremos que se nos han fundido los focos. Ya nos conocen, y siempre nos regañan, pero la cosa nunca llega a más. Mama, pon cara de viejita buena —le sugirió guiñándole un ojo.

Pietat no tardó ni dos segundos en interpretar su papel. Todas procuraron adoptar un perfil más bien bajo, pero la lancha que se dirigía hacia ellas, a gran velocidad, no aminoraba su navegación.

Alegra frunció el ceño e intentó mirar a través del deslumbramiento que sufría.

—¿Por qué no paran? —preguntó Nicole protegiendo a Pietat—. Van muy deprisa.

Entonces, la sanadora sintió que el pelo de la nuca se le erizaba. En ese instante miró a mano izquierda. Su padre, Ángel, sentado junto a ella, tenía la vista fija en la lancha. Su padre, su espíritu.

—¡Alegra, saltad ahora mismo! —le ordenó—. Les han manipulado y van contra vosotras.

—¿Papa? ¿Cómo?

—¡Saltad o moriréis! —gritó.

—¡Tenemos que saltar! —ordenó con todas sus fuerzas—. ¡Sasha! ¡Mama! —Con desesperación buscó a Nicole y a Amanda que saltaron juntas al mar.

Fue todo demasiado rápido e inesperado.

A pocos metros de la orilla, la lancha descontrolada alcanzó a las cuatro mujeres, que hicieron lo posible por salvar sus vidas.

El impacto partió la barca de madera por la mitad, y la lancha dio varias vueltas mortales en el aire, hasta rebozarse en la arena, con los dos navegantes heridos de gravedad.

La barca de pescadores quedó siniestrada por completo.

28

De las cinco, Nicole y Pietat pudieron llegar hasta la orilla, cansadas y con síntomas de hipotermia y casi en *shock*. A Pietat le dio un calambre en la pierna por la tensión y Nicole tuvo que cargar con ella durante unos cincuenta interminables metros; mientras tanto, Pietat gritaba y lloraba por su hija y sus nietas, que todavía no aparecían.

—Yaya, por favor… Ellas aparecerán. Se salvarán —aseguró Nicole con la mirada esmeralda fija en el mar.

Sasha consiguió asomar la cabeza después de estar un rato bajo el agua. Tenía astillas en la espalda y una de ellas le había rozado la mejilla, que sangraba profusamente. Pero la castaña braceaba por su vida con la misma fuerza con la que cantaba y, finalmente, consiguió ponerse a salvo.

Ni Alegra ni Amanda salían a la superficie por ningún lado.

—¡¿Y mama?! —preguntó Sasha estremecida, ayudando a Nicole y a Pietat—. ¡¿Y Alegra?!

Después de agónicos segundos en los que las tres supervivientes oteaban la playa entre lágrimas y sin éxito, emergió Alegra, que cargaba el cuerpo laxo de su madre.

Su pelo negro brilló, húmedo como el de una sirena entre el resplandor nocturno. Amanda yacía pálida e inconsciente, con el rostro oculto por su pelo empapado y rojo.

—¡Ni-Nicole! —gritó Alegra como pudo, respirando con dificultad—. ¡A-ayúdame a sacarla!

Nicole era, de todas, la que más rápido había saltado con su abuela, porque sabía que ella, mucho mayor, tendría menos tiempo de sobrevivir al impacto y debía ser veloz, nadar con rapidez y ayudarla a salir del agua.

Amanda tardó demasiado en saltar, pues en un intento heroico quiso esquivar la lancha; pero le fue imposible. Alegra la empujó para que saltaran juntas; sin embargo, la lancha se encontraba demasiado cerca. Sasha había saltado segundos después de ellas y aun así, igualmente, resultó herida.

Sin embargo, Alegra y Amanda se habían llevado la peor parte del impacto.

Los vecinos no tardarían en descender por el acantilado de es Cubells e ir a socorrerles, si no habían llamado ya a los servicios médicos, porque el accidente había sido realmente ruidoso.

Alegra arrastró a su madre hasta la orilla con ayuda de Nicole. Esta, con el pelo rojo chorreando, miraba horrorizada a una y a otra.

La sanadora tenía un corte profundo en el cuello, del cual aparecía un trozo de madera punzante. Y, además, tenía un derrame en el ojo derecho.

Su madre sangraba escandalosamente por la boca y tenía un trozo de madera con forma de estaca que le atravesaba el inter costal.

—Dios mío, Alegra… —Nicole no se lo podía creer al ver las preocupantes heridas que ambas tenían y arrancó a llorar desconsolada. ¿Cómo iban a salvarse?

—¡Mama! ¡Mama! —gritó Sasha yendo hacia ella.

Alegra se arrodilló junto a su madre. Se sostuvo con una mano la incisión del cuello, y levantó la otra para detener a Sasha.

—¡Qué-quédate ahí, Sasha! —le ordenó—. ¡Quédate con la yaya! No-no te acerques… —hablar era como sentir una puñalada constante en su cuello, pero debía hacerlo para mantener a su abuela y a su hermana pequeña alejadas de la dramática imagen.

—Ni-Nicole —le pidió en voz baja—… Ayúdame a colocar a mama de lado… S-se puede ahogar con su sangre. —La inspeccionó, mientras anulaba en su mente su propio dolor e ignoraba la cantidad de hemoglobina que perdía. Posicionó ambas manos en el costado izquierdo de su madre y cerró los ojos para entender cuánto daño había provocado la madera incrustada en su cuerpo y cuánto debía sanar. Había atravesado el pulmón, por eso escupía sangre por la boca y se ahogaba al respirar.

Sin más dilación y con la seguridad de la persona que posee el don de curar, arrancó de cuajo la madera con un empuje limpio y seco.

Amanda gritó y tosió más sangre por la boca; pero justo cuando su hija le puso las manos sobre la herida, le agarró de la muñeca con desesperación y giró la cabeza como pudo para mirarla a la cara, a ese precioso rostro mezcla de culturas distintas. Hizo un gesto de negación.

—No… Primero tú —ordenó su madre.

Alegra se detuvo y parpadeó agradecida. Tenía entre sus manos la vida de la mujer que más quería.

Su madre le había dado una lección tras otra desde que había llegado a sus islas. Le regaló tiempo, paciencia, compasión, empatía… Y un amor incondicional. No le dijo más de lo que no estaba preparada para escuchar, y respetó en todo momento sus decisiones.

En seis años, Alegra les había dado la espalda a ella y a su abuela. Había rechazado lo que en realidad era, sus orígenes, sus raíces y su destino, pensando ilusamente que la lejanía lo borraría todo, como si jamás hubiese sucedido. Como si nunca hubiera existido.

Pero fue muy estúpida y muy egoísta. Y había entendido que nunca dejaría de ser quien era, porque todo lo que había hecho en su vida, de corazón, absolutamente todo, llevaba el sello indeleble e imborrable de su lugar de origen: las Balanzat y las Pitiusas. Sus islas.

Era quien era y no lo podía cambiar.

—Nunca, mama —le dijo acariciándole el rostro con manos temblorosas —. Primero siempre tú. Siempre tú.

Nicole acarició el pelo de su hermana y lo retiró de su rostro.

—Mi superheroína —le dijo con cariño—. Date prisa y cura a mama. Después te curaremos a ti —afirmó con ternura.

Amanda negó, en desacuerdo con la decisión, y se echó a llorar tomando la mano curativa de su hija y apretándola contra su mejilla helada.

Alegra se centró en el desgarro interno. La madera había perforado el lóbulo medio izquierdo. Debía cerrarlo y reconstituirlo y, de paso, vaciar el pulmón de sangre.

Lo hizo partiendo su mente en dos. Para concentrarse, debía estar mansa y calma; por eso decidió dejar su propio sufrimiento y su propia agonía en segundo plano, como un dolor mudo y sordo al que no podía hacer caso.

Amanda cerró los ojos y sus facciones se relajaron al percibir cómo la herida interna sanaba y cicatrizaba al contacto de su mágica hija. Después, tosió y expulsó la sangre que le impedía respirar. Su cuerpo perdió tensión al notar que la vida regresaba a su torrente sanguíneo y empezó a inhalar profundamente y con más tranquilidad por la nariz.

A continuación, Alegra colocó ambas manos juntas en la herida externa entre las costillas, cerró los ojos y le dijo a Nicole con serenidad.

—Nic… Van a llegar los s-servicios médicos en unos minutos. Tendrás que hablar tú… No sé có-cómo están los guardas costeros…

Nicole miró por encima de su hombro. Por ella como si estaban muertos. Y si no lo estaban, los mataría con sus propias manos.

—Uno de ellos creo que todavía respira.

Alegra tenía el rostro ojeroso y cerúleo, y no dejaba de temblar.

—As-segúrate de que les dan asistencia médica. N-necesitamos que sobrevivan para que expliquen qué ha pasado… N-no ha sido un accidente. No-no ha sido un accidente —repitió consternada.

Nicole no podía apartar la vista del trozo de madera que emergía en el cuello de su hermana, como un cuerpo intruso.

—Alegra… ¿Has acabado con mama?

—C-creo que sí.

—Entonces, ahora tú.

Amanda se medio incorporó y se tocó el costado en el que ya no había herida. Después reaccionó a toda prisa y tomó a Alegra del rostro, que no perdió tiempo y le dijo:

—Te-tenéis que s-sacarme de aquí… No podré cur-rarme si llegan los médicos —dijo ente serias convulsiones—. Ni-Nicole se encargará de todo… Si me ven herida y me-me llevan… No podré sanar como sé… Se enterarán de que algo r-raro pasa con-conmigo…

—¡Sasha! ¡Mama! —gritó Amanda enseguida—. ¡Ayudadme a subirla a Sananda!

Pietat se levantó agotada y, entre rezos y plegarias a Tanit y a Bes, se acercó a ellas, apoyada en el brazo de Sasha, y ayudó a levantar a Alegra, que apenas se sostenía en pie.

—¡Tienes que empezar a sanarte ahora! ¡¿Me oyes?! ¡Alegra! —gritaba Sasha colocando uno de sus brazos sobre sus hombros y corriendo con ella y su madre, arrastrándola, ascendiendo el caminito que las llevaría a su hogar —. ¡Alegra! ¡No te duermas! ¡No cierres los ojos!

—Dejadme en casa… —murmuró a punto de perder el conocimiento.

En algún momento, levantó la mirada, y vio frente a ellas a su padre, Ángel, que con gesto serio y caminando a su lado le decía:

—No te duermas, Alegra.

—¿Papa?

—No te duermas. Debes sanarte tú ahora, ¿me oyes? Nada de dormir.

Y cuando llegaron a Sananda y la colocaron en su habitación, cambiaron las sábanas y convirtieron su alcoba en un rápido y cómodo box. Alegra no se durmió.

Cuando desfallecía, su madre y su abuela la despertaban en medio de su autointervención. Le bañaban el rostro en agua fría, le daban ánimos para decirle que ya casi estaba… Y así era: Alegra se sanaba de dentro hacia afuera. La madera le había rozado la carótida, pero el mismo objeto taponaba la herida y eso permitió que no muriera desangrada.

Su madre, su abuela y Sasha miraban maravilladas cómo la herida externa se cerraba obedeciendo a cada pensamiento de la joven.

Era un milagro. Era como estar frente a Dios en la Tierra; y se sintieron afortunadas de vivir en la misma época que ella. Se sintieron afortunadas de tener a Alegra en su familia porque era un regalo, una especie de canción a la vida y a la esperanza. ¿Medicina o ciencia? No importaba. ¿De cuántos nombres se podía disfrazar la verdadera magia?

Después de sanarse, Alegra finalmente durmió. Durmió a salvo, pero agotada.

Invirtió mucha energía en sanarse y sanar a su madre; y, ahora, su cuerpo le estaba pasando factura.

Dos días. Durmió dos días seguidos.

Amaneció un viernes, algo desorientada y desubicada. La despertó el olor a tortitas recién hechas y a *cupcakes*. Su hermana Sasha hacía unas *cupcakes* deliciosas.

Inmediatamente, llevó la mano a la herida de su garganta, y se dio cuenta de que allí solo había piel lisa. Su corte se había cerrado.

Se trataba de modificar la memoria de las células y, mediante el pensamiento, hacerles creer que estaban bien, que nada había sido alterado. Ella podía autosanarse, del mismo modo en el que podía curar a los demás. Pero para ella era más sencillo, ya que sabía perfectamente qué tenía que hacer y cómo debía pensar para ejecutar la curación.

Sin embargo, esta vez, herida como estaba, había tomado la decisión de curar antes a su madre, y eso había propiciado un desgaste abrumador.

De ahí que durmiera tanto.

Recordó el accidente, y una oleada de ira la recorrió. Habían ido a por ellas. Esta vez, como se habían protegido de la magia, solo podían alcanzarlas mediante las agresiones físicas.

Se había dado mucha prisa ese tal Mario.

Sasha abrió la puerta y metió la cabeza en la habitación.

—¡¿Veis?! ¡Os lo dije! —exclamó gritando eufórica. Su flequillo castaño claro y liso se movió de un lado al otro—. ¡Se ha despertado! —Corrió y se subió sobre la cama para abrazarla con fuerza.

—Hola, Sasha… ¿Cuánto he dormido?

—Cuarenta y ocho horas seguidas. Dios, me moría de ganas de que te despertaras… Han pasado muchas cosas.

Alegra osciló los ojos y se los cubrió con el antebrazo.

—¿Dónde está mi niña? —Pietat entró, acompañada de Amanda, con una bandeja llena de comida a elegir. Zumos, *crepes*, tortitas, bocadillos… Lo que Alegra deseara—. Seguro que tienes un hambre de mil demonios.

—De mil uno, yaya —aseguró incorporándose y apoyándose en las almohadas que Sasha le recolocó.

Pietat le dejó la mesita sobre las piernas y, entonces, Amanda aprovechó: antes de que empezara a desayunar le besó la cabeza y la arrulló con mimo y cuidado.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada —contestó Alegra. Después tomó la mano de su madre y la besó en la palma—. Pero feliz de veros bien a todas.

Golfo entró en la habitación y de un salto se encaramó encima de ella, para lamerle la cara.

—¡Buenos días, guapetón! —le contestó ella con una sonrisa—. ¿Qué me he perdido en estos dos días? ¿Qué se ha descubierto sobre el ataque que sufrimos?

—Pues, verás…

Sasha le explicó todo lo acontecido en las islas y lo relacionado con ellas.

Los periódicos hablaron de una mano negra contra las Balanzat y de que tal vez tenían razón sobre la posidonia y la manipulación de la información del Govern. Se decía que eran un incordio y que querían acallarlas: por eso, tal vez, el accidente de la lancha motora no había sido solo eso: un accidente. En la redacción de la prensa se decía que en la barquita de madera solo viajaba Nicole, pues fue la única que se halló en la playa y que prestó declaración a la policía y a los enfermeros.

Esa misma mañana, Nicole había ido a declarar al hospital para asegurarse de señalar al único superviviente del siniestro provocado.

El guarda, absolutamente perdido y desconcertado, aseguró en *El Nou Diari* que no recordaba nada; y no entendía cómo esa noche él y su fallecido compañero estaban en Ibiza cuando les tocaba, por territorialidad, la guarda de Formentera. No recordaba ni siquiera cómo había llegado allí, y el chico se veía seriamente ofuscado y triste.

Las Balanzat sabían por qué le pasaba esto. Fue víctima de una manipulación mediante un hechizo. No había otra razón. Y Ángel había sido muy claro al respecto con su mensaje: habían sido utilizados para ir contra ellas.

La mente era muy débil ante las órdenes mágicas y el guarda había cedido sin resistencia.

Después, le explicaron algo que hizo saltar las alarmas de Alegra. Todos en Ibiza sabían del accidente, y prueba de ello era la cantidad de mensajes de ánimos que se recibían constantemente en *Wish Pottery* y sus redes sociales. Por supuesto, Nil Blanc también había sido informado.

El día anterior, Nil había querido visitarla para hablar con ella, pero Nicole lo recibió y le dijo amablemente que tanto él como su hermano

podían meterse sus preocupaciones por el ano.

—¿Nicole le dijo eso? ¿Así? —dijo Alegra, incrédula.

A Sasha se le escapó una risita y asintió.

—Sí. Le dijo que si nuestra familia recibía este tipo de ataques era gracias a ellos y a su desafortunada y equivocada revancha contigo. Prácticamente, le mencionó lo mentecato que era y que no sabía diferenciar la paja buena de la mala; pero que lo entendía, porque no estaba hecho el caviar para la boca del cerdo.

Alegra agrandó los ojos azules y abrió la boca consternada.

—No es verdad.

—Vaya que sí. —Sasha le robó una *crepe*, la dobló y se la llevó a la boca con gesto de felicidad—. Creo que se sentía culpable por lo que nos había pasado. Los periódicos afirmaban que era incomprensible un accidente así, y que valoraban la opción de que fuera un intento de homicidio. Fue un gustazo ver su cara de aturdimiento. Después lo invitó a irse y a no volver más.

Alegra arrugó la sábana entre sus dedos y clavó la mirada atribulada en el balcón. Recordaba la noche en la que Nil le lanzó las piedras contra el cristal. Si buscaba y miraba bien, todavía persistían las marcas polvorientas de los leves impactos.

Y pensó, agriamente, que su relación con él se había quedado solo en eso: en varios polvos mágicos que aún recordaba y que habían anidado en su mente y en su corazón, con sabores amargos y agrios.

Estaba enamorada de Nil, pero él no la quería ni la creía.

¿Qué podía hacer contra eso?

—Fue un intento de homicidio. Quisieron eliminarnos —murmuró todavía impresionada por la experiencia.

—Nos quieren eliminar porque saben lo mucho que podemos hacer por la isla —Amanda cubrió los pies de su hija con la colcha, de modo protector —. Nuestra intención y nuestra protesta está fastidiando los intereses de alguien. De Rodolf Fuster. De acuerdo. Pero ese Mario es nuestro enemigo, estuvo en nuestra casa. No obstante, si lo comunicamos a la policía y exigimos que lo identifiquen, ese tipo huirá. Y no podremos dar con él. Necesitamos entender qué hilos le mueven y si están o no unidos a los que

mueve el señor Fuster. En cuatro días realizaremos el hechizo de sanación de las salinas y la posidonia. Si lo logramos, ese tipo se irá, porque lo alejaremos de aquí para siempre. Ahora bien, eso no quiere decir que no haga nada más para impedirlo.

—Ojalá tuviéramos a alguien investigándolo —lamentó Pietat. Pero al llevar todo lo sucedido en secreto y no poder contar toda la verdad, sus movimientos estaban muy limitados—. La gente de Roureda sigue moviéndose, y nos ha servido de mucho todo lo que ella ya sabía. Pero necesitamos más. Tenemos que localizar a ese hombre.

Con ese pensamiento y objetivo en mente, Alegra se centró en recuperarse y en ponerse manos a la obra esa misma tarde. Si nadie investigaba para ellas, ella misma lo haría.

—Sasha. —La miró con resolución.

—Tú tienes contacto en Pachá.

—Sí.

—Allí hay cámaras que controlan quiénes entran y quiénes se van, ¿verdad?

—Sí. Así es —contestó ella muy despierta—. Quieres las grabaciones de ese día.

—Sí. Si las pudiésemos conseguir, tendríamos material visual para que nos ayuden a encontrarlo.

Sasha se levantó de la cama y con gran predisposición, decidida a llegar al final del asunto, contestó:

—Ahora mismo se lo pido a mis amigos.

En Sant Miquel, Nil estaba sentado junto a Lucas en el borde de su piscina privada. Desde que discutió con Alegra Balanzat en Pachá, una sensación angustiosa que aún no se había podido quitar de encima le robaba el sueño.

Cuando la dejó llorando en el parquin y entró para acompañar a su amiga mulata, Cinthia, algo dentro de su pecho se cerró para siempre.

Él no creía en premoniciones ni en intuiciones de ningún tipo. Pero no podía obviar el hecho de que le había asfixiado la misma sensación que

experimentó el día que tuvieron el accidente de coche con sus padres. Tenía miedo y no sabía de qué.

Se fue de Pachá antes de tiempo. Tenía pensado sacarse a Alegra de la cabeza con Cinthia. Los hombres como él eran así: cuando no querían tener pensamientos sobre una mujer en la cabeza, utilizaban a otra cualquiera, con la cabeza de la polla, para pensar de otro modo.

Pero no había podido estar con ella. Ya no era el que era. El Nil ligón y avasallador había desaparecido. Ni siquiera la pudo tocar. Sentía que se traicionaba a sí mismo y que tocar a otra mujer era ensuciarse las manos.

Al principio, se sentía rabioso por no poder dejarse llevar. Alegra lo había marcado de un modo que no comprendía, tan intenso como el sabor de un buen café; tanto, que se podía grabar tan a fuego en la memoria que hasta podía oler su fragancia.

Seguía sin entender cómo una mujer, que representaba todo lo que él vapuleaba y odiaba en una persona, lo tuviera tan obsesionado como ella.

Hacerle daño a ella también supuso lastimarse a sí mismo. Le dolía el corazón y le atormentaban las palabras que le había dirigido con saña y sin medida. Sabía que había sido duro e inflexible, pero estaba asustado. Asustado de que se volviera a repetir el pasado, de encontrarse con una persona que jugara con él de nuevo. No solo con él, sino con todos aquellos que le otorgaban su confianza. Y Alegra parecía ser así. Hablaba de cosas imposibles y mágicas. Autocuración. Autosanación. Pensamientos positivos… ¿Cuánto tardaría en venderle pastillas y jarabes milagrosos?

Aun así, aunque le amargara pensar en Alegra, no sabía ni podía dejar de hacerlo. Y más, después de leer lo que publicaban los periódicos. ¿Las Balanzat habían sido víctimas de un intento de homicidio naval?

Un estremecimiento recorrió su espina dorsal; y para expulsar la sensación, dio un sorbo a su cerveza Moritz.

A su lado, Lucas parecía pensativo, sumido en su mundo, mientras observaba el movimiento del agua nítida bajo sus grandes pies.

Nil observó su frasco de los deseos. Todavía, a pesar de todo, lo llevaba colgado al cuello. Había algo que le rondaba y que deseaba preguntarle desde hacía varios días; y pensó que ese era el mejor momento para hacerlo.

—Oye, Luc.

—¿Qué?

—¿No has abierto el frasco de los deseos para comprobar si es verdad que en tu pergamino hay un mensaje de sanación para la posidonia? Podrías colgar tu foto y hacerte amigo de las miles de personas que creen en *Wish Pottery* y en las Balanzat. Parece que la comunidad es inmensa. Y a ti te iría bien conocer a gente.

Luc negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo hasta que se cumpla mi deseo. Son las reglas.

Nil estudió a su moreno y espigado hermano. El sol iluminaba su mata de pelo negro, y aunque su piel se había bronceado, las cicatrices de su columna continuaban todavía pálidas, como un recordatorio de aquello que jamás se podría borrar. Consecuencias fatales para todos.

—Creo que tu deseo no está atado a lo que suceda con ese frasco.

—¿Y tú qué sabes?

Nil no tenía ni idea. Pero creía en el esfuerzo y en la perseverancia. Nadie te regalaba nada. Y, ante todo, sabía en lo que no creía. No creía en las mentiras ni en las charlatanas.

—No sé nada en realidad. Pero no creo que confiar en algo así te haga ningún bien.

—¿Porque a ti no te hizo bien creer en Tess? —le espetó con tono venenoso e irritado—. No todos reaccionamos igual ante las decepciones, Nil. Unos se cierran a lo mágico, como has hecho tú. Otros encuentran en lo mágico su mejor punto de apoyo. —Sus ojos negros, jóvenes pero profundos como los de un ser más sabio, lo atravesaron—. Como he hecho yo. Confío y creo. ¿Qué hay de malo en eso?

Nil no supo qué contestar. Tenía toda la razón.

—Soy libre de creer o no creer. Y tú no me vas a decir qué debo hacer.

—No es lo que pretendo.

—Perfecto. No lo hagas. ¿Sabes? —sonrió con pena—. Me da rabia verte así —reconoció con decepción.

—¿Así cómo?

—Así, como ahora. Estás igual a cuando eras después de Tess. Cuando llegaste aquí, hace casi dos semanas, algo cambió. Y sé que fue por Alegra Balanzat. Y me gustaba verte así. Me recordabas al Nil de antes del

accidente. Eras feliz. Sonreías con los ojos y bromeabas continuamente. Quiero que vuelva ese Nil.

Un músculo de impotencia palpitó en la mandíbula del arquitecto. ¿Tanto había cambiado por las mentiras de Tess?

—No es posible. No volveré a pasar por eso.

—¿Por eso has ido a ver a Alegra? ¿Qué? ¡No me mires así! ¿Te crees que no lo sé? ¿Qué no me doy cuenta de nada? ¿Qué vivo solo en mis libros de fantasía? Pues sí. Lo sé. Sé que estás enamorado de esa chica; y también sé que te has equivocado con ella. La has ido a ver.

—Sí —reconoció humillado al ver que el hermano menor, el crío, llevaba el peso de la conversación. Nil había estado la noche anterior en Sananda, buscando ver a Alegra. Al no poder verla, se armó de valor y picó a su puerta. Pero una de las hermanas a la que no conocía lo echó a patadas. Se llamaba Nicole.

—¿Por qué? —quiso saber Lucas.

«Porque siento miedo por ella. Tengo la sensación de que si le pasa algo malo será por mi culpa. Y están sucediendo cosas realmente extrañas. Los periódicos las están defendiendo y señalan que los movimientos de Rodolf Fuster no son transparentes. Y… Joder, me asusta haberme equivocado, haber sido demasiado duro con ella y ser incapaz de arreglarlo después».

—No lo sé. Quería verla y asegurarme de que ella estaba bien.

—¿Por qué?

Nil resopló irritado.

—¡Y yo qué sé, Luc! David está hurgando en la mierda de todos y ahora se está volviendo loco porque se siente tan mal como yo y quiere ayudarlas con todo lo que está descubriendo. Él me dijo que los vecinos de es Cubells afirmaron que iban las cinco Balanzat en la barca. Que quedaron malheridas en la orilla. Pero el informe médico no dice eso… Y yo… —A él le entró una angustia indescifrable al pensar que Alegra podía haber resultado herida —. Solo quise ir a verla para asegurarme de que estaba bien.

Lucas asintió con la cabeza, como si fuera un psicólogo experimentado.

—Y preocupándote así como te preocupas por ella, ¿por qué la has dejado?

—Porque jugó conmigo, Lucas. Me sentí muy estúpido por confiar en ella.

—Ya. La has dejado porque ves en ella a Tess. Pero no hay dos iguales, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—Dos personas iguales. No las hay. —Lucas echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para que la luz del atardecer bañara su piel—. Papá y mamá siempre me decían que el mayor milagro de la vida era saber que todos éramos únicos y que no había dos personas idénticas en el mundo. Que ni siquiera los gemelos lo eran.

A Nil se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar las palabras balsámicas de sus padres. Eran los mejores dando consejos. Y los echaba tantísimo de menos… ¿Por qué tuvieron que morir?

—Es verdad. Eso decían —carraspeó acongojado.

—¿Y crees en ellos a ciegas? ¿Crees en lo que ellos decían?

—Sí, por supuesto.

—Pero no sabes si están en lo cierto. ¿Siete mil millones de personas y no hay ni una igual? Buf. Eso es imposible, ¿no?

Nil se echó el pelo hacia atrás y se encogió de hombros.

—Sí. Eso parece.

—Entonces ahí tienes tu magia. Esa magia en la que dices que no crees está justo ahí. En el hecho de creer y de confiar en que algo imposible pueda pasar. Yo pensé que sería imposible que tú te enamoraras de nuevo. Pero estaba equivocado.

Nil parpadeó confuso.

—Y, precisamente, hermano —prosiguió Lucas con un brillo especial en sus ojos—, porque crees que dos personas iguales no existen, debes confiar en que Alegra no quiso hacerte daño. Debes creer en que ella no es igual que Tess. Estoy leyendo un libro que habla de la necesidad de creer para conseguir tus propósitos. ¿Sabes qué dice?

—No. ¿Qué?

—Que cuando dejas de creer, dejas de soñar. ¿Y sabes qué les sucede a las personas que dejan de soñar?

Nil negó con la cabeza.

—Que se mueren, hermano. Se mueren.

Lucas se dejó caer al agua y salió a la superficie, moviendo los brazos con fuerza y sacando un chorro de agua fría por la boca.

—Papá y mamá murieron —continuó con convicción—. Ellos ya no pueden soñar por ti. Pero tú sí. Todavía estás a tiempo. —Lucas empezó a nadar y a mover el cuerpo en el agua—. ¡Espabila, *pringao*! —Le salpicó con las manos.

Nil parpadeó para aclararse los ojos acuosos y sonrió. Su increíble, valiente y fuerte hermano menor, fanático de películas y libros sobre mundos imposibles e increíbles, le acababa de dar una lección de vida.

Él, que era el primer perjudicado por la mentira de Tess, le animaba a creer en Alegra a ciegas.

Y, de algún modo, su extraña e inaudita confianza en la Balanzat y el pesar y el arrepentimiento que lo atenazaban por no verla de nuevo, lo azuzaron para que reconsiderara la situación con ella.

Alegra había mentido, y él tomó medidas al respecto. Medidas que podían haberla destruido pero, que a la larga, le habían dado a ella y a su familia publicidad y una popularidad única y positiva.

Y Nil… Nil quería visitarla de nuevo. Y esta vez esperaría a que Nicole no le cerrara la puerta en las narices.

Se disculparía con ellas. Con todas.

Pero ¿cómo escuchar a alguien a quien costaba tanto creer?

29

Al día siguiente, Sasha tenía el vídeo entero de la grabación de Pachá. Alegra buscó al chico de la camisa floreada, Mario, su enemigo, el inquilino ilegal de la casa de es Forns. Pero cuando lo encontró, nunca estaba de cara a la cámara; y parecía que lo hacía a propósito, como si supiera perfectamente hacia dónde tenía que mirar para no quedar registrado. Aquello anuló cualquier identificación facial para facilitar a los investigadores de Meritxell Roureda, que quería continuar hasta el fondo de la cuestión.

Sin embargo, mientras veía el vídeo, Alegra tuvo que escuchar de nuevo la canción de David Ros. Y la hirió tanto como si estuviera allí otra vez. Soportando el contacto visual con Nil, viendo cómo él le dedicaba las letras del tema mientras jugaba a los toqueteos con Beyoncé. Imágenes lacerantes y recuerdos hirientes, aquello era lo que la sacudía cada vez que pensaba en él. Y aun así, Nil la había ido a ver. ¿Para qué? ¿Para decirle que lo tenían merecido? ¿Que las charlatanas y embaucadoras como ellas siempre tenían esa suerte? ¿Por qué quería verla?

No. Agradecía a Nicole que lo hubiese echado de allí. Porque con él se sentía frágil y vulnerable, expuesta para que otros la apedrearan. Y ahora, más que nunca, necesitaba sentirse fuerte.

Su última discusión, en cambio, le facilitó un dato inesperado. Y quería comprobar si era cierto o no.

Después de ver el vídeo de la *Flower Power Party*, Alegra salió del salón de su casa para hacer una visita a la caseta del jardín. Allí, su madre tenía el ordenador con todos los correos entrantes de cada uno de los frasquitos de los deseos que habían tenido que preparar.

Llevaba sus zapatillas Ipanema negras, una falda tejana corta y una camiseta de tirantes estampada con margaritas.

Le picaban las manos por la ansiedad de averiguar si el pedido de Lucas Blanc estaba ahí, en el correo de la web. Y, de estarlo, querría saber qué había pedido el hermano menor de Nil, tan fan de *El Señor de los Anillos* como ella.

Pero no pudo avanzar, porque alguien golpeó los nudillos contra la puerta de madera de Sananda.

Alegra se detuvo y se envaró al comprobar por el rabillo del ojo que un hombre con gafas y la cabeza rapada asomaba a través de las vallas con gesto especulativo y humilde.

—Los Blanc no son bienvenidos aquí —dijo Alegra dándose la vuelta para mirarlo de frente, en posición tensa.

David Blanc hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Me imagino. Pero tengo algo que creo que os podría interesar.

Alegra alzó una ceja negra despectiva.

—¿De veras? ¿Qué es? ¿Una imagen mía conspirando con los *Illuminati*? ¿O mi familia cultivando un campo de coca?

—No es nada de eso —contestó él serio, aceptando las puyas.

—Pues dame pistas porque tengo una imaginación ilimitada y poco tiempo para atenderte.

David carraspeó con incomodidad.

—Alegra, sé que estás disgustada y que la información que facilitamos a los periódicos, por lo visto era…

—¿Falsa?

—Sí —le costaba admitirlo. Como periodista político había metido mucho la pata.

—Me alegro que estén en peligro tu carrera y tu credibilidad… Te lo mereces por no haber asegurado tus fuentes. Ahora, por favor, lárgate de mi casa. —Se dio media vuelta, decidida a no tener ningún contacto más con los Blanc.

—Déjame decirte que llevo varios días sin pegar ojo.

—Bienvenido al clan. Fuera de aquí.

—Y que me di cuenta de que todo estaba mal en cuanto seguí los movimientos en el Consell y los cambios de sucesión —se apresuró a decir —. Estaba todo más que preparado, Alegra.

Alegra se detuvo y, esta vez, cruzada de brazos, le prestó atención.

—Continúa.

—Estudié los conflictos entre Meritxell Roureda y el presidente de Medio Ambiente del Govern, y vi que había cosas que no cuadraban. Vosotras solo erais la cabeza de turco. Creyeron que involucrando a Roureda con temas de brujas y demás…

—No somos brujas. Nunca lo hemos sido —le cortó ella.

—Bueno… Lo que seáis… La expresidenta Roureda perdería el favor de los isleños. Pero, si bien es cierto que vosotras tenéis un negocio con es Vedrà y que estoy convencido de que impedisteis y actuasteis sobre la decisión de Roureda de alguna manera que no entiendo, por cierto, para la no edificación, no ha habido movimientos en falso por vuestra parte y lo tenéis todo más que legalizado. Además, el fin de vuestra *Wish Pottery* es ceder una parte de las ganancias para el mantenimiento de las salinas y la posidonia, y se ha demostrado que respetáis y amáis esta tierra. Por eso los ibicencos os quieren tanto y no os han crucificado con las blasfemias de los periódicos.

—Mal informados por ti, ¿verdad? —le recriminó ácidamente.

—Sí. Y estoy intentando remediar mi error.

—Tu reflexión llega demasiado tarde, David. Echaron a la señora Roureda de su cargo, y ahora tenemos un presidente corrupto y vete a saber qué más al frente de las Pitiusas. No sabéis las consecuencias que pueden conllevar para la isla. El señor Fuster va a seguir apostando por los limpiadores químicos contra la eutrofización, y es justo lo que no necesitan las islas, ¿sabes por qué? —David negó con la cabeza—. ¿No? Por algo que nadie más puede ver, solo nosotras. ¿Estás grabando? —Lo miró de arriba abajo. Buscaba un teléfono o algún dispositivo que inmortalizara lo que decía.

—No, Alegra —lamentó él al sentirse tan ruin—. Es una visita confidencial y amistosa. Si no me das permiso no diré nada de lo que aquí salga.

Alegra dudó entre creerle o no. Pero ya le iba bien que un periodista como David comprendiera la situación y filtrara algo de lo que ella decía. Todos debían concienciarse de un modo o de otro.

—De acuerdo. Ibiza exporta su flor de sal a todas partes, hace que crezca su economía y beneficia la salud de los ibicencos. Tal vez tú no creas en nada de esto, pero…

—Dejaré mis creencias aparte —aseguró él—. Seré objetivo.

—Los productos que utilizan en los laboratorios del hermano de Rodolf no son buenos. Modifican el estado salino de las aguas y del fondo marino. Las algas y algunas especies pueden acabar seriamente dañadas con ello. El problema eutrófico se vería incrementado y la riqueza pitiusa de plancton, flora y fauna marina desaparecería. Convertiríamos el fondo del mar en una piscina de competición, limpia y transparente. Sin vida. Perderíamos todo lo mágico y lo especial que aporta nuestra tierra.

David asintió con la cabeza y meneó la carpeta que llevaba con él.

—Lo sé, Alegra. Necesito que me escuches, por favor. Esto que tengo entre mis manos, y que ha hecho que no pegue ojo en setenta y dos horas, puede aclararlo todo y detener las negociaciones al instante.

Alegra se descruzó de brazos y a regañadientes le dijo:

—No me tomes el pelo. Estoy harta de creer en gente que no se lo merece.

—Puedes confiar en mí.

—No creo. Eres un Blanc, ¿no? Los hombres con ese apellido tienen la molesta manía de destrozarme.

—Dejemos a un lado tus problemas con Nil. Soy periodista. Un periodista que quiere enmendar su gran cagada. —Sus ojos la miraron con arrepentimiento—. Seré justo, Alegra. También está en juego mi reputación. Los colegas a los que facilité la documentación no me hablan. Esto me importa tanto como a ti.

Alegra no parpadeó ni una vez. Pero, al final, relajó los hombres y exhaló aire por la boca.

—Entra.

David se relajó y esperó a que ella le abriera la puerta de Sananda. Una vez dentro, se sentaron en las escaleras del porche.

—Te llevaría al salón, pero hay un cartel enorme en la entrada que pone «Muerte a los Blanc». No creo que sea bueno para ti respirar tanto resquemor.

—Lo entiendo —dijo avergonzado.

—Bien. Desembucha.

David fue directo al grano, pues no quería perder más tiempo. Alegra realmente intimidaba cuando estaba tan enfadada. Parecía una gata que en cualquier momento pudiera arañarle la cara.

—Sé que la contaminación de la posidonia no se ve a simple vista —empezó David—. Sé que antes de que Rodolf Fuster se erigiera como nuevo presidente del Govern, varios grupos ecologistas intentaron hablar con él sobre el problema de la eutrofización, pero este no les quiso escuchar porque decía que había medios más solventes antes que rediseñar las depuradoras y reforzarlas, proceso en el que se debía invertir mucho dinero del que no se disponía. Sin embargo, Meritxell Roureda propuso un plan de reconstrucción de tres depuradoras de las islas, pues parte de los nutrientes que de alguna manera estaban pudriendo el fondo del mar venían, sobre todo, del mal estado de las depuradoras. Roureda buscó una solución fehaciente, pero Rodolf se opuso.

—Eso ya lo sabía. Rodolf Fuster se puso en contra y rechazó la ayuda a su departamento, ganándose el favor de los demás y ofreciendo ese dinero interesadamente a otros que lo necesitaban más, como si su problema no fuera urgente. De ese modo, también ganaba el favor de los miembros del Consell en caso de que hubiera una votación para un nuevo presidente. Es decir, para el motín que se produjo.

—Sí. Así fue —la apoyó David—. Sin embargo… —Metió la mano dentro del sobre y de este sacó una gran cantidad de informes en los que biólogos y ecologistas se quejaban del trato recibido por Rodolf y explicaban detalladamente lo que en realidad era el producto químico en el que quería invertir Fuster, propiedad de los laboratorios de su hermano—. Se trata de un compuesto que actúa como el cloro en una piscina. Mata cualquier microorganismo en el agua. Y, como bien dices…, modifica todo el entorno. Pero, además… —Abrió la carpeta y sacó un montón de fotografías y datos que Alegra no supo descifrar—… Los informes

presentados al departamento de Medio Ambiente, que yo he conseguido contactando con biólogos y ecologistas, muestran algo realmente extraño.

Alegra tomó los informes e intentó leerlos. En todos, marcados con un círculo rojo, figuraban tres compuestos que recordaba de sus estudios de química y física en la universidad. Se trataba de nitrato, amonio y fosfato.

—Esto que ves aquí son los análisis realizados por varios oceanógrafos que me prestaron sus últimos resultados tomados en las salinas —explicó señalándolos con el índice.

Alegra lo miró con interés. David tenía una estructura ósea completamente diferente a la de Nil. Era injusto hacer comparaciones, porque el atractivo y la belleza de Nil, con ese pelo rubio y largo y esa cara de pecado, era algo fuera de los límites terrenales. David no era feo, podía pasar como un chico agraciado y sin pelo. Por eso se lo rasuraba. Las gafas le daban un aire manso e intelectual.

—¿Has estado muy ocupado, eh?

—Ya te he dicho que la culpa me carcome —repuso incómodo—. En cuanto se demostró que Roureda no tenía nada que ver con *Wish Pottery* y que su decisión de no construir en es Vedrà no estaba relacionada con intereses económicos ni corruptos, decidí hacer un propósito de enmienda. Después, el señor Fuster fue proclamado presidente, y como exdelegado de Medio Ambiente había tenido muchos encontronazos con Roureda. Vosotras colgasteis la información que facilitasteis sobre los negocios de Rodolf y su hermano y sobre la negación que él mismo objetó sobre la reconstrucción de las depuradoras. Entendía que nada tenía sentido. O mejor dicho: todo recobró un nuevo sentido —se corrigió—. Y quise indagar en busca de la verdad. Solo eso. Como periodista, solo quiero saber qué hay detrás de todo este movimiento de fichas de ajedrez. Y me he puesto manos a la obra. Y creo… Creo que tengo algo realmente importante.

—Bueno, es de sabios rectificar, ¿no dicen eso?

—Sí. Ahora atiéndeme, por favor.

—Soy toda oídos.

—Lo que más está afectando a la posidonia son los compuestos químicos puros. El mar se carga de nutrientes que destruyen las profundidades marinas. La pregunta es: ¿cómo es posible que se encuentren estos

compuestos químicos originales casi salidos de probeta, refinados? ¿Comprendes lo que te digo, Alegra?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Insinúas que estos compuestos químicos puros no vienen del mal funcionamiento de las depuradoras?

—No. Lo que sale de las depuradoras es igualmente dañino. Las aguas grises y negras dañan el ecosistema. Pero el caso de la posidonia es mucho más agresivo. Esto es lo que a ellos les sorprende y lo que los ecologistas han estado investigando. Y yo también. Son compuestos salidos directamente de laboratorios.

—Ya nos lo imaginábamos. —Su padre, Ángel, les explicó lo que sucedía y dijo que el mar estaba cargado de nitrógeno. Alegra ahora entendía por qué. Estaban envenenando a propósito el rico fondo marino de las Pitiusas. Y el delegado de Medio Ambiente no había hecho nada porque no le interesaba.

Un nudo de angustia le oprimió el pecho. ¿Se habían vuelto todos locos?

—¿Te lo imaginabas?

—Sí.

David se subió las gafas con nerviosismo sobre el puente de la nariz.

—Vamos a ver… ¿Cómo puede ser que vosotras sepáis cosas que no han salido en los medios y que no sabía ni siquiera la expresidenta? —le preguntó entrecerrando los ojos—. ¿Por qué dispones de esa información?

—Quédate solo con que hay cosas que jamás podrías llegar a comprender aunque te las explique.

David no quiso presionarla más. Las Balanzat eran extrañas, y tal vez no debía intentar comprenderlas. Rodeadas de misterio y de un inquietante misticismo, a pesar de la mierda que les había tirado encima, ellas, con sus medios sin filtro y su sinceridad, se habían encargado de lavar su imagen llegando al corazón de su gente, y los mismos pitiusos las habían erigido como heroínas de las islas. Todos estaban de parte de ellas. A David le sorprendía la facilidad con la que la vida podía dar un vuelco que lo cambiara todo.

Así que alejó sus preguntas existenciales de su mente y continuó con su exposición de las pruebas que había recolectado durante esos días de

ofuscación e impotencia.

—Está bien. No insistiré. Aquí —le expuso las fotos— están las imágenes del delito y lo que hace que haya sumado dos más dos —Alegra observó la fotografía en la que se veían unos yates de lujo—. Son yates de alquiler y entretenimiento. La empresa lúdica se hace llamar El Sueño de Tritón. Viajan por Formentera e Ibiza. Hay un total de doce para las islas.

—Ajá. ¿Y qué sucede con ellos?

—Pues verás, un par de biólogos, buceando por la posidonia y analizando sus aguas, fueron testigos directos al presenciar cómo una de estas embarcaciones dejaba caer sus aguas grises al fondo del mar. Con la sutil diferencia de que, entre estas aguas, se divisaban piedras y partículas puras de estos compuestos que te indico y que provocan una eutrofización desmedida y la aceleran. ¿Por qué una flota de yates de entretenimiento iba a tener este tipo de productos químicos no naturales a bordo? ¿Por qué los camuflaba con las aguas residuales? Este mismo informe, quejándose de lo vivido, llegó al despacho del entonces presidente de Medio Ambiente. ¿Y qué crees que hizo? No le dio importancia. Lo archivó. ¿Una negligencia?

—Negligente es. Pero, también, es un hombre muy listo.

—Exacto. Cuando leí esos informes no me lo podía creer. Así que durante dos días, sin descanso, seguí a Rodolf Fuster. Y tomé fotos de lo que hacía y de con quién se reunía. Y mi búsqueda dio sus frutos.

En ese instante, Alegra no se podía imaginar lo que iban a ver sus ojos. David le enseñó imágenes de Rodolf Fuster, comiendo con Mario, en uno de los yates de *El sueño de Tritón*.

Tomó las fotos con ansiedad y las revisó una a una.

—Este… Este es Mario —susurró con las pupilas dilatadas y el frío en el cuerpo. Ese hombre había intentado matar a su familia. Era un iniciado en las artes oscuras.

—Sí. ¿Le conoces? Es Mario Adón. Propietario de la flota de *El sueño de Tritón*. Su familia…

—¿Cómo has dicho que se llama? —Amanda, que vestía con una blusa blanca y de flores azules cosidas a las mangas, abrió la puerta tras la que se apoyaban las demás, y con sus ojos verdes llenos de odio e ira hacia David,

pero más interesada por ese último dato, se dirigió a su hija y le arrebató la foto.

—Ah, hola… —David la saludó intimidado.

—Hola, charlatán.

—Siento mucho lo…

Amanda lo detuvo levantando la mano. No quería oír tonterías. Inmediatamente, Nicole, Sasha y Pietat, secundaron a Amanda y la rodearon.

David pensó que no querría ser jamás el objetivo de esas miradas salvajes como lo eran los personajes de esas fotografías. La energía de esas mujeres podía marear a un hombre inseguro y convertirlo en polvo.

—Se apellida Adón —concluyó David.

Los finos labios de Pietat se arrugaron con desagrado.

—Adón… Es un apellido antiguo fenicio. ¿Sabes qué significa? —le preguntó Pietat a David sabiendo que él no tendría ni idea. Cuando este negó con la cabeza, Pietat tomó la fotografía y deseó incendiarla con la mirada. Pero no eran brujas como la de las películas—. Significa «Amo y Señor».

Lo tenían.

Mario Adón, era el Señor de Iboshim que buscaba alejar a las Balanzat de las islas. Echarlas como habían hecho con los miembros de Adón siglos atrás. Y estaba confabulado con los Fuster. ¿Por qué?

—¿Odiáis a Mario Adón? —preguntó David confuso—. Los grupos de Greenpeace y los biólogos que he conocido también le tienen inquina.

—Inquina no es la palabra —aseguró Nicole estudiando a David de arriba abajo—. En realidad, quiero arrancarle la piel.

—¡Nicole! —Alegra la miró advirtiéndole que no dijera nada más.

Ella se echó a reír y después, observando de reojo a David, no contenta con solo impresionarlo y dejarlo sin habla, le dijo:

—¿Eres el hermano de He-Man?

—¿He-Man?

—Sí, el rubio de pelo larguito, moreno y musculitos que ha roto el corazón de mi hermana —contestó sin ningún miramiento.

—Eh… Sí. Creo que sí —confesó avergonzado.

—Entonces, eres el mal periodista que vende falsas exclusivas a los medios, ¿no es así? —preguntó con voz *sexy* y cantarina.

David tragó saliva y afirmó con la cabeza.

—Sí. Lo siento.

—Lo siento, lo siento, bla, bla, bla… —añadió Nicole haciéndole muecas—. Sapos y culebras para ti.

Sasha, que no dejaba de mirar las fotos, rompió una lanza a favor de David, que no sabía con quiénes estaba hablando.

—Rompo tu hechizo, hermana —murmuró como si viera una apuesta en una partida de póquer. Después, miró a David decepcionada—. Pensaba que éramos amigos.

—Lo siento, Sasha. Solo quise ser justo con lo que le habías hecho a mi hermano. Pensaba que era culpa vuestra…

—Pues no lo era —replicó la compositora.

—Lo sé —David sintió pesar por perder la amistad de Sasha y poner en entredicho su apellido.

—Eso ya no importa —dijo Alegra sacudiendo las fotos frente a David —. ¿Qué tienen que ver Mario Adón y los Fuster?

—Todo, Alegra —explicó él, queriendo ayudarlas—. A ver… Rodolf Fuster no quiso reconstruir las depuradoras, con lo cual, seguían teniendo una excusa perfecta para comprar los productos de los laboratorios de su hermano. Y no solo lo hacía por eso. Lo hacía porque, haciendo creer a la opinión popular que la eutrofización llegaba por los vertidos y el mal estado de estas, nadie se hubiera fijado en cuánto envenenaban las aguas grises del señor Adón.

—¿Por qué Mario Adón quiere envenenar la posidonia?

—Porque quiere matar lo más mágico de la isla y transformar su ecosistema —concedió Amanda—. Necesita poseer lo que le quitaron.

—Bueno —dijo David—. Es cierto que el señor Adón está provocando un genocidio marino, pero no creo que tenga que ver con magia, señora Balanzat —se atrevió a señalar con tiento.

«Ya lo creo que sí», pensaron las cinco Balanzat.

—Hay un interés económico tras todo esto —quiso demostrar David con pruebas químicas y empíricas—. El nitrato, el fosfato y el amonio que ha dejado caer Adón, no se sabe desde hace cuánto en la zona de las salinas y la posidonia, provocan la putrefacción del fondo marino por exceso de

nutrientes puros. Todos señalan que no comprenden todavía cómo ese estado de muerte no afluye a la superficie y no afecta a toda la isla en sí, como si hubiera un muro o algo que impidiera que el estado eutrófico fuera a más.

—Es por es Vedrà —dijo Nicole con una seguridad abrumadora—. Ella ha sido un punto equilibrante de la isla. Si hay una zona enferma, su energía se dispersa hacia el foco de infección y lo mantiene a raya o lo intenta sanar. Es un punto magnético de sanación. Es nuestra cuidadora. Nuestra centinela. Por eso no podíamos permitir que le perdieran el respeto construyendo sobre ella, por muy proyecto sostenible que fuera… Hay lugares sagrados que jamás se deben violar. Por eso Nil no debía edificar allí. ¿Comprendes?

David frunció el ceño sin comprender ni una palabra. Nervioso por no saber rebatirle dijo:

—Bueno, hasta que no se demuestre científicamente lo que insinúas…

—Te aseguro, rana Gustavo, —Nicole lo miró atravesándolo con sus ojos verdes—, que la energía electromagnética de este lugar dejaría en bragas a Stonehenge. Tu cerebro igual no está capacitado para entender ni creer lo que te digo. Pero que tú no lo creas no quiere decir que eso no sea tal cual te digo. ¿Por qué piensas, sino, que sucede eso, listillo?

La nuez de David se movió visiblemente.

—¿Me has llamado rana Gustavo?

—David, por favor —Alegra lo tomó del brazo para que le prestara atención solo a ella e ignorara la visceralidad de su hermana—. Continúa con lo que nos decías.

—Eh… Sí. Los productos de los laboratorios Fuster limpiarían el mar y lo dejarían completamente saneado. Pero desértico y desfertilizado. Las algas cambiarían su constitución, y muchas especies de peces se perderían ante el cambio. Pero Mario Adón, que tiene la patente de un producto propio con el que cotizó en bolsa llamado Fitolife, tendría la solución a ese nuevo problema.

—Fitolife —repitió Alegra abrumada por la información.

—Sí. Fitolife es un fertilizante especial destinado a usarse en océanos. Su cualidad diferenciadora es el alto grado de hierro que contiene, que conseguiría estimular una nueva producción y crecimiento de fitoplancton.

Según él, mejoraría la productividad biológica marina y también ayudaría a eliminar dióxido de carbono de la atmósfera.

—Eso ya lo hace la posidonia —protestó Alegra—. Es un pulmón para la Tierra. Pero Mario Adón la quiere destruir. Quiere destruir lo mágico de las islas y quiere transformarlas con sus propias manos. Hacerla víctima de sus artimañas. No es diferente de sus antepasados —murmuró agriada—. Quiere volver aquí y aprovecharse de Ibiza tal y como hicieron los demás de su linaje.

—¿Perdón? —preguntó David—. Perdido. Me he perdido.

—Quiere cambiar su magnetismo, eso es lo que quiere, ¿no os dais cuenta? —aseguró Nicole, meditabunda e ignorando a David—. El hierro es magnético. Quiere cambiar la energía de Iboshim. Pero si es Vedrà se mantiene en pie y sigue pura no lo puede conseguir. Es Vedrà es más fuerte y poderosa que él. Más electromagnética.

—No sé de lo que habláis —se precipitó a cortarlas—. No entiendo ni una palabra… Pero lo que sí es cierto es que todo es fruto de una confabulación, y que los Fuster y Adón ganarían muchísimo dinero con sus patentes. A no ser que alguien los desenmascare. Y con todo esto que os he traído, he tenido tiempo para hacer muchas maldades.

—¿Qué has hecho, David? —quiso saber Alegra desconfiada.

—Devolveros el favor y enmendarme.

En ese instante, él recibió un mensaje de texto que leyó en silencio y con premura. Por fin sonrió de oreja a oreja, satisfecho, más tranquilo consigo mismo, sabiendo que la noticia que esperaba era ya una realidad.

Se llenó los pulmones de aire y sonrió con una sincera disculpa en sus ojos.

—Lamento mucho todo lo que ha pasado. Lamento lo que hice, de verdad. Pero… —Se frotó la nuca avergonzado—, creo que he actuado diligentemente esta vez y he desenmascarado a los malos. A los malos de verdad. Acabo de recibir un mensaje. En estos momentos, hay una patrulla náutica revisando los yates de *El Sueño de Tritón*. Hablé con Roureda sobre lo descubierto, y ella misma pidió la orden del juez para revisar los yates de Mario Adón. Han hecho una redada por sorpresa. Me acaban de comunicar que han encontrado los productos químicos ocultos en un compartimento

aparte del recipiente de las aguas fecales. Todos tienen lo mismo: nitratos, fosfatos y amonios. Ya han retenido a Rodolf Fuster por uso indebido de poder y manipulación.

Las Balanzat se alegraron al oír eso. Parecía que todo llegaba a su fin y que podían empezar a sanar a la isla sin miedo a represalias de ningún tipo. Sin embargo, un Adón era heredero de sangre de las artes oscuras. Hasta que no lo condenaran no podrían descansar tranquilas. Ya habían utilizado a dos personas para llegar a ellas e intentar matarlas. Si no lo cogían, estaban lejos de sentirse a salvo.

—¿Cuándo procesarán a Mario Adón?

—Cuando den con él —contestó David—. Pero lo pondrán en busca y captura por cometer un delito ecológico. Su foto estará en todas partes. No podrá ir muy lejos.

Amanda y Alegra se miraron la una a la otra sin tenerlas todas con ellas. Adón seguía libre. Mala noticia.

—De todas formas —dijo Amanda honestamente—… Gracias por tu esfuerzo.

—Sí —anunció Nicole con tono venenoso—. Me alegra ver que hay gente que recoge su mierda.

—De nada a ti también —contestó David más relajado. Sabiendo que su propósito se había cumplido, los ataques de la pelirroja le resbalaban. Miró su reloj de muñeca—. Ahora, si me disculpáis, tengo un completísimo reportaje que redactar en *El Nou Diari* sobre una historia de intrigas, magia, motines, naturaleza y buenas intenciones en la isla de Ibiza.

David se despidió de las Balanzat, y Alegra lo acompañó hasta su coche. Realmente, se sentía complacida con su labor y cuando él la miró de reojo y le sonrió, fue a Nil a quien vio en ese gesto, y el corazón se le saltó un latido al recordarle a ese hombre que no creía en ella.

—Gracias por lo que has hecho.

David se encogió de hombros y abrió la puerta de su Mini. Alegra no quería recordar nada de lo ahí sucedido con su hermano, porque los recuerdos eran como púas que se le habían clavado muy adentro y que no podía extraer.

—¿Sabes, Alegra?

—Dime —salió de sus pensamientos agridulces.

David dejó la carpeta con todos los datos e informes en el asiento del copiloto y miró a la Balanzat de frente.

Definitivamente, con ojos observadores de periodista y de hombre que lo analizaba todo, los ojos tan azules de Alegra parecían no ser de este mundo. Ninguna de esas mujeres debía serlo, porque tenían algo, algo intrínseco en ellas que las hacía, muy a su pesar y al de todo los incrédulos, mágicas.

—Sé muy bien que tú tuviste algo que ver en el despertar de Toni, el hijo de Meritxell.

—David…

—No. Déjame acabar. Sé que tú interviniste en su decisión de no aceptar el proyecto de arquitectura sostenible en es Vedrà. Decisión que cambió horas después de que su hijo Toni saliera de su prolongado coma. Tu hermana Nicole os ha delatado. —La joven no parpadeaba siquiera. Solo lo escuchaba, con tranquilidad pasiva—. Y sé que hace tres días os arrollaron a las cinco en las orillas de vuestra cala, no solo a Nicole. Estabais las cinco ahí. Los vecinos, que por cierto os quieren y os protegen, me lo acabaron confirmando. Encontraron dos zapatos de tacón distintos en la orilla, y Nicole llevaba zapatillas en los pies. ¿De quiénes eran? ¿Los arrastró la marea por casualidad?

—¿Has acabado?

—No. No tenéis ningún rasguño. Ninguna de vosotras tiene secuelas. Os he repasado a cada una… Parecéis estar bien. En cambio, vuestra barca quedó destrozada. Murió un guarda por el impacto y el otro dijo que no sabía lo que había pasado, pero tiene lesiones muy graves.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—No lo sé todavía… —Entrecerró los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado, midiendo sus siguientes palabras—. Sé que hay cosas a las que no le puedo dar explicación porque no las entiendo y no me han enseñado a creer en ellas. Pero también sé que no es casualidad que, enzarzadas como estáis en una batalla por la protección de la ecología de vuestras islas y, señalando públicamente al actual presidente a través de vuestras redes sociales, podéis ser personas non gratas para aquellos a los que torpedeáis. No sé cómo de serio es el conflicto en realidad, ni si creo o no creo en vuestros frascos de

los deseos y en vuestra supuesta magia; pero si hay algo en lo que no creo es en los accidentes casuales como el que sufristeis. Me alegro de que no os pasara nada y de que, milagrosamente, estéis bien. Pero —esta vez, su tono adquirió más gravedad— tened cuidado. A partir de ahora, dejad el resto a las autoridades, no os expongáis más. Vuestro mensaje es alto y claro, y después de las planas de los periódicos de mañana, vuestra popularidad crecerá y seréis inmortales para vuestras Pitiusas, tratadas como heroínas. Y creo que es mejor que os homenajeen vivas, que recibir un homenaje muertas —le guiñó un ojo conciliador.

—Gracias por tu consejo.

—Mucha suerte, Alegra. Ojalá mi hermano viera lo que veo yo.

Alegra carraspeó con las emociones revueltas en su interior.

—¿Y qué ves, David?

—Que eres buena persona, Alegra. Y que ves mucho más allá de lo que él y yo, y posiblemente la mayor parte de los *muggles*, podamos ver jamás.

—*¿Muggles?* —repitió con sorpresa—. ¿Leías Harry Potter?

—Yo no. Pero mi hermano pequeño sí, y se enamoró perdidamente de Hermione.

—¿Y eso quiere decir, David, que crees en la magia? —Lo tanteó directamente.

David sonrió y negó rendido ante su misma duda interna.

—Eso quiere decir que no sé si creo o no en lo que no veo, pero creo en ti.

A Alegra se le llenaron los ojos azules de lágrimas y también de rabia por no poder recibir esa misma respuesta del hermano del que sí estaba enamorada.

—Si tú puedes creer en mí… ¿Por qué Nil es incapaz de hacerlo?

—A eso, Balanzat —contestó dando marcha atrás por el camino de tierra —, yo no te puedo contestar. Pero si hay alguien que sí puede hacerlo sin importar que Nil se cabree, ese es Lucas. Lucas tiene tu respuesta. Nos vemos. —Se despidió levantando la mano como saludo.

Alegra no quería coger el señuelo. Pero lo enganchó al vuelo.

La situación había mejorado, todo saldría a la luz, y Mario Adón no podría escapar tan fácilmente de sus fechorías. Lo cogerían. Debían cogerlo.

Mientras tanto, Alegra quería un final feliz; y aunque estaba claro que Nil no era el hombre que había pedido en su hechizo junto a su padre, sí era el hombre que su corazón había elegido libremente. Y no quería dejar pasar la oportunidad de intentarlo una última vez.

Las Balanzat no se caracterizaban por ser mujeres pesadas que fueran de víctimas y que insistieran hasta cansar al hombre que ellas querían para que cediera y les pidiera matrimonio.

Ellas no eran así. Anillo o no, eso les daba igual. Pero creían en el amor verdadero. En el puro y auténtico que solo ocurría una vez en la vida.

Sí que buscaban siempre la verdad y la justicia.

Y lo de Nil no había sido justo. Sabía que había gato encerrado en su comportamiento hacia ella, que no todo era fruto del despecho y sí de algo relacionado con su pasado. Algo que ella desconocía.

Solo necesitaba averiguarlo.

Mientras las demás entraban en la casa y corrían a poner las noticias a ver si por fin emitían algo sobre el arresto de Rodolf Fuster y de Mario Adón, Alegra se dirigió a la caseta del jardín para hacer lo que había intentado hacer antes de encontrarse a David.

Quería conocer cuál era el deseo del hermano menor de Nil: Lucas.

Si él era la clave, y era, al parecer, tan opuesto a Nil, quería comprender por qué. Tal vez su deseo oculto en su frasco de *Wish Pottery* le diera la respuesta.

30

Los días siguientes a la revelación de David fueron una auténtica locura mediática para la isla. Las Balanzat observaron por televisión, y con mucho regocijo, el arresto de Rodolf Fuster, al que habían cesado del cargo de presidente del Consell del Govern por anteponer sus necesidades personales a las de Ibiza.

Además, Nicole había leído en voz alta el artículo *on line* de *El Nou Diari* escrito por Blanc en el que se especificaban, en un largo reportaje, los conflictos de intereses entre Roureda y Fuster y por qué se originó el motín contra esta. También, se facilitaba el material visual de los encuentros entre Rodolf Fuster y el magnate Mario Adón, y la relación que los unía a ambos.

Los ibicencos quedaron conmocionados al ver la resolución del caso en el que los hermanos Fuster y el dueño de la flota de entretenimiento *El sueño de Tritón* serían condenados por delitos ecológicos. No obstante, el segundo, conocido para las Balanzat como el descendiente de los Señores de Iboshim, todavía seguía en paradero desconocido y no lo habían podido localizar.

Mientras tanto, Alegra y Sasha colgaron un nuevo comunicado oficial en su web, *Wish Pottery*, en el que convocaban en Atlantis, más conocido por sa Pedrera, por petición de Pietat y Amanda, en la noche del eclipse, a todo aquel que creyera en la magia.

—Creo que toda la gente que haya confiado en nosotras, y así lo desee, debe apoyarnos en nuestro trabajo de limpieza —dijo Amanda mientras llenaba botes de cristal llenos de flor de sal—. La isla también es de ellos, y si creen en la magia harán el hechizo más fuerte.

—Es buena idea —apoyó Pietat cerrando los botes que su hija llenaba —. Hagamos partícipes a los pitiusos de una noche Balanzat. Cuantos más seamos, más fuerza tendremos. Además, Adón todavía no ha aparecido.

Cuando cerremos el trabajo, él jamás podrá pisar las islas sin sufrir las consecuencias, tal y como sucedió anteriormente con sus antepasados. Ha hecho falta que Adón debilitara la posidonia y modificara poco a poco la calidad de su sal para que pudiera entrar en la isla de nuevo. Pero esta vez no sucederá.

Alegra sabía que el creer y decretar eran básicos para el éxito de una sanación, por tanto, cuantos más pensamientos positivos hubiera esa noche, mucho mejor.

—Deberíamos proclamar este comunicado y difundirlo en todas partes. —Nicole machacaba en un mortero de barro una especie de cristal rojizo a lo que ella llamaba «polvo magnetizado»—. Nuestro poder de convocatoria puede ser espectacular. Les diremos qué deben traer para ayudarnos.

—Nicole —señaló Sasha observando cómo las demás trabajaban mientras ella apuntaba en una libreta los versos de una nueva canción—. ¿De dónde has sacado estas piedras? Intento darles un nombre… Pero no las había visto nunca.

La pelirroja sacó un pequeño pedrusco de cristal rojizo, tipo rubí, aunque un tono más oscuro, y lo admiró con cariño.

—Esto, queridas, es la razón por la que nadie, jamás, debería decir que los círculos de las cosechas no son mágicos.

Todas la miraron intrigadas. La pasión que sentía Nicole respecto a su trabajo entusiasmaba a su familia tanto como a ella.

—¿Nos lo vas a contar o no? —la instigó Alegra redactando la carta que iban a colgar en la web, primero en papel—. Déjate de misterios. Llevo días esperando que me cuentes que es ese polvo de cristal…

Nicole se echó a reír y cedió a la súplica de su hermana mediana.

—Cuando papa nos dijo en es Vedrà lo que necesitábamos para el hechizo de limpieza, al mencionar polvo de cristal magnetizado centró su atención en mí. Yo supe al instante a qué se refería. Por eso tuve que viajar a Inglaterra, al único lugar donde puedo recoger ese elemento. En los círculos de trigo —continuó machacando el mortero—. Los *crop circles* se crean en segundos, ¿sabéis? Los dibujos se plasman sobre los campos de cereales con una perfección pasmosa y simétrica. No importa que sean desiguales ni que estén inclinados. Os podría hablar de Fibonnacci, del número Pi y de otros

mensajes geométricos de los que nos hablan los dibujos, pero hacerlo no explicaría tampoco la complejidad y lo increíble que es el fenómeno. Los humanos que han intentado desmentir el misterio de los círculos queriendo hacer uno, rompían las ramas de los cereales para tumbarlos, además de que el dibujo contenía todo tipo de errores, tanto de medición como matemáticos. Sin embargo, los *crop cicles* originales no rompen los tallos de los cereales, los doblan respetando el crecimiento del cereal y su desarrollo. Lo más curioso es que el magnetismo dentro de uno de estos mandalas es brutal. Un cuerpo humano, una vez en su interior, minutos después de su estampación, parece descomponerse como en un efecto microondas. Yo misma he experimentado cosas maravillosas en ellos y… Bueno, en fin… —Sabía que estaba contando más de lo que ellas le habían preguntado, así que focalizó de nuevo—. Es algo realmente espectacular. Alrededor de los tallos doblados, que no rotos, se encuentra esta cristalización rojiza que os traigo. No sabemos de qué está hecho, no encontramos elemento en la tabla periódica que se le parezca. Lo que sí sabemos es que su energía no es de este mundo. Papa lo sabe. Por ese motivo quiere que lo utilicemos en nuestro trabajo.

Las cuatro, prendadas por el amor con el que Nicole hablaba de lo que hacía en tierras extranjeras, no quisieron interrumpirla y no lo hicieron hasta asegurarse de que su discurso había finalizado.

—¿Dices que ese cristal no es de este mundo? —repitió Sasha anonadada—. ¿Y de dónde es? —Se acercó al mortero y cogió una piedra—. ¿De Krypton?

Nicole arqueó sus cejas rojizas y la miró con algo de pedantería.

—Eso quiero averiguar. Pero tal vez sea del mismo lugar del que vino la piedra mágica de es Vedrà. ¿Quién sabe?

Sasha le sacó la lengua en gesto de burla a Nicole, y esta, pizpireta, le lanzó una cebolla del cebollero de encima de la isla de la cocina.

—Cuando dejéis de jugar con la comida —las regañó Alegra—, tal vez podáis decirme qué queremos que traigan las personas que nos ayuden en el eclipse.

Y eso hicieron. En el comunicado indicaron hora y lugar. Todos debían traer una orquídea blanca, una escoba de paja y una vela.

Como en los antiguos aquelarres Balanzat.

Como una auténtica noche ancestral de brujería blanca.

El mismo martes señalado para el eclipse, al mediodía, y sabiendo que solo faltaba esperar la hora correcta para empezar la auténtica sanación de Ibiza, Amanda sonreía feliz.

La habían dejado sola en casa. Sus hijas se habían llevado a su madre para dar una vuelta por es Cubells y visitar el monasterio de las Carmelitas misioneras fundado por Francesc Palau, después de haber pasado este largas temporadas en es Vedrà meditando y viviendo como un ermitaño. Pietat siempre oraba pidiendo la ayuda del sabio, y sus nietas habían querido complacerla.

A Amanda, en cambio, no le importaba quedarse sola en Sananda. Golfo la acompañaba; además, jamás volvería a sentir la soledad de nuevo.

Ángel estaba ahí con ella. Desde que las presencias oscuras desaparecieron al hacer la limpieza de la casa de Formentera, Ángel había dejado de ser un recluso en es Vedrà y a menudo acompañaba a Amanda. Gracias a él y a los dones de Alegra, pudieron salvarse del accidente en la orilla de Cala d'Hort.

Ella no decía nada a nadie, porque temía que decirlo en voz alta lo hiciese desaparecer, como un deseo que, si se pronuncia al oído de los demás, ya no se cumple.. Y sabía que sus hijas, en ocasiones, también lo veían, y tal vez no decían nada por no romper la magia. Por su mismo miedo. ¿Ángel siempre estaría ahí? No lo sabía. Por eso quería aprovechar su presencia.

A veces no lo vislumbraba; en ocasiones, le veía borroso; y otras veces, como aquella, iluminado por la luz del atardecer que entraba por los ventanales del salón, lo oteaba tan claramente que hasta parecía que lo podía tocar.

—Cada año que pasa estás más guapa, cariño —le dijo Ángel.

—Sabes que no es verdad. ¿Los fantasmas envejecéis? —le preguntó mientras llevaba de un lado al otro la ropa para la colada.

Ángel negó con la cabeza, con los ojos vidriosos de amor por su mujer.

—No. Pero, si lo deseas, puedo adoptar una imagen más envejecida.

Amanda se echó a reír al tiempo que abría el cuarto de la lavadora y la secadora y vaciaba una para llenar la otra.

—Todavía no estoy en una situación crítica ni en desventaja contigo. Ahora, ambos tendríamos la misma edad, ¿verdad, amor? —Se giró para dedicarle una mirada de ternura que sobrecogió el corazón etéreo de Ángel.

—Sí, casi… Sigo siendo un año mayor que tú —contestó el espíritu.

—Entonces, de aquí a dos años, ya puedes empezar a hacerte *photoshop* en la cara, o lo que sea que hagáis los fantasmas. —Se acercó a él y le pasó la yema de los dedos por la barbilla, que no notó—. Mientras tanto, me encanta verte, así o mayor. Me da igual. Solo quiero verte.

—¿Y por qué tienes esa melancolía en tu rostro?

—Porque ojalá pudiera tocarte…

—Me tocas con tus ojos, Amanda. Eso ya es suficiente para mí.

El timbre de la puerta exterior les interrumpió.

Amanda le preguntó a Ángel quién era. Este cerró los ojos ante ella y, con la intuición o los poderes que tuvieran los espíritus, dijo:

—Es ese chico… Nil Blanc.

Los ojos claros de Amanda se opacaron con rencor y hiel. Ángel arqueó una ceja rubia.

—Me compadezco de él —murmuró divertido—. Le va a costar ganarse vuestro favor.

—No lo hagas —Amanda salió al porche añadiendo—: no se merece compasión. Además, ese hombre nos tendría a todas en el bote si hubiera tratado a Alegra con el amor y el cuidado que ella merece.

Nil estaba ahí. Por fin había encontrado el valor de regresar a aquella casa y pedir ver a Alegra. Su hermano David le había asegurado que ella estaba bien y que no era, para nada, lo que ambos se habían imaginado.

Eso estaba clarísimo. Después de todo, ellas eran inocentes y solo tenían un negocio próspero cuyo material supuestamente mágico obtenían de es Vedrà. Nada más.

Nil la había juzgado mal. Peor de lo que se había imaginado. Aun así, Alegra no dejaba de ser una *new age* que creía poseer dones que nadie tenía. Y, aun así, aunque fuera el tipo de chica con el que juró no volver a

relacionarse, había cogido el coche y se había presentado allí, en un lugar cuya presencia era non grata. ¿Y todo por qué?

Porque podían más los pros que los contras.

Porque Alegra… Alegra le robaba la razón y el sentido común, y era una mujer que le gustaba demasiado como para volverla a ignorar.

Seguramente se merecía que ella le odiara. Pero lo intentaría. Intentaría verla y explicarle todo.

Alegra se merecía la verdad.

Igual que él se la había merecido por su parte.

Cuando Amanda Balanzat salió al porche, Nil fue abofeteado con el frío de la distancia y el desdén. Aquella mujer de pelo rojo y ojos de bruja, lo miraba como si fuera un pigmeo y ella una gigante de las nieves.

Sin embargo, Golfo lo adoraba. Tenía las patas delanteras apoyadas en la puerta y le ladraba moviendo el rabo con alegría.

—Hola, guapo —lo saludó Nil.

—¿Qué quieres, Blanc?

—Buenos días —le dijo con educación—. Quisiera hablar con su hija Alegra.

—Tienes valor, ¿eh, muchacho? —Ella dejó ir el aire por los dientes apretados y se rio de él, cruzándose de brazos, haciéndole entender que no iba a permitir que ninguna palabra la alcanzara. Ninguna que viniera de él—. Alegra no quiere que estés aquí.

—Señora Balanzat, por favor —le pidió desde detrás de las puertas de entrada de Sananda—. Entiendo que pueda despreciarme. Quisiera disculparme también con todas ustedes.

—¿Conmigo? No, Nil. A mí no me ha dolido que tú fueras a los periódicos con esa historia espantosa sobre nosotras y nuestros negocios con la expresidenta.

—No seas tan dura, Amanda —le dijo Ángel entretenido—. Es un buen hombre. No tiene mal espíritu. Solo lo tiene cerrado.

—Me da igual —le contestó Amanda.

—Entiendo que le de igual —Nil no sabía cómo entrarle a esa mujer ni cómo ganarse su beneplácito. Había empezado con muy mal pie—. Pero

estoy aquí para ofrecer mis excusas. Y para decirle que… Que, aunque no lo crea, creo… Creo que estoy enamorado de su hija.

—¿Crees? —repitió Amanda incrédula—. Bonita forma de demostrarle que crees que la amas. Intentas humillarla, haces daño a su familia, blasfemas contra ella… ¿Qué tontería es esa que dices?

Nil resopló frustrado y se peinó el pelo rubio con los dedos hacia atrás. Nunca había tenido problemas para hablar, pero Amanda Balanzat lo intimidaba.

—Mi hija me dijo que eras rico en palabras. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

O se sinceraba y se bajaba los pantalones ante esa mujer, o acababa saliendo de allí huyendo de sus escobazos.

—Tiene razón. Ni siquiera sé qué decirle. Supongo que metí la pata hasta el fondo —reconoció afligido—. Usted no me conoce; no sabe lo que yo he vivido para tener todos estos prejuicios hacia su mundo…

—¿Mi mundo? ¿Qué mundo es ese? Ilústrame —Bajó las escaleras del porche, con Golfo saltando a su alrededor, dando vueltas alrededor de sus piernas.

—Un mundo de… —Miró la fuente de Tanit y Bes, y la especial fachada irlandesa de un castillito ibicenco demasiado especial e original—… De magia, fantasía y frascos de deseos… Yo… No creo en eso, señora. Me cuesta.

Amanda lo analizó con su inteligente mirada, ubicando a Nil entre el filo de una navaja cuyas hojas separaban el Bien y el Mal. ¿De qué lado estaba él?

—Ya veo… ¿No crees en el mundo de mi Alegra?

—Tengo reparos —admitió con valentía—. Pero eso no quiere decir que no sepa valorar todo lo bueno que posee su hija.

—¿Vienes a mi casa —entrecerró los ojos con inquina—, me dices a la cara que no crees en nosotras ni en Alegra, pero sí que te quedas con las demás cosas buenas que tiene, como si le hicieras un favor, y esperas a que yo te dé el visto bueno y te permita verla? Chico, tú tienes un problema. Uno muy grave.

—Tal vez sí, no se lo discuto. Pero su hija ha borrado todo mi sentido común y toda mi cordura. Los ha aniquilado de golpe.

Amanda medio sonrió, aunque después pensó que lo mejor era seguir fuerte e inflexible. Nil debía conocer quiénes eran las Balanzat.

—No, Nil. Ese no es tu problema. Tu problema, hombre guapo y tonto, es que no crees en el amor. Y si no crees en el amor, jamás podrás creer a Alegra. Jamás podrás amarla como ella se merece.

—¿Por qué dice eso? —Su mandíbula esta vez estaba prieta y tensa. No le había gustado nada oír aquellas palabras—. Puedo creer en el amor sin necesidad de creer en la magia.

—Estás muy equivocado. Alegra, Nil Blanc, representa la magia del amor y de la vida. Alegra sintetiza aquello en lo que se debe creer sin necesidad de ver. Alegra no es magia ni fe, sino amor puro. Y el amor es, a su vez, un sentimiento lleno de magia que no podemos ver ni podemos tocar, pero sentimos que está ahí, invadiéndonos; y por eso lo sentimos tan real. Si dices que no crees en mi hija ni lo que ella representa, jamás podrás amarla. Es por eso, Nil, por lo que seguiré diciéndote que no, a pesar de tus disculpas y de tu declaración. No puedes ver a Alegra. Lo siento.

Nil agachó la cabeza. Sintió la derrota en su interior, y cómo su corazón se quejaba por la contraposición que añadía su cabeza en todo lo relacionado con esa morena de ojos azules que lo había embrujado de por vida.

—Pero, Nil —Amanda lo miró de arriba abajo—, puedo hacer que dejes de sentirte así de desgraciado como sé que te sientes. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un frasquito de los deseos con un líquido ambarino—. Tómalo.

—¿Qué es? —preguntó aturdido.

—Soy bruja, Nil —mintió a medias—. Es un frasco que contiene el elixir del olvido. Cuando lo bebas, tu sufrimiento desaparecerá, y no volverás a sentir nada hacia mi hija, a la que no aceptas del todo. Como tampoco ella volverá a sentir todo ese amor que siente hacia ti y que no es correspondido.

—Sí acepto a Alegra, ¡por eso estoy aquí! —replicó algo molesto por la insistencia de Amanda.

—No. No es así como debes amar a mi hija. No es así como debes aceptarla. Uno no elige lo que quiere y lo que no. Se ama todo el paquete, Nil. Por eso, te ahorro el mal trago de que te lo diga ella en persona. Bébete esta pequeña solución y recupera tu vida de antes.

Nil tomó el frasco entre las manos, observándolo con extrañeza y desprecio.

—Yo no quiero esto, señora. Quiero hablar con ella. —Se lo ofreció de nuevo, alzó la cabeza y empezó a llamarla—. ¡Alegra! ¡Alegra!

—No —contestó Amanda—. Eso no son modales, jovencito.

—Deberías decirle que Alegra no está ahí —le sugirió Ángel compungido por el dolor que irradiaba Nil.

—No voy a decírselo —replicó Amanda mirando a su lado.

Nil frunció el ceño.

—¡¿Qué no me va a decir?! ¡Alegra! ¡Baja, por favor! ¡Quiero hablar contigo!

—Nada, Nil —contestó Amanda inflexible—. Te he dicho que no. Acepta mi obsequio, sin reproches ni compromisos. Si lo tomas esta misma noche, su efecto será instantáneo. Hoy es el eclipse: cualquier obra mágica tiene efecto imperecedero sobre las personas. No me rechaces este regalo —le pidió con insistencia—. Y ahora, por favor, deja que mi familia y yo preparemos los últimos detalles para el aquelarre de esta noche, al que sé, con seguridad, que no asistirás. —Entrecerró los ojos y sonrió malignamente —. ¿Me equivoco? ¿Cómo vas a asistir a algo en lo que no confías? Ya sabes: las escobas, las velas… No quiero que te entre el pánico.

—No me da miedo —contestó Nil—. Y no esté tan segura de que no vaya a asistir —susurró entre dientes, frustrado y afectado por todo.

—Entonces, si asistes, todos nos llevaremos una sorpresa. Sobre todo, mi hija.

Al ver que no tenía ninguna posibilidad de hacer ceder a Amanda ni tampoco de poder hablar con Alegra, decidió que lo mejor era retirarse a tiempo. Sin dignidad pero, al menos, habiéndolo intentado.

Malhumorado y apretando con rabia entre sus dedos el frasco del olvido que Amanda le había dado, se metió de nuevo en el coche y arrancó el motor con furia, derrapando a la salida.

Amanda y Ángel se miraron el uno al otro y esta sonrió con diversión.

—Puede que, al final, él la quiera, ¿no? —dijo entrando de nuevo en la casa.

—Yo creo que sí. Se sentía igual que yo me sentía cuando te conocí. No creas que es fácil para un hombre unirse a una Balanzat.

Amanda se dio la vuelta, y le plantó un beso en los morros a Ángel. Un beso que solo fue alimentado por el recuerdo de lo que fueron, del contacto de años pasados, pero que ni uno ni otro sintió físicamente, excepto en su corazón. Sin embargo, Ángel la miró anonadado, todavía enamorado de ella como el primer día.

—Sé que no es fácil. Y sé que para eso hay que ser muy hombre —concedió Amanda—. Tan hombre como tú. —Puso los ojos en blanco—. Como mi padre, como mi abuelo…

—Dejémoslo en tan hombre como yo.

Entraron de nuevo al hogar, y allí empezaron a prepararse para el evento en Atlantis.

La noche decantaría el futuro de Nil y Alegra y el del mar de las Pitiusas.

Dos horas antes de que las Balanzat se reunieran en Atlantis, y justo después de visitar el monasterio, Alegra cogió su precioso coche negro descapotable y se dirigió a Sant Miquel, un destino en el que necesitaba cerrar una cuenta pendiente muy importante.

Era difícil tomar ciertas decisiones, y aquella fue la más complicada de todas, por lo delicado de la situación.

Ni siquiera sabía si Nil estaba allí. Pero no le importaba. Quería demostrarle a Nil que había gente con dones especiales como ella, y que no todo el mundo era un charlatán sin sentido ni oficio.

Ella, de todas las personas mágicas y no mágicas, había decidido durante años rechazar esa parte única y sanadora de sí misma, cuando otros hubieran ganado millonadas y se hubieran hecho famosos a su costa.

No iba a hablarle a Nil de ello, ni de sus miedos, ni tampoco de sus complicaciones. Pero sí iba a enseñarle a creer, aunque nunca más volvieran a estar juntos.

Vivir sin creer era tan triste como un día sin mañana.

Como vivir sin sueños.

Como un niño sin sonrisa.

¿Cómo no iba a creer en algo que no veía, solo porque no pasaba por el filtro de sus ojos?

Pues bien. Alegra iba a darle eso. Iba a desbloquearlo. Aunque eso supusiera alejarlo de ella para siempre.

Cuando aparcó el coche y salió de él, paso a paso por el caminito de grava y césped, recordó cada instante vivido con Nil. Era curioso lo mucho que una persona podía cambiar el mundo interior de uno. Volverlo del revés, sin concesiones ni preámbulos. Aparecer y… ¡Zas! Ser el centro de atención de sus pensamientos y de su corazón.

Sus hermanas sabían lo que iba a hacer y la apoyaban al cien por cien. Ellas se habían quedado igualmente sorprendidas al leer en el correo el deseo de Lucas Blanc, el hermano pequeño de Nil.

Sí. Habían violado su intimidad. Pero cuando la intimidad de uno podía decantar la balanza del amor y de la magia, ¿por qué no meter un poco las narices en ella?

Con mano temblorosa, presionó el timbre de la robusta puerta de madera. La villa que Nil había elegido en Sant Miquel era un caserón de lujo maravilloso, con unas vistas espléndidas de la playa y de sus alrededores.

—¡Ya voy! —gritó la voz a camino de hombre y niño. Ese debía ser Lucas, pensó con estremecimiento.

Cuando Lucas abrió la puerta, Alegra vio lo que justamente esperaba ver.

Un chico de hermosa estructura ósea como sus hermanos, de pelo rizado y negro y ojos llenos de sueños sin cumplir. Delgado y con brazos más musculosos de la cuenta… Aquel era el motivo por el que ella había decidido dar un paso adelante: estaba sentado permanentemente en una silla de ruedas.

Alegra se había aprendido de memoria el *mail* que Lucas Blanc había escrito dos años atrás a *Wish Pottery*. En él decía que había perdido a sus padres en un accidente de tráfico. En ese mismo accidente, él se lesionó la columna. Había sufrido dos operaciones que le habían dejado serias secuelas. Antes jugaba al futbol, pero ya no podía hacerlo. Por eso, entendió

Alegra, estaba en la jornada homenaje de futbol en Santa Eulàlia dedicada a los jóvenes jugadores con lesiones. Alegra jamás lo hubiera relacionado porque Nil nunca habló de la invalidez de su hermano pequeño, y tuvo que descubrirlo por los *mails*. Lucas se refugiaba en los libros para vivir esas vidas que, limitado como estaba, no tenía oportunidad de vivir. Y tenía dos deseos, siendo consciente de que el hecho de volver a ver a sus padres con vida jamás se podría cumplir. De esos dos deseos, uno iba dirigido a sus hermanos. Simplemente quería que encontraran la felicidad, que lograran dormir de nuevo con tranquilidad y recordaran a sus padres con alegría y cariño. Su segundo deseo se centraba en su recuperación. Quería volver a caminar. Anhelaba levantarse de la silla y dar pasos sin necesidad de hacer correr ruedas para ello. Y para conseguirlo, creyendo en las palabras que le dirigió su madre antes de morir, quería que Gwyneth fuera a él y lo sanara.

Alegra había estado investigando quién era Gwyneth. Recordó que Nil también le explicó lo que su madre le dijo antes de morir, y nombró algo relacionado con ese nombre. Le dijo que Lucas siguiera creyendo en Gwyneth. Que ella existía. Buscando por Internet, comprendió que Gwyneth era un personaje literario de Dragonlance. Nil le había contado que su hermano era un fanático de ese tipo de literatura.

Gwyneth no era otra cosa que una elfa sanadora.

Una sanadora; justo lo que, casualmente o no, Alegra era.

Ella se emocionó al verle, lamentando que un chico tan joven y altruista como él tuviera esos ojos tan viejos.

—Hola. ¿Quién eres? —preguntó Lucas mirando hacia arriba.

Alegra sonrió amigablemente.

—Soy Alegra Balanzat —iría de frente con él.

Lucas abrió los ojos con consternación.

—¿Alegra? ¿La amiga bruja de… mis hermanos?

—No soy bruja —contestó con una sonrisita—. Y tampoco sé si soy su amiga… ¿Están tus hermanos, David o Nil, en casa?

Lucas negó con la cabeza.

—No están. Mi hermano David quiere fotografiar lo que vais a hacer en Atlantis y se ha ido a tomar imágenes y perspectivas… O algo así —se corrigió, sin saber qué más decir.

—Ah, entonces mucho mejor. —Su sonrisa se ensanchó.

—¿Mucho mejor? ¿Por qué?

Alegra se inclinó y tiró del cordón que rodeaba su cuello hasta que del interior de su camiseta salió un frasco de los deseos. Su frasco de los deseos. El que él había pedido y del que decía Nil que no se separaba y en el que tanto creía. Lucas lo miró avergonzado, y Alegra acarició el botecito con el pulgar. Se quedó muy seria escogiendo las palabras más acertadas, sabiendo que era un tema muy sensible para el muchacho.

—Lucas… Tengo algo que decirte.

Lucas osciló los ojos negros con algo de desconfianza. Echó las ruedas un poco hacia atrás, como si se preparara para huir.

—¿El qué?

—Si te dijera que Gwyneth me ha dado un recado para ti. ¿Tú qué me dirías?

—¿Es una broma?

—No. No lo es. Tengo un don, Lucas. Un don parecido al de la elfa sanadora que a ti tanto te gusta. Si me dejas entrar, te lo mostraré.

—¿Cómo sabes que ese es mi deseo? —No salía de su asombro, lo había cogido totalmente por sorpresa.

—Ya te lo he dicho. Tengo un don.

Los ojos del joven brillaron con expectación, e inmediatamente, el fulgor de confianza y la credibilidad de aquel que necesitaba seguir creyendo, los aclararon.

—Si es una broma, mi hermano te matará. —Lucas fue cortante en ese instante—. No es la primera vez que me han utilizado para acercarse a él.

Alegra alzó la barbilla, indignada por saber aquel dato.

—Yo no te quiero utilizar. Te quiero ayudar. Déjame demostrarte que no miento.

Lucas no vaciló, deseoso como estaba de que se cumpliera su deseo; así que, sin dilaciones, retrocedió con la silla y dejó entrar a Alegra en su hogar.

¿Qué podía perder alguien que ya había perdido tanto?

Lucas se quitó la camiseta y Alegra lo ayudó a tumbarse en el sofá, boca abajo. Tenía la espalda llena de cicatrices, algunas todavía algo recientes.

Las lesiones se habían producido a media columna y le habían provocado parálisis en las piernas.

—No quiero imaginarme lo que dirían mis hermanos si ven que estás aquí haciendo esto.

Alegra sonrió y lo disculpó.

—Cuando vean lo que puedo hacerte, Lucas, no dirán nada. Esto tiene que quedar entre tú y yo. Nadie más puede saberlo.

—¿Mis hermanos tampoco?

Alegra palpó las vértebras dorsales con concentración.

—Tus hermanos pueden saberlo. Pero, después… No notas nada donde te estoy tocando, ¿verdad, Lucas?

—¿Me estás tocando? —preguntó tomándole el pelo.

Alegra negó con la cabeza. Tenía el mismo sentido del humor que Nil.

—Escucha, Lucas… ¿A qué te referías con lo de que ya te han utilizado para acercarse a Nil? —inquirió con interés.

El joven moreno se encogió de hombros.

—¿No te contó nada Nil?

—No.

—Me lo imaginaba. Él nunca habla de esto… Después del accidente en el que murieron mis padres y yo me quedé inválido, Nil se sentía culpable al ver que él no tenía apenas secuelas del siniestro; en cambio, mi hermano David perdió la visión del ojo izquierdo hasta casi quedarse ciego, y yo me quedé en silla de ruedas. Los médicos dicen que tuve una fractura de columna toracolumbar con lesión de médula ósea. Nil hizo lo posible por ayudarme a recuperarme. Pero no lo logró.

—Entiendo. —Sus manos ansiaban posarse sobre la parte baja de la espalda del chico para obrar su magia, pero Alegra quería escuchar con atención lo que le revelaba Lucas.

—Conoció a Tess en una convención a la que asistió sobre unas pastillas que regeneraban el tejido óseo de la columna. Ella era química farmacológica y había ayudado a diseñarlas. Yo tenía una parte de la médula sesgada por la fractura de la columna y, para colmo, Tess sabía cuan necesitado estaba mi hermano de milagros respecto a mí. Así que empezó a salir con él y lo engatusó. Le vendió la moto, ¿no se dice así?

—¿Cuándo vendes algo que no tienes?

—Sí.

—Pues sí. Eso es vender la moto.

—Nil creía muchísimo en ella. La quería, ¿sabes?

A Alegra esas palabras le sentaron como una patada en el estómago. Los celos la atravesaron; pero no perdería los nervios, ni tampoco se contrariaría por saber que cuando Nil la miraba veía a Tess. A esa puta mentirosa a la que deseaba arrancarle la cabeza por haber jugado con Nil y Lucas.

—Mi hermano se volcó en promocionar sus frascos de pastillas reconstituyentes —continuó Lucas—, invirtiendo el dinero que Tess sabía que tenía en estudios para mejorar la calidad del tratamiento. Pero el dinero de Nil no sirvió para eso. Sirvió para la empresa piramidal que Tess tenía en mente, y en la que participaba mucha gente; gente que después se arruinó con unas pastillas que no funcionaban como debían. Ni regeneraban rodillas trituradas, ni tampoco médula ósea, ni cervicales desgastadas… Nada. Era todo una mentira. Pero Nil deseaba tanto creer que se volcó en ello. Nil antes era más soñador que yo… ¿Te lo puedes imaginar?

Alegra negó con la cabeza.

—No. No me lo puedo imaginar.

—Todos los libros que leo los heredé de él.

—Oh, vaya… —murmuró deseando gritar para desahogar el dolor que sentía en ese momento.

—Tess le utilizó para que los contactos de Nil invirtieran en su patente. Y cuando descubrió la verdad, lo hundió.

—Ya veo. Tuvo que ser muy duro para él.

—Lo fue. Desde entonces no ha querido conocer a ninguna chica más. No ha creído ni en el amor ni en la magia. Solo se ha centrado en su trabajo y en nada más. Pero contigo… Contigo ha sido otra cosa. Parecía otra persona distinta. Más feliz, más ilusionado… Enamorado.

—Tu hermano no está enamorado de mí —susurró acongojada—. Él no cree en nada de lo que yo soy. Y si no cree en mí, es porque no me quiere.

—Sí. Eso también se lo dije.

Alegra detuvo sus manos y miró la cabeza llena de rizos negros de Lucas.

—¿Habéis hablado de mí?

—Sí —admitió con honestidad—. Yo… Creo que no eres como pensamos que eras. Cuando pasó lo que pasó, me vino el recuerdo de Tess a la mente, exactamente como a mis hermanos les sucedió. Ellos odian a todos los que dicen tener algún tipo de don divino y milagroso… Tess no lo tenía y nos manipuló. Pero, después, cuando la verdad salió a la luz, supe que alguien que creara algo tan especial como *Wish Pottery* y que movilizase a tantísima gente por una razón como la posidonia y el medio ambiente, no era una charlatana ni una timadora. Debía ser una buena persona. Y solo la gente que posee magia auténtica llega al corazón de los demás. Y vosotras lo habéis hecho. Así que, sí. Yo creo en ti. Y me gustan las Balanzat —recalcó encogiéndose de hombros.

Alegra sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

Aquella casa tenía la esencia de tres hermanos que se querían igual que se querían las Balanzat.

Era un hogar de tres. El olor, las fotos, los cojines, la *Play Station*, los libros desperdigados en la mesa del salón, el calzado deportivo a la salida del jardín en el que se hallaba la piscina… Sí. Era una casa de hombres.

Una buena casa. Y a Alegra le hubiera encantado formar parte de ella. Adoraría tener a ese joven muchacho maduro como cuñado. Lucas leía muchísimo y se notaba en la facilidad que tenía al hablar.

David era una buena persona y un buen periodista en busca de la verdad. Le caía bien.

Y Nil… A Nil lo amaba; aunque él no la amara lo suficiente como para replantearse sus credos. Aunque él no la quisiera con la fuerza necesaria como para borrar el recuerdo de Tess. Pero Alegra se había enamorado de él y contra eso no podía luchar.

Con la verdad consabida, decidió regalarles a los Blanc un milagro, uno de esos increíbles milagros en los que ni Nil ni David creían. Un milagro por el que solo Lucas apostaría. Por eso su don solo sería para él.

—¿Pues sabes qué?

—¿Qué?

—Una Balanzat tiene algo muy bueno para ti —le aseguró Alegra posando las manos sobre su columna—. Una vez acabe contigo, Lucas, me iré de tu casa. Deberás levantarte quince minutos después; no puede ser nada precipitado, ¿de acuerdo? Primero quiero que sientas tus piernas y que recuerdes las sensaciones que irás percibiendo.

—¿Has dicho que sienta mis piernas?

—Sí. Esas piernas que has olvidado tener. Y después te incorporarás con lentitud, sin prisa pero sin pausa. Más tarde verás que… Bueno, espero que me cuentes qué sucederá a continuación.

Lucas se mordía el labio inferior y dos enormes lágrimas cayeron por la comisura de sus ojos.

—¿Crees que me puedes curar, Alegra? ¿De verdad?

—Tu madre te dio un mensaje antes de irse. Te dijo que continuaras creyendo en Gwyneth. Que ella existía. Y yo soy parte de *Wish Pottery*. Voy a concederte el deseo, amigo —se inclinó sobre el oído y acariciándole el pelo añadió—. Esta noche seré tu Gwyneth.

31

SA PEDRERA
ATLANTIS

Para llegar a Atlantis se debía seguir el camino que iba desde es Cubells a cala d'Hort y, desde ahí, justo en el momento en el que el pico de es Vedrà asomaba, se debía girar a la izquierda, siguiendo el cartel de desvío hacia sa Pedrera.

Ese era el camino que seguían con ilusionada procesión los cientos de asistentes a la noche mágica de las Balanzat.

Tal vez no las llegaran a conocer; nadie certificaba que ellas estarían allí físicamente. Pero las premisas en su web eran claras; y todos aquellos que creían en ellas y en la magia estaban dispuestos a seguirlas a ciegas.

A las doce de la noche, justo cuando el eclipse oscureciera parte de la Tierra, todos debían dejar sobre el mar sus orquídeas y sus velas, con una palabra escrita en sánscrito.

Esa palabra era un vocablo muy antiguo que solo las personas ancestrales como las del linaje de esas mujeres atisbaban a conocer y transmitían de generación en generación. La palabra era Sananda.

Sananda era un mantra que significaba sanación pura.

El lugar que las Balanzat eligieron para iniciar su hechizo de limpieza no podía haber sido más mágico, casi como es Vedrà, de la misma naturaleza.

Atlantis era un lugar apartado del tiempo. Los rectos tallos de sus piedras, originados por el hombre siglos atrás para crear Dalt la Vila, dibujaban inusuales formas, muchas de ellas alisadas y mejoradas por la erosión del mar.

Recordaba a una ciudad de piedra, única y mágica, de ahí su nombre. La profundidad de las rocas dispares había creado piscinas naturales, huecos que solo los más atrevidos podrían disfrutar lanzándose desde las alturas, así como charcas más tranquilas de agua salada, que muchos utilizaban para hacer nudismo y recibir el sol que con tanta fuerza llegaba a esa parte de la isla.

El mar estaba calmo, tal vez porque la Luna, que influenciaba en su agitación, esa noche sabía que alguien la cubriría por completo y su energía se vería opacada por el Sol.

Alrededor de las rocas multiformes de Atlantis, todos aquellos que no habían llegado a pie, lo habían hecho con sus barquitas o en motos acuáticas, y el horizonte presentaba una estampa inigualable, tanto en tierra como en mar.

Toda la gente llevaba escobas de paja y los demás objetos que habían pedido para la ocasión. Estaban dispuestos a ayudar con alegría, creyendo al cien por cien en lo que se iba a hacer.

Además, aprovechando la mística reunión, Ushuaïa, el club de playa más popular de las islas y que más había apoyado a las Balanzat, caracterizado por su estilo espiritual y la gente *hippie* y de buenas energías que asistían a su hotel, había preparado una fiesta mientras no llegaba la hora del hechizo y de la limpieza. Pusieron música *new age* y de estilo *chill out*, melodías que se podían bailar y canciones que solo debían ser escuchadas y disfrutadas.

Además, tenían a un equipo de tatuadores que marcaba a la gente que así lo deseara con la palabra Sananda en recuerdo a lo que iban a hacer esa noche y como palabra protectora y sanadora en su piel.

Nil, que ya estaba en una de las dunas, porque en la zona de las piedras que tocaba el mar no cabía ni un alfiler, esperando el inicio de ese extraño ritual, se maravillaba de ver a tanta gente que, como él había hecho años atrás, creía en la magia y en aquello que solo la intención podía conseguir. El buen humor y la armonía reinaban entre el espíritu de esas personas, y él se había contagiado de eso, hasta el punto, incluso, de dejarse tatuar, espoleado por los ánimos de los allí reunidos, sobre todo de un amigo nuevo que había hecho y que le había acompañado desde su desvío en Cala d'Hort. Se llamaba Angie, y era un tipo muy divertido y liberal. Le había enseñado

el tatuaje que se había hecho en Ushuaïa, y a Nil le había gustado muchísimo la idea y el diseño y, sobre todo, lo que significaba. Ya tenía su muslo tatuado, y desde hacía tiempo tenía ganas de hacerse otro, así que seducido por la magia de la noche y por lo que significaba estar ahí, se lo hizo.

Los niños revoloteaban a su alrededor, persiguiéndose con las escobas entre las piernas. Los padres le daban conversación y le invitaban a entrar en sus círculos. Le habían ofrecido tés refrescantes y también boles de *greixonera*, una especie de pudin tradicional de la isla, hecho con canela, limón, leche, huevos, mantequilla y azúcar.

Nil pensó que allí se encontraban todos los pitiusos, volcados para ayudar a las suyas, volcados por luchar por lo suyo. Las islas eran de ellos, las compartían con todos los que las visitaran con amor, respeto y cariño, pero, sobre todo, eran de ellos. Y no les gustaba en absoluto lo que había sucedido con su Govern y ni, mucho menos, lo que estaban sufriendo la posidonia y las salinas.

Por eso se encontraban allí. No solo para manifestarse y protestar. Sino también para actuar, aunque solo fuera con buenos deseos. Así eran los ibicencos, personas de acción, alejados de la península, sumidos en su propio mundo. Tal vez por eso tenían ese aire de excéntricos y especiales, de locos adorables, místicos y soñadores, bohemios y, a la vez, muy concienciados y conectados con su tierra, aunque desconectados del mundo en general. Y mucho mejor. Porque al final, el mundo era la realidad que te rodeaba, la realidad que vivías y con la que eras afín. Y para los pitiusos, su realidad eran sus islas de pinos y aves especiales. Por eso, con su ejemplo, daban ejemplo a los demás. Porque para cambiar el mundo debían cambiar con pequeñas o grandes modificaciones el suelo que pisaban. Su microcosmos. Y no había un microcosmos mejor que aquel lugar.

Pero allí no solo había ibicencos. Había gente de todo el mundo, consumidores de *Wish Pottery* o solo simpatizantes. ¿Qué importaba?

Alegra, esa mujer que él había rechazado y dado de lado; esa joven de ojos divinos, medio hechicera y medio animal, que afirmaba ser diferente a las demás, aunque él no la había creído, había logrado algo inverosímil: unir a miles de personas de diferentes etnias y estilos y aunar también creencias.

Las había unido en un lugar de difícil acceso, ella junto a su familia, mediante una web que vendía botes de sal y piedra mágica.

Nil había comprendido que, en realidad, ellas no vendían nada. Regalaban esperanzas y sueños. Regalaban ilusión e intencionalidad positiva. Él se había obcecado, herido y vapuleado como había estado por Tess. Erróneamente, decidió apartar a Alegra y acusarla públicamente, como si ella pudiera purgar los pecados de todos los charlatanes y mentirosos del mundo, de toda esa gente que vendía humo y que no tenía más que polvo y embustes en sus bolsillos. Pensó que había conseguido su venganza contra todos los que eran como Tess.

Y haciendo eso había perdido el favor de las Balanzat y el amor de Alegra. Si ella no le quería ver más, no podía culparla. Él mismo no quería ni mirarse al espejo, pues su reflejo le resultaba tedioso. Pero había algo que no podía negar: su dolor y su pena. Eso no lo podía negar ni borrar. Y le dolía el alma por lo que no podía tener; y le dañaban los recuerdos por aquello que no podía apartar de su mente.

Observó cabizbajo el frasco que Amanda Balanzat le había dado. En su interior, había asegurado la mujer, se encontraba el elixir del olvido. Si lo tomaba no recordaría lo que sentía por Alegra, se olvidaría… Como si esas dos semanas llenas de pasión, sonrisas, ilusión, desafío, desengaño y revelaciones, nunca hubieran pasado en realidad.

Nil hizo rodar el frasco entre sus dedos y sonrió mirando al frente. Barcos, motos acuáticas iluminadas, incluso surfistas sobres sus tablas… Niños, hombres y mujeres, ancianos… De aquí y de allí, daba igual. ¿Cómo iba a olvidar que todo eso lo había propiciado la mujer que le había marcado para siempre y que nada tenía que ver ni con Tess ni con sus mentiras? ¿Cómo se iba a olvidar de lo mucho que sentía por ella, de lo limpio y puro que nacía en su interior cada vez que habían estado juntos? ¿Cómo podía borrar el precioso rostro inspirador de Alegra Balanzat de su mente? Alegra no vendía pastillas. Solo vendía un lema: «Para crear, había que creer».

Y Nil estaba decidido a crear su nuevo destino.

Aunque se pasara años pidiendo un perdón que no merecía.

Lucharía para crear la vida que había dejado pasar. Pelearía por recuperar el amor verdadero en el que, finalmente, creía a ciegas.

Gracias a Alegra, bruja o no bruja, que había obrado magia con él.

De repente, uno de los barcos en los que estaba Sebastian Gamboa dejó sonar una bocina, como el fragor de un cuerno mágico. Y la hizo sonar repetidas veces.

Y entonces, desde ese mismo barco, apareció Nicole, vestida con una camisa larga y holgada que cubría sus piernas hasta por encima de las rodillas. Esa mujer era muy hermosa, distinta a sus hermanas, y con más carácter sin duda.

Nil sonrió al verla.

Nicole llevaba un pequeño micro orejero y alzó la escoba por encima de su cabeza. Todos hicieron lo mismo y la vitorearon, y ella contestó a la multitud saludándola y dándoles las gracias por apoyarlas.

Y, entonces, pidió silencio y empezó a hablar.

—Pitiusos y gente de todas las partes del mundo: gracias por asistir a nuestro llamado. Gracias por vuestro apoyo y por estar aquí en una noche tan especial. —El pelo rojo de Nicole estaba trenzado a lo indio y desde la lejanía se podía observar cómo su mirada, intensamente verde, resplandecía con convicción y seguridad—. Os hemos reunido aquí porque nuestras islas necesitan ayuda. Vuestra ayuda. Desde hace un tiempo, mi familia y yo, hijas de intensas y antiguas sanadoras fenicias, hemos visto con frustración cómo nuestras salinas y nuestra posidonia perdían vida día tras día. No lo podíamos permitir; y viendo que nadie hacía nada para remediarlo y que nosotras no éramos escuchadas, creamos *Wish Pottery* para que al cumplir vuestros deseos el nuestro también fuera escuchado y, poco a poco, se convirtiera en una realidad. Es Vedrà ha mantenido a la isla durante este tiempo con un incierto equilibrio, donando su energía única para que nuestro ecosistema no se desestabilizara. No sé cuántos de los que estáis aquí creéis en nuestro centinela. Pero es Vedrà está vivo —remarcó—. Su energía late en nosotros, en nuestros corazones y en el de todos los pitiusos, por eso, debemos ayudarle a proteger y a sanar nuestra tierra. Para ello, hoy debemos verter en nuestro mar nuestros mejores deseos —dijo mirando al frente, a los

picos más altos y menos accesibles de Atlantis—. Y lo hacemos desde aquí. Desde Atlantis, el lugar en el que dice la leyenda que residía nuestra diosa Tanit. ¿Queréis escuchar la historia de Tanit?

Todos exclamaron que sí, entre aplausos y una energía extrañamente emotiva.

—Dice la leyenda —explicó Nicole— que aquí, hace miles de años, residía una ciudad próspera llena de gente muy especial. La ciudad se hundió por un cataclismo, pero aún hoy se pueden ver sus restos. Tanit era una princesa amada por su pueblo y su padre era el líder de este lugar. Y era tan hermosa y mágica que incluso los monstruos marinos se enamoraban de ella. Un día, vinieron tres monstruos mágicos enormes a contemplar la belleza de Tanit. El más grande de ellos se quedó hipnotizado ante su excelsa belleza, y permaneció eternamente frente a ella, para contemplarla siempre que quisiera. El monstruo más pequeño e incondicional del mayor, se quedó dormido a sus pies, bajo su protección. Y el tercer monstruo, que era la madre del pequeño y esposa del más grande, se alejó de allí, afligido al ver que los dos varones de su familia se quedaron prendados de Tanit. Esta última se convirtió en el peñón de Ifach, en Calpe. Y los dos enormes monstruos que quedaron eternamente frente a Tanit son es Vedrà y Es Vedranell. Y siguen ahí, cuidando de Tanit y de su isla, y de todos los que aquí vivimos. Pero ellos solos no pueden ayudarnos con su magia. También nos piden que aportemos la nuestra. Por eso, ha llegado el momento de que alcemos nuestras escobas de barrenderos y saquemos la mugre del suelo de nuestra casa.

Entonces, en una de las piscinas poco profundas, se iluminaron varias antorchas formando un círculo. En su interior, aparecieron Meritxell Roureda, expresidenta del Consell, Martí Calabuig, secretario del ayuntamiento del Govern y amigo de las Balanzat, y Adelina y Eva, aprendices del curso de hierbas de Sananda. Vestían igual que Nicole, con ropas blancas y cintas verdes anudadas a sus cinturas. Y siguieron a las dos líderes del grupo, Amanda y Pietat, las Balanzat de pura cepa.

Ellos ejemplificaron lo que todos debían hacer mientras Nicole lo indicaba con sus palabras.

—Posad la vela en el interior de la orquídea, y prended esta con el deseo en mente. Dejadla caer al mar con ayuda de las cuerdas que os dijimos que trajerais, con cuidado de que no se vuelquen. Los que estéis tocando agua, solo tenéis que inclinaros y dejarlas sobre ella… Y una vez hecho, repetid lo que dice esta canción mientras sacudís vuestras escobas y las mojáis en el mar, haciendo un ocho, como el símbolo del infinito, como si removierais un delicioso caldo que caliente el alma.

Sasha salió del camarote del barco en el que se encontraba Nicole, y acompañada de una música que evocaba a los ángeles y a lo imposible, Sasha repitió una y otra vez las siguientes palabras sánscritas.

O maná sa la via.

O maná sa la via.

Mario Adón, oculto bajo una camiseta con capucha, observaba con frustración lo que los pitiusos, liderados por las malditas Balanzat, intentaban hacer en la isla de su familia.

Una tierra que debió pertenecerles por ley, porque ellos la encontraron. Ellos sabían qué conseguir con lo que su suelo y su mar proveían. Tardó muchísimo en deshacer poco a poco el hechizo prohibitivo para los Adón. Invirtió mucha paciencia en acercarse a la isla con los nitratos, envenenando su mar, intentando cambiar su poderosa sal curativa.

Aunque no había conseguido matar su vida, sí había deshecho el hechizo, pero nunca se imaginó que el apoyo a las Balanzat por parte de las Antiguas y de es Vedrà siguiera ahí, ajeno al paso del tiempo.

Su intención era cambiar la energía de Ibiza y modificarla para hacerla suya. Expulsar a las Balanzat y a las familias fundadoras de ahí. Pero no lo había logrado. Lo probaba la presencia de los Tur Vilallonga, los Planas Palau, fundadores del Hotel Tanit, los Melgar y los Balcazar casi tan antiguos como los Balanzat o los Adón… Así como la fundadora del movimiento Corazón Verde, María Peppermint, que había repartido cientos de corazones de ese color por Atlantis y que había defendido a ultranza a las

Balanzat y sus motivos ecológicos y humanitarios. También estaban ahí los dueños del hotel Mitjorn, de Lío, de Pachá, de Ushuaïa… Todos se habían unido para la causa.

Y Mario, único descendiente de los Adón, no lo soportaba. Ni sus hechizos, ni su magia negra, ni su proyecto para reconstituir la isla con su hierro lograron lo que esas cinco mujeres incordiosas habían conseguido con sus comunicados y ese aura blanca y cegadora que las rodeaba.

Pero eso no iba a quedar así. Con sus negros y carboneros ojos, oteó el lugar, controlando a las Balanzat para ver cómo podía llegar hasta ellas. Lo bueno de estar rodeado por tanta gente y con energía tan dispar era que, en ocasiones, la energía protectora que podía rodear a uno menguaba. Y así era como esperaba llegar hasta la más fuerte y más especial de esas mujeres. Alegra Balanzat era la auténtica sanadora de esa familia, una hechicera pura, una maga de la sangre y de la salud. Ella era la clave para que la verdadera sanación bañara la isla.

Y debía estar en algún lugar de Atlantis.

David no podía creer lo que veían sus ojos.

Su hermano Lucas lo había llamado corriendo, compungido por algo que le había pasado. Necesitaba verle urgentemente, porque Nil tenía el teléfono apagado y no contestaba a su llamada.

David se dio toda la prisa que pudo en llegar. Había conseguido la mejor panorámica de Atlantis para realizar las fotografías para su reportaje, pero Lucas era su debilidad. Así que en cuanto recibió la llamada, no lo pensó ni un momento y acudió corriendo a Sant Miquel.

Pero ahora no podía reaccionar.

El pecho, encogido y cautivado, le oprimía y solo tenía ganas de llorar. Su hermano Lucas, que tenía un futuro brillante solo sesgado por la tragedia; su hermanito, a quien la vida había castigado inmerecidamente con una parálisis en sus piernas, estaba de pie, levemente apoyado en la mesa del comedor, dando pasos minuciosos, aprendiendo a recordar cómo era caminar sin ruedas.

David se frotó los ojos y centró toda su atención con el ojo que más veía, por si su ceguera parcial le hubiera causado una mala jugada.

Pero no. Su delgado, alto, soñador y guapo hermano menor estaba llorando de alegría, caminando por el salón, dirigiéndose hacia él.

David se secó el sudor frío de la frente y se pasó las manos por la cabeza. Tembloroso, emocionado y renovado por la vida y el movimiento que tenía ante sí. Fue a dar un paso para acortar la distancia entre Lucas y él, pero el muchacho lo detuvo.

—No. No, David. Yo voy. —Dio dos pasos más y le faltó un tercero para apoyarse en los hombros de su hermano mayor—. Yo voy.

David lo sostuvo abrazándolo con fuerza, levantándolo del suelo y llorando hombro con hombro, con alegría y sollozos, emocionados ambos de felicidad y dicha.

Su hermano podía caminar. Y David lo había presenciado como los primeros pasos que veía un padre de su hijo pequeño. Con orgullo y con tensión, esperando que se cayera, para volver a levantarse y para dar más guerra, y calmando sus lágrimas si no lo consiguiera esa primera vez.

—¡David! —Lloró agarrándose a él tan asustado y feliz como su hermano—. ¡Puedo caminar!

Por supuesto que sí.

Su hermano caminaba hacia un futuro mejor. Y ansiaba que le explicara cómo demonios se había producido ese milagro.

Alegra, envuelta en su camisa larga que ella ataba con una cinta verde a su cintura, convirtiéndola en un improvisado vestido muy transparente, cantaba en voz baja la canción sanadora que entonaba su hermana Sasha desde la proa del barco en el que se hallaba, acompañada por la música de su amigo Sebastian Gamboa.

Pero ella, en cambio, estaba ubicada en el pico más alto de Atlantis, cuyo precipicio al mar asomaba desde muchos metros. Debía realizar su labor a solas, sin que nadie la viera, sin presión y con la calma y seguridad de saber que solo ella tenía el poder de acabar el hechizo con éxito.

Mientras tanto, a cada palabra, abría los frascos de cristal de sal mezclados con el polvo magnetizado que les había facilitado Nicole y la tierra de es Vedrà. El contenido caía al mar y se disipaba entre su marea y sus profundidades.

Alegra sentía cómo su energía de sanación impregnaba las palabras que salían de sus labios, y cómo el mar y la isla agradecían su ayuda mientras absorbía ese polvo mágico y lo adhería a su agua.

Alzó la mirada al cielo justo en el instante en el que el mundo se quedaba a oscuras, y la Luna se ocultaba tras el Sol, convirtiendo su esfera en un círculo negro. El eclipse era pleno.

La gente aplaudía al evento astrológico y con sus cánticos, sin dejar de mover sus escobas, animaban a sus velas a que calmaran y curaran el mar sobre el que navegaban las orquídeas.

Era tan hermoso… Alegra se sintió agradecida al presenciar cómo la luz de las velas iluminaba a Atlantis y los sonrientes rostros soñadores de todos los asistentes.

Aquello sí era magia de verdad.

Aquello era un milagro.

—Alegra Balanzat.

Alegra se dio la vuelta, quedándose helada en el acto. Su sonrisa desapareció del rostro inmediatamente, y su gesto sereno y aterrado se fijó en su cara.

Ante ella tenía al mal principal de Iboshim.

Mario Adón.

David y Lucas iban en moto de trial para llegar lo más rápido posible hasta Atlantis, ya que en coche era imposible acceder a según qué lugares y no tenían tiempo para hacerlo a pie. A David le urgía hacer las fotos de la noche del eclipse y el evento de las Balanzat pero, sobre todo, necesitaba encontrar a su hermano Nil y mostrarle a Lucas con sus piernas recuperadas. Débiles, pero recuperadas. Aparcaron donde mejor pudieron para descender las dunas a pie.

Pero Lucas no quería caminar demasiado ya que aún se sentía inseguro y las rodillas, delgadas y marcadas, aún le temblaban al ponerse en vertical, pues su cuerpo pesaba demasiado para su tronco inferior. Seguramente, pensó David, tardaría mucho en recuperarse plenamente; lo importante era que su columna estaba sana por completo. Débil, pero sin fractura.

Quería encontrar a Alegra y arrodillarse ante ella. No sabía lo que tenía esa mujer, ni siquiera comprendía qué era lo que le había hecho; pero si antes solo lo intuía, ahora sabía con seguridad que Alegra había tenido que ver con la curación de Toni y con el pacto de no agresión a es Vedrà.

Una cosa por la otra, seguramente.

Y Nil sería imbécil si no reconociera que era el amor de su vida y si al final no se arrodillara y se arrastrara ante ella para que le perdonara.

Ambos buscaron con los ojos a Alegra y a Nil, pero allí había miles de personas, todas apilonadas como hormigas, aplaudiendo y riendo con felicidad por haber conseguido llevar el hechizo a cabo con éxito. La oscuridad, además, no era el mejor aliado para identificaciones de ningún tipo.

David se enamoró de la imagen que veían sus ojos y supo que, con su cámara fotográfica obtendría una instantánea que podría ganar hasta concursos profesionales; pero necesitaba más luz, y su *flash* no era suficiente.

Entonces, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia su moto.

—No la encuentro, chaval —le explicó David a Lucas—. ¿Tú estás bien?

—¿Yo? Sí —contestó Lucas—. Un poco cansado pero bien. Mañana tendré agujetas —se echó a reír.

David también lo hizo, hasta que se quedó mirando la moto y la luz de su foco delantero. Frunció el ceño, recordando y echando mano de las últimas palabras que le había dedicado su madre. «En la noche más oscura, si no ve bien, que encienda el foco. Que encienda la luz».

Lucas sabía que su hermano se había quedado inmerso dentro de su cabeza, porque a veces lo hacía.

—Oye, David, regresa aquí.

Pero David no regresó y solo reaccionó cuando las lágrimas le inundaron las mejillas.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó Lucas asustado por él—. Ya te he dicho que estoy bien, David. No llores más, por favor.

David negó con la cabeza y se dirigió como un autómata hasta la moto, mirando fijamente a su hermano.

—Dices que tu deseo se cumplió. Por eso querías venir aquí y vaciar el frasco de tus deseos y el pergamino.

—Sí. —Se descolgó el frasquito del cuello con suavidad y, no sin recelos, lo abrió para, poco a poco, dejar caer el contenido del frasco en las dunas de Atlantis—. Espero que el deseo de las Balanzat y de todos también se cumpla como el mío —susurró conforme.

—Mamá te habló de Gwyneth, y tu deseo se ha hecho realidad. Te dijo que creyeras en ella, que ella existía. Y apareció Alegra con su don.

Lucas asintió con un gesto de su cabeza.

—Sí. Así es.

David apretó los labios a punto de hacer un puchero.

—¿Recuerdas lo que dijo mamá para mí?

—Por supuesto que sí —reconoció Lucas quedándose tan callado como él—. En la noche más oscura… —Miró al cielo, justo en pleno eclipse. En ese preciso momento apenas se veía nada, solo el fulgor de las velas que recorrían la costa, llena de deseos y buenas intenciones.

—Sí —dijo él sonriendo asustado y acongojado a partes iguales.

Lucas se secó las lágrimas con el dorso de la mano y lo espoleó:

—¿Y a qué esperas, David? Enciende la luz. Vamos a ver qué quería nuestra madre que iluminaras.

David encendió el foco delantero de la moto de trial, y esta dio directamente sobre el pico de una de las cimas de Atlantis. Su luz impactó en la roca e iluminaba lo que había a sus pies, bañándolo de una luz sobrenatural.

Sus fotografías serían únicas.

Nil llevaba un buen rato buscando a Alegra.

Ya había localizado a sus hermanas, a su madre y a su abuela; y en esa búsqueda, había escalado la escarpada montaña y solo le faltaban tres picos más para ascender. El eclipse era ya completo, y la oscuridad se cernía en toda su plenitud sobre el lugar de roca clara y piscinas naturales, rebosantes de velas y escobas.

Entonces, un haz de luz que provenía de alguna parte de las dunas iluminó el pico que tenía encima de su cabeza. Nil levantó la mirada y lo que

vio le dejó sin respiración.

Sin duda era un haz mágico que señalaba dónde se encontraba su chica y cuánta ayuda necesitaba. Y precisaba de mucha.

Alegra Balanzat estaba sola, a gran altura, frente a un hombre que él ya había visto y que era el más perseguido por las autoridades ibicencas. Mario Adón amenazaba a Alegra con un cuchillo; la tenía cogida por la espalda, su antebrazo rodeaba su cuello y le decía algo al oído con los dientes apretados y los ojos negros velados por el odio. Ella intentaba luchar contra él. ¿Era sangre lo que veía en la camisa blanca de Alegra?

Nil sintió que el corazón se le salía por la boca y escaló como pudo los diez metros de altura que le separaban del pico más alto.

Si a Alegra le sucedía algo, él caería con junto con ella en la desolación. Alegra le pertenecía de un modo que ni la razón ni el sentido común podían comprender. Alegra fue de él en el preciso instante en el que la vio en el Baleària; aunque entonces su ciego corazón no la reconociese.

Aunque solo la reconociera cuando estaba a punto de perderla.

Pero haría lo posible por evitarlo.

—¿Balanzat, puedes sanarte a ti misma? —le decía Adón presionándole la tráquea con el cuello—… Tú eres la culpable de que nada de esto haya funcionado.

Alegra no podía hablar, ahogada como estaba. Tenía tanto miedo que no sabía si podría reaccionar o moverse.

—Pensaba que os podría echar de aquí. Pensaba que enfermaríais cuando ensuciara vuestra sal, esa sal que está tan conectada a vosotras… Pero no. Os manteníais en pie —gruñó el moreno apretándole con más fuerza —. Cuando descubrí que era es Vedrà la que os ayudaba a continuar, decidí que Rodolf insistiera en la construcción en el jodido islote y convoqué a los descendientes de Adón de la necrópolis para que lucharan contra vuestra energía. Todo iba sobre ruedas. Pero apareciste tú, maldita zorra.

Alegra abrió los ojos con consternación al sentir una punzada en la espalda, entre las costillas… Mario acababa de clavarle el cuchillo entre la carne, y Alegra se quedó sin respiración.

—Ahora, tendré que irme de aquí, porque la misma isla me está enfermando, pero pienso llevarte conmigo al infierno. Puedes sanar tu tierra, Alegra —le aseguró pasándole la lengua por la mejilla—. Mmm… Tus lágrimas saben a sal —sonrió—. Pero tu isla no podrá sanarte cuando hayas muerto. Todo está a oscuras. Yo escaparé, nadie me verá. Del mismo modo que nadie verá cómo acabo contigo, Balanzat.

Mario alzó el puñal para clavárselo por delante, a la altura del corazón, pero un foco directo de luz le cegó parcialmente.

Alegra aprovechó para soltarse de su amarre y pisarle el pie con fuerza. Se libró solo unos segundos, hasta que Mario la cogió del pelo y volvió a atraerla hasta él.

—No te irás, bruja.

Entonces Mario la agarró y la giró, colocándola de cara al mar, a su tierra, a es Vedrà, a su madre, a su abuela y a sus hermanas que, de repente, sintieron su pena y la buscaron alzando sus miradas.

—Voy a cortarte el cuello, como hacían con las antiguas brujas. ¿Te parece?

Sasha y Nicole señalaron gritando hacia donde se encontraba Alegra. Amanda se llevó las manos a la boca y empezó a llorar, y la pobre Pietat no soportó ver aquella imagen y se desmayó.

Alegra miró a su madre, parpadeó como si no hubiera otro destino para ella, y le dijo con los labios y los ojos llenos de amor:

—Os quiero.

Mario movió el cuchillo para degollarla ante la mirada de las Balanzat, pero Nil apareció tras él y le dio un puñetazo en los riñones.

Mario empujó a Alegra, que cayó por el precipicio, sin fuerzas, hasta hundirse en el mar.

Nil golpeó a Mario sin demora, hasta dejarlo inconsciente en el suelo, bajo un charco de sangre, de él y de Alegra, a la que había herido. Por la cima escalaban los miembros de seguridad que habían asistido al evento para que todo transcurriera con calma y sin sorpresas. Iban a socorrerlo y a capturar a Mario Adón.

Nil se incorporó y se asomó al precipicio con ojos llorosos. No había rastro de Alegra. Entonces, dio un paso al frente y un recuerdo cruzó fugaz su

mente. Un recuerdo al que nunca, jamás, había encontrado sentido. Pero, entonces, los consejos de su madre moribunda le llegaron al alma: «Y cuando ella llame a tu puerta, no se la cierres. Y no lo dudes. Lánzate al mar. Lánzate a por ella»

Nil se quitó la camiseta y los pantalones y, en calzoncillos, saltó al vacío, de cabeza, sabiendo que las rocas podrían cortarle, que tal vez el impacto podría acabar con su vida. Pero no le importó.

Todo tenía sentido. Todo.

El mundo en el que su madre se debatió entre la vida y la muerte en ese trágico día le mostró cosas que estaban por llegar. Magia.

Y él la había ignorado todo ese tiempo.

Había cerrado la puerta a Alegra cuando ella quería reconciliarse con él. Le había dado con la puerta en las narices.

Pero, ahora, Alegra había caído al mar. Herida.

Y no podía soportar la idea de vivir en una tierra en la que no existiera la orquídea más salvaje y poderosa de todas. Ella.

Así que cayó al agua. La piel le escoció por el impacto, pero ignoró el dolor. Ignoró también si alguna vez había amado tanto como para arriesgar su propia vida y su propio corazón por esa persona. Y la respuesta era afirmativa. Amaba en ese momento con esa fuerza y ese arrepentimiento a Alegra.

Nil buceó y buceó, y encontró a Alegra hundiéndose poco a poco, sin conciencia, en el fondo de roca y mar.

Si alguna vez había existido una Atlantis, esperaba que fuera esa, y que los hombres sanadores y evolucionados que residían tras sus muros le ayudaran en su misión de salvar al amor de su vida.

Alegra no podía mover sus extremidades. La puñalada le dolía horrores y perdía mucha sangre.

Se quedó con los ojos abiertos, en el fondo del mar, esperando que llegara su hora. Ella jamás se rendía; había luchado. Por supuesto que había luchado, pero ni las piernas ni los brazos le respondían.

Bajo el mar, todo parecía cobrar otro sentido. La base rocosa de Atlantis se modificaba con el tiempo, igual que en ella se habían limado con las

experiencias.

Quería vivir por su familia y por su padre al que, parcialmente, había recuperado.

Entonces, sintió que su padre estaba ahí con ella, justo enfrente.

Ángel la animaba a seguir con vida mientras miraba expectante hacia arriba, esperando la ayuda de alguien.

Y la ayuda llegó, en forma de un hermoso hombre tritón con el muslo tatuado y el cuerpo delineado en músculos. Su cabeza era una nube rubia y sus movimientos no titubeaban.

Venía a por ella. Alegra sintió a duras penas cómo Nil rodeaba su cintura y su herida con los brazos y cómo se impulsaba con sus musculosas piernas hacia arriba para salvarle la vida.

Cuando Nil salió a la superficie con ella en brazos, sus hermanas, que venían en la lancha de Gamboa, y su madre y su abuela que habían pedido que las acercaran, iban a rodearles con gestos ofuscados y llenos de preocupación.

Las velas y las orquídeas llegaban hasta ellos, mecidas por la marea. Nil se sostuvo en una roca, agarrando a Alegra con cuidado, pero también con una decisión y seguridad que no había tenido hasta entonces.

No pensaba soltarla.

—¿Nil? —preguntó ella sin fuerzas.

Nil bajó la mirada al rostro empapado de Alegra: tenía sangre en la comisura de la boca y lo miraba como si fuera un espejismo. Aun así, el espejismo era ella. Uno de esos espejismos que los hombres sedientos del desierto podían imaginar ver; a él, que estaba sediento de su amor, también le pasaban esas cosas.

Pero Alegra estaba allí, en carne y hueso, y aún vivía.

—Alegra, no cierres los ojos. Quédate aquí.

—Mi pulmón… —murmuró tosiendo como pudo, agarrándose a él con fuerza.

Nil observó el agua tintada de rojo que los envolvía. Mario había herido a Alegra de gravedad.

—Chis, preciosa —le susurró—… Aguanta un poco.

—No… No puedo. Me falta aire.

—Alegra, más te vale que aguantes, ¿me has oído? —La sostuvo por la barbilla—. No te rindas ahora. Mira cuánta luz nos rodea. —Desvió la vista hacia las orquídeas y las velas que aún titilaban en el agua—. Esto lo has conseguido tú, brujita.

—No dejes que se duerma, Nil.

Nil buscó el origen de esa voz. Y se encontró a Angie y a los policías tirándose al agua para ayudarle.

Nil negó con la cabeza.

—No lo haré, Angie. ¡Ayúdanos! ¡Corred, joder! ¡Daos prisa!

Alegra cerró los ojos y los abrió de golpe. Como si no quisiera dormirse. Pero una nueva punzada de dolor la noqueó.

—¿Papa? —Alegra clavó sus ojos claros por encima del hombro de Nil —. ¿Es mi padre?

—Chis… No hables —susurró Nil juntando su frente a la de ella—. Ya casi estamos. Nos van a sacar de aquí.

Alegra negó con la cabeza y, al instante, cerró los ojos, dejando caer el cuello hacia atrás en posición incómoda.

—¿Alegra? —la sacudió Nil—. ¡¿Alegra?!

Entonces supo que la oscuridad total no era una noche sin luna. Las tinieblas y la noche eterna eran una luna sin Alegra.

32

ES CUBELLS
SANANDA

La vida es un juego abarrotado de sinsentidos. En el día a día reside una magia que no vemos y que conecta a todos con todos. A ese hecho lo llaman sincronicidad. O la magia de los físicos cuánticos, como quieran bautizarla.

Nil ahora entendía que el que Alegra sanara a su hermano Lucas el mismo día del eclipse no fue una casualidad. Tampoco era casualidad que David fuera a por Lucas para ver su milagro y regresara a Atlantis en moto para acceder de nuevo a un sitio mejor del que había accedido para tomar su reportaje; ni que después de caer en la coincidencia de Gwyneth y Alegra, David recordara el mensaje de su madre y encendiera el foco de su moto para iluminar la estampa del eclipse, las velas y las orquídeas. Porque ese gesto, esa necesidad de seguir su instinto y probar suerte, hizo que el foco de la moto iluminara la cima exacta en la que se hallaba Alegra.

Eso no libró a Alegra de su primera puñalada, pero sí la salvó de la muerte, ya que Nil, obedeciendo las últimas palabras de su madre, saltó al vacío, arriesgando su vida por ella para salvarla. Porque no quería volver a cerrar la puerta al amor.

Porque amaba a Alegra.

Por eso, dos días después del hechizo de Atlantis, de que Mario Adón estuviera en la UCI esperando a ser encarcelado, y de que Alegra fuera recogida por las Balanzat y llevada a su casa para que se recuperarse de una herida mortal, Nil visitaba por sexta vez en dos días Sananda, esperando ver asomarse a Alegra en su balcón. Viva, sana y salva.

En primer lugar, había discutido con Amanda porque no entendía por qué no la llevaban al hospital.

Amanda le dijo en pocas palabras que era un estúpido que no había entendido nada si no sabía que Alegra era tan especial como para no ser ingresada en un centro en el que estarían investigándola día sí y día también.

Y era un estúpido. Pero también tenía miedo. Y porque Amanda comprendía que estaba asustado, lo dejaba entrar a Sananda, pero no permitía que la viese hasta que Alegra no lo decidiera.

Alegra se miró en el espejo. Hacía día y medio que estaba completamente sana. Y sabía de las visitas de Nil, pero tenía miedo de las palabras que le pudiera dirigir.

Aunque la salvara, no le dijo que la amase, ni que la perdonase por ocultar información. Pero Nil era un hombre bueno, que una vez fue herido por las maldades de una mujer llamada Tess, y su herida no había sido mortal. Por eso todavía era capaz de creer y de amar.

Y Alegra, mientras bajaba las escaleras que daban al porche de su casa y se sentaba en el balancín junto a Sasha, que le sonrió de oreja a oreja, y a Golfo, que le lamió el tobillo, esperaba esa nueva visita de Nil para encontrárselo de frente y escuchar lo que fuera que tuviera que decirle.

Amanda le puso las manos en el hombro y la abrazó por la espalda, peinando su melena negra con sus dedos.

—Mi preciosa sanadora —murmuró dándole mimos—. ¿Cómo te encuentras hoy? ¿Estás completamente bien?

—Sí. Gracias, mama.

—Entonces, ahora podrás escucharme —se sentó con ella y Sasha en el Balancín.

Alegra alzó ambas cejas negras con sorpresa y escuchó lo que tuviera que decirle su madre.

Después de eso, tomó aire por la nariz y disfrutó del olor a verano y a calma que bañaba las Pitiusas. No había presencia de maldad, el hechizo había dado sus frutos. Ahora solo faltaba que la reelegida Meritxell Roureda diera el cargo de Medio Ambiente a Martí Calabuig, y juntos solventaran el

problema de las depuradoras y de las aguas grises de las embarcaciones extranjeras que seguían ensuciando el mar y también sus islas. Lo importante era saber que no había nitratos, ni amonios ni fosfatos puros.

Los medios todavía hablaban de lo acontecido la noche del eclipse. Habían enmarcado la fotografía que las planas de los periódicos habían puesto en sus boletines. Estaba hecha por David, y lucía apoyada en la repisa de la chimenea del genio Bes, para observarla siempre que quisieran y ver lo que habían conseguido movilizar en Ibiza.

Sin embargo, en las redacciones informativas nadie supo que a Alegra la hirieron de verdad, y el ataque de Adón y su navaja solo se convirtió en una leyenda urbana, que corrió por boca de los pocos que sí lo vieron.

La cuestión era que nadie debía imaginar siquiera que Alegra solo tardó medio día en sanar su herida.

Nicole, Amanda y Pietat estaban sentadas en su salón, mientras escuchaban la música que la menor de las Balanzat tocaba en su Corb roja y negra.

Alegra pensó en lo que le había contado su madre. Nil la había ido a buscar antes del eclipse, pero ella no estaba en casa. Amanda habló con él y le ofreció un elixir del olvido, que Nil aceptó por educación. Y, al parecer, no había bebido, ya que continuamente estaba en Sananda preguntando por ella.

Tal vez Nil no quería olvidar nada.

Tal vez no quería olvidarse de que alguna vez sintieron un flechazo demoledor el uno por el otro.

Con esa esperanza en mente, Alegra sabía que tenía todo el verano para meditar sobre su futuro, aunque ya lo tenía más que claro. Con la ayuda del Govern, tal vez podría poner en marcha un instituto sobre terapias alternativas, reeducación del cerebro y tratamientos cuánticos. ¿Dónde estaría mejor que en su casa?

A su vez, sabía por Meritxell que habían ofrecido a Nil un proyecto de restauración ecológica para tres depuradoras de la isla. ¿Él lo aceptaría? ¿Le interesaría? ¿O se iría de allí?

Sasha se había recogido el pelo liso en un moño alto, y tocaba con la guitarra una nueva canción versionada de una interpretación de *Holding out*

for a hero de su amiga Ella Mae Bowen.

¿Dónde están los héroes? ¿Dónde fue mi corazón? ¿Dónde se han quedado las historias de amor?

Esperando llevo toda una eternidad, por un hombre que por mí se atreva a pelear. Yo quiero un héroe, quiero que me prometa que no abandonará. Quiero a un hombre capaz de enseñarme a volar, o a un demonio que me haga rogar. Yo quiero a un héroe. Eh, eh, eh.

Cuando Nil apareció tras las puertas de entrada de madera y asomó su pelo rubio y su rostro masculino, Alegra tragó saliva y su corazón se aceleró.

Dios, estaba ahí. Nil estaba ahí y venía a verla de nuevo.

Él entró en Sananda, con sus pantalones desgastados, las Ibi negras en sus pies y una camiseta blanca y de manga corta que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Moreno, como Brad Pitt en *Troya*… Alegra se levantó del balancín para caminar hacia él y acercar las distancias.

Nil llevaba en las manos una orquídea acabada de recoger del jardín exterior de las Balanzat. Sabía que no era nada del otro mundo, pero quería darle algo a Alegra, algo bello y especial como ella.

Los ojos verdosos turquesas de Nil la miraron de arriba abajo. Alegra llevaba una falda tejana blanca y una camiseta roja de tirantes, y en los pies una abarcas rojas. Advirtió que él llevaba un frasco de los deseos al cuello, y sonrió por el nimio detalle. Parecía increíble que un hombre de sus características llevase algo así después de todo lo que había dicho sobre eso.

—Hola —le dijo Nil cayendo de rodillas ante ella, como si no aguantaran su peso y se hubiera quedado sin fuerzas al verla.

Alegra se quedó muy quieta, no se atrevía a moverse. ¿Qué hacía arrodillándose?

Alegra estaba tan bonita y parecía tan inalcanzable para él que tuvo miedo de ser rechazado. Tuvo miedo de que fuera demasiado tarde.

—Ni siquiera sé por dónde empezar. Parece que haya pasado una eternidad desde la última vez que hablamos —Nil tenía la voz ronca y le costaba hablar—. Antes de todo, quiero que le devuelvas esto a tu madre. No lo quiero. No es para mí. No quiero olvidar quién eres, ni quiero borrar todos los besos que te he dado, ni tampoco quiero olvidarme de cuánto me equivoqué.

Alegra tomó el frasquito con el elixir del olvido y sus ojos brillaron con emoción. Lo lanzó bien lejos de ellos y Nil sonrió. Alegra se centró de nuevo en él, todavía callada, esperando a que ese hombre dijera las palabras exactas que ella quería oír. Y, si no lo hacía, al menos, que le abriera su corazón de par en par.

—Toma. —Nil le ofreció la orquídea, avergonzado—. Sé que no es nada del otro mundo, que es sencilla… Pero para mí es la más bonita de todas, porque… porque es para ti y tú la llevarás.

A ella le pareció la más hermosa de todas porque se la había regalado él. Alegra no lo soportó más y le dijo:

—Levántate, Nil. Por favor… —Alegra aceptó la orquídea, sabiendo que la disecaría y la guardaría para siempre.

Él negó con la cabeza con insistencia.

—No hasta que me escuches. Alegra, yo…

—¿Qué? —susurró temblando.

—Yo…

—Nil, yo no soy como Tess —se adelantó ella sin titubear, exhalando con valentía—. Sé que te han hecho daño y que yo te recordaba a ella, pero yo… Yo no soy así. Ya lo has visto. Soy diferente y —sonrió disculpándose — un poco especial. Mis manos… Mis manos hacen cosas…

—Lo sé, preciosa.

—Y tú… Tú me rompiste el corazón cuando me apartaste así de ti. —Le echó en cara, dispuesta a sanar esa herida si Nil se esforzaba en ello—. Me dijiste cosas horribles. No quiero volver a escucharlas. No puedo cambiar mi don. No sé hacerlo y…

—Alegra, no me humilles más —murmuró él agachando la cabeza, emocionado—. Ya sé que no eres como ella. No quiero que cambies nada de ti. Pero tú me has hecho cambiar… a mejor. Solo quiero decirte que, a veces,

nos suceden cosas que no dejan que volvamos a ser los mismos. Una vez pensé que amaba a alguien a quien creí a ciegas. Pero, después, descubrí amargamente que, en realidad, estaba enamorado irremediablemente de alguien en quien jamás he creído. Y siento vergüenza.

—Nil…

—Has obrado un milagro con mi hermano. Pero, ante todo, lo has hecho conmigo, Alegra. —Tragó saliva, porque las lágrimas se atoraban en su garganta—. Me has devuelto la esperanza. Has logrado que vuelva a creer en la vida y en las personas. Y, sobre todo, en el amor.

—¿Por qué? —Alegra parpadeó rápidamente para apartar sus lágrimas y sonrió nerviosa y ansiosa por abrazarlo.

—Porque estoy enamorado de ti, Alegra. Y me mata saber que me equivoqué contigo. Que te hice daño —enumeró—. Cuando te vi caer en Atlantis, se me fue la vida pensando que te perdía y que no había hecho nada por tenerte ni por disfrutarte. He sido un imbécil. Por favor, perdóname. No volveré a dudar de ti nunca más.

Alegra miró hacia atrás. Sasha seguía cantando, con los ojos húmedos por lo que estaba viendo y escuchando, pero seguía cantándoles a los dos, sabiendo que esa sería la banda sonora del comienzo de sus vidas, y deseaba hacerle ese regalo a su hermana. Desde la ventana, con las cortinas retiradas, su abuela, su madre y Nicole, que sonreía feliz por ella, la animaban a que diera el siguiente paso.

Por la arena voy dejando huellas al andar, esperando que un guerrero
me pueda encontrar. Yo no quiero joyas, ni casitas de cristal quiero a
un hombre que me abrace y juntos caminar.

Yo quiero un héroe, quiero que me susurre que no abandonará.
Quiero a un ángel capaz de enseñarme a volar, o a un demonio que
me haga rogar.

—¿Qué me dices, Alegra? —Nil levantó la cabeza y fijó su mirada suplicante en ella—. ¿Dejas que te cuide esta vez? ¿Me permites que vuelva

a intentarlo? Tu familia me odia. Pero me da igual mientras tú me quieras la mitad de lo que yo te quiero a ti.

Alegra agarró a Nil del cuello de la camiseta, tiró de él y cuando le tuvo de pie, le plantó un beso en los labios. Se lanzó a besarlo con toda la necesidad que sentía en ese momento y que tanto la había ahogado por no poder hacerlo antes, cuando tanto lo necesitaba.

—Te perdono, Nil —contestó sobre su boca.

Nil se echó a reír y la abrazó con todas sus fuerzas, levantándola y dando vueltas con ella en el aire.

—No sé si soy un héroe o no, pero esa canción que canta tu hermana será mi favorita para toda la vida.

Y en ese momento, el cuello de la camiseta que Alegra sostenía, se deslizó por su hombro y ella oteó la figura de un ave. Y no un ave cualquiera. Nil se había tatuado en el hombro izquierdo nada más y nada menos que un colibrí.

Alegra lo acarició con la punta de sus dedos y, después, maravillada, miró a Nil con otros ojos. No porque no supiera que él era el amor de su vida, sino porque se había sorprendido al sentir tanto por él cuando no tenía ningún requisito de los que pidió junto a su padre en el hechizo que realizó de niña en es Vedrà. El que pedía que la vida le trajera al hombre de sus sueños. Pero, ahora, todo había cambiado.

—Quiero que me traiga la orquídea más bonita del mundo… —susurró emocionada, recordando cada palabra pronunciada hacía años—, quiero que su canción favorita sea una de mi hermana Sasha y quiero que lleve un colibrí en el hombro.

—¿Qué dices? —preguntó Nil sin comprenderla, retirando el pelo negro de su rostro y besándola de nuevo.

—¿Dónde te has hecho este colibrí y cuándo?

—Me lo hice en Atlantis. Unos tatuadores de Ushuaïa se prestaron a tatuar su símbolo. Y era el colibrí. Un tipo llamado Angie me animó a hacérmelo y yo quería tener un recuerdo de ese día, así que…

—¿Un tipo llamado Angie? —repitió extrañada.

—Sí —rio Nil—. Era muy raro. Rubio y con gafas, de aspecto así un poco despreocupado. A camino entre genio y profesor universitario. Me

explicó que el colibrí significaba eternidad porque ellos batían sus alas haciendo un ocho, el número del infinito. Me dijo que significaba perseverancia y contemplación. Y que ver un colibrí era un recordatorio de que la vida debía ser disfrutada sin miedos. Tal y como yo la quiero vivir junto a ti. ¿Qué pasa?

Alegra sintió un escalofrío en el cuello y entonces ató cabos. Cuando Nil saltó para salvarla y la recogió, antes de que llegaran las lanchas y los guardias para sacarlos del mar, Nil le dijo algo a un tal Angie.

Pero allí solo estaban los guardias. Los guardias y alguien más: su padre, Ángel, acompañándola para salvarla. Acompañando a Nil también, y entrando en contacto con él, con otro nombre. No se lo diría a Nil por ahora, ya lo descubriría, pensó divertida.

Alegra sonrió de oreja a oreja y negó con la cabeza.

—Nada, Nil. —Acunó su rostro con las manos y declaró—. Te quiero. Y no me importa que apenas nos conozcamos. Creo que la magia, la verdadera magia, es dejarse llevar por lo que el corazón no puede ver, pero sí puede sentir. Y yo siento que te quiero.

—Y yo te quiero a ti, Alegra. Porque solo te hizo falta una noche para marcarme de por vida. Y porque mi madre, de alguna manera, sabía que debía encontrarte y creer en ti para saltar desde el acantilado y recuperarte. Y creo en ti casi más que en mí mismo. Me tienes loco para toda la vida.

—¿Y qué nombre le pones a eso? ¿Qué querrá decir?

Nil pensó unos segundos, y después contestó:

—No es magia. Eso es… verdadero amor. ¿Y qué hay más mágico que el amor verdadero? —Nil tocó su frasco de los deseos y le pidió a Alegra que lo vaciara por él.

—¿Por qué?

—Porque se ha cumplido mi deseo —contestó risueño.

—¿Y cuál era?

—Tener otra oportunidad para decirte lo mucho que necesito.

Yo quiero un héroe, quiero que me susurre que no abandonará.
Quiero un ángel capaz de enseñarme a volar o a un demonio que me haga rogar.

Yo quiero un héroe, quiero al heredero del rayo y el mar. A ese hombre que ordena a los truenos gritar, cuando sé que me va a besar. Yo quiero un héroe.

Nil y Alegra se besaron y decidieron que juntos estaban mejor que separados. Que ese era su destino y que, cuando uno no creía en el otro, solo debían fiarse de lo que decían sus corazones, mucho más sabios que ellos, para empezar a creer.

Para que lo invisible se hiciera visible solo había que cruzar un puente; el puente que unía a todas las personas por igual, con misteriosos lazos que nadie podía ver. Pero en el que todos, indudablemente, querían creer.

El amor.

FIN

«Una parte de los beneficios de Sananda se dirigirán al estudio y a la sostenibilidad de la posidonia».

«Nuestra tierra es nuestro mundo, y es nuestra responsabilidad y nuestro legado cuidarlo».

Fdo. Las Balanzat